

765
LARIO

LA PERLA
DEL PALACIO REAL,

POR JAVIER DE MONTEPIN,

TRADUCCION

DE JOSE BUSTILLO Y PEREZ.

Publicada en el folletín de Las Novedades.



Madrid.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, Á CARGO DE J. HEREDIA,
CALLE DEL BARCO, NÚM. 2.

1857.

LA PERLA

DEL PALACIO REAL

POR JAVIER DE MONTEN

IMPRESION

DR JOSE BUSTILLO Y PEREZ

Publicada en el Boletín de las Investigaciones

1937



Madrid

IMPRESA DE LAS SUYERIAS Y CARRO DE S. JERONIMO
CALLE DEL ARCO, 2

1937

§.

El día siguiente, por la mañana, en el momento en que Juanita acababa su tocado, su doncella vino advertirla que el príncipe de Courtenay solicitaba el honor de ser recibido por ella.—Haced entrar á monseñor de Courtenay en el tocador, respondió con voz temblorosa, que dentro de algunos instantes tendré el honor de ponerme á sus órdenes.

La doncella salió. Juanita comprendió que estaba cerca el momento decisivo, que la hora mas solemne de su vida iba á sonar. Se puso de rodillas, y dirigió á Dios una corta pero ardiente plegaria.

—¡Protegedme, Dios mio! dijo, venid en mi ayuda, porque si vos no me sosteneis, siento que las fuerzas van á faltarme!...

Juanita se levantó y se miró en un espejo. Estaba hermosa como un ángel, pero pálida como una muerta, y aquella palidez realzaba su belleza dándole un no sé qué de fantástico y misterioso. Su traje no era el que acostumbraba á llevar. Como no pensaba volver al Palacio Real, estaba enteramente vestida de blanco como una desposada. Se dirigió hácia el tocador, pero su mano temblaba de tal modo, que tuvo que reponerse dos ó tres veces para abrir la puerta.

Pedro de Courtenay esperaba de pié. El también estaba pálido. Su hermoso semblante, sério y recogido, expresaba una profunda resolución. Un amor inmenso, infinito, brillaba en su mirada. Se acercó á Juanita, la tomó una mano y la condujo á una silla, y sentándose él enfrente de ella, la dijo con voz conmovida y al mismo tiempo segura:

—Todo lo he comprendido, señorita, he leído en vuestro corazón, como vos habeis leído en el mio.

Un oleada de sangre subió del corazón á la frente de Juanita y ocultó entre sus blancas manos su avergonzado semblante. El príncipe prosiguió con esa sencillez de acento y palabras que daba tan gran valor á sus menores discursos.

—Yo os amo, señorita, desde el día en que os vi por la primera vez... Desde aquel día os he consagrado para siempre mi vida, mi alma, todos mis pensamientos... no sin luchar, sin embargo, señorita, porque he luchado muchísimo, he luchado largo tiempo contra mi propio corazón cuyo arrastramiento irreflexivo y en cierto modo forzado temia... Y no os conocia entonces, ó mas bien no conocia de vos mas que vuestra an-

gelical belleza... Esto bastaba para amarnos, pero no para que ese amor estuviese exento de turbacion y de temor, porque considero como la mayor desgracia que puede suceder á un hombre honrado, cualquiera que sea, dar su vida á una mujer indigna de la mas casta ternura y del mas santo respeto.

El príncipe hizo una corta pausa. Juanita, oprimida, embriagada, le escuchaba bajando los ojos, como los escogidos del paraíso deben escuchar la armonía de los conciertos celestes. Mr. de Courtenay prosiguió:

—La posición que os habeis adquirido... los homenajes incesantes que os rodeaban, me parecian insuperables obstáculos elevados entre nosotros... Yo miraba como imposible, lo confieso, que en medio de tantos peligros, una jóven pudiese conservar intactas, no solo su virtud, sino la aureola de virginal candor que debe brillar alrededor de una frente sin mancha... Me engañaba... Ese prodigio, en el cual no creia, vos le habeis realizado... No solo los que os conocen y os aman os admiran, sino la opinion pública se inclina con respeto delante de vos... No es esto todo, señorita... Un día, ¡y Dios sabe con qué felicidad!... comprendí que me amábais... Esos misteriosos favores que no me avegüenzo haber recibido, he adivinado qué mano los enviaba. Esa adorable carta de ayer, esa sublime creación de la ternura que se sacrifica y se inmola, y que se ofrece en vivo holocausto á la felicidad del que se ama, he adivinado cuál era el corazón que la habia dictado... Queríais sacrificaros por mí... Ese sacrificio no he tenido valor para aceptarle... Sí, yo seré feliz, seré feliz por vos, pero de otra manera... lo seremos juntos. Esa fortuna que me viene de vos, la acepto, pero con la condición de que la partireis conmigo...—Señorita... mi bien amado... ¿quereis ser mi esposa?

Pronunciando estas últimas palabras, Pedro de Courtenay habia puesto una rodilla en tierra delante de Juanita, siempre sentada. La jóven se ahogaba. Sollozos convulsivos levantaban su pecho y desgarraban su garganta: lloraba á lágrima viva. En aquellos sollozos, en aquellas lágrimas, habia una inmensa amargura, un incomprendible dolor, y sin embargo, Juanita parecia feliz. Sus ojos, anegados en llanto, y la sonrisa de su boca, expresaban una alegría sobrehumana. Estendió sus manos, tomó la cabeza de Pedro Courtenay, arrodillado, y la apoyó apasionadamente contra su corazón. El príncipe, en este momento,

pudo comprender cómo aquel corazón latía por él.

—¿Consentís?... exclamó, ¿consentís, no es cierto?

Y como Juanita no pudiese responder, diez veces hizo esta pregunta.

En fin, la joven balbuceó:

—Mañana... esperad hasta mañana.

—¡Oh!... no... mañana no... hoy... en este momento, en el nombre del cielo... en nombre de nuestro amor, no me lo rehuséis... bien veis que espero, que muero de angustia é impaciencia... si no me respondéis, Juanita, ¡oh! Juanita... ¿es que me he engañado... es que no me amáis?...

—Mañana... repitió la joven, y hasta entonces, amigo mío, no dudeis de mí, porque hariais mal... y creed que nunca, nunca... nadie os ha amado mas que yo os amo.

El príncipe insistió en vano. En vano suplicó, en vano sus lágrimas corrieron. Juanita se mostró inflexible, y á las ardientes súplicas de su amante embriagado de amor, no respondia mas que con esta palabra:

—Mañana...

Pedro de Courtenay, vencido, se retiró desesperado. La extraña obstinacion de la joven le parecia de fatal agüero.

—¿Por qué dilatar hasta mañana, se decía, esa respuesta que tan fácil hubiera sido darme en el instante?... ¿por qué diferir la felicidad cuando la vida es tan corta?... ¿por qué imponerle todo un día de espera y de angustia?... ¡Oh!... ¡Juanita era muy cruel!...

Y la conclusion obstinada de tan dolorosos razonamientos era esta:

—¿Lo que Juanita siente por mí, es piedad... no es amor!... ¡Oh! ¡no me ama!... ¡No me ama!...

XI.

LA ÚLTIMA CARTA.

La mañana siguiente, despues de una de esas noches pasadas en vela, Pedro de Courtenay recibió de manos de su ayuda de cámara una carta, cuya letra bien conocida le hizo palidecer. La mano que habia escrito el sobre era la misma que ya dos veces le habia escrito bajo el falso pretesto de un lazo de imaginario parentesco.—La mano de Juanita Lollier. Rompió el sobre como en otro tiempo Pandora debió levantar la tapa de aquella funesta caja, leyó y quedó como herido de un rayo.

Hé aquí lo que la carta decía:

«¡Oh! no, no dudeis de mí, mi querido amigo, no, no me maldigais por esta cruel

prueba de amor que voy á daros hiriendo mi corazón y, ¡ay!... tambien el vuestro. Pedro, yo no puedo, entendedlo bien, yo no puedo ser vuestra esposa. Hay entre nosotros una barrera. No es mi humilde nacimiento... ni el estado que abandono ni las vanas palabras del mundo. ¡Esa barrera es mas seria, es terrible, es insuperable... y, ¡loca de mí!... en mi fatal obcecacion la habia olvidado!... Así que oí pronunciar vuestro nombre por la primera vez, así que supe que érais el príncipe Pedro de Courtenay, he debido huir. he debido desterrarme á un rincón del mundo, he debido morir, si hubiera sido necesario, para no volveros á ver. Pero ya os amaba... y el valor me ha faltado, y hé aquí que ahora sufrimos dos. Cuando hayais recibido esta carta, Juanita la ramilletera, Juanita, á quien habeis amado, habrá dejado este mundo para no volver mas á él... habra ido á ofrecer á Dios, en un claustro, este corazón que es todo vuestro... triste homenaje, que solo Dios es bastante grande, bastante bueno para aceptar. Dejó á mis padres la parte de fortuna que he ganado vendiendo flores.— En cuanto al millón que habeis recibido en nombre de vuestra parienta, conservadlo, es vuestro... escuchadme, y comprendedme, Pedro... es vuestro y muy vuestro, no es un presente, es una restitucion... Si me amáis todavía, no intentéis descubrir el sentido fatal de estas palabras... hay en ellas un secreto, Pedro, hay en ellas un crimen, pero yo puedo levantar la frente delante de mi Dios sin avergonzarme, porque de ese crimen soy inocente. ¿Podreis leer esta carta, las huellas de mis lágrimas borran cada línea... yo padezco... me parece que me voy á volverme loca ó á morir... mi corazón se hace pedazos... mi cabeza se extravía... y sin embargo aun necesito valor, porque no he concluido, y la prueba empieza apenas.

«¿Os acordais, Pedro, de lo que, bajo el nombre de otra os escribia no hace mucho? —Haber sido amada de vos, os decía, es una felicidad para toda la vida...

»Quiero probaros que decía verdad..

»¡Adios... adios... mi prometido de una hora, adios!... pensad alguna vez en la pobre niña, que desde el fondo de un claustro os amará siempre, y rogará sin cesar por vos...

»¡Adios todavía!... nos volveremos á ver un día, bien pronto quizás... pero no en este mundo.

»JUANITA.»

Pedro de Courtenay, cuando hubo comprendido toda la estension de su desgracia,

cuando conoció su situación, se lanzó como un loco, con la cabeza desnuda y sin espada, á la calle de Saint-Honoré.

A algunos pasos de la casa de los Lollier, encontró á Marcelo.

—¿Dónde está Juanita? exclamó.

—Monseñor, respondió el joven, admirado del desorden y de las vagas miradas de su interlocutor, Juanita ha salido hace dos horas...

—¿En dónde está?... ¿en dónde está?

—Ha pedido un fiacre, y nos ha dicho que iba al palacio Arzobispal; creo que pronto entrará...

—¡Pronto! repitió el príncipe soltando una insensata carejada, ¡oh! ¡no entrará!... ¡no entrará nunca!... ¡y la habeis dejado partir!... ¡ah! ¡vos no la amais!... ¡no la amais!...

Y Pedro de Courtenay, abandonando á Marcelo sin añadir palabra, volvió á tomar su furiosa carrera dirigiéndose al palacio Arzobispal.

Los lacayos del prelado conocían al príncipe y respondieron á sus preguntas. Una hora antes, el arzobispo de Paris habia pedido su carruaje y habia salido acompañado de su gran vicario y de una joven. No se sabia dónde monseñor habia ido ni cuándo volveria. Pedro de Courtenay cayó sin conocimiento. Se le condujo á su casa, y no volvió en sí mas que para entrar en el acceso de un furioso delirio. Durante quince dias luchó entre la vida y la muerte; al fin se salvó, pero fué un mes mas tarde, cuando supo que Juanita Lollier acababa de ser admitida como novicia en el convento de Carmelitas de la calle de Bouloy.

Allí fué donde el arzobispo de Paris la condujo. Toda tentativa para acercarse á ella era inútil; el príncipe no ensayó ninguna. Nunca desde entonces se le oyó pronunciar el nombre de Juanita; pero jamás olvidó á la que tanto habia amado. Nunca se casó; vivió solo y triste, y murió joven y desconsolado. Juanita le habia precedido un año antes, y habian ido á reunirse, donde se reunen los corazones separados sobre la tierra. La familia de Courtenay quedó estinguida.

§.

No nos resta mas que decir algunas palabras, pero estas palabras ayudarán á descorrer el velo misterioso que se estiende sobre ciertas partes de nuestra historia. El mayordomo del viejo príncipe, Juan de Courtenay, tomaba, dice una secreta crónica de la época, el nombre de guerra de *Grain-d'Orge*. En cuanto á la ruina súbita é incomprensible del mismo Juan de Courtenay se explica fácilmente.

El viejo, en el último momento de su vida, mezclada de grandes virtudes y de vergonzosos vicios, habia creído poder, desheredando á su hijo legitimo, dejando en la miseria al heredero de su nombre, habia creído, decimos, pagar su deuda á la víctima de sus impotentes amores. Esto era espiar un crimen por otro crimen, mas grande quizás... Felizmente, la justicia de Dios y el corazón de Juanita Lollier habia decidido otra cosa.

EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES

CONSTITUYE

UNA DE LAS MAS COPIOSAS COLECCIONES DE LIBROS

QUE HAN APARECIDO EN ESPAÑA.

EN CUATRO AÑOS que cuenta de vida, tal como hoy se publica, ha dado á luz, ilustradas con 1,300 GRABADOS, las obras que aparecen en la lista anterior, que en ediciones anteriores FORMAN MAS DE 250 VOLÚMENES, y cuyo precio, tan solo á 10 reales tomo, no bajaria de 2,500 rs.

Los suscritores á LAS NOVEDADES los han recibido gratis.

Por término medio, puede calcularse que las 1,860 páginas de folletin á dos columnas que da LAS NOVEDADES al año comprenden 50 volúmenes, con 300 láminas que costarian aun en las librerías de viejo 500 rs.

Los suscritores á LAS NOVEDADES tienen todo un año el periódico con el folletin por 144 rs. en Madrid y 168 en provincias.

Hasta el dia han aparecido en el folletin de LAS NOVEDADES obras de los siguientes autores:

Benjamin Constant, Rousseau, Schiller, Walter Scott, Goethe, Alfieri, Jacob, Silvio Pellico, Souvestre, Sezzanne, Mirecourt, Radcliffe, Reivaud, Balzac, Viennet, Janin, Hartzbusch, Inchbald, Waldor, Trueba, Scribe, Victor Hugo, Ainswort, Seoane, Feval, Gozlan, Lamartine, Gambara, Sué, Lamennais, Fernan Caballero, Nodier, Rubio, Villergas, Dickens, Karr, Alarcon, Dumas, Castelar, Canalejas, Masson, Flores, Ana Maria, Dumas (hijo), Murger y Harison.

Decididos á consagrar una atencion especial á esta coleccion, estamos en el caso de ofrecer solemnemente que el folletin de LAS NOVEDADES irá llevando á la biblioteca de sus suscritores obras que no desmerezcan de *Agueda y Cecilia*, de *Graziella*, *La Familia Alain*, *Ayer, hoy y mañana*, *Clodoveo Gosselin*, *Genoveva*, *Raoul Desloges*, *Rafael*, *Por no ser trece* y *Fa sostenido*, que tan celebradas han sido de nuestros lectores.

OBRAS PUBLICADAS EN EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

desde 21 de setiembre de 1853, en que adoptó la forma actual.

OBRAS Y SUS AUTORES.		Grbs.	Tms.	OBRAS Y SUS AUTORES.		Grbs.	Tms.
LOS DOS BUFONES, por L. Jacob.	12	2	OTRO ARTAGNAN, por Carlos Rubio.	14	1		
MIS PRISIONES, por Silvio Pellico.	16	3	LA AMANTE ANÓNIMA, por Scribe.	2	1		
RICO Y POBRE, por Emilio Souvestre.	12	2	HAN DE ISLANDIA, por Victor Hugo.	24	2		
ROUGERT DE L'ISLE, por F. de Sezzanne.	6	1	UNA HISTORIA INVEROSIMIL, por A. Karr.	7	1		
ATAR-GULL, por Eugenio Sué.	18	3	EL BANDIDO DE LONDRES, por Anisworth.	28	4		
INÉS DE LAS SIERRAS, por C. Nodier.	6	1	LOS SEIS VELOS, por Pedro Antonio de Alarcon.	3	1		
EL GRILLO DEL HOGAR, por C. Dickens.	5	1	MISS OLIVIA, por P. Feval.	3	1		
MASSANIELLO, por E. Mirecourt.	18	3	ANGELA, leyenda por Carlos Rubio.	14	2		
TERESA DUNOYER, por Eugenio Sué.	18	3	D. ALFONSO EL SABIO, por D. Emilio Castelar y D. E. de Canalejas.	12	2		
PALABRAS DE UN CREYENTE, por F. Lamennais.	4	1	FAUSTO, por Goethe.	21	3		
EL COMENDADOR DE MALTA, por E. Sué.	24	4	JUAN CAVALIER, por Eugenio Sué.	3	1		
EL LIBRO DEL PUEBLO, por F. Lamennais.	4	1	LA VOZ DE LAS CARCELES, por F. Lamennais.	1	1		
MÉROPE, tragedia de Alfieri, traduccion en verso por J. E. Hartzzenbusch.	32	5	DE LA ESCLAVITUD MODERNA, por F. Lamennais.	25	2		
IVANHOE, por Walter Scott.	24	4	LAS DOS CUNAS, por Leon Gozlan.	11	1		
LA VIDA DE JUAN SOLDADO, por D. Antonio Trueba y La Quintana.	21	4	LA HADA DE LAS MIGAJAS, por C. Nodier.	6	1		
LOS MISTERIOS DE UDOLFO, por Ana Radcliffe.	24	4	WERTHER, por Goethe.	6	1		
GERÓNIMO PATUROT, por Luis Reibaud.	24	4	KERNOK EL PIRATA, por Eugenio Sué.	21	4		
LATREAU MONT, por Eugenio Sué.	6	1	MARIA STUARDO, por Schiller.	4	1		
ADOLFO, por Benjamin Constant.	1	1	QUINTIN DURWAD, por Walter Scott.	4	1		
LA BATALLA DE LA VIDA, por C. Dickens.	18	3	LA DAMA DEL LAGO, por Walter Scott.	39	2		
GENOVEVA, por Alfonso Karr.	4	1	LAS DOS PRIMAS.	6	1		
AMOR Y GLORIA, por Walter Scott.	39	2	UNA MARTIR DESCONOCIDA, por J. E. Hartzzenbusch.	16	1		
LA PIEL DE ZAPA, por Balzac.	18	3	ANDRES, por Alfonso Karr.	3	1		
PRESERVATIVO CONTRA EL COLERA-MORBO EPIDÉMICO, por D. Mateo Seoane.	6	1	AGUEDA Y CECILIA, por Alfonso Karr.	3	1		
LA SALAMANDRA, por Eugenio Sué.	2	1	GRAZIELLA, por Alfonso Lamartine.	24	2		
HISTORIA DE UN MUERTO, por A. Dumas.	6	1	LA FAMILIA ALAIN, por Alfonso Karr.	1	1		
UN BAILE DE MASCARAS, por A. Dumas.	1	1	JUDITH, O EL PALCO DE LA ÓPERA, por Eugenio Scribe.	34	3		
GODOLPHIN LARABE, por Eugenio Sué.	36	4	AYER, HOY Y MAÑANA, por D. A. Flores.	5	1		
LA NOVENA DE LA CANDELARIA, por Carlos Nodier.	17	3	CLEDOVEO GOSSELIN, por A. Karr.	18	2		
ARTURO, por Eugenio Sué.	12	2	ANA LA IMBÉCIL, por Miguel Masson.	10	1		
LA TORRE DE MONTLHERI, por J. P. G. Viennet.	12	2	EL CAMINO MAS CORTO, por A. Karr.	10	1		
LAS LAGRIMAS DE ELVIRA, poema original, por Pablo Gambara.	30	4	GENOVEVA, por A. de Lamartine.	1	1		
HORTENSIA, por Alfonso Karr.	12	2	AMORES DEL HERMOSO PECOPIN Y LA BELLA BAULDOUR, leyenda, por Victor Hugo.	16	1		
EL ASNO MUERTO, por Julio Janin.	12	2	RAOUL DESLOGES, por A. Karr.	4	1		
LA SUEGRA DEL DIABLO, por F. Caballero.	12	2	EL ALMA DESTERRADA, por Ana Maria.	10	1		
LOS PURITANOS DE ESCOCIA, por Walter Scott.	30	4	LA CAJA DE PLATA, por A. Dumas (hijo).	4	1		
EL CORONEL DE SURVILLE, por E. Sué.	12	2	RAFAEL, por A. de Lamartine.	4	1		
NAPOLEON, poema por Carlos Rubio.	12	2	POR NO SER TRECE, por A. Karr.	10	1		
UNA HISTORIA SENCILLA, por Mistress Inchbald.	12	2	EL MUNDO TAL CUAL SERA EL AÑO 3000, por E. Souvestre.	5	1		
AVENTURAS DE HÉRCULES HARDI, por Eugenio Sué.	6	2	MAURICIO, por E. Scribe.	1	1		
KARDIKI, por Eugenio Sué.	6	1	CRISTIAN, por A. Karr.	1	1		
TRILBI, por Carlos Nodier.	6	1	DESPUES DE MUERTO, por Henry Murger.	22	1		
ANDRÉS, por Carlos Rubio.	6	1	LAS CENAS DEL DIRECTORIO, por E. Souvestre.	7	1		
UNA CARTA, por idem.	17	3	FA SOSTENIDO, por A. Karr.	13	1		
APUNTES PARA UN DRAMA, por J. M. Villergas.	27	3	AL CISNE DE PLATA, por W. Arison.	22	1		
EL ESCUDERO DE AUBERON, por Melania Waldor.	1	1	LAS TRES REINAS, por F. de Sezzanne.	1	1		
EMILIO Ó LA EDUCACION por Rousseau.	27	3	CESARINA, por A. Dumas (hijo).	10	1		
LOS TALISMANES.	1	1	BERNARDO, por A. Dumas.	6	2		
TONIOTTO Y MARIA.	1	1	LA PERLA DEL PALACIO REAL, por Javier de Montepin.	8	1		
			QUERUBIN Y CELESTINO, por A. Dumas.				

LA PERLA DEL PALACIO REAL,

NOVELA

POR JAVIER DE MONTEPIN,

TRADUCCION

DE JOSE BUSTILLO Y PEREZ.

PARTE PRIMERA.

EL MOLINO DE JAVELLE.

I.

LA TABERNA DE LA VASIJAS DE PLATA.

Hacia fines del mes de julio del año de gracia de 1755, en el reinado de la marquesa de Pompadour y del rey Luis XV, entre nueve y diez de la noche, un personaje bastante raro subía á grandes rasos una pequeña calle estrecha y tortuosa, que daba al arrabal de San Antonio, no lejos de la Plaza Real.

Este personaje era un hombre de elevada estatura, que parecía escapado de una de esas planchas de cobre en que el enérgico y fantástico buril de Jaime Callot grababa sus inmortales fantasías.

Bajo las alas medio estropeadas de su sombrero, inclinado sobre la oreja derecha

y calado hasta las cejas, se veían brillar dos ojos hundidos que parecían en la oscuridad fosforescentes como los del gato.

Su cabeza era pequeña, su nariz aguda, huesosa, encorbada, cubierta de una piel suave y lustrosa, sobresalía como el pico de una ave de rapina.

Su boca, muy larga y guarnecida de blancos dientes puntiagudos y muy separados, no tenía, por decirlo así, labios.

Cuando estaba cerrada, se asemejaba á la cicatriz producida por una cuchillada. La parte inferior del semblante era á la vez puntiaguda y redonda.

Dos grandes mostachos negros, semejantes á los de los guardias franceses, cuidadosamente retorcidos, le daban un aspecto militar.

El vestido, cuyos galones de oro ó plata habian desaparecido, habia pertenecido sin duda á algun oficial. En cuanto á los calzones, de un terciopelo viejo muy usado, difícil hubiera sido atribuirles un origen probable.

Una larga espada con puño de cobre.

golpeaba las piernas de nuestro personaje
 Anando y retorciendo con la mano derecha su mostacho izquierdo, el hombre que acabamos de describir tarareaba la siguiente canción:

¡Oh! ¡cuánto vales dinero,
 no hay sin tí felicidad!
 ¡Tú eres el verdadero
 afán de la humanidad!

El hombre de mala traza adorna estos últimos versos con algunas palabras, y continúa:

El rico entre las orgías
 pasa contento sus días,
 y sus pasos entre flores
 guía el dios de los amores.

El cantor, como para establecer un contraste entre su propia posición y la felicidad que celebraba, golpeó ligeramente sobre sus bolsillos, los cuales estaban vacíos.

Hecho esto continuó:

Con su bolsa
 siempre llena
 vida buena
 pasará!
 Y en su dicha
 con botellas
 y las bellas
 gozará!

—¡Ah! ¡maldita suerte!... exclamó bruscamente interrumpiéndose, buen vino á discreción y muchachas bonitas, hé ahí una existencia llena de placer!... desgraciadamente no es así la mía!...

Exhaló un profundo suspiro, se retorció el mostacho, y repitió la primera copla, que sin duda era su estribillo:

¡Oh! ¡cuánto vales dinero,
 no hay sin tí felicidad!
 Tú eres el verdadero
 afán de la humanidad!

En el momento en que nuestro personaje acababa el último verso, llegaba delante de una casa baja y de mala apariencia: allí se detuvo.

La casa no tenía más que dos pisos; el bajo tenía una puerta y dos ventanas; la puerta y los postigos de las ventanas estaban cerrados.

Pero á través de las hendiduras de las puertas y ventanas, se veía luz y se sentía el ruido de voces animadas, que gritaban y cantaban.

Una pequeña muestra, colocada sobre la puerta y completamente perdida en la oscuridad, explicaba estos rumores.

Durante el día, se podían leer sobre la muestra las palabras siguientes: *Taberna de la vasija de plata.*

El hombre flaco apoyó sus largos dedos sobre el picaporte, abrió la puerta y entró.

Los más abominables chiribitiles del París moderno, las ratoneras que la policía conoce, no sabrían dar á nuestros lectores una idea exacta de la Taberna de la vasija de plata, en la cual les introducimos.

Al lado de esta infame guarida, los diversos y tenebrosos establecimientos que hemos citado hubieran parecido maravillas de lujo y de buen gusto.

Figurémonos una sala única, tan larga y tan ancha como la casa de que ocupa en totalidad el piso bajo.

Esta sala, cuyas grasientas paredes estaban cubiertas de dibujos obscenos trazados con la punta de los cuchillos, tenía un cielo raso negro, cuyas vigas salientes se hallaban sostenidas por pilares de madera.

Grandes telas de araña colgaban de cada viga.

Lámparas de hierro pendían de cada pilar, iluminando la sala en toda su extensión.

Una cuádruple hilera de mesas de encina, largas, estrechas y estremadamente sucias, estaban colocadas á lo largo de la sala.

Los pies de estas mesas estaban asegurados en el enlandrillado, así como los bancos y escabeles, útil precaución, que hacía imposible tomarlas como armas ofensivas ó defensivas, en las frecuentes riñas de que la taberna era teatro.

Se veían de distancia en distancia sobre las mesas vasos de estaño, sujetos con cadenillas de hierro, á fin de que los parroquianos no pudiesen llevárselos después de beber.

Una docena de toneles y barriles, de todos tamaños con sus correspondientes espitas llenos de vino y aguardiente, estaban amontonados unos sobre otros en el ángulo de la sala más próximo á la ventana de la izquierda, y cerca de un macizo mostrador sobre el cual había cinco ó seis medidas de diferentes tamaños.

El dueño de la Taberna de la vasija de plata, hombre bajo y regordete con cara de borracho, bastaba para el servicio, con dos muchachos que tenía á sus órdenes.

Estos hombres iban y venían sin descanso, respondiendo á cada uno, y multiplicándose en este verdadero laberinto.

Desde el momento que se ponía el pié en

el umbral de la puerta, se encontraba uno ahogado por los abominables olores de las lámparas, los aguardientes adulterados, el vino esparcido y el humo del tabaco, pues algunos de los parroquianos de la Vasija de plata fumaban en largas pipas, cosa muy poco usada en aquella época.

II.

A PROPÓSITO DEL TONEL.

¿Habeis visto entrar alguna vez un perro delgado y hambriento en una cocina bien provista, á la hora en que el asado da vueltas, y las cazuelas hacen sentir sobre las hornillas su ruido monótono y pausado?

Los descarnados ijares del animal se estremecen de alegría, su delgada cola se agita en las convulsiones de una voluptuosa y voraz codicia, sus ojos permanecen fijos y brillantes, su cabeza se eleva, y sus narices en extremo dilatadas aspiran enérgicamente el olor de los asados y el vapor de las salsas.

El raro personaje de que hemos hablado en el capítulo anterior, ofreció, penetrando en la taberna de la Vasija de Plata, un cuadro casi igual al del perro flaco y hambriento.

Apenas la puerta se habia cerrado tras él, apenas los malos olores y las asquerosas emanaciones de que hemos hablado hirieron su nervio olfatorio, ya pareció experimentar una deliciosa sensación.

Los rayos de una alegría interior iluminaron su descolorido semblante. Su larga boca se contrajo, se retorció los mostachos, y respiró con fuerza como para aspirar mejor los aromas que se exhalaban.

Hecho esto, se quitó su larga espada, que no hubiera dejado de ser un obstáculo á su paso entre las mesas llenas de bebedores.

En seguida, tendiendo su mirada de águila sobre los grupos hasta el fondo de la sala, abrió el compás de sus largas piernas, y se dirigió hacia el hombre bajo y recordete que hemos designado como el propietario de la taberna, y que respondía á los encantadores nombres de *Jazmin Tonel*, vulgarmente: el *padre Tonel*.

Estos diversos nombres eran objeto de chistes y gracias que los parroquianos aplaudían.

Así uno le decia:

—¡Pardiez! quiero mejor el olor del Tonel que el del Jazmin.

Otro añadia:

—¡He! ¡compadre! no pongas Tonel en tu vino!

Un tercero decia:

—¡Yo prefiero tu vino al Tonel

Y así continuamente con las combinaciones mas variadas.

Debemos añadir que á cada palabra Jazmin, Tonel, se dignaba sonreír.

El hombre flaco se acercó á Jazmin, que cargado de vasijas vacias y de madera, no de plata como indicaba la muestra, se dirigia al mostrador.

Habiéndole alcanzado, abrió los brazos é hizo ademán de abrazarle: pero Jazmin esquivó el abrazo retrocediendo dos ó tres pasos con mas ligereza de la que podia esperarse de su gordura.

El personaje de mala facha no pareció formalizarse por este desprecio.

—¡Eh! ¡buenas noches, mi querido Jazmin! exclamó, ¡buenas noches, mi digno amigo!... ¿Cómo va vuestra inestimable salud?...

—Gracias, gracias, caballero... replicó Jazmin en tono áspero; no voy mal como veis, dejadme pasar porque me espantan...

El hombre flaco no se movió.

—¿Creo que me habeis llamado, caballero, dijo como ofendido.

—¿Sin duda no es ese el título que os pertenece?

—¡Sí, por Dios! ¡ese es mi título! Caballero de La Bricole! ¡Hijo segundo de una casa rica y poderosa... tan noble como los reyes!

—¿Y bien?

—¡Y bien! ¡dándome ese título me ofendeis!

—¿Y por qué?

—Porque os he dicho, no una vez sino ciento, que desearia que nos tratásemos con familiaridad, y que me incomodaré, si me dais otro nombre que La Bricole á secas.

—Entonces, ¿es eso lo que quereis?

—¡Sí, pardiez!

—¿Y si haciéndolo os tutease?

—¡Colmariais mis deseos! Me pareceria que entonces entre nosotros to lo derecho era comun... y Dios sabe cuánto lo deseo!

—Y bien, quiero daros gusto. ¡La Bricole, quitate de ahí que me incomodas!...

El caballero, puesto que nada nos impide llamarle así, se apartó riendo á carcajadas, aunque con una risa un poco violenta.

—¡Ah! ¡perfectamente! exclamó, siguiendo paso á paso á Jazmin que acababa de pasar; ¡este diablo de Jazmin es hombre de talento; mas por quien soy, que yo no conozco mas que el aguardiente, el excelente

aguardiente de tu tonel que es mejor que tú!
Y diciendo esto, el caballero tuvo un nuevo acceso de alegría.

Jazmin no pronunció una palabra.

En este momento, Jazmin y el caballero llegaban cerca del mostrador.

El hombre flaco alargó la mano y tomó una pequeña vasija que podría contener una media botella.

Esta vasija estaba vacía.

El caballero se la alargó á Jazmin con un gesto de súplica indescriptible.

—¿Qué quereis que haga de eso? preguntó el tabernero.

—¿Qué! ¿no adivinais, buen amigo?

—¿Por mi fé que no!

—¿Cosa admirable! ¿Vos... tan perspicaz!

—Me esplicaré: esta vasija está vacía...

—¿Y bien?...

—¿Llenadla!

—¿De qué?

—De aguardiente, de vuestro incomparable aguardiente añejo de Languedoc.....

—¿Llenarla!... ¿y para quién?

—Para mí, ¡pardiez! Para vuestro apasionado La Bricole...

Jazmin sacudió negativamente la cabeza.

—¿Oh! ¡nones! murmuró.

—¿Cómo! Tonel, ¿me rehusais vuestros favores?

—En efecto.

—¿Y por qué ese ultraje?

—¿Por qué?...

—Sí.

—Por treinta y tres razones.

—¿Cuáles son?

—Porque vos, lo sabeis mejor que yo, me debeis treinta y tres libras tornesas, una libra tornesa por razon...

La Bricole tomó un aire de gravedad ofendida.

—¿No es mas que eso? exclamó.

—Me parece que es bastante.

—¿Ah! ¡vaya, vaya! ¡Tonel... eso no vale nada! En conciencia, yo debia abandonar en el momento estos lugares en que las santas leyes de la amistad son desconocidas! Debia sacudir en el umbral de vuestra puerta el polvo de mis zapatos y esclamar: ¡Tonel, no beberé mas de tu aguardiente!... sí, debia hacerlo, pero un resto de ternura me detiene todavía; me quedo, y os digo: Tonel, arreglemos nuestras cuentas.

El caballero colocó la vasija en el mostrador é hizo ademán de sacar dinero.

—¿Qué! exclamó Jazmin mirándole estupefacto y abriendo sus grandes ojos, qué... caballero, ¿vais á pagar?

—¿Pardiez! replicó La Bricole.

—¿E íntegramente?

—¿Un hombre como yo siempre paga!...

—Está bien, y quiero borrar vuestra deuda... dijo el tabernero, tomando del mostrador un pedazo de madera lisa llena de geroglíficos.

La Bricole llevaba las manos á los bolsillos mas que nunca.

III.

DOS HOMBRES MISERABLES.

—Son treinta y tres libras, tres sueldos y cuatro dineros... dijo Jazmin, despues de haber examinado los geroglíficos; pero no hablemos mas que de las treinta libras... el resto quedará para otra vez...

De repente, la mano de La Bricole que habia desaparecido en las profundidades de su bolsillo, reapareció.

Estaba vacía.

El hombre flaco se retorció el bigote exclamando con tono trágico:

—¿Fatalidad!..

—¿Qué? preguntó el tabernero, ¿qué hay?

—¿Hay que he olvidado mi bolsa!

—¿Ah!... ¡ah! ..

—¿Decididamente el diablo anda en esto!

—Es que empiezo á creer... replicó Jazmin con tono socarron, que debe mezclarse en vuestros asuntos, en efecto, porque él se halla en vuestra bolsa, y vos le tirais sin cesar por la cola...

—¿Mi digno amigo, no os burleis! dijo La Bricole.

—¿Burlarme!... ¡no hay tal cosa!... ¡Cómo me habia de permitir yo, pobre petate, burlarme de un hidalgo, de un hijo segundo de una casa rica y poderosa... tan noble como los reyes! Sé demasiado bien cómo se trata á un caballero para...

—¿Siempre alegre y divertido! dijo el hombre flaco en tono amable, tocando con la palma de su mano sobre el grueso vientre de su interlocutor, ¡picaro Jazmin!... ¡me hace rabiarse... y bien! así y todo le quiero...

—Me haceis mucho honor...

—Sed franco conmigo... ¿no es verdad que no dais crédito á esa historia de la bolsa olvidada?

—¿Oh!...

—¿Ah! este Jazmin... ¡qué perspicacia! ¡nada se le puede ocultar!... Y bien, teneis razon... tengo mi bolsa...

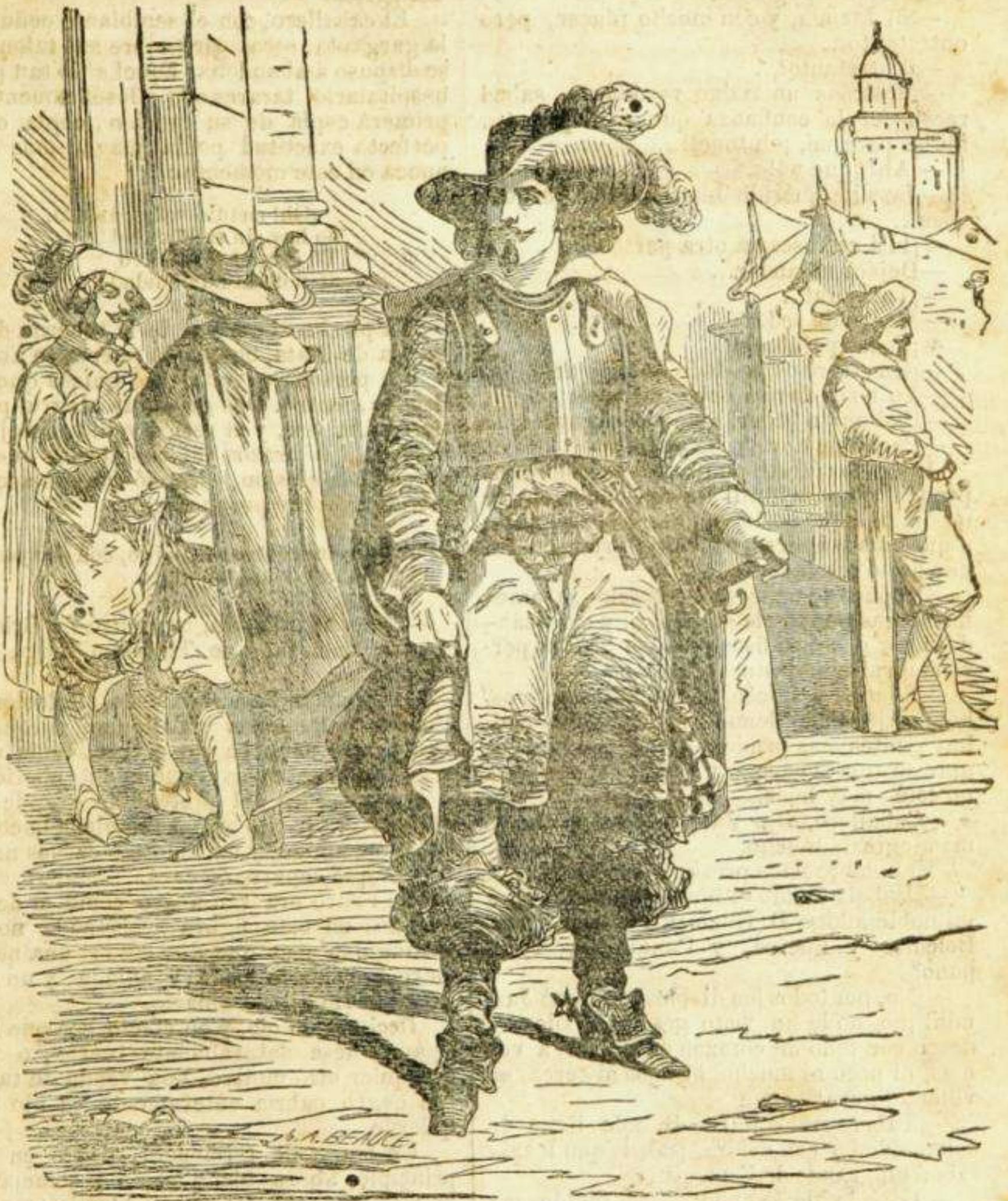
—¿Es cierto?

—Solamente que está vacía. .

—¿Cómo es eso?

—¡Tanto mejor para vos!

—Recibo fondos que me envia mi nobl^e



—Pero este estado precario no es mas que momentáneo... mañana tendré una suma importante...

familia...

—¡Lo cual la honra!...

—Jazmin... ¿no me crecis?

—Muy poco.

—Por mi fé de hidalgo, os juro que digo la verdad...

—Tanto mejor, porque entonces, teniendo dinero me pagareis.

—Sí, Jazmin, y con mucho placer, pero entretanto...

—¿Entretanto?...

—Mostráos un amigo verdadero, sabed reconocer la confianza que os dispense... abrios para mí, ¡oh tonel!...

—¡Ah! ¡que no!

—Jazmin, querido Jazmin, la sed me devora...

—¡Id á refrescar á otra parte!...

—Dejáos ablandar...

—¡Tararira!...

—Muero de sed...

—¡Pocas palabras!

—¡Una tigre os ha dado de mamar!

—Yo no os daré á beber mi vino.

—Dadme de beber, mañana pagaré...

—Pagadme hoy, y bebereis.

Llegados á este punto, La Bricole comprendió que era inútil llevar mas adelante un diálogo que no le conduciría á su objeto, y que sus súplicas se estrellarían contra una firme resolución.

Después se enderezó, retorció las amenazadoras puntas de su bigote, y esforzándose por dar á su fisonomía y á toda su persona un aire majestuoso, exclamó:

—No me humillaré mas delante de vos, hombre panzudo lleno de orgullo y vanidad, hay gentes mas prudentes que vos, que se apresurarán á fiarme, y esas gentes quizás no estén muy lejos.

—Caballero, dijo Jazmin con ironía, yo me alegraría mucho.

El hombre flaco prosiguió:

—¿Habeis tenido el honor de ver hoy á mi noble amigo D. Guzman Perez, Alonso, Belcolor y Fueros, y Panamas y Tulipano?

—¡No, por todos los diablos! exclamó Jazmin! ¡no, no le he visto gracias á Dios, y deseo con todo mi corazón no volver á ver mas, ni poco ni mucho, ni lejos ni cerca, su villana figura!

—¡Tabernero! dijo La Bricole lleno de solemnidad y con cólera, ¡sabais que insultais á un grande de España!...

—¡Grande de España!... El diablo me lleve, caballero La Bricole; si tuviese muchos parroquianos como ese Tulipano y vos, pronto tendria que cerrar mi tienda. Si es que quereis encontrar á vuestro malvado compadre, id á buscarle lejos de mi casa, porque espero que no pondrá mas aquí los piés...

Y, después de haber pronunciado estas últimas palabras, Jazmin Tonel volvió la espalda á La Bricole y se dirigió hácia algunos bebedores que le llamaban á grandes gritos.

El caballero, con el semblante ceñudo y la garganta seca, giró sobre sus talones y se dispuso á abandonar aquel sitio tan poco hospitalario, tarareando filosóficamente la primera copla de su canción, copla cuya perfecta exactitud podia juzgar mas que nunca en este momento:

¡Oh! cuánto vales dinero,
no hay sin ti felicidad!
Tú eres el verdadero
afán de la humanidad!

Ya pisaba el umbral de la taberna de la Vasija de Plata, cuando la puerta se abrió.

Un personaje, mas raro quizás que La Bricole, entró. Dos gritos de alegría partieron á la vez, y el recién venido arrojándose en los brazos del caballero, que le abrazó con efusión, exclamó con un acento extranjero muy pronunciado:

Pues que encuentro un amigo, con su ayuda, mi fortuna variará sin duda.

—¡Mas bien la mia, murmuró La Bricole aparte, con tal que Tulipano tenga dinero!...

¡. Guzman Perez, Alonso, Belcolor y Fueros, y Panamas y Tulipano, porque él era el que acababa de entrar, tenia una traza mas rara todavía que la del caballero.

La estatura del pretendido grande de España era por lo menos tan elevada como la de su amigo, y en cuanto á carnes nada tenían que echarse en cara.

Su rostro era tan negro como el de un mulato: en esta figura aceitunada no se distinguían mas que dos cosas: una nariz estremadamente larga y afilada, y un ojo de un brillo extraordinario.

Decimos un ojo, y en efecto, sea que Tulipano fuese naturalmente tuerto, ó por cualquier otro motivo, una venda de tafetan negro cubria enteramente su ojo izquierdo.

Un traje de terciopelo, negro en un principio, ahora blanquecino y semejante en mas de una parte á una blonda (tantos zurcidos se veían en su desgarrado tejido), diseñaba con una deplorable exactitud las delgadas formas y los miembros casi transparentes del español.

Su cabeza larga y puntiaguda desaparecía enteramente bajo las anchas alas de su sombrero.

Llevaba sobre la espalda, con una arrogancia teatral, la pequeña capa castellana.

Aquí nos vemos obligados á recordar á nuestros lectores las fantasías del gran Callot.

La espada de Tulipano, espada con la guarnición de acero bruñido, tenía por lo menos tres pulgadas mas que el interminable espadon de La Bricole.

Esta espada, sobre cuya empuñadura se apoyaba su mano izquierda, levantaba con gracia el borde de su capa.

Después de los reciprocos abrazos de que hemos hablado, el caballero dijo al español:

—Al punto que llegué he preguntado por tí...

—Yo pensé encontrarte aquí.

—¿Y qué viento te trae?

—La sed.

—¡Ah! ¡tú también tienes sed!

—¡Oh! ¡mas que tú!

—¡Es imposible!

—Veremos quién bebe mas...

—Eso es, bebamos; ¿mas quién pagará?...

—¡Tú! ¡pardiez!

—No... por eso estoy seco...

—¡Y yo no tengo un sueldo!...

—¡Tú! ¿te chanceas?...

Tulipano enseñó su bolsillo vacío, probando así de una manera irrecusable que la pretendida chanza era una triste realidad.

—¡Cruel destino! exclamó el caballero; ¡la desgracia nos persigue!... ¡y yo que contaba contigo!...

—¡Y yo contigo! ..

—¿Qué hacer, pues?

—Bebamos fiado.

—¡Imposible! Jazmin Tonel es intratable... y por otra parte, no está muy bien contigo...

—Sin duda á causa de una friolera que debo á ese zampatortas...

—¡Oh! ¡es un hombre sin delicadeza, y que no comprende el honor que le hacen hidalgos como nosotros honrando con nuestra presencia su chiribitil!...

—¡Es un galopin!

—¡Es un tunante!

—Y á todo esto, muriéndonos de sed.

—Yo veo un medio...

—¡Veamos cuál es!

—La noche es hermosa; salgamos de aquí, vamos á colocarnos en la esquina de la calle próxima, y cuando veamos llegar á alguno, sacamos las espadas y les salimos al encuentro... tal vez llevará en su bolsillo algunos escudos para que refresquemos esta noche...

—¡Admirable! siempre tienes tú buenas ideas:..

Los dos compañeros iban á salir para poner en ejecución su loable proyecto, pero un incidente imprevisto les detuvo.

IV.

UN RECIEN VENIDO DE BUENA FACHA.

Mientras tenía lugar entre el caballero de La Bricole y el grande de España Tulipano el extraño coloquio de que acabamos de dar cuenta á nuestros lectores, un tercer personaje, desapercibido de nuestros dos amigos, acababa de entrar en la Taberna.

Desde luego podia asegurarse que no era parroquiano de Jazmin.

Al aspirar los vapores tan corrompidos y asfixiantes como los de la Estigia mitológica, pareció hallarse sofocado, y habia llevado á las narices un fino pañuelo de batista empapado en agua de Portugal.

Este personaje, comparado con todos los asistentes á la taberna de la Vasija de Plata, podia pasar por un hombre de muy buen aspecto.

Su estatura, un poco mas que mediana, hubiera constituido un buen aire de cuerpo, sin un principio de gordura que entorpecía los contornos.

Su pierna, fina todavía, y cuya pantorrilla neronda se dibujaba perfectamente á través de una media de seda negra.

Todo el traje del recién venido era sencillo y de colores poco vivos, pero notable por el lujo, limpieza y cuidado que habia presidido á sus menores detalles: la corbata guarnecida de un rico encaje, y los zapatos bien lustrosos con sus hebillas de plata.

Parecia á primera vista un hombre acomodado ó un comerciante muy bien visto en su barrio.

Acerca de su edad, todo lo que puede decirse es que no bajaba de cuarenta y cinco años, ni pasaba de cincuenta.

Su mano torneada y blanca se apoyaba en un alto baston.

Marchaba con paso lento y majestuoso.

A primera vista, su ancha cara casi redonda y de un encarnado subido, sobre todo alrededor de la nariz y mejillas, ofrecia un aspecto de ingenuidad y alegría entre los apretados bucles de su empolvada peluca.

Pero deteniéndose un momento, por po

co observador que uno fuese, era imposible dejarse engañar por esta aparente ingenuidad.

La frente baja y deprimida hacia ver los perversos instintos y los vicios mal reprimidos.

Los ojos, muy hundidos é inquietos, parecían no poder mirar á nadie frente á frente; su mirada huía sin cesar delante de una mirada franca y leal.

La boca, á pesar de sus lábios espesos y voluptuosos, tenía una maligna sonrisa.

Pero, lo repetimos, todo esto en el primer momento ofrecía un aire de jovialidad que agradaba.

El desconocido avanzó hasta cerca del mostrador en que Jazmin Tonel se encontraba en este momento.

El tabernero, viendo venir hácia él un personaje de tan buen aspecto, y cuyo bolsillo debía estar bien provisto, se quitó su gorro de algodón con rayas encarnadas y blancas, y le saludo respetuosamente.

— Vos sois sin duda, dijo el desconocido, el dueño de este establecimiento...

— Si, caballero, Jazmin Tonel..... para serviros...

El desconocido prosiguió:

— Y esta será, según creo, la taberna de la Vasija de Plata?...

Jazmin respondió afirmativamente.

El desconocido sacó de su bolsillo un pedazo de papel sobre el cual estaban escritas algunas líneas.

— Vos debéis conocer, replicó en seguida, un individuo de muy mala traza...

— Conozco algunos, respondió Jazmin riendo. — Las malas trazas son más comunes aquí que las buenas.

— Las señas del hombre que yo busco son características...

— ¡Veamos!

El desconocido leyó en alta voz:

«Estatua muy elevada.

»Delgado en extremo.

»Nariz muy larga y en forma de pico de buitre.

»Boca larga y sin labios.

»Bigotes negros, puntiagudos y gigantes.

»Dientes largos y separados.

»Trage en mal estado, mitad militar y mitad paisano.

»Espada con empuñadura de cobre, verdadera tizona de matón.»

— ¡Ah! exclamó Jazmin interrumpiendo la lectura, ¡le conozco, le conozco!

— Esperad, dijo el desconocido, no he concluido...

Y prosiguió de esta manera:

«Edad, ignorada.

»Profesion, múltiple.

»Domicilio, desconocido: sin embargo, se le encuentra casi todas las noches en la taberna de la Vasija de Plata.

»Su nombre, La Bricole, con el título de Caballero.»

— La Bricole, repitió Jazmin, ese es precisamente el nombre que iba á decirnos; el retrato está perfectamente hecho para no reconocerle...

— ¿Con que vos conocéis á La Bricole?.....

— ¡Demasiado!

— ¿Está aquí esta noche?

— Estaba al menos hace un momento...

Jazmin miró á derecha é izquierda; después añadió:

— Y, esperad, justamente está allí, cerca de la puerta, con otro digno personaje en su género, un grande de España... D. Guzman de Tulipano.

— ¿Tendréis la bondad de decirle, que uno que no conoce quiere verle y hablarle un momento?

— Voy, caballero...

— ¡Escuchad! ¿no tendréis un sitio retirado donde podamos refrescar y hablar sin testigos?...

— Tengo lo que os conviene, un pequeño gabinete en el piso alto.

— ¡A las mil maravillas! Id á buscar á ese La Bricole.

El desconocido hablaba con el tono de autoridad de un hombre acostumbrado á ser obedecido en seguida.

Jazmin sabía que casi siempre las gentes que mandan así pagan largamente.

Así se apresuró á dirigirse hácia donde estaba La Bricole y Tulipano.

Las dos honradas personas, después de quedar convenidas, se preparaban á ir á tentar fortuna.

Jazmin puso la mano sobre la espalda del caballero.

Este último se volvió rápidamente.

— ¡Tabernero del demonio! dijo, ¿qué me queréis? ¿Venís á reparar la conducta que esta noche habéis observado conmigo?...

— Yo no vengo á reparar nada, caballero La Bricole, vengo á decirnos que hay allí uno que desea hablaros...

— ¿Uno?...

— Sí.

— ¿A mí?

— Sí.

La Bricole palideció.

— Un oficial de la guardia, quizás, murmuró.

— No creo eso, respondió Jazmin.

—¿Quién es entonces?

—Un particular de buena traza, que ni yo conozco ni vos tampoco... él cuenta por otra parte mojar la conversacion, porque ha hablado del gabinete de arriba y de refrescos...

—¡Voto á mil diablos! esela nó La Bricole, ¿eso es muy diferente! voy corriendo...

—Y yo, preguntó en tono lastimero Tulipano, mientras tú vas á refrescar, ¿qué voy á hacer?

—Tú me esperarás aquí sin menearte.

—¡Pues es divertido!

—Escucha, se trata sin duda de algun buen negocio que viene á proponerme, ¿comprendes?... Yo haré de modo que seas necesario, y vendré á buscarte en seguida...

—Cuento con ello... dijo Tulipano un poco mas tranquilo.

—Héme á vuestras órdenes, Tonel, exclamó entonces La Bricole; presentadme al noble caballero que desea hablar conmigo...

Y siguió al tabernero tarareando:

El rico entre las orgías
pasa contento sus dias,
y sus vasos entre flores,
guia el Dios de los amores.

—Señor, dijo el tabernero al desconocido, en tanto que el hombre flaco llevaba militarmente la mano á su sombrero, hé aquí al caballero La Bricole.

—Mucho me alegro conoceros, caballero, añadió el amigo de Tulipano.

El desconocido se inclinó con aire des-envuelto, y volviéndose hácia Jazmin, dijo:

—Conducidnos al gabinete de que me habeis hablado, y subidnos vino ó aguardiente, lo que mas le agrada al caballero La Bricole.

—¡Sube de lo uno y de lo otro, Tonel! dijo el caballero, una ensaladera y mucha azúcar, haremos arder el aguardiente... es muy saludable para el estómago, y el mio no está muy bueno; ¡soy de una naturaleza tan delicada!...

Jazmin tomó una pequeña lámpara de hierro, y haciendo señas al desconocido y al caballero de que le siguiesen, atravesaron la sala en toda su estension, y ganaron una escalera, ó mas bien una escala que conducia al piso superior.

Allí abrió una puerta é introdujo á sus compañeros en una pieza de mediana dimension, cuyas paredes estaban absolutamente desnudas, y que no tenia otros muebles que una mesa cuadrada colocada en medio, y algunas sillas de madera.

Jazmin puso la lámpara sobre la mesa.

Despues salió, anunciando que antes de

dos minutos volveria con los refrescos pedidos.

La Bricole colocó sobre dos sillas su sombrero y su inmenso espadon.

V.

REUNION DE PÍCAROS.

Durante la ausencia de Jazmin Tonel, ni una sola palabra se cruzó entre el desconocido y el caballero de La Bricole.

Los dos hombres se miraban de reojo, y parecian estudiarse reciprocamente.

En fin, el tabernero entró.

Colocó sobre la mesa tres grandes medidas de estaño, de las cuales una estaba llena de aguardiente y las otras dos de vino.

Además una inmensa ensaladera azulada con flores encarnadas, modelo curioso de vajilla que un aficionado al arte pagaria hoy á peso de oro, un plato lleno de terrones de azúcar, una gran cuchara de hierro, unos vasitos de hoja de lata, y un paquete de pajuelas, hechas de pequeñas cañas de cañamo empapadas en azúcar por las dos estremidades.

Hecho esto, se retiró despues de haber dicho:

—Estais servidos, caballeros...

La Bricole y el desconocido se sentaron uno enfrente de otro.

La Bricole empezó por verter en la ensaladera todo el contenido de la medida de aguardiente.

Despues, en el momento de echar la azúcar, se detuvo y preguntó al desconocido, que le miraba hacer sin decir nada:

—¿Lo quereis con mucha azúcar, caballero?

Aquel á quien se dirigia no contestó.

—No os ocupeis de mi, caballero, y hacedlo como para vos...

—Espero, sin embargo, que os agrada, y procuraré conservar la reputacion que he adquirido, preparándole...

—Reputacion de que yo os creo digno.

—Vos mismo juzgareis.

—No, porque no pienso beber.

La Bricole miró á su interlocutor para asegurarse si hablaba formalmente.

No pudiendo tener ninguna duda, exclamó:

—¡Ah! ¿qué decís? á mí que me gusta brindar...

—Me dispensareis por esta noche...

—Está bien, dijo La Bricole, poniendo fuego al aguardiente que arrojó al pu-

to una llama viva, azulada y purpúrea.

—Tenemos que hablar, replicó el desconocido.

—Lo sabía.

—¿Estais dispuesto á prestarme atención?

La Bricole apoyó los dos codos sobre la mesa, y su angulosa barba en la palma de la mano.

—Todo soy oídos, dijo.

—En ese caso, entro en materia sin rodeos, este es mi modo...

—¡Y es el mejor!

—Necesito un pícaro atrevido...

La Bricole saludó.

—Y vos habeis pensado en vuestro servidor, dijo, es mucho honor el que me haceis.

Sin hacer caso de esta interrupcion, el desconocido continuó:

—Me habeis sido indicado como un hombre de la vida airada, un bandido sin fé ni ley, un impio digno de la horca y de la rueda...

A cada una de estas palabras, el caballero se retorcia el bigote y hacia un pequeño saludo.

—Vamos, exclamó, veo que os han hecho bien mi retrato, está muy parecido... yo le acabaré en algunas palabras que dirán mas que las grandes frases...

—¿Y esas palabras?

—Hélas aquí: *Con tal que se me pague soy capaz de todo...*

—¡A las mil maravillas! veo que no me han engañado.

—¡Así es la verdad! Dejadme gustar el aguardiente, y decidme de qué se trata.

—¡Oh! Dios mio, de una cosa muy sencilla.

—¡Tanto peor!

—¿Por qué?

—Porque cuanto mas difícil es lo que se pide, mas caro se paga: esto es lógico...

—Muy bien dicho: mas aunque la cosa sea un juego de chiquillos, se pagará generosamente.

—¡Ehonorabuena! *Quisquillosa* y yo estamos a vuestra disposicion...

—¿*Quisquillosa*?... replicó el desconocido con un acento de pregunta.

—Es mi espada, respondió La Bricole sonriendo, la he dado este nombre de amistad, porque ella como su amo es muy quisquillosa en materia de honor...

—Espero, dijo el desconocido, que no tendreis necesidad de desenvainarla.

—¿Como? ¿no se trata entonces de desembarazaros de alguno?

—De ningun modo.

—Entonces esplicáos, porque no os comprendo.

—Se trata de un rapto, dijo el desconocido.

La Bricole apoyó uno de sus dedos sobre el ojo izquierdo, y tuvo un acceso de risa silenciosa.

—El rapto es una de mis especialidades, dijo en seguida, y le practico con algun éxito... pero debo preveniros de antemano, que que un rapto es bastante caro...

—Estad tranquilo, vos pondreis el precio, y no se regateará con vos.

—Vamos, vos entendeis los negocios... ¿Qué hay que robar? ¿Una soltera?... ¿una casa?... ¿una viuda?

—Una jóven.

—¿De qué clase?

—¡Oh! Dios mio, del pueblo.

—¡El negocio marchará bien! ¿Su nombre y señas?

—Las tendreis mañana.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque aquel por cuya cuenta vais á obrar, quiere dáros las él mismo.

—¡Aquel por cuya cuenta voy á obrar!... repitió La Bricole; ¡ah! ¿entonces no sois vos?...

—¡No en verdad!

—¿Y... quien es?

—Mi amo.

—¿Un gran señor?...

—Podeis jurarlo: un gran señor...

—¿De quien vos sois?...

—El mayordomo, el fac totum... el...

—¡Comprendo! ¿Y ese gran señor cómo se llama?

—Poco os importa saber su nombre, con tal que conozcais su oro.

—Sin embargo, para darle cuenta de mis acciones, para entregarle la tortolita despues del rapto...

—Todo eso será previsto, no os inquieteis por nada.

—Así queda arreglado, y bebo á la salud del gran señor que quiere guardar el incógnito.

—Creo, replicó el desconocido, que necesitareis un compañero...

—Eso no hay que dudarlo.

—¿Conoceis á alguno?

—Si, sí, le conozco.

—¿Un hombre seguro?

—Respondo de él como de mi mismo; siempre trabajamos juntos... pero esperad, esta abajo aguardando mis ordenes... quiero que le veais.

Y sin esperar la respuesta de su interlocutor, La Bricole abrió la puerta del gabi-

nete, se dirigió á la sala baja, y gritó con voz de trueno:

—¡Eh! Tulipano... aquí.

El grande de España obedeció como un perro.

Apenas se habia pasado minuto y medio, cuando este personaje grotescamente siniestro aparecia, con su venda en el ojo, su ancho sombrero, su capa castellana y su interminable espada.

Tulipano saludó grave y ceremoniosamente al desconocido; despues sin esperar á que le invitasen, se sentó y se bebió uno tras otro algunos vasos de aguardiente, como si su gáznate hubiese estado ferrado de hoja de lata.

En pocas palabras La Bricole le puso al corriente de las proposiciones que se le habian hecho.

Tulipano meneó la cabeza en señal de consentimiento.

—¿Con que, dijo el caballero al desconocido, vuestro amo se reserva ponernos al corriente de los detalles que debemos conocer antes de obrar?

—Sí.

—¿Segun eso le veremos?

—Sin duda.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—Entre nueve y diez de la noche.

—¿En dónde?

—No sé todavía.

—¿Y cómo lo sabremos?

—Vos me esperareis en esta taberna, donde vendré á buscaros.

—¡Perfectamente! ¿Y en cuanto al precio?...

—Os repito que le fijareis vos mismo; si mi amo queda contento de vos, su liberalidad no tendrá límites...

—¡Contento! ¡lo estará pardiez!

—Entonces tambien vos lo estareis.

—Tengo que haceros una súplica, replicó La Bricole, despues de un momento vacilando.

—Decid.

—Temo no os parezca indiscreto...

—Decid, nada temais.

—¡Y bien! querriais concedernos una ligera gracia... desearia infinito pagar esta noche á ese tuno de Jazmin...

—¿Cuánto deseais?

—¡Oh! una frió era...

—¿Os parece bastante diez luises?

La Bricole no creia lo que oia, y Tulipano dió un salto á pesar de la gravedad española que afectaba.

—¿Deciais?... exclamó el caballero.

El desconocido lo volvió á repetir.

La Bricole alargó la mano diciendo:

—Cree en efecto que eso nos bastará.

—Entonces aquí está la suma.

Diez piezas de oro cayeron en la mano abierta del caballero, el cual las apretó ávidamente entre sus delgados dedos.

El desconocido tomó su sombrero y su baston.

—Hasta mañana á la noche, dijo dirigiéndose hácia la escalera; cuento con vos...

—¡En vida y alma! mi noble amigo... exclamó La Bricole en el colmo del entusiasmo.

VI.

MONSEÑOR.

Las dos personas honradas permanecieron una en frente de otra y se miraron riendo como los augures de la antigua Roma.

Despues La Bricole llenó los dos vasos de aguardiente, vació el suyo de un trago, y pegando con el paño sobre la mesa, exclamó:

—¿Qué dices de esto?

—¡Buen negocio! respondió el grande de España.

—¡La gallina de los huevos de oro, mi digno amigo!... Trataremos de desplumarla...

—Somos ricos y poderosos.

—Me precio de ello: á propósito, ¿te hace falta dinero?

—¡Pardiez!

—¿Cuánto quieres?

—¡Me gusta la pregunta!

—¿Por qué dices eso?

—Tú has recibido diez luises, me tocan cinco.

—No hay tal.

—¿Cómo!

—Yo soy el todo del negocio; á mí ha venido á buscar, yo te he llamado, en justicia no debia darte mas que la cuarta parte de los beneficios... pero quiero mostrarme generoso y que quedes contento de mí: ahí tienes tres luises.

Tulipano, refunfuñando por la desigualdad de la particion, se embolsó la suma.

Los dos bebedores, despues de acabar el aguardiente, hicieron lo mismo con el vino.

En seguida se dirigieron á la sala baja.

La Bricole marchaba con arrogancia, la cabeza erguida, los bigotes mas retorcidos que nunca; en pocas palabras... marchaba con el aplomo de un hombre que lleva oro

en su bolsillo, y entre dientes tarareaba aquellas coplas de su cancion favorita, habiendo introducido una varacion que la situacion presente justificaba:

Con mi bolsa
siempre llena
vida buena
pasaré!
Y en mi dicha
con botellas
y las bellas
gozarei!

Al concluir el último verso, se encontró frente á frente con el tabernero.

—¡Y bien! mi pequeño Tonel, le dijo tocándole familiarmente en el vientre, bien veis que estaba escrito que habia de beber esta noche en vuestra casa...

—Pero estaba igualmente escrito, señor caballero, que quien pagase no habiais de ser vos...

—¡Ah! ¿vos creéis eso?...

—¡Yo lo creo! ¡El sugeto que acaba de salir ha pagado el gasto.

—No hizo mas que lo que debía... Pero nuestra antigua cuenta... esa cuenta que tomáis tan á pecho, ¿no habláis ya de ella?

—¿Y para qué? seria tiempo perdido...

—Puede ser.

—Hablemos, pues, lo que queráis, pero pronto, porque me veo obliado...

—¡Y yo! ¿creéis acaso que no? Tengo cita para esta noche con dos condesas y tres marquesas... pasemos al mostrador, Tonel...

—¿Para qué?

—Para pagar esa miseria, esa bagatela... treinta y tres libras...

—¿Os burláis todavía, caballero... vais de nuevo á olvidar vuestra bolsa?...

—La he vuelto á encontrar...

Jazmin Tonel meneó la cabeza con aire de incredulidad.

—Sin embargo, se dirigió hácia el mostrador y tomó el pedazo de madera lleno de geroglíficos, de que ya hemos hablado.

La Bricole sacó de su bolsillo dos luises, y arrojándolos al tabernero con aire de gran señor, le dijo majestuosamente:

—¡Buen hombre, cobraos!...

—¡Ah! exclamó Jazmin.

—¡Esa es buena moneda, Tonel!

—¡Escelente! Mas ese con quien habeis estado, ¿os traia el Perú en su bolsillo?...

—¡Casi, casi!

—¡Llegó muy á tiempo para vos!... ¿Quién diablos es ese hombre?...

—¿Qué, no habeis adivinado?

—Por mi fé que no.

La Bricole se hinchó como la rana de la fábula de Lafontaine, y respondió contoneándose:

—Es el mayordome de mi noble familia, del cual os he hablado hace una hora. Me ha traído esta noche algunos fondos, y mañana debe completarme cien mil libras.

—¿Y vuestro amigo D. Guzman de Tulipano, replicó Jazmin, ha recibido tambien fondos?

El español se acercó con aire grave.

—Cobraos, dijo á su vez, arrojando una pieza de oro á Jazmin.

—Vamos, murmuró este último volviendo tres libras al grande de España que le debía veintiuna, ¡hoy es la noche de los milagros!...—Espero, caballeros, añadió en seguida, que seguireis honrándome con vuestra asisencia...

—¡Ah! no debíamos hacerlo, dijo La Bricole, porque vuestro comportamiento con nosotros ha sido mezquino, pero nosotros somos buenos en demasia, y volveremos.

—Todos los toneles que hay aqui, incluso yo, están á vuestra disposicion... dijo Jazmin marcando las palabras.

—¡Pardiez! cuento con ello, replicó el caballero, tendreis el gabinete á mi disposicion para mañana por la noche, y pondreis en él gran cantidad de vuestro aguardiente mas anejo, porque el mayordome de mi noble familia vendrá á buscarme.

—Corriente.

La Bricole y Tulipano abandonaron la taberna y se encaminaron hácia un garito situado en la calle de San Antonio, y en donde algunos individuos esplotaban á los desgraciados novicios con naipes preparados y dados falsos.

Allí pasaron muy agradablemente el resto de la noche.

§

A la noche siguiente, á las ocho poco mas ó menos, se hallaban nuestros personajes en el gabinete que ya conocemos.

Una media hora se habia pasado, cuando la puerta se abrió para dar paso al misterioso mayordome del gran señor desconocido.

La Bricole y Tulipano le saludaron respetuosamente.

—¿Estais dispuestos? preguntó.

—Lo estamos, replicó el caballero.

—Entonces, venid! Mi amo espera.

—¿En donde?

—Ya lo vereis.

—¡Está bien!

Los tres hombres salieron de la taberna.

El mayordomo les hizo subir la calle de San Antonio, en la dirección de la plaza de la Bastilla.

Apenas se dibujaban en el sombrío espacio los imponentes perfiles de las fortalezas y torreones de la prisión de Estado: las tinieblas eran profundas y la soledad absoluta.

—Ya nos acercamos, dijo el mayordomo.

—¿Qué título debo dar á vuestro amo? preguntó La Bricole.

—Llamadle Monseñor.

—¡Basta!

Detras de la fortaleza se encontraba un terraplen desierto durante el día, y con mayor razón durante la noche.

En este terraplen se hallaba apostada una carroza con dos caballos negros.

Esta carroza no llevaba armas, y sus faroles estaban apagados.

El mayordomo se acercó á una de las portezuelas.

—Monseñor, dijo, aquí está el hombre.

—Bien, respondió una voz dulce desde el interior de la carroza, que venga á hablarme.

El mayordomo empujó á La Bricole que se acercó á la portezuela, con el sombrero en la mano y haciendo saludos como si hubiera sido posible verlos.

—Estoy á las órdenes de monseñor... dijo con un tono que no tenía nada de su arrogancia acostumbrada.

—¿Sabeis ya de qué se trata? preguntó la voz.

—Sí, monseñor, sé que se trata de un rapto, y haré todos los esfuerzos posibles para justificar la confianza...

La voz interrumpió al caballero.

—Escuchad, dijo esta voz. La persona que se trata de robar se llama Juanita Loiller... ¿Os acordareis de este nombre?

—Perfectamente, monseñor.

—La joven tiene quince años y vive con su familia en la calle Aubry-le Boucher...

—A las mil maravillas, monseñor.

—Su familia pertenece al pueblo... pero sus padres son gentes honradas y estimadas en su barrio; el padre está empleado en la Halle, la madre vende pescado... tiene ocho hijos, el mayor es sarjento de guardias franceses; Juanita es la mas joven de la familia... ¿Retendreis todos estos detalles?

—No olvidaré una palabra, monseñor.

—Ella está muy vigilada, es muy conocida y muy amada de sus vecinos... es preciso

evitar con cuidado todo ruido, todo escándalo: el rapto será difícil ..

—Un celo como el mio, monseñor, se dobla con los obstáculos.

—Espero que sea cosa de ocho días...

—¡Antes, monseñor, antes!

—Examinad desde mañana la posición, y veros con mi mayordomo para darle cuenta de lo que hagais...

—Sí, monseñor.

—Vos os entendereis con él respecto á los medios que juzgueis conveniente emplear... Pero que no aparezca de ningun modo que él anda en todo eso.

—Estad tranquilo, monseñor.

—El dinero que necesiteis no os faltará... y cuando hayais conseguido lo que deseo, yo sabré recompensar dignamente vuestra actividad ..

—¡Cuántas bondades, monseñor!

—El día que entregueis la joven en manos de quien es de derecho, recibireis trescientos lises.

—Antes que no conseguirlo, me dejaré matar trescientas veces.

—Está bien.

La Bricole, por el acento con que fueron pronunciadas estas palabras, comprendió que la conversacion habia concluido, y saludó respetuosamente.

La voz llamó:

—Grain-d'Orge...

—Héme aquí, monseñor, respondió el mayordomo.

—Da dinero á ese hombre, y arréglate con él.

—Bien, monseñor.

Los caballos partieron al galope, y la carroza desapareció en la oscuridad.

—Aquí teneis quince lises, dijo al caballero el mayordomo que hemos oido llamar Grain-d'Orge, nombre de guerra sin duda. Mañana por la noche iré á reunirme con vos á la taberna de la Vasija de Plata. Pasadlo bien, y no olvideis nada...

—Calle Aubry-le-Boucher, Juanita Loiller, bien veis que me acuereo. Estad tranquilo, y contad conmigo.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

El mayordomo se perdió en las tinieblas, como habia desaparecido la carroza.

La Bricole se acercó á Tulipano, que habia estado un poco separado segun las órdenes de Grain d'Orge.

—¿Cuánto te ha dado esta noche? preguntó el grande de España.

—¿Cuánto? repitió el caballero, que pensaba decir que nada habia recibido.

—¡Sí!... he sentido el ruido del oro.

—¡Y bien! me ha dado diez luises como ayer. ¡Toma tres, creo que tu paseo esta bien pagado!

Tulipano se guardó el dinero.

—¿Y cuánto te ha prometido? preguntó en seguida.

—Cien luises.

—Poco es.

—¿Qué dices? ¡creo que es bastante! Si estoy contento de tí te daré cuarenta.

El grande de España, según su costumbre, reíunfuñó, pero no respondió nada.

Después los dos, como la víspera, se dirigieron al garito, con el honesto fin de hacer allí alguna picardía.

VII.

LA FAMILIA LOLLIER.—EL ROSAL DE JUANITA.

Creemos, sin afirmarlo de una manera positiva, que la calle Aubry-le-Boucher acaba de desaparecer en las recientes demoliciones de que Paris va á salir todo nuevo y vestido de blanco, como una desposada el día de sus bodas.

De todos modos, en ningún tiempo la calle en cuestion ha ofrecido nada que sea digno de llamar la atención; por consiguiente nada tenemos que decir de ella, sino que es estrecha, tortuosa y oscura, sobre todo en la época en que tienen lugar los hechos de que somos fieles historiadores.

La familia Lollier ocupaba el piso bajo de una de las casas más próximas á la calle de S. Martin.

Esta familia, según el gran señor desconocido dijo á La Bricole, era numerosa.

Se componía de diez personas: el padre, la madre y ocho hijos.

Andrés Tomás Lollier estaba empleado en la limpieza de la plaza de la Halle.

Si ponemos que esta espresion, que reproducimos servilmente de las Memorias históricas, equivalía á la de *barrendero*.

María Juana Ladure, mujer de Andrés, tenía en la Halle un puesto de pescado.

En ningún puesto se encontraban las rayas, los rodaballos, los lenguados y los cangrejos más frescos que en el suyo.

Debemos añadir á esto, que contra la costumbre de sus compañeras, se mostraba muy complaciente con sus parroquianos.

Así su comercio prosperaba de día en día.

Los esposos Lollier se hubieran visto, gracias á su industria y trabajo, en una regular posición, si el número siempre cre-

ciente de sus hijos no hubiera venido á impedirlo.

Pero ellos habían vencido todas las dificultades, y las habían soportado, como sucede casi siempre á las gentes honradas que ni se entristecen ni se acobardan.

Todos sus hijos se manejaban admirablemente, y los muchachos hacían punto de honor el permanecer el menos tiempo posible haciendo mal tercio á su familia.

Así es, que el hijo mayor, Eustaquio Lollier, arrogante mozo de veintiocho años, era ya sargento de guardias-francesas, lo cual era un grande honor para los de su clase, y era causa de que los Lollier fuesen muy considerados en su barrio.

Juanita Lollier, la heroína de esta narración, había nacido el 29 de diciembre de 1740.

Aunque nació en muy mala hora, y María-Juana, su madre, hubiera hecho mejor en reposar sus laureles, su linda cara, sus gracias, su pico de oro, la hicieron querida de sus padres, más querida quizás que sus hermanos.

Hé aquí en qué términos se espresan con este objeto las Memorias de que hemos hablado hace un momento:

«Una señora llamada Grimaud, viuda de un ughier, mujer honrada y de buena posición, habita la misma casa que la familia Lollier, y fué la madrina de la niña, á la cual puso el nombre de Juanita.

»A medida que la niña fué creciendo, la madrina la tomó cariño y fué su maestra.

»La enseñó todo lo que ella sabía, es decir, á leer, escribir y contar. Juanita llegó á ser de este modo (para su época y para la clase á que pertenecía) un verdadero fenómeno de erudición, un pozo de ciencia.

»La viuda Grimaud la formó así el corazón y se ocupó especialmente de su voz, que Juanita tenía excelente, llena y melodiosa.

»Esta educación musical fué tan bien conducida, que Juanita no tenía más que doce años cuando el cura de la parroquia, que favorecía mucho á la familia Lollier, la hizo cantar unos villancicos.

»Los feligreses, y sobre todo los del barrio, quedaron admirados de Juanita y de su hermosa voz.

»Poco faltó para que María-Juana se volviese loca de contenta.

»Al año siguiente, la superiora del convento de las Hijas de Dios, que había oído hablar mucho de Juanita, la pidió para que cantase en los oficios de la semana santa.

»Juanita cantó en efecto un *Stabat* y un

Ofilii et filia, y todo tan bien, que desde este momento dejó de confundirse con las de su edad.

»Estas distinciones, estas alabanzas, estos elogios volvieron locas de contento á la madre y á la hija.

»María-Juana que no veía profesion mejor que la de comerciante de pescado, hubiera deseado que Juanita se uniese á su comercio, á fin de que algun dia pudiese sucederla en su puesto: pero viendo á su hija tan bonita, tan delicada y distinguida, una especie de temor instintivo le impedía descubrirla sus secretos deseos.

»Juanita, por su parte, tan desarrollada y *fina como el coral*, comprendia perfectamente las intenciones de su madre, pero sentia una insoportable repugnancia en presencia de todos los detalles poco halagüeños del comercio de pescaderia, y se estremeaba á la sola idea de tener que introducir sus blancos y delicados dedos en las ensangrentadas agallas de un pescado.

«Entretanto el tiempo pasaba, y Juanita, no abandonando nunca la habitacion maternal, tenia por toda atribucion tener en buen orden y en buen estado los enseres de la casa.»

§

Las páginas que preceden esplican perfectamente los primeros años de la joven.

En la época que empiezan los sucesos de esta historia, Juanita tenia quince años.

Penetremos ahora en la pieza principal de la habitacion de los Lollier.

Esta pieza, con una ventana que daba á la calle, servia á la vez de cocina, de almacén, de comedor y de sala de recibir.

Su mueblaje era mas que sencillo, y consistia en una gran mesa cuadrada, dos baules, un armario, y una docena de sillas de madera, todo limpio y aseado como en una casa holandesa.

Una grande chimenea, sobre cuya campana era facil tenerse de pié, ocupaba el centro de una de las paredes laterales.

En esta chimenea, tres ó cuatro garfios sostenian otros tantos calderos, de los cuales, uno gigante como estaba destinado para cocer los cangrejos y las langostas, que María-Juana llevaba en seguida á la plaza, enteros y sabrosos bajo su concha encarnada.

A pesar de la esquisita limpieza de que hemos hablado hace un momento, un olor de pescado muy marcado reinaba en esta pieza.

Un gran ramillete de campesinas flores,

colocado sobre un baul, en un jarron de porcelana blanca con raros dibujos, tenia por objeto combatir con sus perfumes el olor del pescado de mar.

Desde luego podia asegurarse que habia sido Juanita la que con sus blancas manos habia compuesto aquel ramillete, cuyos subidos colores sobresalian con una armonía poco comun.

Ella tambien era la que le hacia conservarse tan lozano, rociándole con agua fresca dos ó tres veces al dia.

Juanita tenia pasion por las flores: las miraba como criaturas animadas. Las hablaba, escuchaba sus misteriosas respuestas y se embriagaba aspirando sus penetrantes emanaciones.

Un dia, una de sus vecinas que vendia flores en el malecon cerca del Palacio de Justicia, la habia regalado un pequeño rosal.

Triste presente, porque el arbusto estaba raquítico.

Juanita, loca de alegría, le habia cuidado de tal modo, que poco á poco se habia reanimado.

Sus hojas, amarillas y descoloridas, habian vuelto á tomar su hermoso color verde, su inclinado tronco habia vuelto á enderezarse.

¡El arbusto vivia!

A la primavera siguiente apareció un boton, luego dos, luego diez.

A los botones sucedieron las rosas.

Esto fué para Juanita un verdadero placer, un delirio del cual no sabriamos dar una idea.

María-Juana en su maternal ternura, estaba celosa del rosal, y pretendia que Juanita la amaba menos desde que habia dado su corazon al arbusto.

Algunos meses se pasaron, y llegó el otoño.

Las rosas se marchitaron, y cayeron deshojadas unas tras otras.

Juanita se consoló, diciéndose que á la primavera próxima botones y rosas reaparecerian.

Mas ¡ay!... sucedió muy al contrario.

Un mal desconocido se declaró.

El arbusto fué herido de una de esas conunciones sin remedio que atacan á las delicadas plantas aprisionadas en el barro de un tiesto demasiado estrecho para sus raíces.

Y despues.. el aire y la luz faltaban.

Juanita luchó durante algunos dias contra la evidencia.

Mas en fin... la triste verdad apare-
ci6.
El arbusto habia dejado de vivir.

por sus mejillas, despues cay6 desma-
yada.

Luego que volvi6 en si, se declar6 una



Cuando la j6ven no pudo conservar ni
uua sombra de esperanza, se la vi6 palide-
cer y vacilar, algunas l6grimas rodaron

fiebre ardiente: Juanita estaba muy mala,
y durante mas de una semana se crey6 qu
iba a morir con su rosal.

Una vez restablecida, y aun mucho tiempo despues, no se hablaba jamás delante de ella del pobre arbusto á quien tanto habia amado, porque su corazon se hubiera oprimido, y se hubieran visto llenarse sus hermosos ojos de lágrimas repentinas.

¡Tanto amaba Juanita las flores!

VIII.

JUANITA Y ROSA.—LOS DESPOSADOS.

Desde el principio de este volumen, no hemos puesto, por decirlo así, ante los ojos de nuestros lectores mas que villanas figuras.

La Bricole, D. Guzman de Tulipano y Grain d'Orge, son modelos acabados de fealdad física y moral.

Ya es tiempo de volver la vista, presentando mas graciosos semblantes, y trazando cuadros menos odiosos.

Esto es lo que vamos á intentar hacer.

En el capítulo precedente hemos descrito rápidamente la pieza principal de la habitacion de la familia Lollier.

Veamos ahora los personajes.

Estos personajes eran en número de tres: dos muchachas y un jóven.

Una de aquellas era rubia y fresca, sus labios rojos, sus grandes ojos de terciopelo azul, entre una doble hilera de largas pestañas.

Esta jóven, vestida con un elegante *negligé* de tela de color, parecia una viva personificación de la alegría y del humor franco y alegre.

Reía sin cesar y á cada instante.

Cualquiera hubiera dicho que habia una perpétua coquetería en aquella risa inagotable, que dejaba ver el humedo esmalte de sus pequeños dientes blancos como el marfil, y los graciosos hoyuelos de su barba y mejillas.

Pero podemos asegurar que no habia allí coquetería.

Rosa, así se llamaba la alegre jóven, hubiera reído mucho mas, aun cuando la risa la hubiese vuelto menos hermosa.

Estaba sentada en una silla, cuyo respaldo se apoyaba en la mesa cuadrada que se encontraba en medio del cuarto.

Sus rosadas manos, medio ocultas por pequeños mitones de hilo blanco, jugaban perezosamente con algunas flores, cogidas sin duda del ramillete de que hemos hecho mencion.

Siempre deshejándolas, no cesaba de reír.

Enfrente, y muy cerca de ella, estaba de pié un buen mozo, llevando el airoso uniforme de sargento de los guardias franceses.

Nada sentaba mejor que este traje á su elevada y airosa estatura, á su figura varonil y espresiva.

Fácil es adivinar que este buen mozo, no era otro que Eustaquio Lollier, el hijo mayor de María-Juana.

—¡Oh! ¡Rosa hechicera y mala! murmuró, ¿por qué atormentarme así?

—¡Embustero! interrumpió Rosa riendo, ¿por qué decir que soy mala cuando no pienso en ello! ¡yo os atormento!... ¿y cómo?

—¡Bien lo sabeis!

—¡No hay tal!

—¿Por qué, cuando os lo suplico, no convenis en que me amais?

—¿Vos lo dudais? preguntó Rosa burlándose.

—No... pero...

—¡Y bien! puesto que pretendéis saberlo, ¿por qué me lo preguntais?

—¡Es tan bueno escucharlo!

—¿Está hoy en moda que las jóvenes honradas hablen de amor á los guardias franceses?... exclamó Rosa riendo cada vez mas.

—Sí, en verdad, cuando el guardia francés y la hermosa jóven deben casarse dentro de ocho dias.

—¡Y bien! esperemos que se verifique el matrimonio... y entonces...

—¿Entonces?...

—Veremos... quizás os diga despues lo que no quiero decir os antes... y no os incomodeis por eso, mi pobre Eustaquio, añadió Rosa con su risa hechicera, hay tantos maridos en Paris á quienes sucede lo contrario, y á quienes se dice antes lo que no se les vuelve á decir mas despues!...

Habia en estas palabras una confesion disfrazada que no se escapó á la penetracion del jóven.

—¡Sois un ángel, Rosa! exclamó con alegría.

—¡Es decir que ya no soy mala!...

—¡Sí, un ángel! y yo os adoro...

Y el guardia francés tomándola una mano que se dejó coger, la cubrió de besos.

Rosa no hacia mas que reír.

Entretanto, otra jóven, sentada cerca de la ventana, por la cual entraba una escasa claridad á traves de sus verdosos cristales, parecia estar enteramente absorbida en el trabajo de costura, al cual daba ya término.

Pero, de reojo, observaba con curiosa atencion el gracioso cuadro que acabamos de trazar.

Esta joven era Juanita Lollier.

Jamás mas distinguida belleza habia merecido mejor atraer las miradas y hacer latir los corazones.

Jamás el cincel del escultor y el pincel del pintor se unieron para crear una obra maestra, ni hubieran podido producir un conjunto tan perfecto y acabado.

Juanita era el tipo ideal de la perfeccion y de la belleza.

No de esa belleza fria, de esa belleza clásica que se admira, sino de la belleza verdaderamente femenina y parisiense en todo lo que tiene de mas gracioso y hechicero.

Bajo sus largos cabellos negros, abundantes y lustrosos, echados sobre las sienes y formando á la altura de sus pequeñas orejas nacaradas dos elegantes bucles, se veía una frente pura y de una admirable blancura.

Sus grandes ojos negros, dulces, melancólicos y vivos á la vez, eran espresivos como la palabra, y lanzaban á las veces abrasadoras miradas.

La boca, esa pequeña boca de las mujeres de Watteau, cuyo dibujo ha desaparecido, parecia, á pesar de la castidad de sus contornos, y por servirnos de una espresion adecuada al lenguaje del tiempo, *el arco del dios Cupido*

Esta cabeza ideal se unia á las espaldas por un cuello tan puro, tan perfecto, como debia serlo mas tarde el de la hermosa y desgraciada princesa de Lamballe.

Su talle, flexible y encorvado como el de una española, era quizás un poco delicado, pero prometia ofrecer bien pronto esas formas redondeadas y voluptuosas que faltan en la primera edad, y cuya falta á los quince años es una gracia mas.

Las duquesas, las mas envaneidas de su pié aristocrático y de su mano elegante, hubieran envidiado el pié y la mano de Juanita Lollier.

Todo lo que acabamos de decir no ha servido mas que para probar las pocas fuerzas con que nos encontramos para hacer el verdadero retrato de Juanita.

Necesitaríamos los rasgos de Latour ó los pinceles de Boucher para hacer revivir dignamente esta ideal figura.

Mas feliz que Juanita Lollier, Genoveva Calliot, habia encontrado un pintor, y..... ¡qué pintor! ¡el inmortal Greuze!

§

De repente, y en el momento en que Eustaquio Lollier acababa de besar la

mano de su alegre prometida, Juanita dejó su labor (una gran bata de su madre casi nueva y que no habia servido mas que dos años), se levantó y se aproximó ligeramente á los dos.

No sabemos decir cuántas nuevas gracias descubria su modo de andar.

—Querido hermano, buena hermana... dijo Juanita, ¡qué niños sois! Os incomodais sin cesar por cualquier cosa, para reconciliaros en seguida. ¿No seria mejor que os amásei: buenamente? —Tú, mi pobre Eustaquio, crees que Rosa no te ama, y no tienes razon; porque te adora... ¡respondo de ello! —Tú, Rosa, te echas á reir cuando mi hermano te habla de amor, y haces mal, porque tu corazon en el fondo es todo de él...

—¡Ah! ¡pues ya! dijo la hermosa Rosa.

—Sí, *todo de él*, replicó Juanita recalcando maliciosamente estas palabras, y tú me lo repites sin cesar cuando estamos solas...

—¡Oh! ¡traicion! dijo Rosa riendo.

—¡Oh! ¡felicidad! exclamó el guardia francés.

—Dá s prisa, prosiguió Juanita, y puesto que todo está convenido entre vosotros y entre nuestras familias, decidid sin tardar qué dia se ha de celebrar la boda, y en dónde hemos de bailar...

IX.

EL HOMBRE PROPONE Y LA MUJER DISPONE.

La última proposicion de Juanita no tuvo opositores.

En el fondo, la hermosa Rosa, como habia dicho Juanita, adoraba al guardia francés.

Se reía de sus palabras de amor, porque se reía de todo; le contrariaba con gusto porque era de humor burlesco, pero su corazon latia con violencia al pensar que dentro de algunos dias iba á ser suya.

—¡Eso es! exclamó Eustaquio, ¡arreglémoslo todo!... la boda... ¿dónde celebraríamos la boda?

—Desde luego, dijo Juanita, yo pretendo tener voz deliberante en el consejo...

—¡Pardiez! replicó Eustaquio, eso no hay que preguntar.

—¡Oh! sí, hermana, dijo á su vez la prometida del guardia francés, danos tu parecer, todo lo que tú quieras lo quiero yo...

—Antetodo, replicó él, nos hace falta un sitio espacioso... pensad que seremos lo menos cincuenta ó sesenta personas...

—¿Tantos?... dijo Juanita.

—¡Yo lo creo! vete contando... nuestras dos familias y los amigos de nuestras familias, ¡que gracias á Dios tenemos algunos y bucaos!... despues todos mis amigos, los sarmentos de la guarda francesa... luego la música, irán los pifanos y tambores... mi teniente me lo ha prometido.

—¡Es verdad! esclamo Rosa riendo á carcajadas y batiendo las palmas, eso será encantador.

—¡Encantador, querida Rosa!... ¡dí magnífico!... ¡ah!... ¡dará que hablar la boda de Eustaquio Lollier y Rosa Pierrefite, la jóven mas linda del barrio de San Martin

—Despues de Juanita, esclamo Rosa, arrojándose al cuello de su futura hermana.

—¡Oh! replicó Juanita, las hermanas son partes interesadas, y no tienen voto... por otra parte, tú, Rosa, eres mas bonita que yo...

—No tal...

—Yo te aseguro que sí...

—Yo te juro que no...

Esta disputa hizo reir á Eustaquio, que corto la discusion diciendo:

—Teneis razon las dos, porque tan bonita sois una como otra.

Rosa recompensó á su prometido con una sonrisa.

Despues preguntó:

—Y bien, ¿qué decidimos.

—Yo propongo los *Porcherons*, dijo Eustaquio.

Una encantadora sonrisa cruzó por los labios de Juanita.

—¡Oh! los *Porcherons*... dijo

—¿No te agrada, hermana?

—Francamente... no.

—¿Por qué?

—Es un sitio muy malo los *Porcherons*... respondió la jóven; dicen que van allí señores disfrazados... creo que allí no estaríamos tranquilos; por otra parte, el sitio no es bastante campestre, no se ve siquiera una pobre flor...

—No hablemos mas de él, dijo alegremente Eustaquio.

—¡Rechazado con pérdida! esclamó Rosa riendo

—¡Mala!... replicó Eustaquio, he sido vencido, es verdad, pero vos pagareis los derechos de la guerra!

—¿Y cómo?

—Vais á verlo.

Y dirigiéndose á ella la dió un abrazo.

Rosa se puso colorada: despues se echó á reir, diciendo:

—Tanto peor para vos, de esa manera os robais á vos mismo...

—¡Ah! ¡bah! yo me resarciré mas tarde.

—Veamos, dijo Juanita, otra cosa.

—¿Qué dices de *San Gervasio*?

—Ese es mejor...

—¿No es todavía bueno?

—No; creo que se puede encontrar mejor todavía.

—¡Apuesto, hermana, que tienes una idea!...

—Puede ser...

—Dita, di pronto tu idea, hermana... exclamó Rosa, ¡apuesto que es excelente!...

—¡Y bien! puesto que lo quereis, he pensado en el *molino de Javelle*.

—¡Sí!... ¡sí!... ¡sí!... dijeron á la vez los dos, Juanita tiene razon; ¡adoptado! ¡adoptado! ¡viva el *molino de Javelle*!

Y el guardia francés se puso á cantar con voz de trueno esta antigua cancion de la época:

Al molino de Javelle
van dos á dos,
aqueillos que en su pecho
sie teu amor!
Que la hermosa jóven
sea tierna y fiel,
que allí al amante espera
dicha y placer!
Al molino de Javelle
sin dilacion,
que en este hermosos sitio
reina el amor!

Cuando Eustaquio hubo acabado, las dos jóvenes se agarraron de la mano, y se pusieron á dar vueltas alegremente alrededor de la mesa, cantando:

Al molino de Javelle
sin dilacion,
que en este hermoso sitio
reina el amor!

§

Juanita y Rosa no habian aun acabado de dar la vuelta, cuando María Juana, llevando sobre su cabeza una gran canasta, apareció en el umbral de la puerta, exclamando en tono de buen humor:

—¡Vamos!... ¡vamos!... hijas mias, así me gusta. ¡Veo que aquí reina la alegría!... ¡No lo dejéis por mí!... ¡Si estais todavía en disposicion, danzad, saltad!... ¡Por vida de!... ¡Si no fuera por mis viejas piernas, yo haria otro tanto!

María-Juana era una mujerona vestida de colores muy subidos segun la costumbre de las de su clase, con un pañuelo de algodón encarnado atado alrededor de sus encanecidos cabellos.

Su elevada estatura era recta todavía,

sus contornos regulares, aunque ajados por las numerosas fatigas de su vida, y bien claro se veia que veinte años antes debió ser muy hermosa.

No se veia, sin embargo, en su apariencia ningun vestigio de esa esquisita distincion que hacia a su hija tan admirable.

Juanita y Rosa la ayudaron a desembarazarse de la canasta; despues una tras otra la abrazaron con cariño.

—¡Ah! Rosa... querida Rosa, dijo Maria Juana, ¿como has pasado el día de hoy?... ¡Estas mas fresca que una saraina que bulle todavia! ¡Tiene suerte ese picaro de Eustaquio!...

—Mas que yo me merezco, ¿no es cierto, madre mia? pregunto el guardia frances sonriendo.

—¡Oh, yo no digo eso! respondió Maria Juana, ¡tú eres un mozo de mucho merito, es la verdad! Pero eso no impide, tú tienes suerte...

—Y bien lo sabe él, dijo Juanita.

Durante este dialogo, la rubia Rosa no dejaba de reir.

—¡Pero... vamos á ver! añadió Maria Juana: ¿cuando es la boda? ¿lo habeis decidido ya, hijos míos?

—Al menos hemos escogido el sitio donde la vamos a hacer, respondió el guardia frances.

—¿Y cual es?...

—El molino de Javelle.

—¡Oh! bien... ¡es un sitio muy alegre el molino de Javelle! Yo voy á poner por mi parte para la comida dos rotaballos, una langosta y una docena de cangrejos, que S. M. nuestro monarca no los tendrá iguales en su mesa...

Durante algunos minutos la conversacion continuó en este sentido.

Despues, la mayor parte de los miembros de la familia Lollier entraron sucesivamente.

Primero el padre, Andrés Lollier, libre de sus trabajos en la Halle.

Despues, dos ó tres muchachas empleadas en el barrio, unas en la costura y otras en el lavado.

Y finalmente, Marcelo Lollier, que habia nacido antes que Juanita.

Marcelo tenia diez y seis años y algunos meses.

Se parecia muchísimo á su jóven hermana: los contornos de su imberbe rostro eran tan finos y delicados, sus mejillas eran tan suaves y virginales, que si por gusto se le hubiera vestido de mujer, se le hubiera tomado sin duda por la misma Juanita.

Marcelo se dedicaba á la profesion de

cajista, pero sin grande esperanza de poder reunir nunca los fondos necesarios para llegar á ser maestro impresor ó librero.

Gracias á la poderosa proteccion del cocinero de Mr. Panckoncke, uno de los mejores parroquianos de Maria Juana, Marcelo habia obtenido una plaza de aprendiz en los inmensos talleres del célebre editor de la *Enciclopedia*, el cual, como se sabe, gastaba el lujo de un gran señor y reunia diariamente á su mesa á Diderot, Alambert, Helvetius, el baron de Holbach, y en fin, casi todas las notabilidades literarias contemporáneas.

Marcelo se mostraba estremadamente orgulloso de contribuir por su parte á la ereccion de ese monumento que la literatura y la filosofia del siglo XVIII levantaban como una nueva torre de Babel y no menos orgullosa que la antigua.

X.

COMIDA DE FAMILIA.

Todos á la vez aplaudieron como lo habia hecho Maria Juana, la eleccion que habian tenido los novios.

Decididamente el molino de Javelle reunia todas las simpatias.

Aquel día era sabado

Se decidió que el matrimonio se celebraria el sabado de la semana siguiente.

Entretanto Maria Juana habia colocado sobre la mesa un mantel gastado por el uso en mas de una parte, pero de una blancura extraordinaria.

Hecho esto se ocupó de los preparativos de la comida.

—Querida Rosa, dijo en seguida á la prometida de su hijo, espero que te quedarás á comer con nosotros... voy a poner tu cubierto al lado del de Eustaquio, lo cual no te desagradará...

—Yo bien quisiera... respondió la jóven riendo, no solo por estar al lado de Eustaquio, sino por permanecer con vos y mi buena Juanita; pero desgraciadamente eso no puede ser...

—¡Bah! ¿y por qué?

—Porque mi madre me espera... me ha permitido venir á daros los buenos dias, pero me ha encargado que no tardase mucho...

—En ese caso, replicó Maria Juana, no insisto, porque no debo hacer ovidar á los hijos la obediencia que deben á sus padres, pues aunque no es por lo que vale, daría mal ejemplo á los míos, y esto no estará

bien! Ven, pues, te doy un abrazo, querida Rosa, y vete...

—Yo también voy á abandonaros, madre mía, dijo entonces el sargento de guardias.

—¡Qué! ¡muchacho! también parece que tienes azogue en el cuerpo como Rosa...

—No, madre, pero mi teniente me ha mandado volver temprano al cuartel... y, vos sabéis que necesito licencia para toda la semana próxima, no quiero indisponerme con mis jefes.

—Tienes razón, muchacho, tienes razón... la obediencia y la subordinación ante todo...

—Y, continuó Eustaquio, como mi camino es pasar justamente por delante de la casa de Mad. Pierrette, acompañare á Rosa, si su bondad me lo permite, y la dejare á la puerta...

Rosa, Juanita, María-Juana y los demás testigos de esta escena se echaron á reír.

—¡Ah! ¡ah! exclamó María-Juana, ¡acabarás de una vez! Comprendo ahora la consigna y el cuartel... ¡mirad qué pícaro!... ¡Y bien! hijos míos, id juntos, en cuanto á mí lo permito...

—Pero... dijo vivamente Rosa medio riendo, y con gazmoñería, no sé si debo consentir en lo que me propone Eustaquio...

—¿Y por qué no? preguntó María-Juana.

—¡Oh! ¿qué se dirá en el barrio?

—¡Que digan lo que quieran! ¡bah! ¿no vais á casaros dentro de ocho días?

—Pero... añadió de nuevo Rosa.

—¡No hay pero que valga!... interrumpió impetuosamente María-Juana, cuando se tiene limpia la conciencia, puede uno burlarse del que diran... y cuando María-Juana Lollier ha dicho que una cosa está bien, nadie tiene derecho á contrariarla...

Rosa había escuchado riendo esta vehemente salida de su futura suegra.

Luego que esta hubo acabado su peroración, la hermosa rubia la hizo un gracioso saludo y dijo:

—Buena mamá, no os incomodeis, voy á tomar el brazo de Eustaquio solo por daros gusto...

—¡Enhorabuena! exclamó María-Juana, y estad tranquilos, hijos míos; ¡hareis una linda pareja! ¡Ah! ¡pardiez! ¡que me busquen una mejor en París... é iba á decir en Roma!...

Rosa abrazó á Juanita y á María-Juana, y también á Marcelo, después salió con Eustaquio, muy orgulloso en el fondo de ir apoyada en el brazo del mejor sargento de la guardia francesa.

La madre Lollier los acompañó hasta la

puerta, á fin de verlos todavía y de admirarlos por más tiempo.

No reparó, sin embargo, en un hombre alto y delgado que estaba parado al otro lado de la calle, y que parecía observar con profunda atención la habitación de los Lollier.

—¡Ah! ¡estas muchachas! dijo María-Juana volviendo á entrar en la sala después de haber cerrado la puerta, ¡siempre las mismas!... Ved esta baculitera de Rosa, una buena muchacha... ¡estaba deseando ir con su novio, y se hacia tan interesante! Si yo me volviese á mis tiempos, al tiempo de mis amores... ¡He! Andrés, ¿te acuerdas ocho días antes de la boda?...

—¡Ah! ¡ya lo creo, bien me acuerdo! respondió garbosamente el esposo de María-Juana, ¡y Rosa por gentil y bonita que sea, no llegara á ser lo que tú!...

Eucantada de este cumplimento conyugal, que la recordaba las deshojadas rosas de una luna de miel desvanecida, María-Juana se enorgulleció.

Arregló delante de un viejo espejo las puntas de su pañuelo encarnado que le servía de gorro, echó una triste mirada á los restos de su marchita belleza, y exclamó:

—A la mesa, hijos míos, a la mesa... todos hemos trabajado bien, comamos con buen apetito...

§.

Después de algunos minutos, la familia Lollier estaba absorbida en la importante y agradable ocupación de la comida, cuando un golpe dado discretamente á la puerta de la calle llamó la atención general.

—Adelante, exclamó María-Juana sin menearse.

La puerta se abrió, y un personaje bien conocido de nuestros lectores entró y saludó obsequiosamente.

Este personaje era La Bricole.

Debajo del brazo izquierdo traía su viejo sombrero todo estropeado.

Quisquillosa, que le seguía como su sombra, levantaba el faldón de su casaca.

La actitud que al entrar había tomado, no permitía ver de su semblante más que su nariz enorme y reluciente, y sus retorcidos bigotes.

A pesar del aire benigno que La Bricole se esforzaba en dar á sus formas, toda su persona no encerraba otra cosa que su aspecto á la vez grotesco y siniestro.

—¡Valgame Dios! dijo María-Juana para sí, ¡hé aquí un parroquiano de bien mala traza!...

Un temor instintivo se apoderó de Juanita, que volvió vivamente la cabeza. Sin embargo, a pesar de la mala opinion

—¿Qué se os ofrece, caballero?
—Creo, replicó La Bricole despues de un segundo y de haber saludado por tercera



que no pod'a menos de concebir de la inesperada visita, Maria-Juana abandonó su puesto, y preguntó políticamente:

vez, que me encuentro en este momento en el seno de la honorable familia Lolher.
—Así es la verdad.

—¿Y es á la apreciable Mad. Lollier á quien tengo el honor de hablar? preguntó La Bricole.

—A la misma.

—¿Comerciante de pescado por mayor?

—Es cierto.

—¿Y madre del sargento Lollier, un buen muchacho y el mejor mozo de los guardias franceses?

Este elogio de Eustaquio hizo que María-Juana mirase mas favorablemente al desconocido.

—Sí, señor, dijo, el sargento Lollier es mi hijo, pero... ¿qué se os ofrece?

La Bricole, hablando y escuchando á la vez las respuestas de María-Juana, pasaba alrededor de la mesa esa inquisitorial mirada particular de los espías: el habia reconocido ó mas bien adivinado á Juanita por su radiante belleza.

Al cabo de un instante respondió:

—Desearia, señora, hablar á vuestro hijo mayor, traigo para él un mensaje de alguna importancia...

—¿Es muy urgente ese mensaje?

—Sí, señora.

—En ese caso, teneis desgracia.

—¿Por qué?

—Porque si hubiérais venido cinco minutos antes, hubiérais encontrado aqui á Eustaquio...

—¿Y ahora?

—Ahora tendreis que correr tras él para alcanzarle.

XI.

UN AMIGO DESCONOCIDO.

La Bricole hizo un gesto que espresaba hallarse contrariado.

—¿Bah! dijo despues de un momento, ¡el sargento ha salido!... ¡y bien, tanto peor, correré en su busca, tengo buenas piernas!...

—Tan solo, replicó María-Juana, os aconsejo que os deis prisa, porque Eustaquio corre como un gamo; pero quizá se detenga algunos momentos a la puerta de Rosa.

—¿Rosa? preguntó La Bricole.

—Sí, su futura, Eustaquio se casa dentro de ocho dias...

—¿Calla, calla! le daré la enhorabuena...

—¿ah! ¿con que enamorado?.. no me habia dicho nada... ¡eso está mal hecho!

—¿Sois vos de sus amigos?

—¿De sus amigos! Yo lo creo, Mad. Lollier, ¡y de los mas íntimos! no puede pasarse sin mí... el teniente, cuando está de buen humor, nos llama Pílates y Orestes...

—Entonces él os convidará á su boda.

—¿Ah! ¡pardiez, cuento con eso!... si no lo hiciese, no se lo perdonaria en mi vida á fé de hidalgo!

Y diciendo esto, La Bricole se retorcia victoriosamente el bigote.

—¿Hidalgo!... exclamó María-Juana alucinada, ¿vos sois hidalgo?

—Caballero, Mad. Lollier, para servirnos...

—¿Qué conocimientos tiene Eustaquio!... pensó María-Juana entuñada.

La Bricole replicó:

—¿Y esa boda cuando la celebraremos?

—De hoy en ocho dias en el molino de Javelle.

—¿Perfectamente!... muchas veces me habla Eustaquio de su hermana Juanita, la mas linda muchacha de París; espero tener el honor de ser su pareja para mas de un rigodon.

—Responde, Juanita, responde al caballero... dijo vivamente María-Juana tocando con el codo á su hija.

Juanita no respondió y se puso colorada hasta lo blanco de los ojos.

—¿Ah! dijo María-Juana, esta jóven es tímida y se embaraza por nada... pero está muy reconocida al honor que la haceis, respondo de ello.

—Ahora, que ida Mad. Lollier, prosiguió La Bricole, indicadme el camino que ha llevado Eustaquio: os repito que traigo un mensaje importante para él, es preciso que yo le alcance.

—¿Y bien! salid de aqui, volved á la izquierda, y en seguida tomad á la derecha la calle de San Dionisio, y le encontrareis en la calle de seguro, porque volverá al cuartel despues de haber conducido á Rosa.

—¿Voy corriendo!.. Acebad, señora, así como vuestra honorable familia, la seguridad de mi profundo respeto...

La Bricole saludó respetuosamente, despues giró sobre sus talones. Abrió el compas de sus largas piernas, y colocándose el sombrero en la cabeza, se lanzó en la direccion de la calle de San Dionisio acarticiando la empuñadura de *Quisquillosa*.

Así que hubo desaparecido, María-Juana vino á sentarse á la mesa, y formuló en alta voz la reflexion que poco antes se habia hecho á sí misma.

—¿Qué buenos conocimientos tiene Eustaquio!.. ¡un hidalgo!.. ¡un caballero!...

—Es bien feo el amigo de Eustaquio, dijo tímidamente Juanita.

—Es verdad que no es hermoso, replicó María-Juana, pero tiene el aire noble...

—¿Noble... noble!... dijo Andrés Lollier

meneando la cabeza, parece mas bien un bandido que un hidalgo.

María Juana pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Es que vos no lo entendeis!... exclamó, yo sostengo que es un verdadero gran señor...

—¡Oh! en cuanto á eso, dijo Marc lo que aun no habia dicho nada, en cuanto á eso lo dudo...

—¿Tú lo dudas, mocoso?

—Por mi fé, que sí.

—¿Y por qué?...

—Porque yo veo todos los dias en casa de Mr. Panckoucke hidalgos y grandes señores... el marqués de Louvois, el príncipe de Cou tenay y su hijo, y otros muchos... y no se parecen en nada al individuo que ha salido de aquí...

—¿Qué diferencia encuentras entre ellos?

—Por de pronto ellos tienen trages dorados y galoneados...

—¿El hábito no hace al monge!

—Hermosas espadas, con empuñaduras de nácar ó de oro, con piedras preciosas... no llevan bigotes, y su semblante es bien diferente.. Yo soy como mi padre, encuentro que el amigo de Eustaquio tiene la facha de un galopin.

Una aprobacion general acogió las últimas palabras del joven cajista.

María-Juana no se dió por vencida, pero como no tenia razones que aducir en apoyo de su opinion, se calló.

§.

La comida habia concluido y las jóvenes pñan en órden los platos, las sillas y los cubiertos, cuando Eustaquio, á quien nadie esperaba, entró en la pieza que ya conocemos.

El sargento de guardias francesas habia pretestado tener que hacer en el cuartel, con el objeto de poder acompañar á Rosa; mas es lo cierto que este dia tenia permiso por diez horas.

—¡Calla! exclamó María-Juana, ya estás aquí, perillan!...

—Ya lo veis, madre mia.

—¿Y cómo es eso?

Eustaquio contó entonces lo que acabamos de explicar.

—¿Segun eso, replicó María-Juana, viene derecho de casa de Rosa?

—Es cierto.

—¿Y no has encontrado á nadie en el camino?

—A nadie que yo conozca.

—¡Pues bien!... ¡ya puedes echar á correr!

—¿Y á dónde?

—Al cuarte!.

—¿Qué oices? no son mas que las seis...

—¡Eso no importa!... ¡despachate!

—¿Os burlais? ¿á qué despacharme sino tengo nada que hacer?

—¿No tienes que hacer? eso es lo que tú no sabes...

—¿Qué quereis decir?

—Que te espera un recado, una órden en el cuartel...

—¿Una órden?

—Sí.

—¿De quién?

—De tus jefes.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Tu amigo íntimo.

—¿Qué amigo?

—El alto y delgado, que tiene bigotes muy largos, el hidalgo... el caballero...

Eustaquio miraba á su madre con la estupefaccion mas cómica y profunda.

—Vamos, replicó su madre impaciente, ¡vas á estar mirandome una hora con esos ojos!... ¡Por vida de!... bien sabes de quién quiero hablar...

—Os juro que no lo sé...

—Tu amigo, el hidalgo... tu íntimo amigo, se ha tomado la molestia de venir él mismo con el mensaje... por sus maneras debe ser un perfecto señor, y que no se desdena de tratar con la gente pobre... Ha ido en tu busca hasta el cuartel, donde te esperará con el recado...

Eustaquio, cada vez mas admirado de lo que oia, á medida que su madre entraba en nuevas esplicaciones, tomó el partido de sentarse en una silla en medio del cuarto, y miró á su alrededor con aire espantado.

—¿Cómo! preguntó el joven Marcelo, riendo al ver la figura de su hermano. ¿acaso no le conoces?... ¿á tu amigo íntimo?

—Francamente, replicó el sargento, me parece que no...

—¡Imposible! exclamó María-Juana, y la prueba es que tu teniente ha dicho que ese hidalgo y tu pareciais juntos á *Pilatos*...

—Vamos, dijo Eustaquio, esplicuémonos, madre mia, os lo suplico, porque á fé de sargento no comprendo una palabra de lo que me estais contando hace un cuarto de hora.

María-Juana alzó las manos al cielo, como para afirmar que su hijo mayor habia perdido la cabeza.

Despues empezó la relacion de la visita, á la cual hemos hecho asistir á nuestros lectores, é hizo de *La Bricole* un retrato tan parecido, que era imposible no reco-

nocerle con solo haberle visto una sola vez.

—¡Y bien! preguntó despues que hubo concluido, ¿comprendes ahora?... ¿sabes de quién qu ero hablarte?

Todos los miembros de la familia esperaban impacientes la respuesta de Eustaquio, que habia escuchado á Maria-Juana con una profunda atencion, y sin interrumpirla una sola vez.

Pero esta respuesta no fué la que se esperaba.

—Madre mia, preguntó Eustaquio, ¿dónde ponéis vuestro dinero?

—Allí, respondió aquella maquinalmente, designando con un gesto un grande armario apoyado contra la pared, y del cual ya hemos hablado. Pero, ¿qué tiene que ver?...

—Tiene que ver mucho, madre mia, contad vuestros escudos; debén faltaros algunos...

—¡Ah! ¡buen Dios! exclamó Maria-Juana precipitándose hacia el armario, ¡ah! ¿y por qué?

—¡Porque ese hombre, que ha pretendido ser mi amigo intimo, yo no le conozco, y por consecuencia es un ladrón!

Maria-Juana, espantada, abrió el armario y contó su dinero. No la faltaba ni un sueldo.

—Lo ves, dijo, nada me falta.

—Es que venia á reconocer el sitio, replicó Eustaquio, y dara el golpe otro dia. Tened mucho cuidado, os lo aconsejo.

El resto del dia se pasó en hacer conjeturas sobre el incidente que nos ocupa.

Pero á nadie se le ocurrió que Juanita era el tesoro que La Bricole codiciaba.

XII.

HIDALGO Y GRANDE DE ESPAÑA.

La noche del mismo dia, á la hora acostumbrada, los muy altos y muy poderosos señores el caballero de La Bricole y D. Guzman de Tulipano se instalaron delante de un ponche de aguardiente, en el gabinete del primer piso de la taberna de la *Vasija de Plata*.

Estos dignos compañeros discurrían sobre varias cosas esperando al mayordomo del señor desconocido.

Grain-d'Orge no se hizo mucho esperar.

Entró con paso lento y mesurado, colocó sobre dos sillas su baston y su sombrero,

con aire digno y majestuoso, y entabló la conversacion en estos términos:

—Señores... ¿hay algo de nuevo?

—Casi tengo el derecho de encontrar injuriosa esa pregunta, replicó La Bricole; cuando yo me mezclo en algun negocio, siempre hay algo de nuevo...

—Segun eso, ¿habeis hecho algo?

—¡Pardiez!

—¿Qué habeis hecho?

—He ido á la calle Aubry-le boucher, y he penetrado en el interior de la familia Lollier...

—¡Ah! ¡ah!...

—¡He visto con mis propios ojos á la señorita Juanita, y á fe de hidalgo, vuestro amo es hombre de gusto!... ¡La tal mocita es un bocado delicioso capaz de escitar el apetito mas estragado!... ¡la flor mas fresca y lozana!... ¡Voto á mil diablos! ¡creo que si yo fuese millonario, no me importarían cien mil escudos con tal de satisfacer un capricho semejante!

Tanta prosa iba ya aburriendo á Grain-d'Orge, e interrumpió á La Bricole en medio de su exaltada peroracion, diciéndole:

—¿Teneis algun plan?

—Si.

—Veamos.

Pero el caballero no era hombre de llegar á su objeto sin grandes rodeos.

—Vos comprendéis, dijo, que una tentativa de rapt no puede tener lugar en medio de una numerosa familia, y en un barrio tan poblado, sin producir grande escándalo...

—Comprendo todo eso, y vos sabeis tan bien como yo que es preciso evitar ese escándalo...

—Estad tranquilo, todo está previsto...

—¿Mas, cómo?

—La jóven tiene un hermano mayor...

—¿Sargento de guardias franceses?

—Es cierto.

—¿Y bien?

—Por una feliz casualidad, ese hermano se casa dentro de ocho dias...

—¿Qué nos importa eso?

—Nos importa demasiado. ¿Sabeis dónde se va á celebrar la boda?

—No, y no me apuro por saberlo...

—Pues ese es el punto mas importante. La comida y el baile tendran lugar en el molino de Javelle... ¿Comprendéis ahora?

—Empiezo á comprender.

—Nada nos será mas fácil, á D. Guzman de Tulipano y á mí, que mezclarnos entre la turba de convidados, durante el tumulto del baile despues de la embriaguez de la comida; pondremos diestramente la mano

sobre el pájaro, la jaula estará allí dispuesta bajo la forma de una carroza con dos magníficos caballos. Os entregamos la joven, la carroza parte, y vuestro amo quedará contento y nosotros habremos ganado nuestro dinero...

Grain d'Orge había escuchado lo que precede con aire de aprobación.

—En efecto, dijo en seguida, vuestro plan me parece ingenioso y su realización fácil... si, decididamente vuestra idea es buena...

—¡Y sobre todo sencilla! dijo La Bricole retorciéndose el bigote.

—¿Qué os hace falta para la ejecución?

—Dos ó tres hombres seguros, pero yo me encargo de encontrarlos; después la carroza...

—Ese negocio es mío. Decís que la boda tendrá lugar dentro de ocho días.

—Sí, el sábado próximo irremisiblemente.

—Entonces, el viernes iremos los tres al molino de Javelle, a fin de arreglarnos allí y tomar las últimas disposiciones...

—¿Será a la hora de comer?

—¿Por qué razón?

—Porque allí se come perfectamente: el vino es bueno y las carpas y anguilas exquisitas...

—Tranquilizáos, comeremos allí.

—¡Oh! conozco vuestro modo de obrar, y que no perdonáis nada. Esto me anima...

La Bricole se detuvo.

—¿A qué? preguntó Grain-d'Orge.

—A deciros que D. Guzman de Tulipano y yo tenemos necesidad de mudar nuestros vestidos, cuyo mal estado no dejaría de llamar la atención sobre nosotros, en una circunstancia, en una ocasión en que todos nuestros cuidados deben tener por objeto pasar desapercibidos...

—¿Es decir, que pedis un nuevo adelanto?

—Para gastos de trage, si señor.

—¡Y bien! sea, tomad quince luises, pero procurad servir bien al que os paga...

—¡Oh! esclamo La Bricole con entusiasmo y convicción, por un señor tan generoso se dejaría uno ahorcar...

—Con que hasta el viernes, prosiguió Grain-d'Orge, es preciso vernos todavía una vez...

—Estamos á vuestras órdenes.

—Vendré aquí el miércoles por la noche, y si por casualidad ha sucedido algo nuevo, me lo comunicareis...

—No faltaremos por nada del mundo...

Grain-d'Orge salió.

La Bricole y Tulipano continuaron bebiendo, después de haber repartido los quin-

ce luises, de los cuales se guardó diez el caballero.

§

A la mañana siguiente, los dos bandidos se dirigieron cada uno por su lado á casa de chalanes de su conocimiento, con el objeto de cambiar sus ya destrozados trages.

Sabemos ya hace tiempo que la vocación de La Bricole era darse el tono de un hidalgo.

Hacer creer á la gente del pueblo que era un señor, le parecía una gran felicidad.

El trage de que se hizo dueño era, según él, capaz de contribuir á esta ilusión.

Este trage, vendido sin duda de segunda mano por algun lacayo de una gran casa, había llegado á manos del chalan después de sufrir algunas variaciones.

Consistía en unos calzones de un color indefinible, en una chupa de raso blanco bordada de oro, y finalmente, en un vestido de tafetan tornasolado recargado de galones y adornos dorados.

El raso de la chupa estaba ajado, y los bordados negros y desgarrados.

Los galones apenas dorados de cobre, habían reemplazado á los galones antes preciosos del vestido.

Pero, ¿qué le importaba á La Bricole?

El trage, tal como era, producía su efecto de lejos.

Esto bastaba para satisfacerle.

Completó su atavío con un par de medias de color carmesí, una corbata de encaje color violeta, y un sombrero armado de nuevo y muy galoneado.

Se puso unos zapatos con tacon encarnado y adornados en el empeine con anchas cintas amarillas.

Se colocó al lado su fiel *Quisquillosa* y salió de casa del prendero enamorado de sí mismo mas ufano que Artabán, y cantando entre dientes:

¡Oh! cuánto vales dinero,
no hay sin ti felicidad!
Tú eres el verdadero
afán de la humanidad!

§

Reunámonos, si os parece, á D. Guzman de Tulipano, que también variaba de trage, en tanto que su fiel compañero, el caballero de La Bricole, se adornaba de la manera que acabamos de ver.

D. Guzman tenía á la grandeza de Es-

pañá derechos tan incontestables como La Bricole al título de caballero.

Tulipano había ido á casa del preñero que de costumbre, mediante un precio muy módico, socorria las necesidades de su traje.

Muy al contrario de La Bricole, en quien ya conocemos la predilección por los dorados, los galones y los colores subidos, á Tulipano no le gustaba mas que lo negro.

Pensaba que este sombrío color decia bien á su fisonomía característicamente morena, y que contribuía á la distinción de su persona.

Se contentó con variar sus vestidos de terciopelo blanquecino, por otros también de terciopelo, pero de mas hermosura.

Tomó asimismo un sombrero nuevo, vendido por un lacayo de la embajada española, y un collar de cobre dorado con piedras falsas.

Una pequeña capa negra, que contaba lo menos dos años de buenos servicios, caía con gracia sobre su espalda, y jamás hidalgo alguno ofreció tan bizarro talante como el de D. Guzman, ataviado de esta manera, marchando con la cabeza alta, el cuerpo encorvado, y la mano derecha sobre la cadera.

Al verle así pasar, cualquiera le hubiera creído un descendiente del Cid de Andalucía, ó algun heredero en línea recta del ilustre D. Quijote de la Mancha.

En este momento, Tulipano tomaba por lo serio su grandeza, y se preguntaba si no haría bien en presentarse á la corte.

XIII.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DEL MOLINO DE JAVELLE.

El viernes siguiente, La Bricole, don Guzman y Grain-d'Orge, según habían convenido en su entrevista del miércoles por la noche, se encontraron hácia las once de la mañana en la taberna de la *Vasija de Plata*.

Allí tomaron un fiacre que les condujo al Molino de Javelle.

¡El Molino de Javelle!

Pocas personas conocen hoy día este nombre y los galantes recuerdos que ha dejado este ilustre figon.

Y, sin embargo, durante los últimos años del siglo XVII y durante todo el XVIII, el Molino de Javelle fué célebre.

Este establecimiento, mitad hostería, mitad posada, mitad figon, no tenía analo-

gía con nada de lo que existe en nuestros días.

Situado en las orillas del Sena, casi enfrente del sitio donde se eleva hoy día el puente de Iéna, el Molino de Javelle gozaba el privilegio de reunir una doble clientela.

Allí, en donde grandes damas y galantes caballeros, cómicas y viejos señores, aventureros y caballeros de industria, venían á instalarse.

Allí era donde se celebraban las bodas de los comerciantes de media esfera, y algunas veces las de la gente del pueblo.

Jamás lugar alguno fué tan fértil como el Molino de Javelle en incidentes de todas clases, en peripecias báquicas ó dramáticas.

No comprendemos cómo alguno de los cronistas que están á la mira de las anécdotas un poco escandalosas del último siglo, no ha tenido la idea de escribir las memorias del Molino de Javelle.

Cuántas veces los bosquecillos y los gabinetes del Molino de Javelle han visto el mismo día y á la misma hora matrimonios que no se figuraban estar tan cerca los unos de los otros.

Aquí, algun rico comerciante con la modista de su mujer.

Allí, su mujer en compañía del primer dependiente.

¡Qué de encuentros imprevistos! ¡Qué de partidas bruscamente interrumpidas! ¡Qué de escenas cómicas!...

Sus lances han proporcionado asunto á los escritores dramáticos.

En 1696, Carton Dancourt hizo representar una pieza con este título: el *Molino de Javelle*.

En nuestros días, Mr. Scribe ha tratado el mismo asunto con un título semejante.

El ilustre figon de que se trata era la tierra clásica de los raptos que todo parecía allí favorecerlos, pero que muchas veces tenían un sangriento desenlace.

Suplicamos á nuestros lectores nos permitan colocar aquí un corto episodio, que no nos parece una digresión fuera de lugar en el libro que escribimos.

Este episodio le hemos tomado de los archivos de la policía de Paris.

§.

En el año 1741, Isidoro Marteau, hijo de un quinquillero de la Ferraille, estaba muy enamorado de la bella Paula Sorbier, hija de un fabricante de muebles de la calle de Poulies.

Las dos familias, gracias á una conducta sin tacha, y á una probidad sin mancha, gozaban en sus respectivos barrios de una consideracion poco comun.

fesor de Paula Sorbier, habia prometido casarlos.

Mas como Isidoro Marteau solo tenia veinte años y medio, y Paula no habia aun



Los Marteau y los Sorbier eran ricos, su comercio prosperaba de dia en dia: la union proyectada habia encontrado de una y otra parte el mas completo asentimiento, y el cura de S. German la Auxerrois, con-

cumplido diez y siete, se decidió que la boda no tendria lugar hasta seis meses despues de celebrados los esponsales.

Durante estos seis meses debian suceder accidentes inesperados en el interior

hasta entonces pacífico y patriarcal de la familia Sobier.

El fabricante de muebles tenía por aprendiz hacia un año un jóve de Languedoc, muchacho activo, trabajador, de una inteligencia precoz, pero de una moralidad dudosa, y sobre todo de una hipocresía consumada.

Este muchacho, bastante malo en el fondo, había llegado á inspirar la mas entera confianza á sus amos, por su exterior de una perfecta regularidad y de una piedad ejemplar.

Todo el dia trabajaba con ahinco, mas por la noche se escapaba de la casa y andaba callejeando hasta por la mañana en compañía de algunos foragidos, de quienes se había hecho amigo.

Simon Ragon, que así se llamaba, no tenía otra ambicion que la de llegar á ser hábil en su oficio, a fin de poder ganar mucho dinero, y con este dinero poder satisfacer los gustos de su licenciosa vida.

Simon no era ladron, no hubiera tomado una pieza de quince sueldos de un cajon abierto, pero el aliciente de una suma considerable le hubiera hecho incurrir sin remedio en graves faltas.

Un dia, un hombre con el traje de paisano de Languedoc, se presentó en la tienda de los Sorbier.

Dijo que queria hablar á Simon Ragon, su primo segundo, al cual traía una carta y noticias del país.

Sorbier envió á buscar á su aprendiz al almacén donde trabajaba.

Simon llegó.

Los parientes se arrojaron con efusion en brazos uno de otro, y Simon condujo á su primo al cuarto donde dormía.

Al cabo de una hora, Simon Ragon volvió á bajar.

Venia solo, y su semblante ofrecia todas las señales de una profunda consternacion.

—¡Ah, Dios mio! exclamó Sorbier al ver los hinchados ojos de su aprendiz, ¡ah, Dios mio! pobre muchacho, ¿qué es lo que tienes?

—Estoy triste, maestro, respondió Simon.

—¿Tu primo te ha traído malas noticias?

—Sí, bien malas... leed esa carta.

Y Simon entregó á Sorbier un papel desplegado.

Esta carta, escrita por la madre de Simon, le anunciaba que su padre se hallaba atacado de una enfermedad incurable, que solo le quedaban algunas semanas de vida, y que queria ver á su hijo antes de morir: que ella misma, anciana y achacosa, no pu-

diendo vivir sola, necesitaba que Simon abandonase á Paris y que marchase á su lado...

—¡Tienes razon, pobre muchacho! ¡esto es triste! dijo Sorbier despues de leerla, no tienes mas que un partido que tomar, y es marchar lo mas pronto posible.

—Así lo haré, hoy mismo me pondré en camino... pero siento tanto abandonaros, maes ro...

—Tambien yo lo siento, amigo mio... tú eras un buen muchacho, y pierdo en tí un aprendiz que difícilmente reemplazaré...

—¡Oh! en cuanto á eso, maestro, os equivocais...

—¿Cómo?

—Yo sé un medio...

—¿Tú?

—Yo mismo.

—¿Otro aprendiz?

—Sí.

—¿Un muchacho que tú conoces?

—Y del que respondo como de mi mismo.

—¿Y quien es?

—Mi primo Andoche Imbert.

—¿Nunca me habias hablado de ese primo?

—Cómo habia de hablaros, si no hace mas que llegar á Paris...

—¿Es por casualidad el jóven que te ha traído la carta de tu madre?

—El mismo.

—Un buen muchacho, y que tiene buena figura.

—¿No es verdad?

—¿Y su intencion es ponerse á trabajar en los muebles?

—Sí.

—¿Qué sabe hacer?

—Nada.

Una sonrisa cruzó por los labios de Sorbier.

—¡Nada, no es gran cosa! dijo en seguida, y aprendices como ese los haré á docenas...

—¿Vos creéis eso?

—¡Diablo! me parece...

—Es que vos no lo sabeis todo... Mi primo Andoche Ymbert, sabiendo que un buen maestro saca un buen discípulo, se propone pagaros una suma de ciento cincuenta libras por los seis primeros meses de aprendizaje.

—¡Ciento cincuenta libras! exclamó el fabricante.

—¡Dios mio! sí.

—¿Y contantes?

—En buenos escudos, dentro de cinco minutos.

—En efecto, eso ya es mas aceptable...

—¿Con que consentís en recibir á mi primo?

—¿Puesto que me respondes de él, y tanto desea trabajar... corriente!...

—Subo á buscarle, os le presento, y en seguida vuelvo á ocuparme de mis preparativos de viaje, porque, os lo repito, quiero marchar al momento...

Simon Ragon condujo á Andoche Ymbert, que para provinciano no tenía el aire muy embarazado.

Todo se arregló sin dificultades...

El fabricante recibió las ciento cincuenta libras, y la misma noche, Andoche Ymbert admitido en calidad de aprendiz, se instalaba en el cuarto de su primo y comía el pan de la familia Sorbier, en tanto que Simon Ragon, el saco á la espalda, el baston de viaje en la mano y las lágrimas en los ojos, abandonaba la casa de su antiguo maestro.

XIV.

EL VIZCONDE RENÉ DE AUDISSAC.

Algunos dias antes de la escena que acabamos de referir en el presente capítulo, un sábado por la noche, Simon Ragon, despues le haber puesto todo en órden en el almacén, y haber cerrado silenciosamente las puertas, habia subido á su habitacion.

Despues, á eso de las once, segun su costumbre, el aprendiz habia abandonado furtivamente la casa, para ir á reunirse en un chiribitil oscuro y mal afamado con sus compañeros de nocturnas calaveradas.

Ya la bandada de pillos habia cometido sus robos acostumbrados, roto los faroles, arrojado los llamadores de las puertas, asustado á los transeuntes, cuando de repente, al volver una calle, donde acababan los malvados de arrojar piedras á los cristales, se vieron rodeados por una compañía de soldados que hacian la ronda, los ataron codo con codo y los condujeron á la cárcel.

Simon estaba desesperado.

Esta desagradable aventura venia á quitar la máscara á su hipocresía.

Su maestro Sorbier, sabia al dia siguiente cuál era la verdadera conducta de su aprendiz, y le arrojaría vergonzosamente de su casa.

Seria imposible á Simon colocarse en casa de otro fabricante de muebles, y su porvenir estaba perdido.

Durante toda la noche vertió amargas lágrimas que provenian, no del remordimiento de sus faltas, sino del sentimiento

de haberse dejado coger como un malandrín.

Hacia el amanecer su desesperacion se calmó, y Simon tuvo una idea.

Los padres del aprendiz eran arrendatarios de inmensas tierras que la familia de los condes de Audissac poseian á los alrededores de Tolosa.

Simon habia jugado muchas veces en su infancia con el vizconde René, que le honraba con un particular afecto, y que no tenía mas que uno ó dos años mas que él.

A la sazón, el vizconde de René servia en una de las compañías de mosqueteros, y debia hallarse en Paris.

Simon pensó en recomendarse á él y usar de su influencia para salir de tan mal paso.

En consecuencia, le escribió una carta suplicante, de la cual se encargó uno de los empleados en la cárcel, mediante á que le ofreció una buena recompensa.

La esperanza de Simon no fué engañada.

Los recuerdos de su país y de su infancia vivian siempre impresos en el corazón de Audissac.

Apenas hubo leído la carta del hijo de los arrendatarios de su familia, del compañero de su infancia, cuando él mismo se dirigió á la cárcel.

—¿Y bien! ¡mi pobre Simon! dijo al prisionero, ¡me parece que te has metido como un tonto en un mal negocio!

—El negocio en sí es poca cosa, señor vizconde, dijo, y si os dignáseis hablar por mí, saldria de aquí al momento...

—Veamos, ¿de qué te acusan?

—De haber roto algunos faroles...

—¿Es eso todo?

—Todo absolutamente.

—Entonces, no hay por qué apurarse... Dame los detalles.

Simon contó su calaverada, pero sin decirle que aquello era cosa de todas las noches.

—Te sacaremos de aquí, dijo el vizconde.

Despues añadió:

—¿Cuánto hace que has llegado del país?

—Un año.

—¿Qué haces en Paris?

—Trabajo en casa de un fabricante de muebles.

—¿Y está contento de tí?

—¡Ah! ¡señor vizconde, yo lo creo!... Preguntádselo á él mismo. Es conocido... un tal Sorbier...

—¿El fabricante de muebles de la ca-

lle de Poulies?... exclamó Audissac temblando.

—El mismo.

—¿El padre de la hermosa Paula?

—¡Ah! vos conocéis mi patrona, señor vizconde, dijo Simon riendo, es lo cierto que es muy linda, y que no la faltarian amantes si quisiese... pero no los quiere...

—¿Eres tú el solo oficial de Mr. Sorbier? replicó René.

—El único á lo menos que vive en casa del maestro y come á su mesa...

—¿Y tú no estás enamorado de Paula?

—¡Oh! ¡no!... Sé demasiado bien que semejante bocado no es para un pobre diablo como yo...

—¿Querrias tú abandonar á tu maestro?

—Desde luego si encontrase en otra parte mas ventaja que en su casa.

René pareció reflexionar durante un momento

Despues dijo:

—Escucha, voy á sacarte de aquí en seguida, y me seguirás al cuartel de los mosqueteros; tengo que hablar contigo...

—Yo estare siempre á las órdenes del señor vizconde, respondió Simon admirado.

René salió á arreglarlo todo.

Esplicó las faltas de que acusaban al aprendiz, segun las habia oido.

Le presentó como injustamente comprometido en una ligera falta.

Salió, en fin, garante de su moralidad, y respondió de su conducta en lo sucesivo.

René pertenecia á una gran familia, era rico y mosquetero... ¿cómo rehusarle nada?

Se dió la orden de poner inmediatamente en libertad á Simon Ragon.

El vizconde llevó tan buena noticia á su protegido, y como habia dicho, le condujo al cuartel de los mosqueteros.

—Simon, le dijo entonces, acabo de hacer un gran servicio, ¿puedo contar contigo?

—En vida y alma, señor vizconde.

—Estoy perdidamente enamorado de la hermosa Paula.

—No lo he dudado al veros temblar cuando nombré á Sorbier...

—¿Qué crees tú que puedo esperar?

—Nada. Mi jóven patrona es una hija honrada que no se deja echar requiebros, ni recibe billetes amorosos... ¡Es muy virtuosa!

—Ya lo sabia, porque he tomado muchos informes, y ese ha sido el resultado de mis

observaciones que hasta ahora no me han permitido hacer nada... Pero creí que la fama mentia...

—En la circunstancia presente, nada han exagerado, señor vizconde. Os lo repito, la señorita Paula, es una Juana de Arco... Y por otra parte va á casarse...

—¿A casarse!

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dentro de seis meses.

—¿Con quién?

—Con Isidoro Marteau, el hijo de un rico quinquillero de la Ferraille...

—¿El hijo de un quinquillero! ¿Y ella le ama?...

—¡Yo lo creo!

—Escucha, Simon...

—Soy todo oidos, señor vizconde...

—Ese amor de que te hablo no es un simple capricho... es una pasion seria y profunda...

—¿Tanto peor!

—Esta pasion me hace cruelmente sufrir, y para arrancarla de mi corazon he resuelto ausentarme...

—¡Escelente partido!

—He solicitado y obtenido una licencia por seis meses.

—Habeis hecho bien, señor vizconde.

—Contaba partir mañana para mis tierras de Langue'oc, mas despues que te he visto he variado de resolucion.

—Es decir, que no os desanima lo que os he dicho.

—Simon, tú puedes servirme...

—¿Cerca de la señorita Paula?

—Sí.

—¿Y en qué, Dios mio? ella no me dirige la palabra dos veces al dia...

—Poco importa, puedes introducirme en esa familia...

Simon miró á René como para asegurarse de que hablaba formalmente; despues exclamó:

—¡Introduciros en la familia Sorbier!... ¡Vos, señor vizconde, pensais en eso! ¡Lo que me pedis es imposible!

—Eso crees, porque tú no me comprendes.

—Entonces, explicáos, señor vizconde, os lo suplico...

—Tú me has dicho que como encontrases alguna ventaja abandonarias de buena gana á tu maestro...

—Lo he dicho y lo repito.

—Mil libras, ¿te parece bastante ventaja?

—¡Ah! ¡yo lo creo! ¡Mil libras son el Perú!...

—Las tendrás.

- ¿Entonces he hecho mi fortuna!...
- Tú recibirás dentro de dos ó tres dias una carta...
- ¿De quién?
- De tu madre.
- ¿Mi madre!... ¡no sabe escribir!...
- No importa. Esa carta te llamará á Languedoc.
- ¡Ah! ¡bah!
- Tú partirás en seguida: mas antes de abandonar á Paris, harás aceptar á monsieur Sorbier en lugar tuyo, á tu primo...
- ¿Mi primo!...
- Sí.
- ¿Yo no tengo ninguno!
- Tienes uno.
- ¿Y cuál?
- Andoche Imbert.

Simon bajó la cabeza, aturdido por los continuos golpes que herian su rebelde inteligencia.

—René se sonrió y continuó:

—Tu primo Andoche Ymbert ofrecerá á Mr. Sorbier una suma para indemnizarle de su aprendizaje... Será admitido y se instalará en tu lugar en el interior de la familia Sorbier, cerca de la hermosa Paula, en tanto que tú irás á gastar tus mil libras donde quieras...

Simon no respondió.

—¿Comprendes? preguntó René.

—¡Ay! señor vizconde, replicó el joven aprendiz, yo lo comprendo todo, todo absolutamente... escepto ese primo de que me habláis, porque, en fin, yo conozco mi familia, y estoy bien seguro que no tengon ninguno...

René se echó á reir.

Después replicó, tocando á Simon en la espalda:

—Ese primo, ese Andoche Ymbert, que tanto te da que pensar... ¡ese seré yo!

XV.

ANDOCHÉ IMBERT.

Y hé aquí cómo el vizconde René de Audissac, en lugar de consagrar los seis meses de licencia á su familia y á sus propiedades de Languedoc, iba á pasarlos bajo el nombre de Andoche Imbert, cerca de la hermosa Paula Sorbier.

Semejante truhanada, convenimos en ello, puede muy bien no parecer en extremo nueva hoy dia.

Pero en la época en que pasan los hechos que relatamos, la invencion era inge-

niosa, y demostraba mucho talento en lo tocante á ardidés galantes.

En una palabra, la idea era buena, puesto que habia salido bien.

El lobo estaba en el aprisco, y se prometia lanzarse sin demora sobre la pobre oveja, que no pensaba en desconfiar, y por consecuencia en defenderse.

§.

Si la anécdota histórica que traemos aquí fuese objeto de este libro, en lugar de ser un episodio, tendríamos que trazar un curioso cuadro del interior de la familia Sorbier.

Mostraríamos al hidalgo, al gran señor, al mosquetero, oculto bajo el modesto traje de un pobre aprendiz, y adaptándose á las mil maravillas y con diabólico talento á todas las exigencias de la situacion que habia aceptado.

Andoche Imbert, pues así debemos llamarle, probaba en su calidad de aprendiz la mas inverosímil torpeza.

Desplegaba una admirable buena voluntad, y á pesar de las lecciones, los consejos y las demostraciones del fabricante de muebles, no hacia el menor progreso en su oficio.

A nuestro modo de ver, esto debió acobardar y disgustar á Sorbier, que apreciaba, ante todo, la habilidad de sus oficiales.

¡Y bien! nada de esto. Sucedia lo contrario de lo que debia esperarse.

Andoche Imbert fué tomando poco á poco, sobre el digno Sorbier y su esposa, un dominio absoluto.

Sorbier no gozaba mas que en su compañía, y reia á carcajadas durante horas enteras, escuchando sus buenas palabras y oyéndole cantar con un acento inimitable, las canciones cómicas de Languedoc.

Andoche Imbert siempre tenia algun cumplimento delicado para Mad. Sorbier, que habia sido muy hermosa, y que á pesar de sus cincuenta primaveras conservaba todavia una buena dosis de coquetería.

Una sola persona, en esta familia, parecia sustraerse á la influencia del aprendiz.

Esta era Paula.

La joven era para él lo que habia sido para su predecesor Simon Ragon, es decir, fria, indiferente y casi de deñosa.

En vano el joven se esforzaba en hacerla caer en la disimulada red de sus miradas furtivas, de sus galantes espresiones, de sus medias palabras mas significativas por el acento que por la espresion.

Todo era inútil; Paula no se apercibia

de los infructuosos esfuerzos hechos para agradarla.

Ella ignoraba que Andoche Imbert era mas bello muchacho que Simon Ragon; era para ella el aprendiz de su padre, y nada mas.

Esto era muy sencillo, y por otra parte fácil de explicar. Paula, ya lo hemos dicho, era á la vez piadosa y casta.

Mas la piedad y la castidad no son á las veces armas suficientes.

El escudo mas invencible, el seguro talisman contra la seduccion, es el amor; y ese escudo, ese talisman, Paula los poseia.

Ella amaba á Isidoro Marteau, no quizás con un amor impetuoso y exaltado, pero sí con una viva y dulce teraura de desposada; le habia dado su alma, y soñaba con una pura alegría en el momento cada vez mas próximo en que seria para siempre suya, delante de Dios y de los hombres.

Cuatro meses se pasaron así.

Al cabo de estos cuatro meses, el vizconde René de Audissac ni habia dado un paso, ni ganado un palmo de terreno.

En una palabra, estaba lo mismo que el dia que, bajo el seudónimo de Andoche Imbert habia entrado en la familia del fabricante de muebles.

Nada podia darse mas humillante para el amor propio de un jóven de mundo.

Vivir durante cuatro meses en la intimidad de una jóven de diez y seis años, hablarla libremente á todas las horas del dia, sin poder, nuevo Pigmalion, hacer saltar chispas de vida y de amor en el mármol de esta Galatea insensible! ¡Esto era bastante para hacer su dimision de hombre de suerte, y ocultar para siempre su frente humillada bajo el hábito de fraile!

A fuerza de buscar esplicaciones verosímiles para esta inconcebible conducta, René llegó á persuadirse que Paula era orgullosa y vana, y que, si ella se obstinaba en no querer ver un amor tan manifiesto como el suyo, no era por él, sino por su humilde condicion de aprendiz.

El dia en que esta idea se presentó al vizconde la acogió con trasporte y se persuadió que la victoria era segura.

—¡Ah! ¡bella Paula!... exclamó para sí, ¡es la vanidad la que os aparta de mí!... ¡y bien!... ¡por la vanidad triunfaré de vos!... ¡la máscara de aprendiz otende vuestros ojos!... ¡esa máscara va á caer, y veremos si resistís al amor del hidalgo!

Tomada esta resolucion, el plan del vizconde fué desde luego trazado, y no esperó mas que una buena ocasion para ejecutarle.

Esta ocasion no se hizo esperar.

Un dia que Mad. Sorbier habia ido á visitar á uno de sus parientes al arrabal de S. Antonio, el fabricante de muebles se vió obligado á salir para asuntos de su comercio.

René estaba pues solo en la casa con Paula.

El hidalgo se dió entonces á conocer á la jóven, la confesó lo que habia hecho para acercarse á ella, la habló de su amor en esos términos y con esa elocuencia fácil y comunicativa de que él tenia costumbre, cayó á sus piés de rodillas, suplicándola no le desesperase por mas tiempo, y que pagase un amor tan constante y perfecto.

Paula escuchó esta larga declaracion sin dar el menor indicio de cólera.

Su silencio y los precipitados latidos de su corazon eran los únicos que atestiguan su asombro y su emocion.

René quiso tomar su mano y cubrirla de besos.

Paula retiró dulcemente la mano y respondió con calma y seguridad:

—Yo creia, caballero, que sabiais que no me pertenecia, que era la prometida de un digno jóven, Isidoro Marteau, á quien vos conocéis...

—¡Sí, es cierto, lo sabia!... exclamó el vizconde, ¡y porque conozco el indigno rival que la casualidad me ha deparado, no puedo sufrir veros así sacrificada! ¡Vos, señorita, la mas completa maravilla que puede encontrarse en la tierra, vos no habeis nacido para vegetar en una oscura condicion!... habeis nacido para brillar en el primer rango, y vos brillareis...

—¡Y cómo será eso, caballero, os lo suplico? preguntó Paula.

El jóven creyó que habia llegado el momento de dar un golpe decisivo.

Y respondió sin turbarse:

—Yo, René, vizconde de Audissac, mosquetero de S. M. el rey, tengo el honor de preguntaros si quereis ser mi esposa...

Pronunciando estas palabras, haciendo á la jóven este solemne ofrecimiento, ¿el vizconde obraba de buena fé?

Nosotros creemos que no.

Sin duda por una restriccion maquiavélica se proponia llegar por senderos tenebrosos á lo que no podria negarse á un amor tan *probado* como el suyo.

Paula no pareció muy sorprendida de lo que acababa de oír.

Hizo á René una graciosa reverencia, y replicó con calma:

—Señor vizconde, vuestra pregunta honra sobremanera á una pobre jóven como yo, y estoy por ello muy reconocida... Os pido me dejéis reflexionar antes de da-

ros una respuesta de tanta importancia...

—¿Y esa respuesta, exclamó René, la tendré pronto?

—Sí, señor vizconde, pronto...

René iba sin duda á insistir.

Mas en este momento, el padre de Paula entró en la sala, y su presencia cortó la conversacion.

XVI.

LA COMIDA DE LOS MOSQUETEROS.

Si en las páginas que preceden hemos sabido trazar algunos rasgos del carácter de la hermosa Paula Sorbier, nuestros lectores han debido comprender que esta joven poseía un talento y una razon poco comunes á su edad.

La declaracion del vizconde y sus halagüenas ofertas no habian despertado en ella un solo movimiento de vanidad femenina.

El pensamiento, la idea de llegar á ser una gran señora, no habia alterado un solo momento su casta ternura por el hijo del quinquillero de la Ferraille.

Ninguna agitacion se manifestaba en su alma, no pensaba más que en Isidoro Marteau.

El camino que debia seguir estaba trazado, y no pensaba desviarse de él; solo se preguntaba cómo saldria de la embarazosa situacion en que se encontraba.

No convenia decir á su padre ni á su prometido una palabra de lo que pasaba.

En uno y otro caso, una revelacion podia traer malos resultados, y esto es lo que Paula queria evitar.

—¿Cómo, pues, obrar?

En su perplegidad, la joven pidió á Dios que la ayudase y la diese luz.

Dios la ayudó en efecto, enviándola una inspiracion repentina.

—Mamá, dijo Paula á su madre así que hubo entrado, tomad vuestro velo y venid conmigo...

—¿A dónde, hija mia?

—A la iglesia de San German l'Auxerrois.

—¿Y qué quieres hacer allí? me parece que hoy, ni es domingo ni dia de fiesta.

—Desearia hablar al cura de la parroquia, que es, como vos sabeis, mi confesor.

Mad. Sorbier no replicó una palabra, y acompañó á su hija á la iglesia.

Paula suplicó al venerable sacerdote que la escuchase en el tribunal de la penitencia.

Allí se lo contó todo, y le suplicó que

la sacase del grande apuro en que se encontraba.

Así que hubo recibido esta confidencia, el sacerdote se dirigió al cuartel de los mosqueteros, y pidió hablar al marqués de Hochedieu, capitán de la compañía donde se hallaba el vizconde René de Audisac.

En pocas palabras espuso al viejo soldado los hechos que motivaban su visita, y le rogo emplease todos los medios para evitar un escándalo inminente.

El marqués de Hochedieu retorció su mostacho blanco sonriendo, y respondió que haria justicia á súplica tan legitima.

Una hora despues, un mosquetero vestido de paisano se presentó en casa de la familia Sorbier, y entregó al aprendiz Andoche Ymbert una carta cerrada con lacre encarnado.

Paula pasó al lado de René en el momento en que iba á abrir la carta, y le dijo muy bajo al pasar.

—Esa es mi respuesta...

El vizconde, sorprendido, rompió rápidamente el sello.

La carta, toda escrita de mano del capitán, le anunciaba que los dos ultimos meses de su licencia estaban suprimidos, le mandaba que se restituyese en seguida al cuartel de los mosqueteros, para quedar arrestado durante quince dias.

La orden era precisa, formal, no habia que desobedecer.

René, humillado, mortificado, furioso, hizo de tripas corazon, y disimuló lo mejor que pudo la rabia secreta que le devoraba.

Anunció al fabricante que un suceso imprevisto le obligaba á abandonar á Paris en seguida, se despidió irónicamente de la bella Paula, y abandonó la casa donde habia esperado llevar la deshonra, prometiendo tomar, tarde ó temprano, una ruidosa revancha por el chasco que habia recibido.

§

La noche del mismo dia, el cura de San German l'Auxerrois vino á visitar á la familia Sorbier.

Llamó aparte á los padres de Paula, y los aconsejó apresurasen la boda de su hija, la cual se decidió se celebraria al cabo de tres semanas.

Entretanto quince dias se pasaron.

El marqués de Hochedieu levantó el arresto de René, despues de haberle hecho venir á su presencia y haberle aconsejado que en adelante tuviese mejor conducta.

René, para celebrar su libertad, y con otro objeto que pronto conoceremos, convidó á veinte de sus compañeros á una gran comida para el mismo día.

La comida tuvo lugar en el *Carro de Oro*, calle de Saint-Honoré, en casa de un famoso fondista.

Los manjares fueron esquisitos, los vinos escogidos y en abundancia.

Pronto se manifestó la mas loca alegría.

Al llegar á los postres, René era el único que conservaba su sangre fria.

—Señores, dijo levantándose, reclamo de vosotros un momento de silencio y atención para una comunicacion de la mas alta importancia...

A pesar de la embriaguez creciente de los convidados, todo ruido cesó como por encanto.

René se inclinó para dar gracias á sus compañeros, y despues replicó:

—¡Un hidalgo que todos vosotros conocéis, un mosquetero de nuestra compañía, acaba de recibir una de esas injurias que nunca se perdonan!... ¡acaba de ser cubierto de uno de esos ridículos que jamas se borran, porque no pueden ser lavados con sangre!... ¡el insulto proviene de una mujer... ¡el mosquetero de que os hablo acaba de ser burlado, escarnecido, engañado por una jóven!

—¡Vamos! exclamaron algunas voces, ¿qué historia del otro mundo nos cuentas, vizconde?...

—¡Eso es inverosímil!...

—¡Absurdo!...

—¡Imposible!...

René esperó á que estos rumores se fuesen poco á poco calmando, y despues prosiguió:

—¡Inverosímil, sea! .. ¡absurdo, consiento en ello!... ¡imposible, no lo niego!... A todo esto, señores, no tengo mas que una palabra que contestar: ¡el hidalgo en cuestion soy yo!...

Un ruido sordo y confuso sucedió á estas palabras.

Interjecciones y exclamaciones ruidosas salieron de todos los ángulos de la sala.

—¡Tú... vizconde!...

—¡Burlado!...

—¡Escarnecido!...

—¡Engañado!...

—¡Y por una jóven!...

—Puesto que tú lo afirmas, lo creemos; pero de otra manera...

—Y si otro que tú nos lo dijese, nuestras espadas hubieran ya brillado, por el honor

de la compañía en general, y por el tuyo en particular!...

—Señores, os suplico que me escucheis hasta el fin, exclamó René.

—¡Chito!... ¡chito!... ¡silencio!... ¡silencio!...

El vizconde hizo entonces una detallada relacion de todos los incidentes que conocen nuestros lectores, desde el día en que habia sacado á Simon Ragon de la cárcel y habia ocupado su puesto en la familia Sorbier, hasta el momento en que la bella Paula habia traidoramente respondido á su amor y á la oferta de su mano por la imperativa carta del capitán de los mosqueteros.

—No es eso todo, añadió René, acabo de saber ayer que el matrimonio de Paula Sorbier se ha adelantado, y que dentro de ocho dias se casará con Isidoro Marteau, ese mercachifle, ese tunante, cuyo nombre me repugna!... Y decidme, ¿puedo yo aceptar con sangre fria una situacion como esta, doblemente humillante, doblemente intolerable para mi orgullo y para mi amor? ¡Sí, mi amor; porque á esa jóven la amo todavía á pesar de su indigna conducta hacia mí!... ¿Puedo verla pasar á los brazos de un rival?... ¡y qué rival! Si ese desgraciado fuese siquiera medio hidalgo, por dudosa y oscura que fuese su nobleza, yo arreglaría este negocio con él en el campo y con la espada en la mano!... ¡Pero él es de esas gentes que no pueden castigarse mas que á palos! ¡Así, bien lo veis, nada me queda... ni aun la venganza, porque no puedo vengarme en nadie! ¿Qué hacer, pues? ¡Vosotros sois mis amigos, el honor de la compañía está comprometido en mi persona! ¡veid en mi ayuda!... ¡aconsejadme... haced, en fin, por mí lo que yo haria por cada uno de vosotros, si lo que Dios no quiera, os encontráseis en una posicion semejante!...

El vizconde se calló.

—¡Sí!... ¡sí!... exclamaron los mosqueteros á una voz, ¡tu asunto es el nuestro!... ¡haremos tu causa nuestra causa... nosotros te sostendremos, nosotros te vengaremos!

—¿Pero cómo? preguntó René.

—Eso me parece muy sencillo, respondió el baron de Chantocé, una de las mejores cabezas de la compañía; es preciso, para espiar los injurias y desprecios y la perfidia de esa mujer, es preciso que te pertenezca, y yo te lo prometo...

—Chantocé, amigo mio, exclamó el vizconde, ¿piensas bien lo que has dicho?...

—Lo pienso, y estoy seguro de lo que digo.

—Pues, en fin, ¿cuál es tu plan?

—No le tengo todavía bien meditado, pero cuenta conmigo y con todos nosotros... ¿El matrimonio de tu niña debe celebrarse dentro de ocho días?

—Sí.

—¡Y bien! ¡antes de ocho días, lo juro, la prometida del mercachifle será la querida del mosquetero!... ¡Víctima demasiado feliz, no perderá en el cambio y se dará por contenta!...

—¿Y si la esperanza que tú me das saliese fallida?

— Nada temas, respondo de todo... Hay una cosa muy importante, mejor dicho indispensable...

—¿Cual?

—Que se guarde el más profundo secreto por todos nosotros sobre lo que aquí ha pasado... No conviene que el capitán sepa nuestro proyecto y venga a contrariarnos arrestándonos a todos... ¡Si se pronuncia una sola palabra indiscreta, todo está perdido!

—¡Seremos mudos! respondió René.

—¡Mudos como los muertos! exclamaron todos, ¡nosotros lo juramos!...

Después de este solemne juramento, las libaciones, un momento interrumpidas, empezaron de nuevo.

Al cabo de una hora, todos los mosqueteros, incluso el vizconde de René, yacían tendidos bajo la mesa en la más completa embriaguez.

XVII.

LA COMEDIA TIENE UN DESENLACE DRAMÁTICO.

Durante los días que siguieron a la comida dada a los mosqueteros por el vizconde René de Audissac, Mr. de Chantocé se ocupó sin descanso en la combinación del plan del que esperaba el éxito más completo.

—Estas gentes del pueblo, dijo a René, tienen por costumbre divertirse grandemente un día de boda; es preciso que yo sepa en qué sitio tendrán lugar el baile y la comida...

René puso al punto en campaña un hábil espía por el cual estaba al corriente de lo que pasaba en la familia Sorbier.

Al día siguiente pudo hacer saber a Chantocé que el lugar escogido para la función después de la ceremonia nupcial era el clásico molino de Javelle.

—¡A las mil maravillas! replicó el barón, preven a nuestros amigos, querido vizconde, que les doy una comida esta tarde en el *Carro de Oro*, y que allí les explicaré mis proyectos.

Todos anhelaban saber los detalles de la divertida aventura que se preparaba, y en la que esperaban representar algún papel.

Lo mismo que en la comida anterior, no hubo nada hasta los postres.

Mas, cuando el vino de Champagne apareció en la mesa, Chantocé se levantó y reclamó la atención general, que como es de suponer, le fué concedida.

—Mis queridos camaradas, dijo, me he encargado el otro día de vengar a uno de los nuestros, y de poner a nuestro amigo en el caso de poder tomar justas represalias de una muchacha, cuya conducta, creo de buen gusto no calificar...

»Lo que he prometido lo tendré...

»El lunes por la mañana, es decir, dentro de tres días, la bella Paula Sorbier se casa con el quinquillero Isidoro Marteau.

»El lunes por la tarde habremos robado a Paula Sorbier en las barbas de su bendito marido, y la habremos puesto en los brazos del vizconde René de Audissac...

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron los mosqueteros, ¡Chantocé es el honor de nuestra compañía!...

El barón saludó con modestia, y continuó:

—El éxito es seguro, hé aquí por qué medio le alcanzaremos.

»La fiesta de la boda debe tener lugar en el molino de Javelle.

»La vispera, uno de nosotros, en traje de paisano, irá a mandar preparar un sitio y una gran comida para celebrar la boda de uno de sus primos.

»Al día siguiente, al mismo tiempo que la boda Marteau, llegaremos en dos ó tres secciones.

»La querida de uno de vosotros, vestida de blanco, y tomando, según la circunstancia, un aire modesto y virginal, y con el ramo de flor de naranjo de rigor, representará el papel de novia.

»Algunos de nosotros, entre los cuales se encontrará René, irán enmascarados y con trajes distintivos, bajo los cuales ocultarán sus espadas.

»Los demás llevarán el traje de los días de fiesta de los artesanos.

»Gracias a estas precauciones, es absolutamente imposible que nada se sospeche.

»Cerca del sitio estará un carruaje, un fiacre en mal estado, pero con buenos caballos y conducido por uno de los nuestros.

»Nos mezclaremos con los convidados de la verdadera boda, hablaremos, reiremos,

después, á una señal convenida, rodearemos á la bella Paula, y cuatro mosqueteros la conducirán al fiacre, en tanto que el resto de los nuestros se pondrán, si es preciso, con la espada en la mano para cubrir la retaguardia de los raptos...

»En el carruaje, Paula habrá encontrado al vizconde.

»La hermosa gritará, llorará, casi se desmayará; ya veis que me pongo en lo peor, después concluirá por consolarse. A las lágrimas sucederán las sonrisas, á los gritos el silencio, y la interesante desposada comprenderá con suspiros de felicidad que un mosquetero vale más que diez quinilleros.

»Hé ahí mi sencillo plan.

»No se han necesitado grandes esfuerzos para concebirle, pero en fin, tal como es, le someto á vuestro examen: señores... ¿qué pensáis de él?

El sucinto y luminoso relato del barón de Chantocé fué acogido con un entusiasmo imposible de describir.

De buena gana hubieran llevado en triunfo al mosquetero.

Algunos de los más acalorados lo intentaron, pero el barón tuvo la modestia de sustraerse á esta ovación.

No se hizo una sola objeción.

Aquella juventud indisciplinada y loca, acostumbrada desde la infancia á mirarse de un temple muy superior al de los villanos y patanes, acogió la idea del rapto con una alegría sin límites.

No faltaba más que arreglar algunos detalles de ejecución.

Los dos días que faltaban para celebrarse el matrimonio, se consagraron á estos detalles.

§

En fin, el lunes llegó. Todo estaba dispuesto.

Los mosqueteros, los unos en traje de paisanos, los otros disfrazados y enmascarados, habían invadido desde por la mañana el molino de Javelle, en compañía de media docena de muchachas que representaban la boda y su familia.

El fiacre esperaba, un viejo fiacre desmantelado, con dos soberbios caballos que parecían indignos de los arreos vulgares que manchaban con su contacto su pelo suave y brillante.

El día estaba hermoso.

El sol, radiante, brillaba en el firmamento sin cesar, las ondas del Sena corrían apacibles, azules y transparentes como

el azul del cielo que reflejaban entre sus floridas riberas.

Los alrededores del molino de Javelle respiraban alegría.

Los figones diseminados alrededor de la fonda principal, como los planetas alrededor del sol, no bastaban apenas á contener tanta gente.

Hé aquí cuál era la causa de tanta afluencia.

Dos bodas, la una de la hija de un herrero con un mastro albañil, y la otra, de un grueso marinero con una tendera del arabal Saint-Marceau, habían conducido al molino de Javelle y á sus alrededores una multitud de jóvenes y vigorosos oficiales, herreros, pescadores, albañiles, etc.

Todos reían, bebían y retezaban á más y mejor.

Los mosqueteros esperaban con impaciencia.

En fin, llegó el medio día.

Entonces se vió venir en cuatro carruajes la boda de Isidoro Marteau y de Paula Sorbier.

Los amigos y parientes apenas cabían en los cuatro enormes fiacres, que cada uno contenía ocho personas.

Dos horas antes, el cura de San Germain l'Auxerrois había dado la bendición nupcial á los jóvenes esposos.

Paula bajó del carruaje en medio de una turba compacta que se había reunido para verla, porque la reputación de su belleza era popular entre las gentes de su clase.

Apareció vestida de blanco, tan radiante, tan modesta, tan deslumbradora, que un murmullo de admiración se elevó á su tránsito.

Isidoro Marteau, llevando un gran ramo, seguía paso á paso á su mujer.

El bravo joven estaba encarnado como la cresta de un gallo, y parecía henchido de felicidad.

El vizconde de Audissac, que se hallaba á la puerta del molino de Javelle, al lado del barón de Chantocé, palideció bajo su careta, y tomando la mano de su amigo, la apretó convulsivamente.

—¡Ah! murmuró el barón al oído de René, ¡qué hermosa es! ¡Pardiez! ¡por esa criatura se dejaría uno matar!

—¿No es verdad? replicó René en voz baja.

—¡Ah bribon! ¡qué feliz eres! ¡dentro de pocas horas, esa hermosa será tuya! ¡oh!... quisiera hallarme en tu lugar...

—¡Si por desgracia tuviésemos mal éxito!... replicó el vizconde.

—¡Cá, es imposible! ¡todas las medidas están bien tomadas... no temas!

De una y otra parte se comió alegremente.

Pero... al fin se acabó la comida.

Los convidados de la boda Marteau vaciaron los últimos vasos á la salud de los nuevos esposos, despues empezó el baile en la pieza mas vasta del molino de Javelle.

Los mosqueteros entnces fueron mezclándose poco á poco con los paisanos.

Todos se admiraban al ver el número siempre creciente de máscaras que se presentaban, pero nadie tuvo miedo: por otra parte, en esta época los disfraces estaban en boga aun cuando no fuese en carnaval.

Despues, los recién llegados, rica y raramente vestidos, eran alegres, y pronto divertieron á los convidados de Isidoro Marteau.

René llevaba un traje de armenio: bajo este disfraz, la elegancia de su talle sobresalía á las mil maravillas.

Tuvo el atrevimiento de acercarse á la hermosa Paula y solicitar de ella un baile.

La jóven consintió en bailar con él.

Este era el momento que esperaba el baron de Chantocé.

Apenas los dos violines y la flauta que componian la orquesta acababan de preluviar, cuando el baron dió tres palmadas.

A esta señal convenida, René, rodeado por cuatro mosqueteros, tomó á Paula en sus brazos y se lanzó hácia la puerta.

Al mismo tiempo veinte cómplices del rapto farmaron una fuerte barrera entre los raptores y las gentes de la boda.

Entonces empezó una escena mas fácil de comprender que de describir.

Isidoro Marteau y Sorbier, furiosos, desesperados, se precipitaron, ayudados por todos sus parientes y amigos contra los mosqueteros.

Pero estos resistieron el choque, al cual estaban preparados.

Los paisanos recularon, pero para volver de nuevo á la carga.

Se habian apoderado de toda clase de armas, sillas, mesas y bancos.

Los mosqueteros desenvainaron las espadas.

La refriega fué horrible: la sangre corrió por una y otra parte.

Entretanto René y los otros raptores huían sin encontrar el menor obstáculo.

Paula, desmayada, no podia pedir socorro.

La desgraciada jóven estaba casi perdida: algunos segundos mas y estaria en el fiacre á merced del mosquetero.

Isidoro Marteau comprendió lo inminente del peligro.

Salir por la puerta era imposible: abrió la ventana, y á riesgo de estrellarse en la cañita, se precipitó desde la altura del primer piso.

Paula, inanimada, yacía á cien pasos de él, en brazos de los mosqueteros que la llevaban, cuyo peso impedia un poco la marcha.

—¡Socorro!! exclamó Isidoro con toda la fuerza de su desesperacion, ¡socorro!!... ¡que roban una mujer!! ¡Obreros y paisanos... á ellos! ¡á los hidalgos!!

Este grito produjo un efecto mágico.

De todos los figones salieron al momento los numerosos obreros y oficiales de que hemos hablado, con palos, bancos, escabelles y hasta asadores.

Se arrojaron sobre René y los cuatro mosqueteros que formaban una muralla á su alrededor y que en vano hicieron brillar sus espadas.

En un segundo las finas hojas volaron hechas pedazos al choque impetuoso de los garrotes.

Los mosqueteros eran bravos como leones.

Hicieron prodigios dignos de mejor causa, pero el valor de René ceder al número.

Cercados, acosados aplastados, tuvieron que ir en retirada, dejando en manos de los asaltadores pedazos de sus vestidos, y regando el césped con la sangre que corría de sus numerosas heridas.

Uno solo resistió á la turba siempre creciente.

Este era René.

Con un brazo sostenia el cuerpo inanimado de la hermosa Paula, y con la otra mano se defendia con el pedazo de su espada.

Esta lucha desigual y terrible duró algunos minutos.

Durante este tiempo, el hidalgo, heróico en su infame accion, contuvo á los agresores.

Los mosqueteros que hemos dejado luchando cuerpo á cuerpo con los paisanos en la sala del primer piso, oyeron los gritos de muerte de la multitud é hicieron una salida.

Quizás llegarían á tiempo para René.

Pero un garrotazo, dado en la cabeza del jóven, terminó el combate antes de que llegasen en su ayuda.

René cayó.

Paula fué arrancada de sus inanimados brazos y entregada á su marido y á su padre.

Los mosqueteros, viendo que su empeño había quedado defraudado, y no deseando verse aporreados, se retiraron en buen orden, en medio de las huestes triunfantes de paisanos y obreros.

Entonces fué cuando la máscara del Armenio fué arrancada, y cuando Sorbier reconoció con gran sorpresa las facciones de su ex-aprendiz Andoche Ymbert.

¡El vizconde René de Audissac había muerto!!...

§.

Tal fué el trágico desenlace de un episodio de la historia del molino de Javelle.

La familia del vizconde quiso perseguir á los asesinos, mas el marqués de Hochedieu, que conocia la verdad entera, se empeñó con los parientes de la victima, en interés de su honor, para cubrir con un espeso velo tan desgraciado acontecimiento.

Algunos de los mosqueteros fueron separados de su cargo, y Mr. de Marville, teniente de policia, redactó una ordenanza á la cual el parlamento dió su sancion, y que prohibia para en adelante á todos los individuos disfrazados y enmascarados presentarse en los bailes y comidas de bodas.

La fecha de esta ordenanza es del 24 de octubre de 1741.

XVIII.

LOS ESPOSOS GELINOTE.

Hemos dejado tres de los mas honorables personajes de esta historia, el caballero de La Bricole, D. Guzman de Tulipano, y Grain d'Orge, preparados á marchar al molino de Javelle, con el objeto de estudiar los lugares y tomar sus disposiciones para el proyectado rapto de Juanita Lollier.

Reunámonos á ellos bajo el verdoso emparrado, en donde, despues de reconocer el terreno, acababan de instalarse delante de un abundante plato de chuletas de carnero y pepinillos adobados.

Desde este emparrado podian ver y oír todo lo que pasaba en la puerta y en el jardin, que se hallaba dividido en una multitud de gabinetes separados unos de otros por débiles paredes cubiertas de hojas y ramas.

Su puesto de observacion era excelente. Permanezcamos, pues, con ellos, en bien

mala compañía, y despues de haber contado á nuestros lectores uno de los mas dramáticos episodios del molino de Javelle, hagámosles asistir á alguna de esas escenas cómicas de que el figon á la moda era cada dia teatro.

El propietario del molino de Javelle se llamaba Tomás Gelinote.

Era un hombre pequeño, redondo como una bola, muy cerca de hacer su fortuna, y pensando en retirarse con doce mil libras de renta próximamente.

Su mujer, Mad. Gelinote, tenia cuarenta años poco mas ó menos: al verla tan ajustada, tan rozagante, tan lista, tan coqueta todavía, no se la hubiera echado arriba de treinta y cuatro á treinta y cinco años.

Gelinote no era celoso ni lo había sido nunca.

Su mujer, segun decian malas lenguas, no dejaba de aprovecharse un poco mas de lo que debia de esta confianza benévola de su esposo, que nada había visto ó na la había querido ver.

¡Decididamente el dueño del molino de Javelle era un hombre de talento!...

Mad. Gelinote apareció en el umbral de la puerta.

Llevaba un corpiño de color de guinda, una falda con grandes dibujos, los brazos desnudos, una cinta de terciopelo al cuello, una papalina de encaje, y unas lindas chinelas con lazos de color de fuego.

—¡Eh! ¡Marineta!... exclamó, ¡Marineta!... ¡Marineta!... ¿dónde estás?...

—Aqui estoy, tia mia, respondió una voz fresca desde el fondo del jardin.

La sobrina de Mad. Gelinote, linda morena de catorce ó quince años, vino dando saltos.

—¿Qué es lo que hacias allá abajo? preguntó la posadera,

—Llevar vino blanco á esos enamorados que comen sardinas y ensalada...

—Y en lugar de venir corriendo, te ocultas detrás del emparrado para escuchar lo que hablan, estoy segura de ello...

—¡Oh! ¡tia, escuchando es como se aprende! ¡es preciso formar poco á poco el talento, y yo que deseo tanto instruirme!...

Mad. Gelinote se echó á reír.

—¡Demasiado sabes tú! dijo.

—¡Oh! tia mia, replicó Marineta con una reverencia cómica, aun me falta mucho para saber tanto como vos!...

—No se trata ahora de eso.

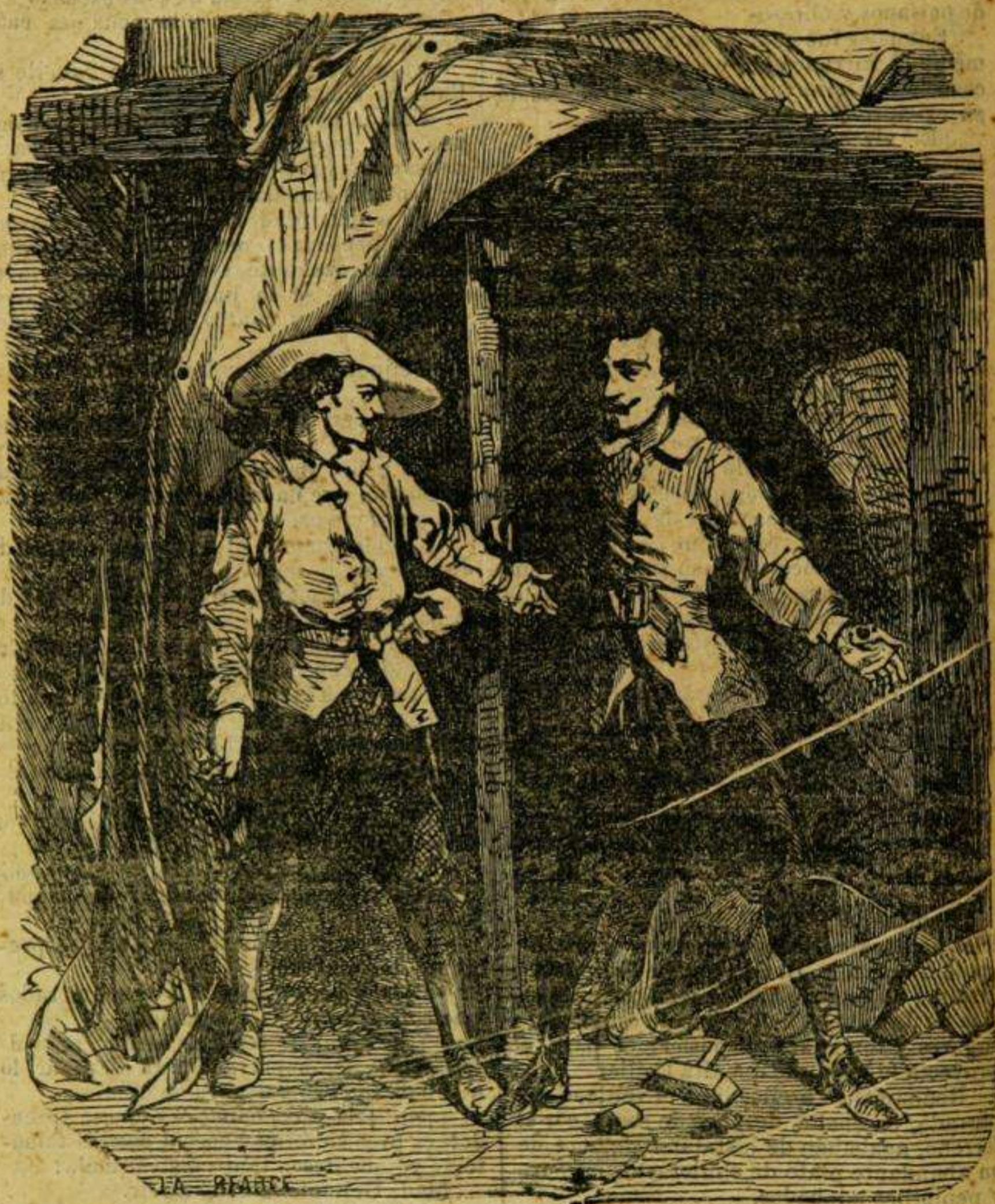
—¿Queriais mandarme algo, tia?

—Sin duda.

—¿Qué es pues?

—Que vayas á decir á la gruesa Simona que te dé medio ciento de cangrejos.
—Voy corriendo.

—¿Mr. Picon? ¿el marido de esa hermosa dama que me hace tantas caricias cuando viene aquí?...



—Escoved los más pequeños...
—Entiendo. ¿Son para algun procurador quizás?
—Sí, para Mr. Picon, el procurador, que está allá arriba con uno de sus amigos...

—Justamente: si por casualidad te preguntase, no le digas que su mujer comió aquí ayer con el joven consejero, y, aateayer con el músico de la ópera...
—¡Oh! ¡no!! Soy yo acaso charlatana, tia?

Cuando me llevais á Paris con vos para buscar provisiones, y almorzamos con el español ó el suizo, ¿digo yo algo á mi tio?...

—Yo no me quejo de eso, eres buena muchacha... ¡Por otra parte, es de gran consecuencia decir lo que no se debe!..

—¡Oh! ¡aunque soy muy jóven, bien lo conozco! Escuchad, tia, esos señores que vienen aquí con mujeres, no les gustaria que las suyas viniesen con caballeros... ¿verdad?

—¡No por cierto!... no les gustaria...

—¡Oh! ¡qué enfadado se puso el otro dia aquel médico viejo cuando encontró á su mujer que estaba comiendo con el jóven boticario!..

—Y entretanto él estaba con una modista del palacio...

—¡Nunca he oido jurar tanto á un médico! ¡Dijo que si el boticario se ponía enfermo y caía entre sus manos era hombre perdido!...

—Y lo hará como lo ha dicho... Pero, basta de conversacion, hija mia... Ve corriendo á pedir los cangrejos á Simona...

—¡Voy, voy, tia!...

—Que sean pequeños...

—¡Estad tranquila!

Y Marineta se alejó saltando, y repitiendo:

—¡Son para un procurador!... ¡son para un procurador!...

En este momento, un nuevo personaje apareció en escena.

Este era nada menos que Tomás Gelinote, el posadero del molino de Javelle.

XIX.

UNA PARCIDA EN EL MOLINO DE JAVELLE.

—¿Sabes lo que tenemos allá arriba? preguntó Gelinote á su cara mitad.

—Vaya si lo sé, replicó la posadera, es Mr. Picon, el procurador, con uno de sus amigos, alguno de la curia como él... Acabo de enviar á buscar á Marineta el medio ciento de cangrejos que han pedido...

—Cangrejos... cangrejos... Se me figura que no vienen aquí por los cangrejos...

—¿Por qué entonces?

—¡Aquí hay gato encerrado! Su mujer comió aquí ayer...

—Y anteaer tambien... ¡Ah! es una de nuestras mejores parroquianas...

—¡Y bien! Como ha encargado que no se diga á nadie que está aquí, quizás se oculta para espiar á su mujer...

—¡Eh! puede ser...

—¿Y si Mad. Picon viene, qué vamos á hacer?

—Si viene que venga... eso es cosa de ellos... Por otra parte, yo la prevendré, y como es una mujer...

En este momento algunas voces llamaron desde el interior de la casa.

—¡Allá van... allá van!... respondieron á la vez Mr. y Mad. Gelinote, que se apresuraron para ver quién les llamaba.

Algunos minutos se pasaron.

Despues se sintió el ruido sordo y monótono de un carruaje que se detenía al otro lado del figon, y aparecieron dos mujeres seguidas por un muchacho de doce á catorce años, con una librea muy larga y muy ancha.

Las recién venidas eran jóvenes y muy bonitas, con ese atractivo y esa gracia que hace á las parisienses tan seductoras.

Su tocado era casi extravagante.

En sus rostros habia blanquete y colorete en abundancia: los tacones de sus chinelas eran tan altos, que no podian marchar sin esa incertidumbre y ese balanceo que Retif de la Bretonne miraba como la gracia principal del andar de una mujer.

Los fuertes olores que traian sobre sí se percibian á quince pasos de distancia.

Sus vestidos casi desaparecian bajo la profusion de encajes y cintas.

—Almanzor, dijo una de ellas, la mas bonita, cuyos negros ojos tenian una ardiente espresion, ¡Almanzor... lacayo... aquí!

—¿Qué se ofrece, señora? preguntó el lacayo.

—Ve á decir al cochero que se coloque á cien pasos de la casa, y que nos espere...

El pequeño lacayo iba á cumplir el encargo, pero no tuvo tiempo.

El antemedante llegó haciendo eses y tropezando, borracho hasta mas no poder.

—¿Qué se ofrece? dijo con voz temblona, ¿que yo os espere?

—Sin duda, replicó la mas bonita.

—¡El diablo me lleve si os espero, exclamó el cochero, á menos que no se me pague!... lo he advertido...

La mujer bonita se volvió hácia su compañera.

—¡Eh! si se le paga se irá... dijo.

—Eso bien puede ser, balbuceó el borracho; despues que esté pagado, nada tengo que hacer aquí...

—¡Eh! bellaco... ¿cómo quieres que volvamos?

—¡Bah! ¿Y eso os acobarda?... Las dos sois bonitas y jóvenes... Yo os conduzco á!

molino de Javelle, aquí encontrareis fortuna... Nada temais.

—¡Ah! ¡qué palabras!... ¡qué insolente!... exclamó una de ellas.

—¡Es un pillo que hay que dar de palos!... dijo la otra.

—¡Sí!... ¡palos! replicó el cochero.—¡Oh! ¡escuchadme!... ¡Yo os he tomado en la calle del Sena... bien sé en dónde... con que... cuidado!

—¡Por quien soy que es divertido!... ¡un tuno de cochero hablarnos de esa manera!...

—¡Tuno, eh?... Poco ruido, y á pagarme... de lo contrario...

—Escucha... estamos cerca de la casa...

—¡Y bien!

—Si llamo, serás apaleado...

—¡Oh! ¡pardiez... llamad!

—¡Tú lo quieres?...

—Estamos hechos á eso... ¡Yo seré apaleado, pero me pagarán... ó sino haré ruido! Yo no me muerdo la lengua, no, aunque la tengo un poco torpe... Pero yo sé en qué consiste, consiste en la bebida... una copa ó dos de lo blanco...

—¡Qué hombre! dijo la bonita.—Le pagaremos, pero yo le reconoceré, lo juro...

—¡Bien, tanto mejor! yo también os reconoceré. Vosotras las mujeres no sabéis pasar sin nosotros...

—¡Cuando estos miserables tratan con mujeres!...

—Conocemos un poco el mundo, ¿verdad?

—¡Toma, ahí tienes un escudo!

—¡Un escudo!... eso es poco.

—Es el doble de lo que te se debe...

—¡Ah! ¡una persona como vos... un escudo!

—Si quieres esperaros y volvernos á llevar, te se dará otro tanto...

—¡Oh! eso no puede ser...

—¡Por qué?

—Tengo que ir á buscar una boda... ¿queréis que desperdicie?... si durmiéseis aquí, entonces...

—¡Dormir aquí!... ¡dormir aquí!... ¡está loco! ¿Por quién nos toma ese tunante?

—¡Ah! ¡pardiez!... bien sé que no hay camas en el molino de Javelle... pero eso no impide que se duerma aquí...

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh! ¡bien sé lo que digo!... ¡estoy muy versado en eso!... ¿Con que no hay para echar un trago á vuestra salud? Entonces... os deseo muchas felicidades, y hasta la vista...

Y tambaleándose y tropezando mas que nunca, el cochero se alejó, tarareando con

esa voz nasal particular á los borrachos, esta canción de la época:

En estas verdes riberas
es nuestra suerte feliz,
siempre borrachos estamos...
viva el zumo de la vid!
Vivan las chicas bonitas
que conducimos aquí!
Viva el tierno galanteo...
viva la niña gentil!...

—¡Ah! ¡por mi fé exclamó la mas bonita de las dos, hé aquí una partida que se anuncia bien!... y esos caballeros que debían esperaros y que no han salido á recibirnos, pero allí vienen...

En efecto, dos jóvenes, de una elegancia mas exagerada quizás y mas ridicula que la de las damas, corrian á toda prisa.

Eran, segun ellos decian, el vizconde Lícidas y el caballero de la Popelliniere; en realidad dos mancebos de tienda, enriquecidos por una reciente herencia que se gastaban con las coquetas.

Se excusaron de su tardanza con las expresiones de la mas perfecta galantería, y las pidieron perdon por su falta, lo cual no les fué rehusado.

Las dos parejas se apresuraron á entrar en la fonda al mismo tiempo que salia madama Gelinote.

—Adios, mi querida Gelinote, dijo la dama que tomaba con mas frecuencia la palabra, esto es impagable, ¿no es cierto? He comido aquí anteayer, ayer, y hoy vengo también... un dia voy á mandar traer aquí los muebles...

—En todo caso, respondió Mad. Gelinote, os aconsejo que hoy no lo hagais...

—¿Y por qué?

—¡Ah! ¿por qué?... ¡Dios mio! ¡porque vuestro marido, Mr. Picon, está allá arriba!...

XX.

LOS DOS PROCURADORES.

La mujer bonita, que ya podemos llamar Mad. Picon, no pareció turbarse por tan inesperada noticia.

—¿Mi marido? repitió, ¿estás segura de ello, Gelinote?

—Tan segura como lo estoy de veros á vos.

—Puede uno equivocarse...

—¡Oh! ¡no! Sin ofenderos, Mr. Picon es bastante feo para poder reconocerle entre mil...

—¡Es justicia que le haceis! replicó madama Picon riendo: pero ¿qué contratiem-

pol... ¡nosotros que nos habíamos propuesto divertirnos!...

—¡Es una lástima! dijo Mad. Gelinote.

—¡Qué cosa tan ridícula! replicó la mujer del procurador, ¡no debíais admitir aquí á los maridos!...

—Vamos, señora, dijo el vizconde Lícidas, tomemos un partido; evitemos un escándalo y subamos á un carruaje...

—¡Y á dónde iremos?

—A comer á Passy.—No hay mas remedio...

—Allí no encontraremos buena comida...

—Pero tampoco encontraremos maridos...

—¡Qué fastidio!... Me desespero cuando alguna cosa me sale mal.

Mientras se cambiaban estas palabras, un hombre pequeño, delgado, absolutamente calvo y picoso de viruelas, acababa de salir de la casa sin que nadie lo notase, y se dirigía hácia el grupo con una servilleta en la mano.

—¡Y bien! exclamó, ¿qué es esto, posadera? ¿en vuestra casa no le sirven á uno á lo que parece? Hace mas de una hora que hemos pedido anguilas y cangrejos...

—¡Ah! ¡diablo! murmuró muy bajo y rápidamente Mad. Gelinote poniéndose entre la mujer bonita y el recién venido, he aquí á Mr. Picon en persona!... retiraos de ahí si podeis...

Pero ya la hermosa mitad del procurador habia tomado su partido y sabia lo que habia de hacer.

Hizo dar media vuelta á Mad. Gelinote, y avanzando hácia el hombre pequeño con altanería, le dijo:

—¡Sí, señor marido, anguilas y cangrejos! ¡Venís á comer vuestra fortuna á los figones!...

El procurador, estupefacto, dejó caer sus brazos á lo largo del cuerpo, y su grotesca figura espresó el mas completo aturdimiento.

—¡Mi mujer en el molino de Javelle! murmuró, ¿qué quiere decir esto?

—¡Ah! replicó Mad. Picon rápidamente, ¡ah! ¡vos no me esperábais aquí, disoluto!... pero yo bien sabia que os encontraria aquí; ¡hace tiempo que os espío!

—¡Pardiez!... ¡lo que sabe! dijo Mad. Gelinote aparte.

—Mad. Picon... Mad. Picon... replicó el procurador, yo no sé como vos sabeis...

—Nosotros no hemos dicho nada, interrumpió la posadera con tono hipócrita —Madama algo sospechaba, sin embargo; yo no he contestado á ninguna de sus preguntas, puesto que vos lo habíais prohibido, y

si vos no hubiéseis bajado, no sabia nada...

—Esa no es la cuestion, exclamó furioso el procurador, yo á nadie tengo que dar cuentas...

Mad. Picon se enjugó algunas lágrimas, y dijo gimiendo:

—¡Ah! ¡qué desgraciada soy! ver disipar así mi dote...

En este momento, los dos caballeros juzgaron conveniente intervenir...

—Sí... sí... añadió el caballero de la Popeliniere, acudid á la justicia...

Los ojos del procurador parecian salirsele de sus órbitas.

—Señores, dijo, no entiendo de chanzas.

—Vamos, caballero, dijo la compañera de Mad. Picon, debia daros vergüenza pasar á vuestra vida en el desorden, abandonando á vuestra pobre mujer en la soledad y en las lágrimas...

—¡Mad. Segot!... gritó el procurador, mezclados en vuestros asuntos, ó sino...

Mad. Picon se puso delante de su amiga.

—¡Callate, la dijo, callate!... ¡que te va á pegar!... está borracho...

—¡Borracho! ¡pardiez!...

—¡Sí, apesta á vino, esto es horrible!...

El desdichado procurador se volvió hácia la posadera.

—Dí pronto... dí, ¿he bebido yo algo todavía?

—Son mujeres, señor, replicó Mad. Gelinote en tono afectado, dejadlas que digan... no os incomodeis por eso...

—¿Cómo que no me incomode?

—Si, escusaros, estas señoras son buenas y os perdonarán por esta vez...

—¿Qué decis?... ¡perdonarme!... ¡ah! yo las haré ver...

—¡Me amenaza! interrumpió Mad. Picon, ¡me amenaza!... señores, tened presente eso, os lo suplico...

—Sí... sí... respondieron á la vez el vizconde Lícidas y el caballero de la Popeliniere, ¡os amenaza!... ¡eso es indigno!

—¡Cómo, miserable!... tartamudeó el procurador.

—¡Miserable!... ¡qué horror!... ¿no veis cómo me trata? ¡ay de mí! ¿cuál será mi suerte!...

—Mr. Picon... Mr. Picon... dijo la posadera, ¿qué estais haciendo?...

—¡Oh! es una bribona que no creia encontrarme aquí...

—¡Ah! ¡una bribona!... ¡ah!... ¡muy bien! ¡oh! ¡no puedo sufrir mas!... ¡yo me ahogo!... me muero... Señores... amigos míos... protejedme contra ese monstruo, conducidme en seguida á Paris... quiero quejar-me

ante un juez, y vos me servireis de testigos...

—¿Ante un juez? repitió el procurador, ¿y contra mí? ¡ah! ¡voto a bríos! ..

Y cogiendo al vizeconde Licidas por el brazo, añadió:

—Al menos, caballero, bien veis ..

—He visto demasiado, caballero, interrumpió el vizeconde... y lo declararé... Levantar la mano á una mujer, ¡ah!... ¡qué horror!

—¿Yo he levantado la mano, yo?... ¿yo?

—¡Mas de diez veces!

El procurador, en el colmo de la desesperación, se colgó del caballero de la Popeliniere.

—Caballero, murmuró, os pido por favor...

—¡Ah! replicó el caballero desasiéndose; ¡vuestra conducta es indigna! .. yo también declararé contra vos, Mr. Picon, os lo advierto ..

Y las jóvenes y sus caballeros se metieron en el coche que había conducido á estos últimos, en tanto que el procurador se dejaba caer sobre una silla, y que La Bricole, Guzman y Grain-d'Orge reían á carcajadas de tan divertida escena.

La postración absoluta del desgraciado procurador duró algunos segundos.

Después levantó lentamente la cabeza y dijo en tono lastimero á Mad. Gelinote, que no se había separado de él.

—¡Ah! ¡yo no puedo más!... ¡no puedo más!... ¿que decís de todo esto?

—Francamente, digo que vos teneis la culpa...

El procurador dió un salto sobre la silla.

—¡La culpa! exclamó.

—¡Oh! sin duda... ¿para qué la incomodais .. á una mujer no la gusta ver á su marido desordenado...

Mr. Picon ocultó su cabeza entre las manos.

Mad. Gelinote acababa de darle el último golpe.

—¡Eh! Picon, dijo la voz alegre de un nuevo personaje, ¿qué diablos haceis... por qué me dejais allá arriba de planton?

Este personaje era el procurador Segot, hombre pequeño, tan grueso y redondo como su amigo endeble y delgado.

El pobre Picon se levantó y salió al encuentro á su compañero.

—¡Ah! ¡Segot!... ¡Segot!... le dijo, estoy desesperado!

—¿Cómo? ¿qué hay?

—Hay, que acabo de encontrar á mi mujer aquí.

—¡Vuestra mujer aquí!... repitió Segot con un acceso de risa, ¡vuestra mujer en el molino de Javelle! .. ¡ah! ¡ah! ¡ah!... ¡eso es muy divertido! ¿y con quén?

—¡Con la vuestra, Mr. Segot!... exclamó Picon, ¡con la vuestra! reid ahora...

El segundo procurador se puso serio.

—¿Con la mía? balbuceó.

—Sí, con la vuestra... ¡h! ¡ah! ¡ah! ¡eso es muy divertido! ¿no es verdad, Mr. Segot, no es verdad?...

Mad. Gelinote tomó parte en la conversación.

—Y habeis tenido suerte, dijo ella. de no bajar el primero. .. al menos no se quejarán ante un juez de vos...

—¿Ante un juez de mí? ¿qué es lo que habláis? ¿qué significa eso?

—Eso significa, respondió Picon amargamente, que ellas venian á comer aquí, y que encontrando la plaza ocupada, van á quejarse. .. ¿comprendeis ahora?

—¿Y quién estaba con ellas?

—Dos caballeros... dos tontuelos... que las conducen á Paris.

—Es preciso no dejar eso así, Mr. Picon.

—¡Teneis razon! si esto se sabe, se burlarán de nosotros...

—¡Eh! nuestras pelucas, nuestros sombreros, nuestros bastones, que nos vamos...

—Yo misma voy á buscarlo, dijo madama Gelinote entrando en la casa.

Los dos procuradores, uno enfrente de otro, se miraron tristemente y sin desplegar los labios.

Mad. Gelinote apareció cargada de tricornos, bastones y pelucas.

Su marido la acompañaba.

XXI.

UNA MUJER DE TALENTO.

—Caballeros, dijo la posadera, aquí está todo... nada falta.

—¿No quereis que se os sirva lo que habeis pedido? preguntó Tomás Gelinote; todo está dispuesto...

—¡Ah! ¡pardiez!... exclamó Picon, ¡si vuelvo á comer aquí en mi vida, que el diablo me lleve!...

—Sentimos mucho que os hayais incomodado, replicó Mad. Gelinote, en tanto que se arregaban los procuradores, pero no es culpa nuestra...

—Eso no vale nada, replicó Picon.

—¿Cómo que no vale nada!

—¡Repito que no! ¡pardiez!

—No os incomodeis, señor procurador...

—¿Qué es lo que se debe?

—Lo que queráis, dijo el mesonero.

—¡Vamos, despachad!...

Gelinote se volvió a su mujer.

—¿Qué es lo que hay? la preguntó.

—¡Oh! casi nada...

—Veamos.

—Ocho francos de pescado... Cien sueldos de cangrejos, y siete franco diez sueldos además... es decir, todo ello veintinueve libras y diez sueldos...

—¡Pero el pescado y los cangrejos, dijo Picon, no se nos han servido!...

—¡Oh! ¡eso no importa... no importa!

—¡Cómo!...

—Vos lo habeis pedido... Nosotros no tenemos la culpa si vuestras mujeres han venido á impedirlo comer...

—Sí, pero...

—Basta, replicó Mad. Gelinote en tono áspero; pocos *peros* con nosotros, señor procurador, ó canto que habeis levantado la mano á Mad. Picon, os lo provengo...

—¡Eh! ¡dadles lo que piden! exclamó Segot.—Estoy en ascuas...

—Bueno, dijo Picon, aquí está mi medio luis de oro. Dad el vuestro...

—Aquí está, supongo que no querreis mas...

—¡Ah! dijo Mad. Gelinote, nosotros no robamos á nadie, otra vez ganaremos mas...

—¡Si es que nos vuelven á ver aquí! murmuraron á la vez los dos procuradores girando sobre sus talones.

—¡Buen viaje, señores, buen viaje! exclamó la posadera.

Despues Gelinote y su mujer los vieron alejarse riendo.

—¡Ah! por quien soy, dijo Tomás, luego que los pobres maridos hubieron desaparecido.—¡Hé ahí dos que se han divertido con su dinero! ¿No es esto, mujer?...

—¡Bien hecho!

—¿Tú lo crees así?

—¡Oh! ¡sí!...

—Tienes razon, ellos tienen la culpa.

—Deben saber que hay sitios en las cercanías de Paris que no estan hechos para ellos...

—Y si no lo sabian, ya lo saben ahora... de seguro que no se les olvidará.

Despues de estas reflexiones filosóficas, Mr. Gelinote entró en la casa, y su mujer se dirigió al sitio donde estaban Grain d'Orge y los dos bandidos para ver si estos honorables personajes necesitaban algo.

De repente la digna posadera lanzó un grito de sorpresa, al ver una reunion de

cuatro personas que se dirigian hácia el figon riendo á carcajadas.

Estos personajes no eran otros que madama Picon, Mad. Segot, el vizconde Lícidas y el caballero de la Popoliniere.

—¿Eh? no estoy soñando... exclamó madama Gelinote, ¡qué milagro es volveros á ver!... Yo os creia lejos de aquí lo menos para ocho dias.

—¡Ah! replicó Mad. Picon riendo, yo no me asusto por tan poco, y estaremos aquí esta tarde mejor que en ninguna parte del mundo.

—¿Cómo! ¿contais permanecer aquí?

—¡Claro esta!

—¿Qué decis?

—Mi marido no sospechará que hemos vuelto... no tiene talento para eso. ¿Ha ido á reunirse con su compañero?

—¿Mr. Segot? ¡sí!

—¿Qué? exclamó la mujer del segundo procurador, ¿mi marido estaba aquí con el tuyo?

—Así parece...

—Y sabe que yo te acompañaba?

—¡Ah! dijo la posadera, ¡vaya si lo sabia! Mr. Picon se ha apresurado á decirselo.

—Entonces, murmuró la procuradora con tono lastimero, ¡soy perdida!

—¡Bah! replicó Mad. Picon, ¡perdida! ¿estás loca?... ¿Y tú te asustas por un marido?

—¡Que si me asusto! ¡Yo lo creo! ¡el mio es la mas mala lengua que se conoce!...

—¡Oh! ¡no la tiene buena! replicó madama Gelinote, él es quien ha metido en danza al otro, y á estas fechas van á buscaros á Paris para reñiros á su placer.

—¿Y su pescado? ¿y sus cangrejos? preguntó Mad. Picon.

—No han tenido tiempo de comerlo...

—¡Ah! ¡tanto mejor!

—Pero, está pagado...

—¿Qué decis?

—Que esta pagado.

—¿Es cierto?

—Dos medios luses de oro, hélos aquí. Mad. Picon empezó á paimotear.

Despues exclamó riendo á carcajadas como una loca:

—¡Enhorabuena! ¡que nos lo sirvan! ¡Hé ahí maridos que hacen bien las cosas! Venir ellos mismos al molino de Javelle á mandar preparar la comida de sus mujeres!... ¡Vamos... son tan buenos!...

—En efecto, dijo Mad. Gelinote, muy contrariada en el fondo por haber dicho una verdad que disminuía su capital.

—¿Qué reprension vamos á recibir al volver á casa!... añadió Mad. Segot, mas

tímida y menos audaz que su compañera.

— ¡Y bien! no volveremos hasta mañana.

— ¿Estas loca?

— ¡Nada de eso!

— ¡Pasar la noche fuera! .. no pienses en ello.

— Al contrario. — ¡Los asuntos criminales se hacen de mejor condicion con el tiempo! Es un axioma, segun dice mi marido.

— Es decir, que tú quieres...

— Tranquilizarnos y permanecer aquí, en tanto que pasa el primer movimiento. Quanto mas sonada sea la aventura, mas temerán que se sepa á causa del ridículo... mañana al vernos serán mas felices y nos disculparemos...

— ¡Muy bien! ¿Pero las cosas saldrán como tú crees?...

— Respondo de ello. Los maridos van siendo mas prudentes cada año...

— ¡Por vida mia! pensó Mad. Gelinote al escuchar el diálogo que precede, si serán lo que me figuro... ¡tienen unas maneras!...

— Vamos, vamos, mi querida Gelinote, replicó Mad. Picon, pronto un salon, vino de Champagne, buen trato y refrescos... nada mas por ahora. ¡Ah! si por casualidad pasaran por ahí músicos, los mandas venir... Me encuentro de buen humor.

— Nada faltará, respondió la posadera.

Y nuestros cuatro personajes entraron alegremente en la casa con gran pena de los invisibles espectadores que hubieran deseado se prolongase mas la escena.

§

Entretanto, Grain-d'Orge, el caballero de La Bricole, y D. Guzman de Tulipano habian acabado su comida.

No les faltaba mas que fijar de una manera positiva el sitio donde debia estacionarse la carroza, en la cual se colocaria á Juanita Lollier así que se la hubiese separado de su familia.

Los cómplices se dirigieron hácia las orillas del Sena y examinaron el terreno con atencion, al menos Grain d'Orge, porque los otros dos estaban en este momento un poco bebidos.

A cien pasos de la casa, el mayordomo del señor desconocido descubrió un bosquecillo que le pareció á propósito para ocultar á las miradas indiscretas los objetos cuya presencia era esencial disimular.

El sitio era muy á propósito, pero un separado de la casa.

De repente Grain-d'Orge se golpeó en la frente.

— ¿Eh? preguntó La Bricole, ¿qué le sucede á mi noble amigo?...

— ¡Tengo una idea!...

— ¡Una idea!... ¡veamos... decidla! ¡Tengo la mejor idea de vuestra idea!... Debe ser muy buena.

— Hasta hoy todos los raptos se han efectuado en carruaje...

— A menos de no hacerlos á pié... ó á caballo... no veo otro medio...

— Pero, interrumpió Grain-d'Orge, una carroza tiene el inconveniente de distinguirse mucho...

— ¡Diablo! á menos que no sea invisible... y todavia no se ha inventado ese género de carrozas...

— ¡Y bien! yo acabo de encontrar otra cosa...

— ¿Qué es?

— No robaremos á la jóven en un carruaje...

— ¡Ah! ¡bah! ¿y en qué pues?

— En una barca.

— ¡Calla! ¡esa es vuestra idea!

— Si. — ¿Cómo la encontráis?

— Buena... muy buena... tan buena por quien soy, como las chuletas de hace poco... En dónde estará esa barca?

— Allí, confundida con los barquichuelos de pesca que vemos amarrados á la ribera.

— Dos vigorosos remeros esperarán dispuestos á hendir las olas... y no es facil distinguir una embarcacion ligera en la oscuridad y sobre las espumosas aguas de un gran rio.

La Bricole tomó la mano de Grain-d'Orge y la sacudió con fuerza.

— Amigo mio... mi noble amigo... le dijo, teneis toda mi estimacion... — Cuando yo tenga un millon ó dos... os tomaré á mi servicio... Es magnifica vuestra idea... mucho siento no haberla tenido yo, porque si yo la hubiese tenido, seria de talento... y yo quiero mucho á los hombres de talento.

— Vamos á ver, preguntó Grain-d'Orge, espero que cuando llegue el momento de obrar, conservareis toda vuestra sangre fria...

— ¿Qué quereis decir con eso, Grain-d'Orge?

— Quiero decir que vuestra cabeza estará despejada; en dos palabras y mas claro, que estareis en ayunas...

— ¡Ah! vos decís eso porque esta mañana tenia la lengua un poco pesada... Pero, nada temais, en esos dias no bebo mas que agua...

— ¡Perfectamente! Ahora os abandono y vuelvo á Paris á toda priesa...

— ¿Por qué tan de priesa, caro amigo?

—Porque es preciso que me proporcione hoy mismo una barca conveniente y hombres seguros...

—Marchad pues, ya que es necesario... Pero, ¡pardiez! ¡teneis una buena idea!

XXII.

EL CASAMIENTO.

El sábado, día fijado para el matrimonio de Eustaquio Lollier y de Rosa, había llegado con demasiada lentitud para los dos enamorados.

Trasladémonos desde la mañana de este día, a la modesta habitación que Mad. Pierrefite, la madre de Rosa, ocupaba en el cuarto piso de una casa de la calle de San Dionisio.

Todo estaba desordenado en este humilde departamento.

Una media docena de encantadoras jóvenes, entre las cuales Juanita Lollier brillaba como un diamante en medio de las perlas, se ocupaban del tocado de la novia.

Esta última, fresca y graciosa, estaba muy risueña, pero francamente... no tanto como de costumbre.

La hermosa joven, á pesar de lo ligero de su carácter, amaba con toda su alma al sargento de guardias franceses, y lo próximo de la felicidad la hacia estar un poco pensativa.

Sus compañeras encontraban un placer sin igual colocándola sus blancos adornos de novia.

La una la abrochaba por detrás el corsé, que dibujaba á las mil maravillas su talle esbelto y ligero.

Otra prendía en sus hermosos cabellos rubios el largo velo de muselina, cuyos flotantes pliegues daban á su revoltosa figura una espresion casta y pura.

Juanita, en fin, colocaba en su cintura el simbólico ramo de flor de naranjo.

—Ya está, dijo cuando hubo acabado: y mirad, señoritas, ¡mirad qué bonita está así Rosa!...

—¡Siempre me estás adulando! respondió vivamente Rosa, ¡y tú me ves hermosa porque me amas! ¡Tú, Juanita, tú si que serás una maravilla con el velo y la corona de novia!... ¡Oh! ¡cuánto desco que te cases, á mi vez yo te vestiría! Felizmente ese día no tardará en llegar...

—¡Bah! ¿quién sabe? replicó Juanita riendo.

—¿Cómo quién sabe?... ¿es que acaso te figuras, que siendo tan hermosa como eres,

te faltarán maridos? Yo le he encontrado...

—¡Oh! eso no es una razón...

—Al contrario, es una razón y grande.

—Puede ser que aciertes, pero te aseguro que mis presentimientos no son de tu parecer...

—¿Tus presentimientos?

—Sí.

—¿Luego los tienes?

—Con mucha frecuencia y siempre los mismos.

—¿Y qué te dicen?

—Que nunca tendré marido?

—¡Vamos! ¡eso no tiene sentido comun!... ¿es que por casualidad querrás hacerte religiosa?

—¡Por mi fé que no! respondió Juanita con un movimiento de cabeza lleno de coquetería infantil.

—Bien ves que no hay término medio... el convento ó un marido.—¡Porque con tu belleza no se queda una soltera!...

—Pero, cuándo esa belleza muere... murmuró Juanita con una voz apenas perceptible.

Sin embargo, Rosa lo entendió.

—¡Muchacha! la dijo abrazándola, ¿vas á entristecerte?... Piensa que si dices semejantes locuras voy á llorar... y si tu hermano me ve con los ojos encarnados, no estará contento.

Juanita iba á responder.

Pero llamaron á la puerta del cuarto, y una voz bien conocida preguntó:

—¿Puedo entrar?

Esta voz era la de Eustaquio Lollier, que no había visto todavía á su prometida.

Juanita corrió á la puerta y abrió á su hermano.

El joven sargento vestía su uniforme de gran gala; estaba soberbio, y mas de una gran señora no se hubiera desdenado de echar sobre él una mirada investigadora.

Abrazó sucesivamente á todas las jóvenes que estaban allí, empezando por su novia y concluyendo por su hermana.

Despues anunció que los fiacres que debían conducir á las gentes de la boda, se hallaban á la puerta y no esperaban mas que á los novios y convidados.

El tocado había terminado; los parientes estaban dispuestos.—Bajaron y partieron para la iglesia.

Los jóvenes esposos recibieron la bendición del sacerdote que les dijo, al unirles, algunas palabras sencillas y encantadoras.

Pronunciaron el solemne sí, y delante de Dios y de los hombres quedaron casados.

Al salir de la iglesia para entrar en los

carruajes, se oían, entre la turba que se agrupaba para verlos pasar, las frases siguientes:

—¡Oh! ¡qué bonita es la novia!

—Compadre, me parece que el novio no lo es menos.

—Es verdad... ¡si la una es una muchacha bonita, el otro es un buen mozo!

—¡Encantadora pareja!

—¡Y qué felices parecen ser!

—¡Por mi fe, quisiera estar en lugar del novio!

—Y vos, en el de la novia quizás...

—¡Pero, mirad en medio de los convidados esa jóve de cabellos negros!...

—Es aquella, ¡qué bonita!

—¡Un tesoro!

—¡Un prodigio de amor y de belleza!

—¡Quién será el dichoso que se case con ella!...

—Pero yo la conozco bien...

—¿Quién es?

—Es la hermana del novio... la hermosa Juanita Lollier, la hija de la madre Lollier, de la calle Aubry-le-Boucher...

—¡Y bien! ¡la madre Lollier puede vanagloriarse de tener hermosos hijos!...

Todo esto se decía, y otras cosas con que llenaríamos fácilmente diez ó doce páginas más.

Pero preferimos abstenernos de ello.

La boda salió de la iglesia, cada uno de los convidados ocupó en los fiacres su respectivo lugar y la comitiva se puso lentamente en marcha hacia el molino de Javelle adonde tantas veces hemos conducido ya á nuestros lectores.

Era en el estío: la temperatura estaba dulce y el tiempo magnífico.

Segun las órdenes de Eustaquio, las mesas del banquete habian sido colocadas, no en una de las salas interiores del figon, sino en un vasto campo rodeado de árboles, y que se extendía á la izquierda de la casa.

Allí era donde debía tener lugar el baile despues de la comida, y un estrado, formado con tablas colocadas sobre toneles, habia sido instalado entre dos tilos para la orquesta, que era la música de los guardias franceses.

Esto dice cuán superior debía ser esta orquesta á todas aquellas que de costumbre hacen resonar con sus desgarradores sonidos los ecos del molino de Javelle.

La comida se pasó como todas las comidas de boda, se comió, se bebió, y se cantaron coplas adecuadas, improvisadas por los poetas de la reunion.

Despues se abandonó la mesa, y como

todavía era demasiado temprano para el baile, se propuso un paseo por el río.

Esta proposición fué acogida con placer por todos, y con un verdadero entusiasmo por los jóvenes.

Mr. Gelinote envió á la gruesa Simona á buscar á los pescadores de las cercanías con sus barcas, y al cabo de algunos instantes los convidados de la boda se dirigian hacia la orilla.

Una verdadera escuadrilla de barcas chatas y toscas esperaba á los paseantes.

Cada uno se fué colocando.

Pero las barcas se llenaron y aun quedaban cinco ó seis personas en la ribera.

Uno divisó, á unos veinte pasos del sitio en cuestion, una barca pintada de negro, y que parecia de una ligereza fenomenal comparada con las otras embarcaciones.

En esta barca dormían dos hombres en traje de pescadores.

—Allí hay gentes que querrán conducirnos, dijo designando la barca el padre Lollier, el cual se hallaba entre el número de los retrasados.

Se aproximó á la barca.

—¡Hé! ¡muchachos!... dijo el empleado en la Halle formando una bocina con sus manos.—¿Dormís?...

Uno de los hombres acostados en la barca levantó la cabeza.

—Bien veis que no, dijo con tono áspero.

—¿Queréis dejarnos subir á vuestro esquife y conducirnos?...

—No.

—¿Por qué?

—Porque no nos conviene.

—Pero, replicó el padre Lollier, no pedimos que nos hagais ese servicio de balde... ¡seréis pagado, y bien!

El pescador habia ya dejado caer la cabeza en sus brazos, y parecia dormir.

—Conque, preguntó de nuevo el padre de Juanita, ¿no queréis?...

—¡No! ¡voto al demonio!... ¡no!... ¡y mil veces no! replicó el pescador, nuestra barca es para nosotros... ¡con que dejadnos en paz!...

Al ver una decisión tan repentina, espresada de una manera tan enérgica, no habia ya nada que esperar.

Los convidados que no tuvieron sitio en las barcas, se contentaron con pasear á pié por la ribera.

XXIII.

LA BARCA NEGRA.

La noche llegó tranquila y serena, el cielo tapizado de estrellas sonreía á la tierra: de todas partes se oían resonar los alegres cantos de los bebedores.

Los paseos en el río hacia tiempo habían concluido, y todos los convidados de la boda de Eustaquio Lollier, reunidos en el sitio de que hemos hablado ya, no esperaban más que una señal para abrir el baile.

Algunos quinqués, atados al tronco de los árboles, arrojaban una luz vaga é indecisa.

En fin, resonaron los primeros sonidos de los músicos de la guardia francesa, colocado en su tablado, y el baile empezó.

Eustaquio había tomado la mano de su mujer.

Juanita Lollier había abandonado la suya á un jóven sargento, amigo íntimo de su hermano.

Las dos parejas se lanzan á la vez, y empiezan á designar graciosamente las figuras del antiguo rigodon.

§.

En tanto que esto sucedía en el baile, cuatro personajes, de los cuales dos son nuestros conocidos, vagaban de una manera misteriosa en la parte más sombría de la pradera, detrás de los grandes árboles que formaban el recinto de la sala de baile.

Eran el caballero de La Bricole, D. Guzman de Tulipano y dos foragidos bajo sus órdenes, reclutados para el caso, y cuyos servicios pagarían tres ó cuatro luises á lo sumo.

—Esperadme aquí... dijo de repente La Bricole á sus compañeros.

—¿A dónde vas? preguntó Tulipano.

—Vuelvo, replicó el caballero, sin dar más explicaciones.

Y con un paso largo como el trote de un caballo de carrera, el hombre flaco se dirigió hácia la orilla del Sena, y se acercó al sitio donde estaba amarrada la barca negra.

Pero la barca se perdía tan completamente en las tinieblas, que era imposible distinguirla.

—¡Psit!... dijo el caballero deteniéndose.

Nadie respondió.

—¡Psit!... repitió segunda vez con una entonación particular.

Sin duda la doble repetición de este so-

nido agudo y prolongado era una cosa convenida de antemano, porque una voz, atravesando la oscuridad, respondió:

—Hémos aquí...

—¿Dónde diablos estais? preguntó La Bricole muy bajo.

—Aquí.

—Nada veo.

—Cuatro pasos á la derecha.—¿Comprendéis?

El caballero siguió en efecto esta indicación y se encontró junto á la barca negra.

Los dos hombres, en traje de pescadores, estaban sentados.

Tenían en la mano sus ligeros remos.

Un tercer personaje se levantó y saltó á la ribera al lado del caballero.—Era Grain-d'Orge.

—¿En qué estado nos hallamos? preguntó este último.

—Ya llegamos á nuestro objeto... Antes de una hora tendreis la jóven en vuestro poder.

—Bien.—¿Dónde habeis dejado vuestros hombres?

—Alla bajo, cerca del sitio donde se baila.

—¿Cómo sacareis á la jóven?...

—¡Se es asunto mio.

—Ya sabeis... ni ruido, ni escándalo...

—¡Pardiez! las cosas pasaran tan dulcemente que nadie se apercibirá de nada.

—A las mil maravillas.—Por nuestra parte, estamos prevenidos para desamarar inmediatamente...

—¿Os acordais de la suma convenida?

—Ésas cosas no se olvidan.

—¿La traeis con vos?

—Sí, respondió Grain-d'Orge golpeando sobre su bolsillo que produjo un sonido metálico; la suma está aquí, en oro, en una bolsa de piel...

—¡Perfectamente! ¿Y me la dareis?...

—En cambio de la jóven... Vos me la entregareis con una mano, y con la otra tomareis la suma.

—No pregunto más, y vuelvo á mi puesto...

—¡Buena fortuna!...

—Hasta luego...

El caballero se reunió á su gente sin perder un momento.

Instaló á D. Guzman y á los dos hombres detrás de un matorral que se encontraba á treinta pasos del sitio donde se bailaba, y les dijo:

—¿Teneis la mordaza?

—Sí, contestó uno de los hombres.

—¿Y sabeis serviros de ella?...

—No he hecho otra cosa en toda mi vida.

—Cuidado con lastimar á la jóven...

—¡Estad tranquilo!...

—Que no dé un solo grito, pero no hacerla el menor daño.

Dadas estas esplicaciones, La Bricole se dirigió hácia las cocinas del molino de Javelle.

Divisó á dos marmitones, y les hizo seña de que le siguiesen: los muchachos deslumbrados por los galones de cobre dorado del caballero, obedecieron al punto.

La Bricole les condujo á un sitio, donde á traves del follaje se veia el baile.

—Muchachos, les dijo, ¿qué pensaríais si yo os diese á cada uno un escudo?

—¡Diablo! pensaríamos que erais un buen señor...

—¡Y bien! hélos aquí. Pero es preciso ganarlos...

—¿Es difícil?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer?

—Se trata de una chanza... una broma que quiero dar á mi primo y á mi prima que son de la boda...

—¡Ah!... ¡ah!...

—¿Ves bien, replicó La Bricole dirigiéndose á uno de los marmitones, y señalando á Marcelo, ves bien aquel chico guapo, que está de pié cerca de la orquesta?...

—¿Aquel que parece una señorita?

—Sí.

—¿Y bien?

—Vas á acercarte á él y le dirás tirándole por la manga:—*¿Sois vos Marcelo?*— él te responderá:—*Sí.*—Entonces añadirás:—*Venid conmigo, ahí fuera hay una jóven bonita que quiere hablaros...*

—Eso no es difícil...

—El te seguirá y le conducirás por este lado, hácia el camino de Paris durante cinco minutos los menos...

—¿Y en seguida?

—En seguida harás que no encuentras á la jóven, volveréis los dos, y habrás ganado tu escudo, que te doy adelantado...

El muchacho se guardó el dinero.

—¿Has comprendido? preguntó La Bricole.

—Perfectamente, caballero...

—Entonces, anda corriendo.

El marmiton se entró en el baile.

Se acercó á Marcelo, al cual habló en voz baja.

Los ojos del hermano de Juanita brillaron alegremente, y siguió al muchacho.

—¡Ya esta uno! pensó La Bricole.

—Ahora tú, dijo al otro marmiton.

—¿Qué es lo que me mandais?

—¿Ves aquella jóven bonita que prende un alfiler á la novia?

—¿Aquella que tiene cabellos negros con rosas encarnadas, y que se parece al jóven de hace poco?

—La misma.—Es mi prima. Harás como tu compañero, te acercaras á ella, y la dirás: *¿Sois vos la señorita Juanita?*

—Ella me responderá: *Sí.*

—¿Eres de talento marmiton!... La dirás: *Vuestro hermano Marcelo me envia á decir os que os espera para dar una sorpresa á la novia... ¿te acordaras?*

El chico repitió la frase.

—En lugar de un escudo tendrás dos, hélos aquí...

—¡Gracias, caballero!...

—¿Conducirás á la jóven cerca de aquel matorral que ves desde aquí, y en lugar de su hermano se encontrará conmigo... lo cual será muy gracioso! ¡Vamos, corre!...

El marmiton obedeció.

Se acercó á Juanita, y con un aplomo imperturbable la dijo las dos frases convenidas.

La jóven no sospechó nada.

—Pero... ¿y mi hermano? preguntó.

—Voy á conducir os adonde esta, señorita, respondió.

Juanita le siguió teniendo cuidado de que no notasen su salida por temor de que la preguntasen y se descubriese la sorpresa.

Los cuatro cómplices, mudos, sin respirar, esperaban detrás del matorral.

La jóven le atravesó diciendo alegremente:

—¿Marcelo, ¿dónde estás?

En el mismo instante sintió que una mano vigorosa apoyaba un pañuelo sobre su boca, en tanto que cuatro brazos la cogian y la llevaban rápidamente.

El marmiton habia ya vuelto á la cocina, rico con sus dos escudos y preguntándose en qué emplearia aquella importante suma.

§.

Algunos minutos despues, la barca negra, desatada de la ribera, se deslizaba como una flecha sobre las aguas del Sena, lanzada en la corriente por dos remeros experimentados.

Mr. Grain d'Orge sostenia en sus brazos un cuerpo inanimado que debia ser el de una jóven desmayada.

La Bricole y D. Guzman contaban piezas de oro en la playa.

El baile continuaba cada vez mas animado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

LA CARTA.

Suplicamos á nuestros lectores no nos echen la culpa si los hechos porque comienza esta segunda parte, y sobre los cuales vamos á pasar rápidamente, le parecen poco verosímiles.

Nosotros no inventamos nada.

Si nuestra palabra no basta, pueden consultar la fuente de donde los tomamos: Archivos secretos de la policía de Paris.—Tomo 2.º, páginas 170 y siguientes.

§.

No necesitamos decir cuán profunda fué la desesperacion de la familia Lollier despues del baile de boda, empezado de una manera tan alegre y concluido tan tristemente.

Todas las pesquisas hechas para descubrir el paradero de Juanita fueron completamente infructuosas.

El único indicio sobre que pudieron apoyarse para una averiguacion, fueron las señas del hombre alto y delgado, dadas por los dos marmitones del molino de Javelle, que habian sido encargados por él de hacer caer en un doble lazo á Marcelo y á Juanita Lollier.

Desde luego este hombre era el mismo que algunos dias antes habia tenido la audacia de presentarse en la calle Aubry-le-Boucher, diciéndose amigo del sargento de los guardias franceses.

Eustaquio recorrió todo Paris buscando á este hombre, pero sin ningun resultado.

El caballero de La Bricole, con los lises de oro de Grain-d'Orge, habia abandonado la gran villa donde no debia volver mas, porque D. Guzman de Tulipano, su digno amigo, despues de haber manifestado deseos de acompañarle en sus peregrinaciones, le habia cobardemente asesinado en la primera parada, para apoderarse del saco de piel lleno de oro.

Por otra parte, aun cuando se hubiera cogido al caballero, ¿de qué hubiera servido?

La Bricole no sabia nada, y por consiguiente nada hubiera podido decir.

Poco á poco se fué perdiendo toda esperanza.

No se olvidó á la jóven, pero se evitó

hablar de ella en su familia, porque cada vez que el nombre de su hija querida era pronunciado delante de María-Juana, la pobre madre recaia en la crisis de una horrible desesperacion.

Tres años se pasaron así.

Una mañana, un demandadero vino á traer una carta á Mad. Lollier.

María Juana habia ya salido para ir á la Halle.

El portador estaba pagado.—Dejó la carta y salió.

A la hora acostumbrada, María-Juana volvió y la entregaron la carta: no sabia leer, y se encontró en grande apuro.

Por fortuna, en aquel momento su hijo Eustaquio llegaba á su casa con su mujer, la rubia Rosa, que reia con menos frecuencia que antes, aunque era muy feliz, pues era ya madre de dos hermosos niños.

—Eustaquio, le dijo María-Juana, tú que eres un sábio, léeme esa carta.

Con mucho gusto, madre mia, respondió el sargento tomándola.

Rompió el sello, desplegó el papel; despues, tendiendo la vista sobre las primeras líneas, exclamó:

—¡Ah! ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

—¡Y bien, qué!... preguntó María-Juana, ¿qué es?... ¿Una desgracia?...

—¡Oh! ¡madre mia!... ¡bien lejos de eso!

—¡En fin, respiro... di... di!..

—¡Madre mia... tened valor!...

—¡Le tengo... pero me haces temblar... acaba!

—¡Y bien! ¡Juanita!...

María-Juana palideció.

—Juanita, repitió, has dicho: Juanita... y... cuando te he preguntado si era una desgracia, has respondido... ¡bien lejos de eso!...

La pobre mujer no pudo decir mas.

La voz la faltaba, temblaban sus piernas y vaciló. Rosa acercó una silla y la ayudó dulcemente á sentarse.

—Escuchad, pues, madre mia... replicó Eustaquio; pero, os lo repito, tened valor...

Y leyó:

«Señora,

»Vuestra hija, Juanita Lollier, está bajo mi custodia, en el convento de Carmelitas de la calle de Bouloy, del que soy la abadesa.

»Yo la pondré ya en vuestras manos, si vos misma venis á buscarla, ya en las de algun venerable sacerdote y conocido mio, si se presenta de vuestra parte y con una orden vuestra.—Pido á Dios de el fondo de mi corazon que vele sobre vos y vuestra familia.»

Después venia la firma de la superiora. Cuando Eustaquio hubo acabado, Maria-Juana tenia los ojos inmóviles y la mirada sin espresion.

ría-Juana, quiero volverlo á escuchar, me parece que no he comprendido...

El sargento de guardias volvió á empezar la lectura.



Su palidez no disminuia.
—Madre mia, exclamó el jóven, madre mia, ¿habeis entendido?
—Vuelve á empezar, dijo lentamente Ma-

A cada frase, á cada linea, á cada palabra, un cambio singular, prodigioso, se notaba en el semblante de Maria-Juana.

La sangre coloreaba sus mejillas, su

rente estaba serena, la alegría iluminaba su mirada.

Así que el joven hubo pronunciado la última palabra de la última línea, María-Juana se levantó, y durante algunos minutos se hubiera creído que estaba loca.

Reía, cantaba, bailaba como una joven, repitiendo:

—¡Juanita ha parecido!... Vamos á volverla á ver... ¡Corramos!... ¡corramos!... no hay que perder un minuto...

En fin, esta efervescencia se calmó poco á poco.

María-Juana comprendió que no podía presentarse en su convento con su traje de la Halle.

Se apresuró, pues, á ponerse sus mejores adornos, y subiendo con Eustaquio y Rosa á un fiacre que el joven había ido á buscar mientras su madre se vestía, dió al cochero la orden de conducirlos á casa del cura de la parroquia.

Sabemos hace tiempo que este digno sacerdote era el protector, y en algun modo el amigo de la familia Lollier.

Participaba de todas sus penas, y tomaba parte en todas sus alegrías.

Cuando había un asunto de alta importancia, se dirigian al cura para pedirle consejo.

Las mas veces, esta confianza era justificada, y en mas de una circunstancia, la intervencion del buen sacerdote reemplazaba con ventaja á la de las gentes de ley y de justicia.

En todo caso, jamás confianza alguna había sido mejor puesta que la de María-Juana en el cura de la parroquia, hombre excelente, caritativo é ilustrado.

María-Juana le enseñó la carta que acababa de recibir.

¡Cuánta no fué su alegría por la felicidad inesperada que acababa de llegar á la honrada familia!...

Espresó el placer que tendria en volver á ver á la encantadora Juanita, á quien había bautizado.

En fin, ofreció á Mad. Lollier acompañarla al convento de Carmelitas.

Esto era lo que deseaba María-Juana.

El buen sacerdote subió al fiacre con Eustaquio y las dos mujeres, y el vehiculo se dirigió hácia la calle de Bouloy.

II.

EL LOCUTORIO DE LAS CARMELITAS.¶

Los recién llegados fueron introducidos al momento en el locutorio del convento, y

la superiora vino á reunirseles sin tardanza.

El sacerdote la esplicó en pocas palabras el objeto de su venida.

—Señora, dijo entonces la superiora á María-Juana, segun os lo he escrito, voy á entregaros vuestra hija, pero antes debo explicaros cómo se encuentra aquí.

«Ayer por la noche vinieron á anunciarme que dos desconocidas querian hablarme para un asunto de importancia.

»Las recibí, y vi una señora de edad ya avanzada, y de respetable apariencia, acompañada de una encantadora joven.

»La primera me suplicó que diese asilo á su compañera hasta que la familia de esta última la reclamase, y colocando sobre esta mesa un cofrecito bastante pesado, añadió:

—Aquí hay veinte mil libras en oro que serán la dote de esta señorita si consiente en hacerse religiosa, ó que le serán entregadas si voluntariamente sale de este convento para entrar en su familia.

»No me fué posible, prosiguió la superiora, negarme á la buena accion que se me pedia.

»La señora se retiró satisfecha, y hoy por la mañana es he escrito la carta que habeis recibido.

»Desde ayer he hablado bastante con Juanita, que me parece una joven encantadora, dulce, buena y de talento.

»He intentado dirigirla algunas preguntas respecto á las circunstancias que la han alejado de su familia durante tres años.

»Pero al tocar este punto la joven se encerraba en un completo silencio... Tuve que renunciar á preguntarla sobre este punto... Acaso vos, señora, que sois su madre, seréis mas feliz...

»Voy á buscarla.»

La superiora salió en efecto del locutorio.

Durante su ausencia, que duró algunos minutos, el cura y María Juana no pudieron menos de decirse en voz baja cuán extrañas les parecian las circunstancias contadas por la religiosa, y que, sin embargo, no podian poner en duda.

¿Por qué la mujer desconocida había conducido á Juanita al convento de las Carmelitas en vez de llevarla á casa de sus padres, lo cual parecia mas natural?

Esto era inesplicable.

¿Por qué esa dote de veinte mil libras, y quién podía tener interés en que la joven entrase religiosa?

Ninguna solucion verosímil se presentaba para resolver este problema.

La superiora volvió á entrar.

Juanita Lollier venia con ella.

La jóven corrió ó mas bien se arrojó á su madre, y las dos quedaron unidas en uno de esos inefables abrazos en que el corazon se desahoga en besos, y las lágrimas brotan de los ojos, lágrimas de felicidad y alborozo... ¡ay! ¡tan raras en la vida!

Despues abrazó á Eustaquio y Rosa.

Juanita Lollier, muy conmovida para poder hablar, se callaba; pero sus caricias eran aun mas elocuentes que el lenguaje.

En fin, la jóven se arrodilló delante del anciano sacerdote y le pidió su bendición.

—¡Oh! sí... murmuró estendiendo sus manos sobre su cabeza.—¡Oh! sí, que Dios os bendiga... pobre niña... pobre oveja, vuelta al aprisco...

Despues Juana, que hasta este momento habia sollozado de alegría, enjugó sus lágrimas y miró á su hija con un indecible sentimiento de orgullo maternal.

¡Juanita estaba muy hermosa!

Mas hermosa todavia que tres años antes.

Entonces Juanita tenia apenas quince años: no era mas que una niña.

Ahora la jóven estaba en toda la plenitud de su sublime belleza.

Habia crecido, sus formas se habian desarrollado: á su incomparable frescura reemplazaba la palidez armoniosa y uniforme de su semblante, que sin embargo parecia no haber perdido nada de su castidad.

—¡Oh! hija mia, balbuceó Maria-Juana estrechándola de nuevo contra su corazon, me has sido devuelta; y ya no me abandonarás mas, ¿no es cierto?

—¡Oh! ¡nunca!... ¡nunca! madre mia... respondió vivamente Juanita.

—Sin embargo, dijo la superiora sonriendo, si la voluntad de la señorita es consagrarse á Dios, sois demasiado buena madre para oponeros á su piadoso deseo...

—Juanita... preguntó Maria-Juana mirando á su hija con espanto, ¿es que quieres ser religiosa?...

—No, madre mia, respondió Juanita sacudiendo dulcemente la cabeza; quiero mejor permanecer cerca de vos...

—El mundo es peligroso, hija mia, replicó la abadesa; en un convento, creedme, es donde se encuentra la calma, el reposo, la verdadera felicidad...

—¡Ah! señora, os creo, dijo la jóven; pero me parece que yo no he nacido para esa felicidad...

—¿Segun eso, hija mia, vas á abandonarnos?

—Con bastante sentimiento, señora; pero

bien lo veis, mi madre desea que vaya con ella, y yo participo de ese deseo...

—¿Vuestra resolucion está tomada?

—¡Oh! señora, irrevocablemente.

—La superiora no insistió, aunque sentia la marcha de una muchacha tan seductora.

—Entonces, hija mia, replicó, no me faltá mas que entregaros las veinte mil libras que os hubieran servido de dote si hubierais llegado á ser la esposa del Señor...

Y presentó á Juanita el cofrecillo lleno de oro, de que ya hemos hablado.

Este cofrecillo pesaba mucho, y Eustaquio se encargó de él.

Despues se despidieron de la religiosa que no quiso separarse de Juanita sin haberla abrazado tiernamente.

—¡Quién sabe, hija mia, la dijo; quizás algun dia volvais á vernos!

—No lo creo, señora, respondió Juanita sonriendo; pero jamás olvidaré la bondad con que me habeis acogido.

A la puerta del convento el buen sacerdote se separó de sus feligreses para ir á visitar á su compañero el cura de San Eustaquio.

Maria-Juana, Juanita, Eustaquio y Rosa, subieron al fiacre que les condujo á la calle Aubry-le-Boucher.

Los diversos miembros de la familia Lollier estaban reunidos y se admiraban de la prolongada ausencia de Maria-Juana, ausencia de que nadie sabia la causa.

Los vecinos habian contado á Andrés Lollier, que ella, su hijo y su nuera habian subido á un fiacre, y este solo hecho, tan contrario á las costumbres económicas de la digna madre de familia, daba materia á conjeturas sin número, pero nadie se acercaba á la verdad.

Júzguese cuál seria la sorpresa de todos al ver bajar á Juanita del carruaje á la puerta de la casa.

Las lágrimas y los abrazos empezaron de nuevo, y esta escena encantadora duró hasta la noche.

A la mañana siguiente, Maria-Juana no fué á la Halle como de costumbre.

Quería consagrar el dia entero á su hija, no podia cansarse de verla, y además, preciso es decirlo, pensaba preguntarla sobre lo pasado, bien convencida que lo que Juanita habia callado á la superiora del convento de las Carmelitas se lo diria á ella.

No tardó mucho en entrar en materia. Pero, á las primeras palabras, Juanita la detuvo.

—Madre mia, la dijo con una firmeza que impuso á Maria-Juana una especie de res-

peto, no me preguntéis, os lo suplico, porque no podré responderos... Bien sabéis si os amo, y si voluntariamente os causaría ningun pesar... pero he jurado, por lo mas sagrado del mundo, me entendeis, madre mia, no revelar jamás el secreto de los tres años que acaban de pasar... Todo lo que puedo deciros es que vuestra amada Juanita no ha sido nunca culpable, y que su conciencia está tan tranquila como el dia en que se separó de vos...

En vista de esta declaracion, del juramento de que hablaba la jóven, María-Juana con gran pesar tuvo que imponer silencio á su curiosidad, y las investigaciones concluyeron aquí.

§

Algunos dias se pasaron.

Andrés Lollier y María-Juana hablaban con frecuencia del deseo de dar á Juanita una ocupacion que, unida á las veinte mil libras, cuyo origen era desconocido, hiciese el partido mas brillante del barrio.

María-Juana pensaba en su antiguo proyecto de asociar á su hija á su comercio y hacerla vendedora de pescado.

Pero no sabia cómo gobernarse para confiar á Juanita sus deseos y sus esperanzas.

Porque en efecto, durante su ausencia de la casa paterna, la jóven habia tomado un aplomo singular, y su firmeza, dulce pero enérgica, era de mucha consideracion para sus padres.

Sin embargo, una tarde se decidió á hablar, é hizo brillar á los ojos de su hija una existencia feliz entre las rayas, barbos y sollos.

Juanita la escuchó sonriendo y la dejó concluir.

—¿Y bien? preguntó despues María-Juana.

—¿Y bien! madre mia, respondió la jóven, he conocido como vos la necesidad de una ocupacion... y he escogido una conforme con mis gustos...

—¿Ah! ¿has escogido?...

—Sí, madre mia.

—¿Y cuál es?...

—¿Vos vendeis pescado, replicó Juanita, yo amo las flores y quiero venderlas!... ¿Vos sois vendedora de pescado, yo seré ramilletera!

III.

LA RAMILLETERA DEL PALACIO REAL.

La madre Lollier retrocedió un paso, dejó caer sus brazos á lo largo del cuerpo, sus facciones tomaron una espresion de admiracion y de espanto, y repitió, como aquel que cree haber entendido mal:

—¿Ramilletera!

—Sí, madre mia, respondió Juanita sonriendo.

—¿Pero tú no piensas en ello!...

—Al contrario, pienso hace ya tiempo.

—¿Ramilletera!... ¿esa no es una profesion!...

—¿Y por qué?

—¿Flores!... ¿esa no es una mercancia!...

—Sí, madre mia, y encantadora... y que segun dicen se vende muy cara...

—¿Ramilletera!... ¿ese es un oficio de desidiosa!...

—Mas es, me parece, vender arenques y cangrejos.

—¿Las ramilleteras son despreciables!... ¡malas criaturas!... ¡desvergonzadas!...

—Yo probaré que se puede ser ramilletera y honrada.

—¿Te despreciarán!

—Yo sabré hacerme respetar.

—¿Todo el mundo hablará de tí en Paris!...

—¿Mejor! Cuanto mas hablen de mí, mas ramos me comprarán.

—¿Los hombres irán trás de tí!

—Yo los tendré á raya.

—¿Todo se cree permitido con una ramilletera!

—Nada se permitirán conmigo.

—¿Eso será una deshonra para nuestra familia!

—Querreis decir una gloria.

—¿Renuncia á ese proyecto, hija mia!

—¿Imposible!

—¿Tu padre y yo no consentiremos en ello!

Juanita no respondió nada, mas una sonrisa que se dibujó en sus labios, probó que no se inquietaba por eso y que no la harian resistencia.

Y Juanita tenia razon:

«Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere,» dice un antiguo proverbio que no nos parece el menos verdadero.

Poco á poco la oposicion paterna y materna se fué debilitando ante la persistencia de la jóven.

Y en fin, una mañana la madre Lollier,

vencida, dió su consentimiento (muy de mala gana, es cierto), pero le dió.

Desde el día siguiente, Juanita, triunfante, se ocupó de los preparativos indispensables para su nuevo estado, y aun no se habia pasado la semana, cuando la nueva ramilletera hacia su entrada triunfal en el jardin del Palacio Real, que ella habia escogido como el lugar habitual donde se daban las citas las mujeres bonitas y los jóvenes á la moda.

El mismo día, segun lo habia predicho Maria-Juana, no se hablaba de otra cosa en Paris que de la ramilletera del Palacio Real.

Pero... ¡qué ramilletera!!

Nosotros conocemos la belleza sin igual de la jóven, por eso no hablaremos de ella, pero importa decir algunas palabras de su trage, á fin de explicar mejor la admiracion general.

Nada habia mas sencillo y mas teatral que su tocado, pero al mismo tiempo mas gracioso.

Una doble saya de gasa trasaarente, adornada de trecho en trecho por lazos de color de rosa, se hallaba colocada sobre otra corta de seda con listas blancas y de color de guinda.

Encajes del mas grande valor, verdadero punto de Venecia, enriquecian el talie, de tela parecida y ligeramente escotado.

Alrededor de su cuello, mas blanco que la nieve, una cinta de terciopelo negro sostenia una pequeña cruz de oro.

Una guarnicion de encaje cubria sus rosados brazos hasta el codo, y brazaletes de terciopelo negro ajustaban sus delicadas muñecas.

Pequeñas chinclas de raso negro, con altos tacones, encerraban su lindo y encorvado pié.

Medias de seda, de una admirable finura, dibujaban el nacimiento de una pierna de Diana cazadora, con la cual una ramilletera debia hacer fortuna.

Finalmente, el canastillo que contenia sus ramos, especie de concha forrada de seda blanca, estaba sostenido por una cinta de plata que ajustaba su talle esbelto y ligero.

Si nuestros lectores no creen la descripcion de este trage, pueden ver una curiosa estampa del año de 1758, que representa con todos sus adornos «la hermosa ramilletera del Palacio Real.»

No es esto todo.

Los lacayos e n librea de fantasia seguian á Juanita á una distancia de diez ó

doce pasos, con abundantes ramilletes, de los cuales la proveian cuando su concha estaba vacía.

¿Era necesario tanto para que llamase la atencion general?

¡No! ¡mil veces no!... ¡la mitad, la centésima parte hubiera bastado!...

Se hablaba de Juanita en Paris y en Versalles, en la villa y en la corte.

Treinta señores de los mas jóvenes y ricos, de esos que se vanaglorian de no hallar bellezas que se les resistan, pusieron todos los medios para los protectores de la jóven, y ponerla en el gran mundo como se decia en aquella época.

La ofrecieron diamantes, trages y palacios.

Ella lo rehusó todo, y de tal modo condujo á sus adoradores, que ninguno se creia mas favorecido que los otros.

Juanita, siempre alegre, siempre hechicera, espiritual á la vez como un ángel y como un demonio, se las arreglaba de modo que la malignidad no podia cebarse en ella.

Todos sabian que Juanita era un portento de belleza.

Cuando no se pudo dudar que era al mismo tiempo una maravilla de virtud, su fama aumentó.

La jóven no bastaba para la venta de sus ramos.

En cambio de humildes flores que su bonita mano ofrecia con tanta gracia, recibia mas luises oro que piezas de doce sueldos.

Las damas de mas alto rango, las mujeres de la corte, como las princesas de Lorraine, de Rohan, de Bonillon, no se desdenaban de venir á hablar durante algunos minutos con la ramilletera.

Ellas aceptaban los claveles, las rosas, y las violetas que Juanita las ofrecia.

Pero en cambio iban de parte de estas damas á la calle Aubry-le-Boucher joyas, encajes y telas.

Los beneficios diarios de Juanita eran hasta tal punto fabulosos, que no queremos fijarlos, por temor de parecer exagerados.

La buena Maria Juana estaba completamente reconciliada con el oficio de ramilletera que tan mal habia mirado.

Veia á su hija en el camino de hacer una rápida fortuna, sin que su reputacion hubiese recibido la sombra de una mancha; veia en lo futuro á sus demás hijos establecidos, dotados por su hermana, y esta perspectiva era muy seductora para su corazón de madre.

—Vamos, decia de cuando en cuando á

su marido, la muchacha tenia razon... Decididamente tiene mas talento que nosotros. Andrés aprobaba sin contestar.

§

Entretanto, en medio de sus adoradores los mas bellos y mas galantes del reino, que se apresuraban á hacerla la corte, aunque sin esperanza, ¿no habia Juanita reparado en alguno?

Sí, Juanita era jóven, Juanita tenia un corazon, y ese corazon habia hablado.

La ramilletera habia puesto los ojos en uno.

¿Pero en quién?

¿En el mas elegante de todos?

¡Oh! no.

Mal conocerian á la heroína de este libro los que pensasen tal cosa.

El desconocido, que sin saberlo habia tenido la dicha de despertar por la primera vez el corazon puro y casto de la perla de las ramilleteras, era un jóven de veintidos ó veintitres años á lo mas.

Este jóven era delgado, y siempre vestido con la mayor sencillez.

Las hermosas facciones de su semblante descubrian en él al heredero de una gran raza; pero la palidez de su semblante, la espresion melancólica de sus grandes ojos negros, eran testigos de una tristeza profunda y quizás incurable.

Jamás se mezclaba con la turba de adoradores, que al contrario evitaba con cuidado.

Raras veces se presentaba en el jardin del Palacio Real á las horas en que este jardin se hallaba poblado por una brillante reunion.

Todas las mañanas llegaba un poco antes que Juanita, á quien parecia esperar.

Así que la jóven aparecia con sus flores, tomaba del canastillo el mas sencillito ramillete, la pagaba doce sueldos, miraba á Juanita durante un momento, pero sin dirigirla nunca la palabra, despues saludaba, se alejaba lentamente, y no se le volvia á ver hasta el dia siguiente, á la misma hora que la vispera.

Durante algunos meses solo dos veces faltó.

Juanita, al ver que no venia, se encontraba inquieta, triste; la parecia que su corazon estaba oprimido, que el cielo estaba menos puro, el sol menos brillante, que la faltaba, en fin, alguna cosa.

Pero á la mañana siguiente el jóven volvia, y con su presencia, la alegría renacia en el corazon y en el semblante de Juanita.

Entonces comprendió que amaba al desconocido de semblante pálido y mirada triste.

IV.

UN NOMBRE.

Todo lo que poseia lo hubiera Juanita dado de buena gana por saber quién era aquel jóven, por conocer su nombre.

Pero ¿cómo componerse para satisfacer su curiosidad?

Nada era sin duda mas fácil que preguntar sobre este objeto á una de las mil personas que cada dia venian á comprarla flores.

No hubiera vacilado en hacerlo, si el desconocido la hubiese sido indiferente como los demás.

—Pero, lo repetimos, Juanita amaba, y amaba con el pudor instintivo de un naciente amor, la parecia que su primera pregunta descubriria su secreto.

Veinte veces, sin embargo, tuvo la jóven esta pregunta en los labios, pero entonces se ruborizaba, balbuceaba, y concluia por callarse sin haber hablado.

El que así la preocupaba era noble, no habia que dudarle.

La distincion de su semblante y maneras lo atestiguaban, y por otra parte, llevaba espada y tacones encarnados.

Era noble, pero pobre, porque en la empuñadura de plata de su espada no habia piedras preciosas, ni encajes en su corbata.

En fin, las incertidumbres de Juanita tuvieron un término.

El desconocido vino un dia al Palacio Real mas tarde que de costumbre.

Tomó silenciosamente uno de los ramilletes que la jóven le presentaba temblando.

Le pagó como siempre, con una pieza de doce sueldos, y se alejó.

—¡Oh! ¡qué preciosa le parecia á Juanita esta moneda de pobre!... ¡esta humilde pieza de plata que ella no hubiera cambiado por puñados de lises!

Juanita le seguia con una tierna mirada, cuando le vió á lo lejos, rodeado de jóvenes que le apretaban la mano y se detuvieron para hablar con él durante algunos segundos.

Aquellos jóvenes brillaban en la primera linea de los mas asiduos adoradores de la ramilletera.

Eran el conde de La Chatre, y el elegante marqués de Louvois.

Así que el desconocido se hubo separado

de ellos, Juanita se acercó rápidamente y escuchó.

Hé aquí lo que pudo entender:

—¡En verdad, decía Mr. de Louvois á su compañero, ese pobre Pedro está loco!...

—¿Y por qué? preguntó el conde de la Chatre.

—¿Cómo, por qué? pierde la mas magnífica ocasion de hacer su fortuna...

—¿Y cuál es?

—¡Rehusa ir á la corte!... ¡Sabes que ayer el rey se dignaba preguntar por qué no se le veia nunca en Versailles!...

—¡Ah! ¿es cierto?

—Dios mio, sí.—Y bien, yo le repito esas palabras de S. M., y en lugar de ver en ellas el testimonio, la prueba de un favor singular y de volverse loco de alegría, Pedro no parece prestarlas la menor atencion... ¡á su edad vive como un oso!... ¡Se separa del trato de las gentes!... ¡no va nunca con nosotros!... ¡Es un muchacho perdido!

—¡Eh! ¡pardiez! replicó el conde de La Chatre, tienes razon, pero no es culpa suya...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Pedro tiene buenas razones para vivir como vive...

—¿Buenas razones? ¡es imposible!

—¡Las mejores del mundo! ¿Cómo diablos habia de alternar con nosotros? ¿De dó de habia de sacar el dinero para sostener un tren como el nuestro?

—¡Ah! ¿con que es verdad que es pobre?

—¿Si es verdad? nada hay mas cierto...

—Se decía, mas yo no lo creia. Su padre tenia una gran fortuna...

—Sí, mas esa fortuna ha desaparecido sin que nadie sepa de qué manera...

—¿Y cómo así?...

—Cuando murió el anciano principe, hace algunos meses, nada se ha encontrado. Las tierras habian sido vendidas, el palacio de Paris hipotecado; en cuanto á los capitales... ¡nada! ¿Dónde habian pasado tantos fondos? ¿mas de un millon?... nada se sabe, ni nadie puede adivinarlo... En pocas palabras, Pedro, que la vispera por la noche podia creerse rico, amaneció á la mañana siguiente casi tan pobre como Job...

—¿Qué desgracia! ¡un muchacho tan bueno!...

—¡Y un tan gran señor!... replicó La Chatre; porque en fin... es pariente de la familia real...

—¡Mal trata el rey á sus parientes! Por su amor propio debia asignar á Pedro una buena pension...

—Lo debia hacer, pero no lo hará.

—Entonces, Pedro no tiene mas que un partido que tomar...

—¿Cuál?

—Casarse.—La dote de su mujer le responderia algo...

—¡Casarse! es muy difícil... por no decir imposible.

—¿Por qué?

—Cuando se lleva su nombre, cuando se se desciende en línea recta de Joselin I y de los emperadores de Constantinopla, no puede contentarse con una simple joven de la nobleza... Pedro necesita lo menos una princesa... ¡y son tan raras!... ¿Con quién diablos quieres que se case?... ¡un Courtenay!!

Estas palabras terminaron la conversacion de los dos jóvenes, de la cual Juanita no habia perdido una palabra.

El nombre que acababa de ser pronunciado produjo en la ramilletera un efecto extraño y repentino.

—¡Un Courtenay!!... repitió muy bajo, apoyando la mano sobre su corazón.

Despues palideció, vació y hubicra indudablemente caido á no haberse apoyado en un árbol cerca del cual se encontraba.

Mr. de Louvois y Mr. de La Chatre se apercibieron del malestar de la joven.

—¡Dios mio! encantadora Juanita, exclamó el marqués corriendo á ella, ¿que tenéis?... palidecen vuestras mejillas... ¿sufris?... ¿qué podemos hacer para aliviaros?

Juanita se esforzó en sonreír, pero esta sonrisa era penosa y violenta.

—Gracias, señor marqués, respondió; gracias por vuestro interés... lo que acabo de sentir no es nada... un poco de malestar que se va disipando...

En efecto, matices mas vivos coloreaban su semblante un instante pálido.

—Hermosa ramilletera, dijo á su vez el conde de La Chatre, quizás, puesto que sufris, abandonaréis antes el Palacio Real; mi carroza está á dos pasos... me temo la libertad de ponerla á vuestras órdenes...

—Gracias, señor conde, replicó de nuevo la joven, mi desazon ha desaparecido completamente, y no marcharé antes de lo ordinario.

Juanita, al hablar así, no decía la verdad.

Apenas Mr. de Louvois y Mr. de La Chatre la dejaron, entregó su canastillo á uno de los lacayos, y se dirigió á casa de sus padres.

Hacia algunas semanas que la familia Lollier no habitaba en la calle Aubry-le-Boucher.

Luanita habia pensado que la miserable

habitacion que en otro lugar hemos descrito, se acomodaba mal á su nueva y brillante fortuna.

En consecuencia habia alquilado todo el primer piso de una gran casa en la calle de Saint-Honoré, no lejos del Palacio Real.

La mitad habia sido puesta á disposicion de Maria-Juana, su marido y sus demás hijos.

Juanita se habia reservado el resto.

De manera que, aunque viviendo con sus padres, la jóven tenia un departamento completamente separado é independiente.

Maria-Juana no vendia ya pescado en la Halle, se habia acostumbrado al bienestar que su hija la habia proporcionado.

En cuanto á la ramilletera, habia arreglado con un gusto esquisito y una sencillez que no excluia la riqueza su parte de habitacion.

Tenia, entre otras cosas, un pequeño tocador cerca de su dormitorio, al que profesaba un particular cariño.

Este tocador estaba enteramente tapizado de una tela de Persia fondo gris perla, sembrado de ramilletes de flores de todas las especies y matices.

Rústicas rinconeras, colocadas en cada ángulo de esta pequeña pieza, sostenian hermosos jarrones de flores naturales y olorosas.

Allí Juanita estaba en su elemento.

No veia mas que flores y aspiraba sus perfumes por todas partes.

Se sentia vlvir, era dichosa.

Este dia, ya lo hemos dicho, vino mas pronto que de costumbre.

Se encerró en su tocador y se dejó caer sobre una silla.

Durante el camino, desde el Palacio Real hasta la calle de Saint-Honoré, Juanita se habia esforzado en contener su emocion y lo habia conseguido.

Pero una vez en su casa, sola, sin testigos, dió rienda suelta á su emocion.

La jóven ocultó entre sus manos su lindo semblante pálido como la muerte.

Algunos sollozos tumultuosos y por decirlo así convulsivos, subieron de su corazon á sus labios, y echando su cabeza atrás, se puso á llorar á lágrima viva.

Poco á poco se fué calmando esta emocion á fuerza de ser violenta.—Las lagrimas fueron mas raras y corrieron una á una, líquidas perlas, sobre el animado rasgo de sus mejillas.

Los latidos de su pecho levantaron menos impetuosamente su hermoso seno.

En fin, á manera que despues de una tempestad una parte del azulado cielo apa-

rece á traves de las desgarradas nubes, y permite la vuelta del buen tiempo, del mismo modo un rayo escapado de las anegadas pupilas de Juanita anunció que pronto la calma renaceria en su alma.

V.

JUAN DE COURTENAY.

Estrañas circunstancias habian acompañado al nacimiento y á los primeros años del jóven principe Pedro de Courtenay, que acaba de hacer su entrada en escena en las páginas precedentes.

Vamos á poner á la vista de nuestros lectores hechos raros, que si no son de todo punto verdaderos, harán honor á nuestra imaginacion de novelistas.

Pero lo repetimos, aquí no somos mas que cronistas.

§

Hacia el año 1728, es decir, cerca de tres años antes de la época en que pasan los hechos que narramos, Juan de Courtenay, último vástago en línea recta de la descendencia de los emperadores de Constantinop'la, hacia un gran papel en la corte, aunque en 1603, en el reinado del buen Enrique IV, los principes de su casa hubiesen presentado en vano sus títulos para ser reconocidos principes de la sangre.

Juan de Courtenay, en circunstancias que es inútil recordar aquí, se granjeó la desgracia del rey, que le desterró á sus tierras de Berry.

Los Courtenay poseian en esta provincia, en medio de inmensas arboledas, la magnífica quinta de Sussy.

Tenian además en Paris un hermoso palacio, calle de Payenne.

Juan de Courtenay, en el momento de su destierro, tenia cerca de cuarenta años, y la vida disoluta y libertina que habia llevado hasta entonces habia debilitado su vigorosa organizacion.

Uno de los rasgos principales de su carácter era una profunda é invencible repugnancia al matrimonio: repugnancia de que nadie habia podido triunfar.

En vano mil veces le habian aconsejado no dejase extinguir con él el gran nombre de Courtenay: á todos contestaba con las réplicas mas formales.

El único próximo pariente de Juan de Courtenay, era el duque de B***, cuyo nombre no podemos escribir con todas sus le-

tras, porque todavía existen hoy descendientes de esta familia.

El duque de B***, gran señor y en buena posición, pero de una inmoralidad y depravación sin límites, creía como suya la herencia de Juan de Courtenay, y aunque casi era de la misma edad que este último, la deteriorada salud de su pariente le hacía creer que la herencia no se haría esperar mucho tiempo.

Estas explicaciones preliminares son indispensables para la inteligencia de los hechos sucesivos.

Juan de Courtenay, al llegar á su quinta de Sussy, situada, como hemos dicho, en medio de los bosques, y adonde una carta-orden del rey le obligaba á permanecer, se entregó á los accesos de una profunda y sombría desesperación.

Después de la vida relajada á que estaba acostumbrado y que había llegado á ser para él una imperiosa necesidad, la existencia solitaria, en el fondo de una provincia y en un viejo castillo, le parecía insostenible.

Los mas extravagantes proyectos cruzaban por su imaginación.

Pensaba en volver á Paris de incógnito y saltar la tapa de los sesos al rey que lo había desterrado.

Quería matarse, ó bien vender sus bienes y abandonar la Francia.

Estas locas resoluciones solo duraron algunos dias.

Juan de Courtenay se apaciguó poco á poco, y se dijo que todo se reducía á pasar durante algunos años la existencia de un caballero de aldea.

Una vez tomado su partido, se gobernó de modo que esta existencia fué lo mas dulce posible.

Como todos los grandes señores de su época, Juan de Courtenay era cazador.

Arregló sus caballerizas y perreras.—Tuvo excelentes picadores, sabuesos sin igual, en fin los mejores trenes de la provincia.

Cada dia, entonces, se oían los ecos de los bosques seculares de Sussy repetir los clamores de la jauría, y los prolongados sonidos de la trompa.

Esta vida activa, tan diferente de la que había tenido hasta entonces, esta existencia salvaje produjo en el hidalgo un resultado imprevisto y maravilloso.

Juan de Courtenay se acostumbró á los continuos ejercicios de la caza.—Su organización debilitada se restableció.—Los síntomas de adelantada decrepitud, que las fatigas de la orgía habían impreso en su

semblante, desaparecieron bajo la influencia vivificadora de los aires del campo.—El príncipe recobró su vigor primitivo, y su salud de otras veces.

Al mismo tiempo que tenía lugar este cambio físico, una gran transformación moral se verificaba.

Juan de Courtenay volvía á encontrar los verdaderos instintos de su primitiva naturaleza.

No era ya el amo impetuoso y duro, muchas veces cruel.

Se hacía querer de sus vasallos, adorar de sus servidores y su caridad cristiana no dejaba en todas las cercanías un solo infortunado sin socorrer.

No es esto todo.

Una mañana supo que su mayordomo le robaba desvergonzadamente.

Le echó de su casa y no volvió á tener otro.

Desde este momento, los menores detalles de la administración de sus dominios adquirieron para él un interés prodigioso.

Quiso hacerlo todo por sí mismo.—Se ocupó en persona de los cultivos y mejoras agrícolas que emprendía.

En fin, no creyó rebajarse yendo él mismo á las ferias y mercados, para presenciar, como un verdadero vecino del campo, la venta de sus frutos y ganados.

Jamás el príncipe Juan de Courtenay se había visto rodeado de una tan alta estima, de tan grande consideración.

Un hombre que lleva mi nombre, se decía muchas veces, no puede ser mas que rey, soldado ó labrador.—No hay ningún trono vacante.—No puedo sacar la espada fuera de la vaina.—Me hago, pues, labrador.

Al cabo de un año pasado de esta manera, podemos asegurar que si el rey hubiese llamado á Juan de Courtenay á la corte, Juan de Courtenay no hubiera abandonado sus tierras.

En medio de tan completo cambio físico y moral una cosa había subsistido.

Su profundo horror al matrimonio.

El duque de B*** había sabido, no sin sentimiento, el completo restablecimiento de su pariente.

Pero como le habían asegurado al mismo tiempo que Juan de Courtenay perseveraba mas que nunca en sus proyectos de celibato, había aceptado el retraso de la sucesión como una cosa que le contrariaba, mas sin graves consecuencias.

Una vez cada año, en la época de las grandes cazas de otoño, el duque de B***

venia á pasar una semana á Sussy, y apoyaba con empeño la resolucíon que Juan habia tomado de vivir y morir soltero.

§.

Algunos años se habian pasado desde la feliz época en que el ex-convidado de las comidas libertinas del regente habia llegado á ser un hidalgo cazador y arrendatario.

Gracias á la administracion hábil y distinguida del príncipe, las rentas de la tierra de Sussy habian aumentado en mas de una tercera parte, y aun quedaban por hacer numerosas mejoras.

Cada año se celebraba una gran feria en La Chatre, pequeña villa situada entre Gueret y Chateauroux.

La Chatre se encontraba á cinco ó seis leguas de Sussy, y allí era donde el príncipe hacia vender la mayor parte del producto de sus posesiones.

La feria de La Chatre tenia lugar hácia mediados del mes de setiembre.

Este año el príncipe Juan enviaba al mercado un numeroso rebaño de carneros, veinte pares de bueyes, algunas vacas, potros de tres años y mil sacos de trigo.

El producto de estas diversas ventas debia representar una suma de quince á veinte mil libras.

Además el príncipe tenia que tomar en casa de un notario de La Chatre una suma no menos importante.

El dia de la feria por la mañana, Juan de Courtenay se puso en camino montado en un escelente caballo de raza, y seguido de dos lacayos tan bien montados como él.

Todos tres llevaban pistolas cargadas en las sillas de sus caballos.

Los rebaños y los sacos de trigo debian haber llegado la vispera por la tarde.

De Sussy á La Chatre, el camino, pasando por medio de grandes bosques, era estrecho, lleno de barrancos y pantanosos.

Pero el príncipe estaba acostumbrado á estos caminos, y no se asustaba por tan poco.

A la mitad del camino, desde la altura de una pequeña eminencia, se distinguia, ó mas bien se adivinaba, hácia la izquierda, á traves de grandes árboles, un palacio en muy mal estado y todo desmantelado.

Este palacio, edificado un siglo antes con los restos de una antigua vivienda señorial, pertenecia á un hidalgo pobre pero de antigua raza, que se llamaba el conde de Pessac.

Este señor, cuyas rentas no eran sufi-

cientes para permitirle recomponer su vivienda y gastar el tren de un hombre de su condicion, gozaba en el país una reputacion dudosa.

Mala era la fama de que gozaba: no se contaban de él hechos positivos, pero era temido y odiado á la vez.

Sin duda este ódio universal provenia en gran parte de sus relaciones cuasi íntimas con dos hombres de una clase muy inferior á la suya y notoriamente difamados.

Uno de estos hombres prestaba dinero con gran usura á los labradores.

El otro habia sido encausado por falso monedero, y puesto en libertad por falta de pruebas suficientes: pero su reputacion no dejaba por esto de ser peor.

El usurero se llamaba Jacomé.

El monedero falso Combons.

VI.

LA FERIA DE LA CHATRE.

Llegado á la cumbre de la eminencia de que hace un momento hemos hablado, monrieur de Courtenay detuvo el paso de su caballo, se volvió sobre la silla é hizo una señal.

Al punto uno de los lacayos, que le seguian á una conveniente distancia, puso su cabalgadura al trote, y se reunió á su amo.

—Picard, le dijo este último, ¿el conde de Pessac está siempre en el país?

—Siempre, monseñor.

—¿Qué dicen de él ahora?

—Nada bueno, monseñor.

—¿Pero qué es lo que dicen?

—Pretenden que si no hace gran mal no es porque le faltan las ganas, sino porque teme á las gentes del rey. Se asegura que Jacomé, el usurero de La Chatre, y Combons, el falso monedero de Saintaine, no salen de su casa, y que siempre andan juntos como los tres dedos de la mano —Se afirma finalmente que está dado al diablo, que antes de concluirse el año lo que le queda de su palacio y de sus tierras será vendido para pagar á sus acreedores, y que entonces se verá reducido para vivir á esperar á los pasajeros en medio de un bosque...

—¿Pero todo eso es verdad?

—¡Diantre! monseñor, yo repito lo que se dice en el país...

—¿Quién sabe?... murmuró Juan de Courtenay á media voz, y hablando consigo mismo, quizá hay en todos esos rumores algo de calumnia... ¡por mi parte, apenas puedo

creer que un hombre de la nobleza haya podido caer tan bajo!... ¿Por qué ese hidalgo, si está en la desgracia, no se dirige á mí?... Con todo mi corazón le socorrería...

Después de haber pronunciado estas palabras, el príncipe guardó silencio.

Picard, viendo que su amo no le hablaba, volvió á reunirse á su compañero Lorrain.

Juan de Courtenay puso su caballo al galope, y antes de una hora le detenía en el patio de la posada de las *Tres Flores de Lis*, situada en la plaza principal de La Chatre.

Los dos lacayos pusieron en la cuadra la cabalgadura del príncipe y las suyas, y aquel se dirigió hacia la casa del notario, á quien quería hablar antes de empezarse la feria.

Después de haber desensillado los caballos y haberles dado un abundante pienso, los lacayos salieron á pasearse.

En este momento, tres hombres acababan de desayunarse en un cuarto del primer piso, que daba al patio,

Estos tres hombres eran el conde de Pessac, Combons, y Jacomé.

Al ruido de las herraduras de los caballos, Jacomé, dejando sobre la mesa un vaso lleno que iba á llevar á sus labios, se había levantado y aproximado á la ventana.

—¿Quién viene? le preguntó Mr. de Pessac.

Es vuestro vecino el príncipe de Courtenay, señor conde, respondió el usurero.

—¿Trae mucho acompañamiento?

—No, dos lacayos solamente.—Cuando viene á las ferias lo hace siempre con un tren muy modesto...

Mr. Pessac se recostó perezosamente en el respaldo de su silla.

—Por quien soy, dijo, que es una vergüenza que un gran señor como Juan de Courtenay, y rico como es, venga á vender sus bueyes, sus carneros y su trigo, ni mas ni menos que un arrendatario cualquiera...

—¿Hace bien! replicó Jacomé, que en su calidad de usurero apreciaba mucho á las gentes de orden: desde que administra sus rentas, el príncipe ha duplicado su fortuna...

—Es posible... y en eso precisamente es en lo que hace mal...

—¿Como?

—Un hombre de buena posición, y rico, no debe saber contar...

—Es decir, señor conde, que si fuérais millonario, ¿os dejaríais robar?...

—Si yo fuese millonario, querido Jacomé, os tomaria por administrador. Creo que es todo cuanto se puede decir...

Al escuchar esta irónica respuesta, el usurero saludó.

—Es lo cierto, señor conde, dijo entonces Combons, que aun no habia hablado, es lo cierto, que si vos sacáseis hoy de la feria de La Chatre tanto dinero como el príncipe de Courtenay, vuestros negocios estarían en mejor estado y no temeríais ser embargado de un día á otro...

Mr. de Pessac apoyó sus codos sobre la mesa, y se bebió uno tras otro dos vasos de aguardiente.

—¿Ah! preguntó en seguida, ¿según eso el príncipe debe recibir hoy mucho dinero?

—Unas veinte mil libras poco mas ó menos en buenos y contantes doblones...

—¿Y cómo sabeis eso?

—He hablado esta mañana con uno de los boyeros que han llegado ayer con los carneros, hueyes, vacas y carros cargados de mas de mil sacos de trigo...

—¿Ah! ¡ah!... dijo el conde de Pessac...

—Sin contar, añadió Jacomé, que el notario Pivois debe entregar al príncipe una suma de diez y seis ó diez y ocho mil libras que ha sido pagada por algunos deudores atrasados...

—Entonces, dijo el conde, ¿son cerca de cuarenta mil libras las que Juan de Courtenay tendrá esta noche en sus bolsas?...

—Justamente.

—Teneis razon, la suma es cabal y vale la pena, por gran señor que uno sea, venir á la feria á realizarla... ¡Cuarenta mil libras! en buen oro... Solo de pensarlo me vuelvo loco...

—¿Y yo! replicó Jacomé.

—¿Y yo tambien! añadió Combons.

Hubo un instante de silencio, empleado por los tres en llenar los vasos y vaciarlos.

Después la conversacion volvió á empezar.

—Por mi fé, dijo de repente el falso monedero, me parece que si el príncipe de Courtenay vuelve hoy á su quinta de Sussy, hará una gran imprudencia...

—¿Y por qué? preguntó el hidalgo.

—¿Cómo, señor conde, por qué?

—¿Si, por qué?

—Porque la feria no concluirá hasta la noche, porque de aquí á Sussy hay que andar seis leguas en la oscuridad, por malos caminos, y á través de los bosques, y que durante esas seis leguas se corre el peligro de ser atacado y robado seiscientas veces...

—¿Bah! replicó el conde, no existe esa

peligro, no hay ladrones de profesion en el país. .

—Sea, señor conde, pero cuando se trata de cuarenta mil libras, es decir, de una fortuna... ; cuántos, que no lo son, se harán ladrones !!

—¿Vos creéis eso, Combons?

—No lo creo, señor conde, sino que estoy seguro de ello...

—Pero el príncipe no va solo, trae consigo dos lacayos, y sin duda bien armados...

—Vienen á ser tres hombres por junto, y en cuanto á las pistolas, sabiendo hacerlo de antemano, se las impide hacer daño...

El conde de Pessac no respondió nada.

Apoyó los codos sobre la mesa, ocultó la cabeza entre las manos, y se absorbió en una profunda meditacion.

Durante este tiempo, entre Jacomé y Combons se cambiaron miradas significativas.

Bien pronto la conversacion, un instante interrumpida, volvió á empezar y llegó á ser cada vez mas interesante.

Pero es inútil hacer asistir á ella á nuestros lectores, porque pronto conoceremos sus resultados.

Diremos solamente que Mr. de Pessac salió luego de la posada de las *Tres Flores de Lis* y se dirigió á la única botica de La Chatre, en donde permaneció cerca de una hora.

En seguida volvió á la posada, entró en la cuadra donde se hallaban los tres caballos del príncipe de Courtenay, y como inteligente que era, admiró tan nobles animales, y acarició sus largas y sedosas crines.

Durante este tiempo, Combons examinaba con minuciosa atencion las sillas en las cuales se hallaban las pistolas.

Después de esta visita á la cuadra, el conde de Pessac fué á pasearse á la feria, donde vendió dos ó tres vacas éticas y algunos delgados carneros.

§.

Combons, el falso monedero, no se habia engañado.

Era ya casi de noche cuando el príncipe de Courtenay terminó sus negocios.

En la posada se le habia preparado la comida.

Comió rápidamente y preguntó si sus caballos estaban ensillados.

Habiéndole contestado que sí, pagó liberalmente el gasto y bajó al patio.

Allí estaban los lacayos con los caballos de la brida.

En tanto que el príncipe hacia colocar

detrás de su silla una maleta de cuero que contenia en oro las sumas que habia cobrado, un hombre se acercó á él, en la actitud mas humilde y con el sombrero en la mano.

Este era el conde de Pessac.

Mr. de Courtenay le conocia de vista, y le volvió su saludo con amabilidad.

—Monseñor, le dijo Mr. de Pessac, me atrevo á solicitar de vos un favor, al cual conozeo no tengo ningun derecho...

—Hablad, caballero, respondió el príncipe, y si lo que me pedis es posible, lo haré con mucho gusto...

—La noche está encima, prosiguió el conde, he vendido hoy algunos ganados, y traigo sobre mí una suma, insignificante para vos, enorme para mí... Los caminos, segun dicen, no son seguros: no tengo criado, y temo que viajando así solo, sea atacado en el camino... ¿Os dignareis permitirme, monseñor, que me reuna á vuestra comitiva hasta llegar á mi humilde casa?...

—Caballero, respondió el príncipe, accedo con mucho gusto á lo que me pedis, pero yo no permitiré que un hidalgo camine con los lacayos... Me acompañareis si os place...

—¡Ah! ¡monseñor, qué bondad! exclamó Mr. de Pessac.

—Pero, replicó Juan de Courtenay, dáos prisa, os lo suplico, porque se va haciendo tarde...

—Mi caballo está ensillado, monseñor.

—Montad, pues, y partamos.

El conde de Pessac corrió á la cuadra y sacó su cabalgadura, jaco de mediano precio, pero lleno de fuerza y vigor.

Se lanzó á la silla con la ligereza de un jóven, y siguió á Juan de Courtenay á una respetuosa distancia.

La pequeña cabalgata atravesó las calles de La Chatre, todavia llenas de gente, porque muchos habian venido muy lejos para poder volverse el mismo dia.

Todos se inclinaban al pasar el príncipe, pero miraban con profunda admiracion al conde de Pessac, y se decian los unos á los otros:

—¡Mirad á monseñor Juan de Courtenay en bien mala compañía!...

VII.

UN HIDALGO POBRE.

Conveniente nos parece trazar en algunas plumadas el retrato del nuevo personaje que ponemos en escena.

El conde de Pessac tenia unos cuarenta y cinco años.

Era de estatura mediana y bien formado, aunque un poco delgado.

Las facciones de su semblante no presentaban, tomadas individualmente, nada de desagradable, pero el conjunto disgustaba por su expresion.

Esta expresion era á la vez altanera y baja

Su boca parecia no deber abrirse sino para el imperioso mandato ó para la vil adulacion.

Sus ojos ofrecian una doble mirada, y eran falsos y atravesados como los de personas cuya conciencia no está nunca enteramente tranquila.

Al lado del príncipe de Courtenay, la fisonomia de Mr. de Pessac se habia despojado completamente de su altanería, y no expresaba mas que la mas completa bajeza.

Esto en cuanto á lo físico.

En cuanto á lo moral, el conde tenia todo lo que prometia su semblante y mucho mas.

Era espíritual, flexible, insinuante, y, cuando se trataba de sus intereses, de una maravillosa habilidad.

El fué el primero que entabló la conversacion.

—Monseñor, dijo, no sé de qué manera daros las gracias por el honor que en este momento acabais de dispensarme...

—Eso no vale la pena, caballero, interrumpió el príncipe, yo no hago mas que lo que todo hidalgo haria en mi lugar por otro hidalgo...

—Perdonadme, monseñor, vos haceis mas...

—¿Y en qué, caballero?...

—En que es imposible, monseñor, que lo malo que de mí se dice no haya llegado á vuestros oídos...

—¡Ah! murmuró Mr. de Courtenay muy admirado de oír al conde de Pessac hacer alusion á su mala fama.

—Si monseñor, replicó este último; debais saberlo admitiéndome así en vuestra compañía, me rehabilitais de algun modo en esa opinion pública tan fatal y tan injustamente pronunciada contra mí...

—¿Es decir, caballero, preguntó el príncipe, que sabeis lo que de vos se dice?...

—Nada ignoro, monseñor... sé que me odian y que me temen... Sé que alrededor de mí se agrupan como invisibles fantasmas esas vagas acusaciones, las mas peligrosas de todas, porque como nada formulan ni descansan en ninguna base, no se puede ni combatir las ni aniquilarlas... Sé

que se evita mi presencia... que una intimidad conmigo compromete... que se me mira como un hombre sin probidad y sin honor... Sí, monseñor, sé todo eso, y si no tuviera deberes sagrados que cumplir en este mundo, la muerte me hubiera ya desembarazado de tan pesada existencia, y hubiera arrancado de mi ensangrentada frente esta corona de espinas!...

En tanto que el conde de Pessac hablaba de esta manera, Juan de Courtenay le miraba con atencion, y se sentia conmovido de la desolada expresion de su semblante, y del acento profundo y sincero con que pronunciaba sus palabras.

—Caballero, le dijo, vos valeis mas que vuestra reputacion, quiero creerlo... no lo dudo.—¿Pero, en fin, ¿cómo se han propagado esos deplorables rumores?... ¿Teneis, pues, muchos enemigos?...

—Monseñor, una palabra, una sola palabra os lo explicará todo...

—¿Y esa palabra?

—Héla aqui: ¡Pobreza!...

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que soy pobre y que de ahí provienen todas las enemistades que pesan sobre mí... todas las acusaciones que me persiguen...

—¡La pobreza, sin embargo, no es un vicio!

—Es mucho peor, monseñor, ¡cuando uno es hidalgo!... ¡Han empezado á despreciarme cuando se ha visto que no podia sostener dignamente mi nombre!... Yo era joven, me volví contra los desprecios y quise gastar un tren que mi humilde fortuna no me permitia. Entonces, aquellos que antes me despreciaban y que mi lujo humillaba, empezaron á odiarme despues; un dia, volví á caer en mi humildad primera, el desprecio volvió y el odio subsistia... Aun no habia apurado la copa de las humillaciones y de la desesperacion.—Mis locuras habian consumido mis recursos, y tuve que pedir prestado para vivir; algunas bolsas se abrieron, bolsas de usureros la mayor parte. Tuve acreedores, monseñor, y acreedores que, al cabo de cierto tiempo, miraron como perdido el dinero que me habian prestado.—¡Al fin llegaron á ser mis enemigos, y enemigos encarnizados, sin piedad!... ¡Me atacaron, me difamaron, desgarraron mi reputacion de hombre honrado, de hidalgo leal, y dejaron pedazos de esa reputacion en todas partes... Así es como se cobraban los intereses de su dinero... Dentro de algunos meses, de algunas semanas... de algunos dias quizá, lo poco que me queda será vendido, seré arrojado de la morada de mis padres,

y me veré sin asilo y sin pan... Esos acreedores, esos enemigos, se repartirán el precio de mi última fanega de tierra, de la última piedra de mi antiguo palacio. Yo no les deberé nada, pero nada le quedará al conde de Pessac, al hidalgo sin corazón y honor... ¡y quién sabe si entonces me acusarán de robar en los caminos para vivir!... Veis, monseñor, que yo tenía razón al decir que en mi vida hay un crimen, un crimen de que nadie puede absolverme, y que nada borra: ¡La Pobreza!...

Mr. de Pessac se cayó.

Juan de Courtenay tenía las lágrimas en los ojos.

Tendió la mano á su compañero, y la apretó silenciosamente.

—¡Bien lo sabía yo! pensó con el leal entusiasmo de un gran corazón, ¡bien sabía que calumniaban á este hidalgo!... pero yo vendré en su ayuda... ¡y puesto que la Providencia parece olvidarle, yo seré su providencia!...

—Caballero, replicó en seguida, me parece que me habeis hablado hace un instante de deberes sagrados que cumplir...

—Sí, monseñor.

—¿Estais, pues, casado, caballero?

—¿Casado? no, monseñor. Sé demasiado bien lo que es la pobreza para imponer á una compañera mi suerte desgraciada...

—Entonces, ¿no teneis hijos?

—Perdonadme, monseñor, de eso queria hablar, tengo un hijo adoptivo, una huérfana, una sobrina... la hija de mi hermana, una muchacha de diez y ocho años, que no tiene mas apoyo en el mundo que el mio, y que si yo muriese no podria menos de morir tambien... pero yo la amo y quiero que viva...

Sin duda el príncipe iba á preguntar todavía, cuando la conversacion fué repentinamente interrumpida por un extraño incidente.

La calbagata habia anclado cerca de dos leguas y media desde su salida de La Châtre.

Era ya completamente de noche, pero una noche hermosa, alumbrada por el plateado disco de la luna y por millares de estrellas.

Bajo esta claridad blanca é indecisa, los árboles que poblaban el camino tomaban formas fantásticas, y en las sombras profundidades de los bosques se hubieran creído ver fantasmas que lentamente se movían.

El príncipe y su compañero sintieron, á alguna distancia detrás de ellos, un relin-

cho lastimero, é inmediatamente despues, un juramento enérgico, seguido del ruido de una pesada caída.

El caballo de uno de los lacayos acababa de desplomarse.

El príncipe volvió brida al punto y se dirigió donde estaban sus lacayos.

Juan de Courtenay amaba á sus caballos, casi tanto como á sus criados, y temia tanto las desgracias de los unos como las de los otros.

El lacayo acababa de sacar su pierna derecha cogida bajo la silla, y tirando á su cabalgadura por brida se esforzaba para ponerla en pié.

Vanos esfuerzos.

Una gran convulsion agitó los miembros del noble animal, despues, á esta convulsion, sucedió la inmovilidad absoluta.

Era imposible dudarlo, el caballo estaba muerto.

—¡Por Dios que es extraño!... exclamó el príncipe, ¡esta bestia, hace una hora estaba buena, y ahora héla ahí inanimada!... ¿qué mal desconocido será este?...

—Una congestion cerebral, quizá, añadió el conde de Pessac; he visto casos semejantes...

—Puede ser en efecto, replicó Juan de Courtenay, pero no importa, es extraño...

—¿Qué hacer, monseñor? preguntó Picard, que así se encontraba desmontado.

—Pon en tu cinturón, mi pobre muchacho, las pistolas que están en la silla, y ¡¡guenos á pié... marcharemos un poco despacio pero eso no nos impedirá llegar.

VIII.

LOS ENVENENAMIENTOS.

El príncipe de Courtenay no habia hecho mas que colocarse sobre la silla, y Picard acababa apenas de ejecutar la órden que se le habia dado, cuando el caballo de Lorraine, el segundo lacayo, dió de repente las señales de una agitacion extraordinaria.

Empezó á cocear violentamente, á dar botes, relinchando y arrojando espuma.

Despues, á pesar de la firmeza de la mano que le contenia, partió á galope tendido, dando vueltas impetuosas y brincos frenéticos.

Cinco minutos de esta insensata carrera bastaron para botar de la silla al jinete, que rodó por el suelo como una masa inerte.

El caballo siguió todavía dando botes durante algunos minutos, lanzó un nuevo

relincho de dolor y de agonía, y cayó muerto de repente.

Se acercaron á Lorrain para levantarlo. Todo socorro era inútil.

El pobre diablo, al caer, se habia roto la columna vertebral y no habia podido sobrevivir un segundo á tan horrible caída.

Juan de Courtenay, aterrado, y el conde de Pessac que no parecia menos sorprendido ni menos desolado que el príncipe, ataron sus caballos al tronco de un arbusto y recogieron el cuerpo de Lorrain.

Ayudado por Picard, le llevaron sobre uno de los declives que rodeaban el camino, y Mr. de Courtenay, arrodillado á su lado, apoyó la mano sobre el corazón del desgraciado criado, esperando encontrar todavía alguna señal de vida.

Pero aquel corazón ya no latia.

—¡Señor, Dios mio!... exclamó el príncipe, ¡qué catástrofe tan horrible é imprevisible!... Daria sin vacilar todo el oro que llevo, y el doble y el triple, por volver á la vida á este buen servidor!...

—¡Esto es horroroso!... murmuró Mr. de Pessac.

—Yo me vuelvo loco, replicó Juan de Courtenay, ese vértigo horrible, apoderarse de repente y casi al mismo tiempo de los dos caballos, me parece un misterio inexplicable. ¿Comprendéis algo de lo que pasa, señor conde?...

—No, monseñor, absolutamente nada.

—No podemos llevarnos ese pobre cadáver, prosiguió el príncipe; voy á poner mi caballo al galope hasta Sussy, y volveré con gente, unas angarillas y hachones.

—¿Deseais que yo os acompañe, monseñor? preguntó Mr. de Pessac.

—Gracias, sentiria apartaros así de vuestro camino.

—Servios de mí sin temor, monseñor, os lo suplico.

—Gracias de nuevo, caballero, ¿para qué?...

El conde de Pessac no volvió á insistir.

Juan de Courtenay cortó unas ramas de un árbol, hizo una especie de cruz y la colocó sobre el pecho de Lorrain.

En seguida se aproximó á su caballo.

Júzguese de su sorpresa al ver el estado en que se encontraba el noble animal.

Sus cuatro piernas estaban tiesas, se estremecia violentamente, y temblores convulsivos arrugaban su piel fina y brillante.

Una espesa espuma corria de su boca y narices.

Sin duda sufría el primer síntoma de ese mal desconocido y terrible que acababa de matar á sus dos compañeros.

—¡Ved!... ¡ved!... exclamó el príncipe.

El conde de Pessac se acercó corriendo.

Las piernas del caballo se encorvaban.

—Cayó de costado, una convulsion terrible agitó sus miembros y espiró.

—¡Esto es infernal!... murmuró el príncipe: ¡el demonio debe andar en todo esto!!...

—Monseñor, preguntó el conde, ¿teneis enemigos?...

—¿Enemigos, caballero? ni uno solo: no hago mal á nadie... y al contrario, hago tanto bien...

—Eso no es siempre una razon... pensadlo, monseñor...

—¡Nadie en este país, os lo repito, puede odiarme! Mas ¿por qué esa pregunta?

—Porque es evidente para mí, monseñor, que una sustancia venenosa ha sido mezclada en la avena de vuestros caballos. ¿Ahora hay que atribuir este hecho á la casualidad ó á la mala voluntad?... Hé ahí lo que yo ignoro y lo que no sabré decir.

—¿Es decir, caballero, que vos creéis en un envenenamiento?

—¿Cómo explicar de otra manera esta triple catástrofe?

—Es verdad, mas vuestro caballo se halla completamente bueno...

—Es cierto, monseñor, y eso no sirve mas que para afirmarme en mis conjeturas y hacerme creer en un envenenamiento premeditado.

—¿Y por qué?...

—Mi caballo no estaba en la misma cuadra que los vuestros, pero del mismo saco ha salido la avena que se ha dado á todos.

—Si pues los vuestros solos son los que han perecido, es evidente que solo á ellos fué dirigido el golpe...

—Teneis razon, caballero... el envenenamiento es en efecto cierto; pero, ¿quién ha podido ensañarse así conmigo?—¿Por qué?

—¿Con qué objeto?...

—No puedo ni comprenderlo ni adivinarlo, monseñor...

Durante algunos segundos, Juan de Courtenay se absorbió en una profunda y dolorosa meditacion?

—¿Qué hacer? murmuró en seguida á media voz, ¿qué hacer?...

—¿Puedo saber lo que os preocupa en este momento?... añadió Mr. de Pessac.

—Yo no sé cómo gobernarme, señor conde, para volver á mi casa... á pié, y cargado con una pesada maleta...

—Me parece, monseñor, que no hay mas que una sola cosa posible y fácil...

—¿Y cuál es, caballero?...

—Es, monseñor, aceptar la hospitalidad

de mi viejo y arruinado castillo... En él estareis muy mal, monseñor, pero una noche se pasa pronto... Durante este tiempo, vuestro criado continuará su camino hasta Sussey, y mañana por la mañana os traerá caballos de refresco... y, en cuanto al cuerpo inanimado de vuestro segundo servidor, le enviaré á buscar sin demora, y se le depositará en la capilla medio desplomada de mi mansion, hasta el momento en que un sacerdote pueda darle sepultura... ¡Qué decís de mi oferta, monseñor!... creedlo, os la hago con la mas buena voluntad...

Juan de Courtenay vaciló durante un momento.

Un vago sentimiento de desconfianza instintiva le decia que no pasase la noche bajo el techo de aquel hombre.

Pero si rehusaba, ¿qué partido tomar y cómo salir de aquella penosa y difícil situación?

Por otra parte el príncipe creia difícilmente en el mal.

Ocultó sus vagos temores, y tendiendo la mano al hidalgo, le dijo:

—Acepto, caballero, la hospitalidad de vuestra casa, y con tan buena voluntad como vos me la ofreceis...

—¡Me llenais de orgullo y felicidad, monseñor! exclamó el conde de Pessac: siento, sin embargo, las dolorosas circunstancias que os hacen ser mi huésped...

—¿Estamos á una media legua de vuestra casa, no es cierto?...

—Apenas, monseñor...

El príncipe tomó de la silla las pistolas que colocó en el cinturón del cuchillo de monte que llevaba en lugar de espada cuando viajaba á caballo.

Lesató el saco lleno de oro, se le echó al hombro, despues volviéndose hácia Mr. de Pessac, le dijo:

—Cuando querais, caballero... Estoy dispuesto á seguiros.

Y Juan de Courtenay se puso en camino con el conde.

Este último llevaba su caballo de la mano.

Una media hora bastó para que los dos hombres llegasen á la eminencia desde donde se descubria á traves de los árboles la morada de Pessac.

Tomaron un camino de travesía sobre la derecha y no tardaron en hallarse frente del palacio.

La luna alumbraba con su resplandor sus construcciones decrepitas, y permitia distinguir de ellas hasta los menores detalles.

Hemos dicho que una parte del edificio

habia sido reconstruida con los restos de la antigua morada señorial.

Esta construcción, tosca y desagradable, llena de ventanas irregulares y guarnecida de dos torrecillas, la una cuadrada y la otra redonda, se destacaba sobre los lienzos de pared casi desplomados, enteramente cubiertos de esa capa sombría y destructora que la yedra estiende sobre las ruinas.

La antigua capilla, cuya techumbre estaba handida desde tiempo inmemorial, delineaba en negro, sobre el cielo, el cincelado florón de su gótica claraboya.

Un ancho estanque, que ocupaba el espacio en que en otro tiempo estaban los fosos, rodeaba el palacio por todos lados.

A la puerta de honor se llegaba por un puente de piedra y de madera, sin pretil y en bastante mal estado.

Toda señal de cercado habia desaparecido, y la arboleda estendia sin trabas su poderosa vegetación.

A la izquierda, no lejos del puente de piedra, se veian los comunes, las cuadras, y las obras de explotación agrícola.

Hácia la derecha se estendia una huerta bastante vasta, que suministraba en abundancia legumbres y frutos.

La parte cuasi moderna del palacio comunicaba por medio de pasadizos y subterráneos con las ruinas del antiguo edificio.

IX.

LA HOSPITALIDAD.

Juan de Courtenay y el conde de Pessac llegaron al puente de piedra que conducia á la puerta de honor.

Sin una débil luz que se veia brillar al traves de las vidrieras de una de las ventanas del piso bajo, el palacio hubiera parecido completamente desierto.

A la entrada del puente, una pequeña campana estaba cogida de un poste, y servia para anunciar las visitas.

El conde cogió la cadena de hierro de la campana y la agitó violentamente.

Al punto se abrió la puerta y apareció un criado.

Este hombre, de una fisonomía solapada y de una fealdad poco comun, llevaba una vieja librea, remendada en mas de una parte, y cuyos galones dorados en otro tiempo, no ofrecia vestigio del precioso metal.

—Juan, le dijo el conde, arrojándole la

brida de su cabalgadura, conducid mi caballo á la cuadra, y volved á tomar mis órdenes.

El lacayo obedeció sin responder una palabra.

—Monseñor, dijo entonces Mr. de Pessac con una sonrisa un poco contraída, ya sabéis que aceptais la hospitalidad de un hidalgo pobre, y sin embargo, lo que voy á deciros os parecerá un poco inverosímil, porque hay cosas de que no podreis formaros una idea... Ese hombre que acabais de ver, compone, con una vieja criada adicta á la persona de mi sobrina, toda mi casa; él es mi lacayo, mi picador, mi cocinero, mi jardinero y mi mayordomo.—¡El pobre diablo se multiplica!... y con todo eso, su salario es pagado tan raras veces, que es incontestable para mí, que mas bien me sirve por cariño que por interés ..

—Nada en el mundo, caballero, replicó el principe, me parece que hace mejor vuestro elogio que lo que acabais de decirme... Siempre es un buen amo y un hombre honrado el que inspira semejante adhesión á sus servidores...

El conde de Pessac se inclinó.

Juan de Courtenay y el hidalgo habian atravesado el puente y llegaban á las escaleras de piedra que conducian al interior del vestibulo.

Sobre la puerta se veia el escudo de armas de Pessac, con la corona de conde y sostenido por dos caprichosas figuras.

El conde abrió esta puerta.

—Monseñor, dijo, pasad y seais bien venido...

—Gracias, caballero, respondió el principe, ¡es para mí un honor entrar en casa de un hidalgo tan cortés!...

Ninguna luz iluminaba el vestibulo, la oscuridad era completa.

Se sentia, al entrar en esta vasta pieza, una humedad fria y penetrante, que debia provenir sin duda de la proximidad del estanque.

Mr. de Pessac dió algunos pasos á la derecha y abrió una segunda puerta.

—Por aquí, monseñor, dijo.

Juan de Courtenay le siguió y penetra en una habitacion de imponentes dimensiones, doblemente alumbrada por las chispeantes llamas de un gran fuego, y por una pequeña lámpara colocada sobre la campana de la chimenea.

Una sola persona se encontraba en esta pieza.

Era una sirvienta ya de edad, vestida casi como una labradora, que se hallaba

sentada á la lumbre en un bajo escabel haciendo media.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, volvió la cabeza vió á su amo acompañado de un desconocido, y se levantó tan de prisa como se lo permitian sus viejas piernas.

—Monseñor, dijo á su huésped el conde de Pessac, á fines de setiembre las noches son frias, sobre todo aquí... acercáos á la lumbre, os lo suplico...

Y Mr. de Pessac colocó en uno de los ángulos de la chimenea a. viejo sillón gótico de roble ennegrecido y con el respaldo blasonado.

Despues añadió:

—Monseñor, sentáos...

La vieja sirvienta al oír llamar monseñor al extraño que acababa de entrar, abria grandes ojos y le miraba con un aire de estupefaccion cómica.

El principe puso el saco lleno de oro sobre la campana de la chimenea y se sentó.

Mr. de Pessac arrojó en la lumbre una porcion de leña.

—Teneis razon, caballero, dijo el principe, la noche está fria y el fuego es agradable...

—¿Tomareis alguna cosa antes de cenar, monseñor?...

—Os doy mil gracias... no tengo apetito, esperaré ..

—¿Es que quizá cenaremos un poco tarde!

—¿Tanto mejor! la triste catástrofe de hace poco me ha quitado completamente el apetito...

Mr. de Pessac se volvió hácia la vieja sirvienta, que permanecía allí de pié, inmóvil, los ojos extraordinariamente abiertos y los brazos caidos.

—Barbara, la dijo, ¿qué haceis?...

—Nada, señor conde, esperaba vuestras órdenes...

—¿Dónde está vuestra ama?

—En su cuarto, señor conde.

—¿Desde cuando?

—Desde hace un instante, la señorita ha subido á su habitacion cuando ha oido llamar...

—¿No sabia que era yo el que venia?...

—Nada ha dicho, señor conde.

—Id á prevenir á la señorita de Thiphaine, que monseñor, el principe de Courtenay, nos hace el insigne honor de aceptar la hospitalidad por esta noche en mi morada, y suplicadla que baje sin demora.

—Sí, señor conde.

La vieja sirvienta hizo una reverencia grotesca y salió.

—¿Vuestra sobrina se llama señorita de Thiphaine? preguntó el principe.

—Si monseñor.

—¿Pertenece sin duda á la gran familia de ese nombre, oriunda del Poiton?

—Si monseñor; mi hermana, Gabriela de Pessac, se casó, contra mi gusto, con un segundon de la casa de Thiphaine... despues nuestra familia se vió en la miseria.—Angela de Thiphaine, mi sobrina, fué el único fruto de aquella union fatal, deshecha por una muerte prematura... El nacimiento de Angela costó la vida á mi pobre hermana, y Mr. de Thiphaine no la sobrevivió mas que algunos meses.

—Vuestra sobrina, con el gran nombre que lleva, encontrará fácilmente con quien casarse... dijo el príncipe.

—¡Nunca, monseñor!

—¿Y por qué?

—Una Thiphaine no puede llevar por esposo mas que un gran señor... ¿y que gran señor querra buscar á Angela en medio de estas ruinas y casarse con ella sin dote?... La vida de la pobre niña es sencilla y trazada de antemano: en tanto que yo exista sera mi compañera y mi consuelo... despues que yo muera, será religiosa...

Lo que acababa de decir el conde de Pessac era en el fondo el parecer de Juan de Courtenay.

Así no tuvo nada que responder.

Reinó un profundo silencio.

Mr. de Pessac se habia sentado al otro lado de la chimenea, en un sillón un poco mas bajo que el del príncipe.

Este último dirigia una mirada á la vez distraida y curiosa alrededor de la pieza en que se encontraba.

Esta pieza era vasta, segun hemos dicho, y conservaba vestigios incontestables de una antigua opulencia.

Bajo la negra y espesa capa que el humo habia estendido sobre las salientes y talladas vigas del techo, se distinguian vestigios de colores vivos de lápiz-lázuli, de púrpura y dorados.

Un tapiz flamenco del tiempo de Enrique II, ajustado en un ancho cuadro de madera de roble curiosamente trabajado, cubria las paredes.

Este tapiz, adornado con personajes burlescos, representaba los diferentes episodios de una fiesta de aldea.

Aquí grupos de alegres bebedores, alrededor de una rústica mesa llena de jamones, salchichas y botellas.

Mas lejos musiquillos forasteros de pié sobre un tonel hacen bailar, al son de su destemplada música, á los mozos y mozas, á los viejos ridículos y á las comadres desdentadas.

Despues de los juegos venian las riñas.

Se veian los combatientes lugareños dispuestos á luchar en las posturas mas cómicas.

Este, poco á poco y todo magullado, abandonaba haciendo gestos el campo de batalla.

Aquel con un ojo fuera, este otro sin dientes.

En fin, como desenlace de tan gloriosa epopeya, el tapiz mostraba á todos sus personajes, bebedores, bailarines, luchadores, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, borrachos hasta mas no poder y rodando bajo las mesas.

Digna conclusion, en efecto, de una fiesta flamenca.

La chimenea, muy elevada, era de piedra gris esculpida, y con las armas de Pessac por remate.

Enfrente de esta chimenea, un espejo de Venecia en su marco de madera de ébano estaba colgado del tapiz.

Los sillones y los escabeles eran de encina blasonados.

Baules y alacenas, de estilo gótico, completaban el ajuar, con una gran mesa de piés cuadrados.

Segun acabamos de describirle, y con la violenta pasion que hay en nuestra época por las curiosidades antiguas, este amueblaje parecia espléndido.

Pero en la época á que nos referimos, todas estas cosas eran un monton de trastos viejos sin valor.

Juan de Courtenay acababa de pasear su mirada alrededor de la pieza, cuando la puerta que daba al vestibulo se abrió.

El andrajoso *factotum* apareció en el umbral, y anunció con cierta solemnidad:

—¡La señorita Angela de Thiphaine!...

X.

ANGELA DE THIPHAINÉ.

Al oír anunciar á la señorita de Thiphaine, el príncipe de Courtenay se levantó y dió algunos pasos hácia la puerta.

Angela apareció.

Era una joven de mediana estatura, pero sin embargo mas bien alta que baja.

No se podia decir que su belleza fuese notable, tampoco podia decirse que fuese hermosa, pero habia en toda su persona un encanto, un atractivo indefinibles, cierta co-

sa, en fin, mas fácil de comprender que de d escribir.

Sus grandes ojos, de un azul oscuro, ofrecian una espresion pensativa y recogida.—Parecian dejar leer fácilmente hasta el fondo de su alma.

La sonrisa de su pequeña boca era dulce y casi angelical.

Su semblante, de un óvalo un poco prolongado, era pálido, de una palidez mate y dorada que hacian resaltar aun mas las ondas lisas y brillantes de sus negros cabellos...

El traje de la jóven era de una sencillez casi monástica.

Este traje consistia en un largo vestido de lana negra, ajustado á la cintura por un cordón de seda.

Un ancho cuello blanco, todo liso, resaltaba sobre el tinte sombrío del vestido.

Los brazos de la señorita de Thiphaine, de una forma encantadora y terminados por manos de princesa, salian desde el codo, de anchas y flotantes mangas.

Así vestida, los ojos bajos, el semblante casto y pensativo, la jóven era digna de su nombre.

Parecia á uno de esos ángeles graciosos, pintados por Cimabué y Perugin.

Una ligera tinta rosada coloreó sus mejillas en el momento en que Juan de Courtenay se inclinó de'ante de ella con la aristocrática galanteria de un gran señor, y la presentó la mano para conducirla al sillón que él habia ocupado hasta este momento.

La timidez de la señorita de Thiphaine era escesiva, pero por otra parte muy natural en una jóven que habia pasado su vida entera en la soledad.

El príncipe quiso cambiar con ella alguna de esas frases que hacen fácil la conversacion.

No pudo conseguir de ella mas que monosílabos acompañados de un vivo rubor.

Mr. de Courtenay comprendió que nada seria mas agradable á la pobre niña que no dirigirla la palabra, y cesó de ocuparse de ella, al menos ostensiblemente, porque encontraba un singular placer acariciando con la mirada los ligeros contornos de su semblante, de su cuello y de su talie.

Durante este tiempo, Mr. de Pessac habia hablado en voz baja y rápidamente con su único criado.

El lacayo salió.

El conde se acercó á la chimenea.

—Monseñor, dijo, mi criado, no sé por qué, se habia figurado que pasaria la noche en La Chatre, y que no vendria hasta mañana: esta molesta circunstancia me obliga

á confesaros que no cenaremos hasta dentro de dos horas...

—Eso importa poco, caballero, respondió el príncipe, creo que ni dentro de dos horas, ni mas, será grande mi apetito... Una cosa solamente es la que siento, y es ver el trastorno que causo en vuestra casa.

El conde afirmó que semejante trastorno no existia, y añadió:

—He pensado, monseñor, que estariais fatigado, y he dado la órden de encender un gran fuego en el cuarto donde debeis dormir... Si lo llevais á bien podeis descansar allí hasta cenar.

—De muy buena gana, caballero, porque, en efecto, me siento muy cansado...

—Así que el aposento esté preparado se os vendrá á prevenir, añadió el conde.

Algunos minutos se pasaron.—El criado, con un candelero en la mano, apareció de nuevo.

—Señor conde, dijo, el aposento de monseñor el príncipe está dispuesto...

—Cuando querais, monseñor, dijo entonces Mr. de Pessac á Juan de Courtenay.

Este último se levantó y saludó á la señorita de Thiphaine, tomó sus pistolas y su saco y siguió á su huésped que iba el primero para mostrarle el camino.

Pasaron juntos ese gran vestibulo de que hemos hablado.

Las paredes desnudas y húmedas no tenían otro adorno que algunas astas de ciervo, destinadas sin duda en otro tiempo á sostener trofeos de armas.

El conde y Mr. de Courtenay se dirigieron en seguida á una ancha escalera, cuyas gradas de madera, desunidas, temblaban bajo los piés, y parecian iban á hundirse á cada instante.

Esta escalera conducia á una especie de antecámara cuadrada, con cuatro puertas.

El conde abrió una de ellas é introdujo á Mr. de Courtenay en una pieza, cuyo ajuar, casi suntuoso, hacia un extraño contraste con la miseria de otras partes de la habitacion.

La tapiceria, así como el cortinaje de las ventanas y lecho, eran de un color rojo sombrío.

Cuatro antiguos retratos de familia, de cuerpo entero, tan grandes como el natural, ocupaban, en sus magníficos cuadros, cuatro de las caras del aposento.

El lecho era de columnas torneadas y cubierto con un gran pabellón.

Sobre un baul maravillosamente esculpido, se veian una jofaina y un jarro de porcelana, verdaderas obras maestras, al lado de una carrafa, de un azucarero, y de

un vaso de cristal de Venecia con estrellas de oro.

Además, servilletas de tela de Frisia, muy fina, aunque un poco usada.

En la chimenea ardía un gran fuego.

—Monseñor, dijo el conde á Mr. de Courtenay, este aposento era el de mi padre... desde que ha muerto nadie ha entrado aquí... Ha sido necesaria la venida á mi casa de un huésped como vos para que este cuarto se abriese... Os dejo, monseñor; así que la cena esté servida, tendré el honor de preveniroslo.

Y, sin esperar la respuesta del príncipe, Mr. de Pessac salió y cerró la puerta.

Juan de Courtenay se tendió en un sillón junto al fuego, y se puso á repasar en su memoria todo lo que habia sucedido desde algunas horas.

Buscó largo tiempo y en vano en su memoria para encontrar uno á quien hubiese dado motivo de ódio.

Su conciencia le demostró de una manera tan perentoria, que era imposible que el envenenamiento de sus caballos hubiese sido hecho para satisfacer una venganza detestable, que llegó á persuadirse que un accidente casual é inesplicable era la única causa del mal.

El príncipe pensó en seguida en su huésped.

—¡Creed en los ruidos y en las voces del mundo!.. se dijo á sí mismo, hé ahí un hombre desconsiderado, despreciado, infamado! ¡objeto de terror y de ódio!—¡Y bien! ese hombre, tan acusado, tan atacado, tan calumniado, es un hidalgo lleno de corazón, de lealtad, de franqueza!... ¡es un modelo de todas las virtudes nobles y caballescascas!...

Hablando así, Juan de Courtenay levantó maquinalmente los ojos hácia los cuatro retratos de familia que representaban cuatro de los antepasados del conde de Pessac.

Uno de ellos llamó particularmente su atención.

Era el que se encontraba colocado casi enfrente de él, no lejos del lecho, al lado opuesto de la ventana.

Reproducía las facciones de un viejo y rudo caballero del tiempo de los reyes de la segunda raza.

Los contornos de esta enérgica figura ofrecían una espresion de feroz valentía.

Este hombre debia haber sido valiente, pero tambien debia haber sido cruel.

La mirada era viva como un relámpago, los ojos medio ocultos bajo espesas y enca-

necidas cejas parecían que estaban hablando.

Sea que la pintura estuviese perfectamente hecha, sea que las llamas intermitentes del fuego contribuyesen á la ilusion, por dos ó tres veces Juan de Courtenay creyó ver los ojos de aquella inanimada cabeza volverse hácia él con una espresion rara y amenazadora.

XI.

LA CÁMARA ROJA.

Mr. de Courtenay, admirado, mas no conmovido, se levantó, tomó la lámpara, y se dirigió hácia el cuadro para verle mas de cerca.

Puso su mano abierta delante de la luz á fin de que esta diese mas de lleno en el semblante del retrato.

La singular ilusion persistió.

Las chispeantes pupilas parecieron dirigir mas que nunca su enojosa mirada sobre el curioso visitador.

El príncipe se sonrió.

—Desde luego, se dijo, el viento agita por detrás este antiguo lienzo y produce ese extraño efecto...

Y á fin de convencerse de que no se engañaba, apoyó la punta del dedo en el cuadro.

Pero, con gran admiracion, sintió bajo esta presion un cuerpo duro y resistente.

El retrato estaba pintado sobre madera.

Juan de Courtenay se decidió á atribuir á su imaginacion lo que veía, ó mas bien lo que creía ver, y continuó alrededor del aposento su paseo y su exámen.

Al otro lado del macizo lecho percibió una puerta que hasta entonces no habia visto.

La llave estaba en la cerradura, dió media vuelta á esta llave y la puerta se abrió.

Se encontró en un gabinete bastante vasto, sin salida aparente y completamente desamueblado.

Este gabinete tenia una ancha ventana con cristales muy pequeños.

Uno de los cristales estaba roto: una corriente de aire se estableció, y apagó la lámpara del príncipe.

Entró en el aposento, colocó la lámpara sobre la chimenea, sin volverla á encender, volvió al gabinete y se acercó á la ventana.

El estanque, los bosques, y un poco mas

lejos la sombría arboleda, se estendian ante la vista y bajo la suave claridad de la luna formaban un paisaje lleno á la vez de grandeza y melancolia.

—Todo eso, pensó Juan de Courtenay con dolor, todo eso, todo lo que la vista puede alcanzar, pertenecia en otro tiempo á la noble familia de los Pessac... ¡y hé aquí que ahora, por falta de oro, el último heredero del nombre va á verse arrojado de las tierras y posesiones de sus antepasados!.. ¡nada me parece mas lúgubre que ver una familia ilustre decaer y extinguirse en la miseria!.. La agonía de una raza es mas triste que la muerte de un hombre.

El príncipe se quedó pensativo durante un instante, despues replicó, siempre hablándose así mismo.

—¡Es honrado, es leal y bueno ese hidalgo!.. ¡nada ha hecho para merecer la desgracia que le persigue!.. ¡y su sobrina, esa pobre niña, tan belia y tan pura, fatalmente destinada á una vida de privaciones y de lagrimas, terminada por los rigores del claustro!.. ¡por qué Dios se muestra tan cruel con ella?

»Mas quién sabe si Dios me ha conducido aquí hoy para traer al mismo tiempo consuelos y socorros?... ¡quizá ese oro que llevo conmigo, y sin el cual puedo pasarme, bastaria para salvar, para restablecer esta familia!.. ¡lo ensayaré!.. despues de la cena, rogaré al conde de Pessac que me ponga al corriente de sus asuntos... ¡y veremos!..

Diciéndose todo esto, Juan de Courtenay no se habia quitado de la ventana del gabinete.

Su mirada encontraba un infinito placer en seguir á lo lejos los vaporosos horizontes de la arboleda, cuyas copas plateaban los rayos de la luna.

Sondeaba la ligera bruma levantada en ciertas partes del estanque, en tanto que la blanca claridad del cielo se reflejaba en las aguas que ni un soplo de aire movian.

De repente distinguió como dos sombras confusas que parecian salir de la arboleda y dirigirse hácia el bosque.

Bien pronto las sombras llegaron á ser mas distintas.

Eran dos hombres que se aproximaban al palacio.

Despues de diez minutos de marcha, estos hombres que por una curiosidad instintiva Mr. de Courtenay no perdía de vista, se detuvieron á la entrada del pasadizo puesto sobre el estanque.

La luna les iluminaba como si fuese de

dia, y la distancia no era muy grande para impedir que el príncipe reconociese á Jacomé, el usurero de La Chatre, y á Combons, el falso monedero de Saintaine, que le habian hecho conocer en la feria.

Juan de Courtenay se sintió un poco admirado de la inesperada llegada de estos individuos tan mal afamados.

Podia, sin embargo, esplicarse de una manera muy natural.

A la entrada del pasadizo hubo entre Jacomé y Combons una conferencia de algunos segundos. Despues Combons metió la mano en su bolsillo y sacó un objeto que acercó á sus lábios.

Un silbido débil y suave, pero que debia oirse de muy lejos, resonó al punto y se repitió por tres veces.

Un minuto se pasó despues un tercer personaje, saliendo del palacio, se reunió á los otros dos.

Era el conde de Pessac.

Hubo un instante de conversacion muy animada, en seguida el hidalgo y los recién venidos entraron en la casa.

Esto hizo reflexionar á Juan de Courtenay que acababa de sentarse á la lumbre.

No habia duda que el usurero y el falso monedero eran esperados, puesto que el conde, á una señal convenida de antemano se presentaba á recibirlos...

¿Por qué, pues, Mr. de Pessac no habia dicho una sola palabra al príncipe de la venida probable de estos dos huéspedes?—¿Por qué llegaban á pié por los bosques, como quien teme ser visto?—¿Por qué no se presentaban en palacio por la entrada principal, y por qué en cierto modo les introducía furtivamente?

Desde este momento, Juan de Courtenay concibió serias sospechas y una inquietud real.

Su confianza absoluta en el honor del conde de Pessac se encontró si no desvanecida, al menos un poco alterada.

Resolvió no separarse de sus armas ni de su saco lleno de oro cuando bajase á cenar.

En consecuencia sujetó sólidamente la pequeña maleta al cinturón de su cuchillo de monte, y en el momento de tomar sus pistolas para guardarlas, las examinó con cuidado, para cerciorarse de que podia contar con ellas en caso de necesidad.

Apenas acababa de ver la cazoleta, cuando un grito se escapó de sus lábios.

La pólvora del cebo habia sido mojada de intento, ¡las armas estaban inútiles!..

Entonces, por la primera vez, apareció á Juan de Courtenay el conjunto de espan-

os circunstancias agrupadas fatalmente, y que ahora le rodeaban de un misterio sin igual.

El envenenamiento de sus caballos, el único criado que quedaba sano y salvo alejado por consejo del conde de Pessac, el cebo de sus pistolas mojado, dos hombres reputados como capaces de todo llegar misteriosamente al palacio... todo se reunía.

Estas diversas presunciones parecían decir que un complot había sido tramado contra el príncipe, y que acababa de caer en el lazo tendido con una habilidad verdaderamente infernal.

Pero Juan de Courtenay no pudo aceptar la idea de tan infame traición.

A pesar de la evidencia, quiso dudar todavía.

—Las apariencias engañan muchas veces, se dijo; quizá pronto tuviese que avergonzarme de las sospechas que acabo de concebir...

No se le ocultó, sin embargo, que si estas sospechas eran ciertas, su situación era verdaderamente espantosa. ¿Qué podía hacer solo y desarmado contra tres bandidos? Al menos le quedaria la esperanza de vender cara su vida. El príncipe fué á la puerta del aposento y la examinó. La cerradura era maciza y sólida, pero podía haber una llave doble. Había además dos pequeños cerrojos bastante débiles, y que no resistirían largo tiempo á una vigorosa presión.

El príncipe, convencido que si un peligro real le amenazaba en efecto, ese peligro no se manifestaría antes de la cena, esperó.

Una hora se pasó aun.

Después llamaron suavemente á la puerta.

—¡Entrad!... dijo Juan de Courtenay.

Mr. de Pessac apareció en el umbral.

En honor de su huésped se había puesto sus mejores vestidos; su fisonomía expresaba á la vez respeto y alegría.

—¡Vamos!... pensó el príncipe, ¡estoy loco!... ¡es imposible que este hidalgo sea un asesino y un ladrón!

—Monseñor, dijo el conde inclinándose, si gustais bajar, creo que la cena será servida dentro de un momento... Pobre cená, monseñor... pero hemos hecho lo que hemos podido...

—Estoy dispuesto, caballero, respondió el príncipe...

—¿Habeis descansado algo, monseñor?...

—Lo hubiera deseado, pero me ha sido imposible...

—Tendré cuidado, monseñor, que calienten vuestro lecho después de cenar...

—¡Oh! sé, señor conde, respondió el príncipe sonriendo, que debo esperar de vuestra parte todos los agasajos...

—Y no haré todavía lo que debo, monseñor...

Y cambiando estas palabras, los dos habían bajado la ancha escalera, atravesado el vestíbulo y entrado en la sala que en uno de los precedentes capítulos hemos descrito.

En esta sala estaba puesta la mesa.

XII.

LA CENA.

El príncipe de Courtenay esperaba ver en la sala las siniestras figuras de Jacomé y Combons.

Pero, con gran sorpresa, no apercibió más que á la señorita Angela de Thiphaine, y la vieja Bárbara, las dos de pie cerca de la chimenea.

Una rápida ojeada bastó al príncipe para convencerse de que la mesa no contenía más que tres cubiertos.

¿Qué había sido, pues, de los dos huéspedes misteriosos del palacio? La mesa, cubierta con un mantel de una admirable blancura, y una vajilla de plata ennegrecida por el tiempo, estaba servida con abundancia. Un gran trozo de venado, en un plato de porcelana azul, con las armas de Pessac, estaba enfrente de un pavo asado, y de la apariencia más apetitosa. Carnes fiambres, legumbres, un hermoso pescado, y una abundante ensalada completaban el orden de la cena. Dos antiguos candelabros de hierro cincelado, con algunos mecheros, esparcían sobre la mesa y en la sala una claridad más que suficiente. Juan de Courtenay se acercó á la señorita de Thiphaine para dirigirla algunas de esas galanterías corteses que eran la costumbre de los grandes señores de aquel tiempo. Mas, apenas reparó en el semblante de la jóven, cuando á su pesar exclamó:

—¿Sufrís, señorita?... ¡Qué pálida estais!...

—Sufro, en efecto, monseñor... balbuceó Angela, con voz apenas inteligible; el corazón no late... me parece que me voy á poner mala...

El semblante de la jóven justificaba la exclamación de Mr. de Courtenay.

La palidez dorada de su tez había tomado un color lívido con matices de color de violeta.

Sus labios estaban morados.

Sus ojos, tan pronto fijos como inquie-

tos, estaban rodeados de un círculo azulado.

Parecia una jóven muerta, que saliendo de su tumba arrastraba todavia su mortaja.

—Señor conde, dijo Juan de Courtenay á Mr. de Pessac, no os parece, como á mí, que el estado de la señorita, vuestra sobrina, es temible...

—Jamás la he visto así, monseñor... replicó el conde.

Despues, dirigiéndose á Angela, añadió con dulzura paternal:

—Angela, si sufris demasiado para permanecer con nosotros, ¿quereis retiraros?... Estoy seguro que Mr. de Courtenay se dignará dispensaros...

—¡Sí, en verdad! añadió el príncipe.

—Gracias, tio mio... murmuró la jóven, pero deseo permanecer, y creo... sí... me parece que mejor quiero...

—Pues entonces, monseñor, nos pondremos á la mesa cuando querais...

En el momento en que Mr. de Pessac acababa de pronunciar estas palabras, el criado Juan entró en la sala.

—Señor conde, dijo, ha llegado uno y dice que desea hablaros...

—¿Tiene prisa?

—Sí, señor conde.

—Allá voy, dijo Mr. de Pessac.

Y volviéndose hácia el príncipe, añadió:

—¿Si permitis... monseñor?...

—Id, caballero, os lo suplico...

—Vuelvo al instante...

El conde salió. Juan de Courtenay se quedó solo con la jóven y la vieja sirvienta. Angela se acercó rápidamente á él, y le dijo muy bajo:

—¡Correís un inmenso peligro, monseñor! desconfiad de todo, y ante todas cosas no bebais del vino de España...

—Gracias, hija mia, respondió el príncipe mas con la mirada que con la palabra, porque en este momento Mr. de Pessac entraba, y la señorita de Thiphaine se habia ya alejado...

La fisonomía del conde espresaba la mas viva contrariedad.

—Monseñor, dijo, me sucede una cosa muy desagradable.

—¿Cuál es, caballero? preguntó Juan de Courtenay con serenidad.

—El Sr. Jacomé, vecino de Bourges, que se encontraba en la feria de La Chatre, llega en este momento... estoy relacionado con él... me creia solo en el palacio y me pide un puesto en la mesa...

—¡Y bien! ¿caballero?

—¡Y bien! monseñor, he respondido á Jacomé que, en tanto me hagais el honor de ser mi huésped, toca á vos y no á mí dar aquí órdenes, y que lo único que podia hacer era trasmitiros sus súplicas...

—¿El señor Jacomé viene solo? preguntó el príncipe.

—Sí, monseñor.

—¿Estais seguro de ello?

—Yo no he visto mas que á él, ¿mas por qué esa pregunta, monseñor?...

Es que en la feria de La Chatre, Jacomé no se separaba de un tal Combons, que vos conoceréis quizá, señor conde...

Mr. de Pessac se sonrojó ligeramente.

—Le conozco en efecto, monseñor, respondió, y su mala reputacion no me permite admitirle en mi casa sino con sentimiento... no ha venido, al menos...

Despues de lo que ya sabia Juan de Courtenay, semejante doblez no debia sorprenderle...

—Haced entrar al Sr. Jacomé, vecino de Bourges, dijo, y segun lo pide, dadle un puesto en la mesa...

—El mismo os dará las gracias, monseñor...

Y el conde de Pessac dió la orden á Juan, su criado, para que introdujese al usurero. Este último casi se postró delante del príncipe; parecia no poder decidirse á poner término á sus saludos grotescamente serviles.

—Monseñor, murmuró al fin levantándose, me atrevo á solicitar de vos un favor...

—¿Un favor?... repitió el príncipe.

—Señalado, monseñor...

—Hablad, caballero.

—No estoy solo, monseñor... tengo un compañero... un antiguo amigo... un hombre mal afamado... ha venido conmigo hasta la puerta del palacio, pero sabiendo que el conde de Pessac no le mira con buena cara, no se ha atrevido á entrar, ni menos hacer anunciar su presencia al amo de esta casa... Vos sois aquí el amo esta noche, monseñor, y vengo á suplicaros que consentais en que el señor Combons de Santaine obtenga aquí un asilo por esta noche...

Esta abominable comedia estaba representada con una habilidad tan maravillosa, que Mr. de Courtenay se preguntó si el testimonio de sus sentidos no le habia engañado al reconocer á los dos hombres por la ventana del gabinete. Sin las palabras de Angela de Thiphaine, que le vinieron á la memoria, hubiera creído haberse engañado.

—Si el señor conde de Pessac no tiene

inconveniente, dijo, en recibir en su casa al señor Combons de Saintaine, yo no tengo, por mi parte, ningun motivo para oponerme...

—Por vos, monseñor, replicó el conde, recibirá una hospitalidad que yo en verdad le hubiera negado... Juan, id á buscar al señor Combons, y decidle que monseñor, el príncipe de Courtenay, consiente en admitirle en su presencia. Jacomé se deshizo en protestas de reconocimiento, que duraron hasta el momento de la entrada del tercer cómplice.

Combons no poseia, en tan alto grado como el conde y el usurero, el gran arte de la disimulacion. Grosero por naturaleza, era menos sagaz y menos hipócrita. Se contentó con balbucear algunas palabras dando las gracias al príncipe. No esperándose ya á ninguno, Mr. de Pessac hizo colocar dos cubiertos mas en la mesa, y Juan de Courtenay ofreció á Angela de Thiphaine su mano, en la cual apoyó la punta de sus trémulos dedos. El príncipe ocupó el sitio de honor, es decir, el mejor de la mesa. A su izquierda tenia al dueño de la casa, y á su derecha á la jóven. Combons y Jacomé estaban enfrente á la otra estremidad. El criado y la vieja Bárbara hacian el servicio. Juan de Courtenay, como la mayor parte de los hidalgos de grande raza, habia recobrado todo su valor y toda su sangre fria en vista del peligro que le amenazaba. Comia con mucho apetito, y con el vaso en la mano se las apostaba con el conde de Pessac, teniendo cuidado, sin embargo, de no beber nunca, sin haber visto antes al amo de la casa beber antes que él del mismo vino.

Con un objeto que no tardaremos en comprender, animaba al conde á vaciar las botellas, brindando continuamente, á lo cual era imposible negarse sin pasar por hombre muy impolítico. El ex-convidado de las comidas del Palacio-Real estaba seguro de sí mismo, conocia el temple vigoroso de su cabeza, y contaba llegar á ofuscar, por medio de repetidas libaciones, la razon y las miradas de los demás bebedores menos acostumbrados. El príncipe consiguió este objeto, sino con letamente al menos en parte. Ya la lengua de Mr. de Pessac parecia estar mas torpe, y hablaba con mas dificultad. En cuanto á Jacomé y Combons, estaban encarnados como el carmin, y sus ojos chispeaban extraordinariamente. Juan de Courtenay no perdía nada de su sangre fria.

XIII.

EL VINO DE ESPAÑA.

De cuando en cuando, el príncipe echaba una furtiva mirada á su vecina de la derecha, Angela de Thiphaine. ¡Cosa increíble! la palidez de la jóven lejos de disminuir se aumentaba. Angela no comia, y de vez en cuando, una lágrima en vano contenida se escapaba de sus largas pestañas, y corria sobre su amaratada mejilla. No levantaba los ojos, no hacia ningun movimiento, y parecia una estatua del dolor.

—¡Ah! ¡pardiez! exclamó de repente el conde de Pessac despues de haber vaciado su vaso lleno hasta el borde; pienso en una cosa...

—¿En qué, mi querido huésped? preguntó el príncipe.

—En las bodegas casi vacías de este viejo palacio, prosiguió el conde, existe una botella de vino de España...

Angela de Thiphaine se puso á temblar y dió con el codo á Mr. de Courtenay. Este último la hizo una señal con la mano, que solo ella podia comprender, y que queria decir que no habia olvidado su recomendacion.

—Una sola... continuó Mr. de Pessac, pero ¡qué botella!... ¡una botella histórica, monseñor!...

—¡Ah! ¡bah!... respondió el príncipe, ¡histórica!... ¿y cómo así, señor conde?...

—Es exacto, monseñor, y lo pruebo... En 1640 el conde-duque de Olivares envió á mi bisabuelo cien frascos de vino de Jerez .. noventa y nueve se han bebido... queda uno, y yo le guardaba para una gran ocasion... no puede presentarse una mas solemne que la de hoy, y en honor de monseñor el príncipe de Courtenay, vamos á bebernos el Jerez del conde-duque!...

—Escelente idea la vuestra, caballero, pero que viniendo de vuestra rara cortesania, no me admira.

—¿Os gusta el Jerez, monseñor?

—Es mi vino favorito, respondió el príncipe, y Jerez que sin duda era ya añejo en 1640, debe ser una bebida digna de los *Dioses del Olimpo*, mas bien que de simples mortales!...

—Vamos á juzgarlo, monseñor...

—Consiento en ello, pero con una condicion...

—¿Cuál?...

—Que hemos de brindar con ese vino por la salud de vuestra encantadora sobrina, mi amable vecina, la señorita Angela de Thiphaine...

—¡Ah! monseñor, con mucho gusto!..

El temblor convulsivo de la jóven se aumentó. La desgraciada temia no haber sido comprendida. En la turbacion de sus pensamientos no adivinaba que Mr. de Courtenay afectaba una gran libertad de espíritu para no infundir desconfianza en los tres cómplices.

Mr. de Pessac hizo una señal á su criado, el cual se acercó.

—Vas, le dijo, á bajar á la bodega, toma la llave, cogerás la única botella que se encuentra en el tercer departamento, á mano derecha... la traerás con santo respeto, y sobre todo procura no menearla en el camino.

—Sí, señor conde, respondió el criado, y salió.

—Mientras llega el néctar deseado, exclamó el príncipe, soy de parecer, querido huésped, que acabemos estas botellas que, por no provenir de las bodegas de un gran ministro, el Richelieu de la España, no tienen tanto mérito...

Y juntando la accion á las palabras, Juan de Courtenay llenó el vaso de Mr. de Pessac. Jacomé y Combons se echaron ellos mismos de beber. Tres veces se llenaron los vasos y otras tantas se vaciaron. La cabeza del conde y la de sus compañeros se iba poniendo cada vez mas pesada; no estaban borrachos, pero empezaban á encontrarse muy aturridos para ser vigilantes observadores. El criado volvió á aparecer trayendo la preciosa botella cubierta de telas de araña. La puso delante de su amo que la destapó con cuidado.

—Otros vasos, dijo Mr. de Pessac al criado.

El conde se echó algunas gotas en la copa como para juzgar de la transparencia y limpieza del vino.

—¡Admirable!... exclamó el príncipe.

Mr. de Pessac llenó todos los vasos excepto el de la jóven.

—¿Olvidais á la señorita de Thiphaine?... preguntó Juan de Courtenay.

—Mi sobrina no bebe nunca vino, respondió el conde.

El príncipe no insistió.

—Señores, dijo elevando su copa: ¡vergüenza al que deje una sola gota de este vino en el fondo del vaso!...

Y en seguida añadió:

—¡Brindo por la señorita de Thiphaine!...

Hubo un segundo de silencio. Despues los vasos vacios se colocaron sobre la mesa. La palidez de la jóven habia súbitamente desaparecido, una especie de sonrisa entreabría sus lábios.

—¡Y bien! monseñor, preguntó el conde, ¿qué os parece?

—¿Quereis que os hable francamente? dijo en seguida.

—¡Sí, por Dios!

—Pero, ¿lo que se llama francamente?...

—No solo lo quiero, sino que os lo suplico...

—¿No quedareis despues enojado conmigo?

—¡Ah! ¡monseñor!...

—¡Y bien! este vino de Jeréz no me agrada...

—¿No os agrada?

—No.

—¿Y por qué?

—Tiene grandes é incontestables cualidades, es aromático; pero ha tomado en la botella un mal gusto, que no acabo de comprender... una especie de amargor inexplicable... ¿No sois de mi parecer, señor conde?...

—¡Y bien! francamente, sí, respondió Mr. de Pessac, lo que acabais de decirme, monseñor, lo he notado... Pero yo que soy un pobre hidalgo sin fortuna y que no estoy acostumbrado como vos á los vinos de España, creia engañarme...

—No, no... habeis juzgado bien, señor conde...

—Entonces, monseñor, no me atrevo á proponeros que repitais...

—En efecto, no quiero mas...

—¿Y vos, señores? preguntó Mr. de Pessac á Jacomé y á Combons.

Los dos se dejaron llenar los vasos, diciendo:

—En cuanto á nosotros, no le bebemos todos los dias lo mismo, y de buena gana vaciaremos la botella...

En este momento, la señorita de Thiphaine dejó caer su pañuelo.

Juan de Courtenay se bajó rápidamente para recogerle.

—Decid que teneis sueño, y retiráos... murmuró Angela á su oido.

—Señor conde, dijo al cabo de un instante, la jornada nos debe haber fatigado á todos, y la noche está ya muy avanzada... Siento por otra parte que mi cabeza está muy pesada, y mis ojos se cierran á pesar mio... ¡Hemos bebido tanto en vuestra excelente cena!... Tengo como plomo en la cabeza y en los párpados. Con vuestro permiso me retiro...

—Monseñor, replicó el conde, quiero tener el honor de acompañaros hasta vuestro aposento...— Bárbara, ¿el lecho de monseñor se ha calentado?...

—Sí, señor conde.

Mr. de Pessac tomó de encima de la mesa uno de los candelabros, y se preparó á alumbrar á Juan de Courtenay.

El príncipe se inclinó profundamente ante la señorita de Thiphaine, respondió apenas con un movimiento de cabeza á los exagerados saludos de Combons y de Jacomé, y siguió á Mr. de Pessac. Angela de Thiphaine abandonó la sala al mismo tiempo que ellos.

—¡Cómo nos desprecia!... murmuró el usurero al oído del falso monedero: ¡dentro de poco será menos orgulloso!...

—¡Paciencia!... ¡paciencia!... respondió el otro bandido.

—Dentro de un cuarto de hora dormirá... replicó Jacomé.

—Un cuarto de hora, ¡vamos, pues! dijo Combons, á los cinco minutos... ¡dormirá profundamente!...

Entretanto el conde habia llegado con su huésped á la puerta de la cámara roja. El conde abrió la puerta. Todo estaba en buen orden, la vieja sirvienta habia echado mas fuego en la chimenea, como si se hubiesen hallado en las mas fuertes heladas de febrero: el lecho, descubierto y calentado, exhalaba un olor perfumado. Mr. de Pessac colocó el candelabro sobre la chimenea.

—Monseñor, dijo inclinándose, ¡estais en vuestro cuarto, que paseis buena noche!...

—No puede menos de ser buena bajo el techo de un huésped leal... balbuceó el príncipe, como si hubiese sucumbido á la pesadez del sueño.

El conde se retiró despues de haber saludado de nuevo. Apenas el ruido de sus pasos dejó de oirse en la escalera, Mr. de Courtenay corrió á la puerta y la examinó. —Sus presentimientos no le habian engañado. Durante la cena, la llave habia sido quitada de la cerradura, y los dos pequeños cerrojos habian desaparecido.

—Vamos, murmuró Mr. de Courtenay con un gesto de sublime desprecio, ¡si uno no creyese en Dios, semejantes hombres le harian creer en el demonio!...

XIV.

EL ANGEL SALVADOR.

Juan de Courtenay, usando de su fuerza prodigiosa, arrastró contra la puerta un pesado baul de encina, de modo que hubiera sido imposible entrar en el aposento sin volcar aquel baul, admitiendo como cierta la no existencia de cualquiera otra salida

misteriosa. El príncipe volvió en seguida cerca de la chimenea, y, echando una mirada sobre sus inútiles pistolas, sacó su cuchillo de monte, que colocó al alcance de su mano.

—Esta es buena arma... pensó, ¿pero de qué me servirá?... ¡podré yo solo defender mi vida contra esos miserables que van á matarme de lejos, á tiro de escopeta, como á un jabali acosado en su cubil!... ¡y, al menos el jabali puede victorioso hacerse calle por medio de sus enemigos ensangrentados y vender cara su vida!... ¡pero, yo, nada! ¡nada!... ¡imposible!... ¡Es preciso esperar y morir, al menos que Dios no me envíe un socorro, al menos que Dios no me envíe un ángel!...

La última palabra que acababa de formular en su pensamiento hizo estremecer al príncipe.

—¡Angela!... repitió, esa jóven, ¡un ángel también, queria salvarme!... ¿lo ensayará; lo intentará... pero qué podrá? sola, en medio de esos asesinos... nada puede como yo...

Juan de Courtenay se dejó caer en el gran sillón el ojo vigilante, el oído atento, esperó que un ruido, un movimiento cualquiera, viniesen á anunciarle que se acercaba su última hora. Su mirada se encontró de nuevo con el antiguo retrato del caballero de que ya hemos hablado.

—¡Ah!... murmuró, hidalgo del pasado tiempo... guerrero de feroz semblante... tú que has combatido, tú que has muerto quizá por el rey que servias, llevando á lo mas encarnizado de la pelea la cimera blasonada de tu casco de acero, no te estremeces en tu tumba de vergüenza y de cólera al ver ¡lo que son hoy día los que llevan tu nombre!... ¡Viejo soldado de noble raza, tus hijos son asesinos y ladrones, y de tu deshonorada mansion han hecho una guarida de bandidos!... ¡Héroe de los antiguos tiempos, yo te invoco!... ¡Desciende de ese cuadro en que duermes, y ven á proteger al huésped de tu casa contra tu infame descendiente!...

Apenas el príncipe habia así pensado, cuando un sudor frio corrió por su frente, sus cabellos se erizaron, le pareció que ese soplo de que habla la escritura, pasaba por delante de su rostro.—Sus ojos parecian salirse de sus órbitas, y medio levantado, apoyando su mano derecha en uno de los brazos del sillón y volviéndose hácia atrás, se sintió dominado por un indecible espanto. ¡El orden natural de las cosas se trastornaba para él! ¡Entraba despierto en la region de las visisnes fantásticas! ¡Las palabras que solo su alma acababa de pronunciar

habian sido oídas!... ¡El caballero pintado siglos hacia salia de su cuadro y avanzaba hacia él!... Así, pues, ¡la tumba, el sepulcro dejaba su presa! ¡la madera se convertia en carne!... ¡un milagro se verificaba! Juan de Courtenay era valiente, como un francés, como un hidalgo, como un príncipe. Pero era supersticioso.—¿Quién no lo era en aquella época?—En aquel momento hubiera preferido ver dirigidos contra él los cañones de las pistolas del conde y sus cómplices, antes que verse frente á frente con aquella vision del otro mundo. El príncipe, á su pesar, cerró los ojos. Cuando los volvió á abrir al cabo de un segundo, el viejo señor habia desaparecido, y en su lugar en una especie de abertura grande y negra, aparecia la figura pálida y sublime, y el talle flexible de la señorita de Thiphaine con una linterna sorda en su mano izquierda. Juan de Courtenay lo comprendió todo. El retrato habia girado sobre goznes invisibles, descubriendo un pasillo desconocido. ¡El ángel habia venido en su ayuda!... El príncipe iba á hablar. La jóven apoyó sobre sus labios un dedo encargándole que guardase silencio, y le hizo seña de que se acercase. Colocó su cuchillo de monte en el cinto y obedeció.

—Venid, le dijo Angela con voz baja y entrecortada; venid, monseñor, yo os salvo.

Al mismo tiempo se hizo atrás para dejarle paso. El príncipe se lanzó y se reunió á ella. La jóven tocó un resorte y el retrato volvió á ocupar su puesto. Juan de Courtenay y la jóven se encontraban en este momento en una especie de corredor muy estrecho practicado en el interior de la espesa pared. Angela pasóla primera y dijo:

—¡Huyamos... pronto!...

Pero casi al mismo tiempo añadió:

—Escuchad...

El príncipe prestó atención. Se oía distintamente menear la puerta del aposento que acababa de abandonar.

—Ellos son, murmuró Angela, un minuto mas y hubiera sido tarde.

Y echó á correr seguida del príncipe.

Apenas habian andado unos treinta pasos, cuando un ruido sordo y prolongado, parecido al estruendo de un trueno lejano, llegó á sus oídos. Evidentemente la puerta acababa de ser derribada, y era la caída del pesado baul la que producía el ruido. El príncipe se detuvo.

—¿Conocen ellos este pasadizo? preguntó con voz conmovida.

—No, monseñor... Marchemos sin temor porque estais fuera de peligro.

Durante mas de un cuarto de hora, el

príncipe y su compañera cruzaron muchas puertas, bajaron interminables escaleras, y pasaron bajo bóvedas húmedas y sombrías. En fin, la jóven llegó á una especie de pequeña poterna situada cerca del bosque, al otro lado del estanque, á un cuarto de legua del palacio.

—Monseñor, dijo entonces la señorita de Thiphaine, ha cesado todo peligro para vos.. Vuestra quinta de Sussy está hacia este lado; adios, monseñor...

—¿Qué, señorita!... exclamó el príncipe, ¡así quereis abandonarme!...

—No teneis ya necesidad de mi, monseñor...

—Pero, ¿á dónde vais?...

—Vuelvo al palacio...

—¡En medio de esos miserables!...

—Es preciso.

—Pero ¡si descubren que vos me habeis salvado os matarán!...

—Dios me protegerá quizá, monseñor...

—¡Yo no puedo consentir dejaros volver á esa cueva de crimen y de infamia!...

—¿Y qué quereis que haga, monseñor? no tengo asilo ninguno...

—En el nombre del cielo, en nombre de vuestra madre, señorita, no rechaceis la humilde súplica de aquel que os lo debe todo...

—Hablad, monseñor, ¿qué quereis de mí?

—Consentid en acompañarme, señorita!... Amparáos bajo la leal proteccion de un hidalgo que jamás ha faltado á la confianza que en él se ha puesto...

—Yo no puedo... no debo hacerlo, monseñor...

—Señorita, prosiguió el príncipe, la superiora del convento de Agustinas, en Bourges... es parienta mia... desde mañana por la mañana, si lo quereis, tendré el honor de ponerlos en las manos de tan buena y santa mujer... y será muy dichosa con poder ofrecerlos un asilo digno de vos...

—Acepto, entonces, monseñor, respondió cándidamente la señorita de Thiphaine, acepto y os doy las gracias con el fondo de mi corazón...

—De aquí á mi quinta de Sussy, replicó Juan de Courtenay, hay cerca de tres leguas... ¿podreis marchar hasta allí?

—¡Oh! ¡monseñor, soy fuerte y tengo valor... llegaré sin trabajo...

—Pensad que corremos el riesgo de ser perseguidos.

—No lo creo, monseñor... y además, internándonos en los bosques nos será fácil

escapar á toda pesquisa... Esperad... mirad allá abajo...

Desde el punto un poco elevado en que se encontraban el príncipe y la jóven, se distinguía el palacio y sus alrededores iluminados por la luna. Por esta parte llamaba Angela la atención del príncipe. Miró y vió, no lejos del pasadizo, al conde de Pessac y los dos bandidos, buscando alguna huella sobre la tierra, debajo de la ventana del gabinete, porque por esta ventana suponían que el príncipe había debido escaparse.

—Bien veis, replicó la jóven, que tenemos una ventaja considerable, y que además no nos buscarán por aquí... Cuando queráis, monseñor, nos pondremos en camino.

—Al punto, señorita.

Los dos, en efecto, se dirigieron hácia el camino que conducía de La Chatre á Sussy, y que pasaba por medio de los bosques.

No tardaron en hallarle, y aceleraron el paso lo mas posible. Pero la señorita de Thiphaine había hecho alarde de su fuerza suponiendo que llegaría sin trabajo á la quinta de Sussy.—Las emociones de la noche precedente la habían estenuado. Poco á poco sus vacilantes pasos llegaron á ser inciertos y desiguales.—Tuvo que colgarse por decirlo así, al brazo del príncipe para no caer. En fin, la fuerza la abandonó del todo. Faltaba todavía una media legua, y empezaba á amanecer. Juan de Courtenay la tomó en sus brazos, y llegó á la quinta con tan preciosa carga. Angela fué entregada á las mujeres, que la desnudaron y la acostaron en seguida. Casi al mismo tiempo se declaró una fiebre ardiente acompañada de delirio.

XV.

UNA QUEJA CRIMINAL.

Debemos á nuestros lectores una esplicacion casi inútil, y á la cual superaría fácilmente su inteligencia, pero en fin, la debemos y vamos á darla en algunas líneas. La pieza, en la cual el conde de Pessac había introducido á sus dos cómplices á su llegada al palacio, era una especie de pequeño gabinete sombrío y sin salida, en el cual raras veces se entraba, y que se hallaba bajo el aposento de Angela de Thiphaine. Por una particularidad digna de notarse, pero que se halla con frecuencia en las construcciones antiguas, un conducto acústico trasmitía con una admirable claridad al

piso superior el sonido de todas las palabras pronunciadas en aquel gabinete. La jóven oyó, pues, sin perder una sola palabra y con un indecible terror todos los detalles del abominable complot tramado por su tío y los dos bandidos Jacomé y Combons. El detalle relativo al vino de España, que debía contener un poderoso narcótico, la aterró sobremanera.

Pronto tomó su partido. Resolvió salvar, á costa de su propia vida, al príncipe de Courtenay.

Pero, ¿cómo?

—¡Dios me inspirará!... pensó.

Angela de Thiphaine, encerrada desde su infancia en el palacio de Pessac, donde pasaba la vida mas triste y solitaria, había registrado mil veces todos los rincones de esta antigua morada. Un dia, tenia entonces diez ó doce años á lo mas, la casualidad, ese gran génio de los destinos humanos, la hizo descubrir en las ruinas de la parte abandonada del palacio la salida de un pasadizo ignorado de todo el mundo. Con una audacia singular, Angela se aventuró en este camino misterioso, y no tardó en convencerse, no sin sorpresa, que estrechas salidas y corredores existían en el espesor de todas las paredes, y que ciertas piezas, entre otras la cámara roja, comunicaban con esos corredores por puertas móviles ó por escotillones, cuyo secreto no se le escapó. Uno de los caracteres distintivos del natural serio y un poco concentrado de la señorita de Thiphaine, era una gran discrecion y una reserva muy rara á su edad. Guardó para sí su descubrimiento y á nadie dijo una palabra. ¡Cuanto no se alegró de su instintivo silencio la noche que, gracias al secreto conocido solo de ella, comprendió que iba á salvar al príncipe de Courtenay!

—Dios me inspirará, había dicho.

Dios la inspiró en efecto para ir á encontrar al príncipe á la cámara roja, valiéndose de la misteriosa entrada, y ponerle al corriente revelándole lo que pasaba. Pero ya era muy tarde. En el momento en que iba á salir del aposento, para llevar á cabo su resolucion, Mr. de Pessac vino á buscarla y la dió orden de bajar al instante, para presidir los preparativos de la cena. Angela no tuvo tiempo mas que para ocultar á su tío la emocion que la dominaba. Era preciso obedecer, porque el conde era un amo cruel para su sobrina, y solo delante de los estranos la trataba con una aparente benevolencia. Angela se prometió aprovechar la primera ocasion para advertir al príncipe

el peligro que corria. Ya hemos visto de qué manera llevó á cabo su resolucion.

§.

La fiebre ardiente que se ñabia apoderado del destrozado cuerpo de la señorita de Thiphaine, el delirio que turbaba su trastornada imaginacion, duraron tres dias. Durante estos tres dias, Juan de Courtenay sufrió mas que la jóven. A cada hora, á cada minuto, se aumentaba su angustia y ansiedad. No penetraba en el cuarto de la enferma, pero noche y dia permanecia en la pieza contigua, á fin de poder preguntar á cada instante á las mujeres y á los médicos. No se acordaba haber sentido nunca emociones tan crueles y penetrantes. En fin, en la noche del tercero al cuarto dia, el delirio cedió, despues la fiebre. ¡Angela se habia salvado! Cuando el príncipe supo la noticia, corrió á la capilla del palacio, y allí, él que sin ser impio estaba lejos de ser piadoso, oró durante algunos instantes con un ardor que debió ser á Dios agradable. Pronto la jóven entró en la convalecencia. Al cabo de dos dias pudo vestirse y recibir á Juan de Courtenay, que no habia visto desde la noche en que tan milagrosamente le habia salvado. En esta entrevista, Angela le pidió dos cosas. Primera, que no tardase en conducirla, segun se lo habia prometido, al convento de las Agustinas. Y segunda, que abandonase todo proyecto de venganza que hubiese concebido, y no requerir judicialmente al conde de Pessac por la tentativa de robo y asesinato. El príncipe no deseaba otra cosa que dar gusto en todo á la señorita de Thiphaine: la prometió todo lo que habia pedido, pero la hizo ver que estaba todavía muy débil para entrar en el convento.

La jóven se convenció de ello, y consintió de buena gana pasar todavía algunos dias en el palacio. Juan de Courtenay se puso loco de contento. ¡Entretanto llegó á Sussy la noticia mas estraña, la mas inaudita, la mas inverosímil! Se trataba de un acto de tan incomprensible demencia, que el príncipe no quiso darla crédito. Sin embargo, pronto fué imposible dudarla. El conde de Pessac acababa de depositar en manos de los señores del parlamento de Bourges una queja criminal contra el príncipe de Courtenay, acusado por él de raptó de menor. Esta queja quitaba la reputacion á la señorita de Thiphaine, porque el infame hidalgo aseguraba bajo juramento que su sobrina era querida de Mr. de Courtenay. Esta queja monstruosa, este acto de in-

solente audacia, se esplica fácilmente... El conde de Pessac, furioso por la huida del que queria asesinar, furioso por la pérdida de una gran suma que miraba ya como suya, furioso de lo que él llamaba la traicion de su sobrina, sabiendo que por otra parte no existia contra él ninguna prueba, pues el crimen, hasta entonces en proyecto, no habia llegado á realizarse, temió una denuncia del príncipe, y creyó prudente prevenirla por medio de una acusacion calumniosa. Pero en esto fué mas allá de lo que se proponia. Mr. de Courtenay habia jurado á la jóven no requerir judicialmente á su tio. El ataque insensato de ese último le libertaba de su juramento. Condujo á Angela á Bourges, y la entregó á la superiora del convento de Agustinas. Despues se presentó á los jueces y puso ante sus ojos los hechos que acabamos narrar. La verdad era evidente, palpable, luminosa. El conde de Pessac y sus dos cómplices fueron al instante puestos en prision. Se instruyó el proceso en todas sus formas, y aquellos miserables fueron condenados por unanimidad á la pena de muerte. Por la influencia de Mr. de Courtenay se le conmutó la pena al tio de Angela. Se le perdonó la vida, y con una suma que provenia de la liberaliad del príncipe, pudo pasar á América. En cuanto á Combons, el falso monedero, y á Jacomé, el usurero, fueron ahorcados, y obrando de esta manera, se hizo justicia!...

§.

Sin embargo, Angela de Thiphaine no quedaba por eso menos deshonrada, por las infames alegaciones del conde de Pessac. Sobre la reputacion de una jóven, ninguna mancha se lava, ni aun las que produce la calumnia mas desvergonzada. La pobre niña, víctima de su valeroso sacrificio, no tenia otro porvenir que consagrarse á Dios y tomar el velo en el convento de Agustinas, si no se presentaba un hombre honrado que viniese á lavarla de toda sospecha injuriosa, dándola su mano y su nombre. Este hombre honrado se presentó. Sí, se presentó... y fué el príncipe Juan de Courtenay. No hacia mas que pagar una deuda de reconocimiento, pero la pagaba con todo su corazon y con toda su alma, porque amaba en extremo á Angela, y desde que la habia visto por primera vez, sus ideas respecto al matrimonio habian cambiado. Angela por su parte, á pesar de la gran diferencia de edad, daba su vida con placer á aquel, para el cual habia sido un verdadero ángel de la

guarda. El matrimonio de Juan de Courtenay con la señorita de Thiphaine se celebró, en presencia de lo mas escogido de la nobleza de Berry, por monseñor el obispo de Bourges, en la capilla del palacio episcopal.

XVI.

LOS GITANOS.

El duque de B***, ese gran señor que, como sabemos, contaba para él y para los suyos con la herencia de Juan de Courtenay, su pariente, supo con disgusto el matrimonio de este último. Hizo sin embargo un esfuerzo, y, como era cortesano, y por nada en el mundo se separaba de las reglas de la etiqueta, respondió á la carta en que Juan de Courtenay se lo participaba, con otra, en la cual le daba la mas completa enhorabuena por su casamiento.

—Quizá no tendrá hijos... se decia, y entonces el mal no será tan grande.

Pero la esperanza del duque de B*** no debia realizarse. Despues de un año de la mas feliz union, Angela de Thiphaine, princesa de Courtenay, dió á luz un niño. Esto fué para su esposo una gran alegría, seguida casi al mismo tiempo de un inmenso dolor. Un gran acceso de leche seguido de una fiebre ardiente, arrebató á la jóven madre en pocos dias. Juan de Courtenay, inconsolable, juró no volverse á casar y no vivir mas que para su hijo, que recibió en el bautismo el nombre de Pedro, nombre histórico en la familia de los Courtenay. El príncipe cumplió su palabra. El destierro se le habia levantado, y podia volver á Paris y reaparecer en la córte. No quiso hacerlo, y prefirió permanecer en sus posesiones de Berry, á fin de allí poder consagrarse todo entero á la educacion de su hijo.

Tres años se pasaron. El niño crecia en gracias y hermosura. Tenia las facciones encantadoras y la dulce palidez de su madre. El príncipe Juan le idolatraba, y presagiaba que el antiguo árbol genealógico de los Courtenay iba á florecer mas hermoso que nunca en aquel nuevo vástago.

§

Un dia, una compañía de gitanos, de esos que recorren las provincias y viven del producto de estrañas industrias, tales como decir la buena-ventura, vender á los muchachos talismanes para hacerse amar de las jóvenes, y á las muchachas filtros para hacer fieles á sus novios, vino á establecer

su campamento en un claro del bosque de Sussy, á una pequeña distancia del palacio. Estos impíos habian pasado cerca de dos semanas á las puertas de Bourges, muy consultados por los maridos celosos y por los tímidos enamorados. Apenas habian instalado sus tiendas en el sitio que acabamos de indicar, cuando todos los criados del palacio y los leñadores de la arboleda se agolparon á su alrededor. Gentiles carboneras, doncellas coquetas y galantes lacayos les consultaron á su satisfaccion. Durante todo el dia, el campamento de los gitanos se vió lleno de numerosos visitantes. Un episodio, á la vez burlesco y dramático, interesó vivamente á los curiosos. La tribu errante se componia de diez y nueve personas, hombres, mujeres y niños. Sobrevino una disputa entre dos mujeres que se agarraron de los cabellos, despues de haberse injuriado en un vocabulario desconocido. Este grotesco pugilato pareció terminarse, al menos en apariencia, por una efusion de sangre. Los maridos de las combatientes intervinieron, y no habiendo podido quedar acordes, hicieron brillar las hojas de sus anchos cuchillos moriscos. Se les separó, no sin trabajo. Sin duda el hecho era grave, porque todo el resto de la tropa se erigió al punto en tribunal, para juzgar á los culpables y para castigar á aquellos á que se atribuyesen los primeros agravios. En seguida de este juicio, uno de los gitanos, su mujer y su hija, fueron solemnemente echados de la tribu con las estrañas ceremonias usadas en casos semejantes entre los bohemios.

La pareja, arrojada así en presencia de numerosos espectadores, se alejó llorando y se internó en la arboleda. La noche del mismo dia, el jóven Pedro de Courtenay desapareció. El niño habia sido robado de una de las salas del palacio, donde dormia, y cuya ventana habia quedado abierta. El príncipe, desesperado, puso en campaña los agentes mas hábiles, y prometió enormes sumas al que le diese noticias de su amado hijo. Todo fué inútil. Las huellas del niño y sus raptos habian desaparecido.—Ninguna noticia tuvo el príncipe sobre la suerte de su querido niño. La provincia entera se sublevó contra los gitanos, á quienes acusaba de tan abominable robo. Fueron arrestados y conducidos á Bourges. Allí protestaron su inocencia, aseguraron que los verdaderos culpables debian ser el hombre, la mujer y la niña, arrojados por ellos de la tribu delante de numerosos testigos, pero fué imposible encontrarles. No existiendo ninguna presuncion, hubo que poner

en libertad á la horda errante. Los gitanos estuvieron todavia cerca de dos meses en diversas partes de Berry, despues se dirigieron hacia el Mediodía de la Francia. Un año despues, un sacerdote de Bourges, que habia estado en Roma para la permuta de un beneficio, contó que en el campo habia visto y reconocido á los mismos gitanos que habian llamado la atencion general en Bourges. Añadió, y esto dió en qué pensar, que sus jefes actuales eran precisamente el hombre y la mujer que tan solemnemente habian sido arrojados, y acusados en seguida con tanta obstinacion.

Todo lo que habia pasado, no habia sido mas que una comedia concertada de antemano, una farsa para hacer recaer sobre dos las sospechas del rapto de que la tribu entera era culpable. Juan de Courtenay, instruido de esta particularidad, envió al punto gentes de confianza á Italia, á fin de buscar á los gitanos é interrogarlos de nuevo. Pero fué absolutamente imposible alcanzarlos, y la última esperanza del príncipe se desvaneció.

Herido por golpes tan sucesivos y violentos, y abrumado por la pena y el fastidio, se veia lentamente decaer, y se abandonaba á una sombría misantropía. Pensó en hacerse religioso, y legar todos sus bienes á un convento.—La noticia llegó á saberse en Paris.

Al poco tiempo llegó al palacio de Sussy el mismo duque de B*** en persona. Habia sabido, segun decia, muy tarde la última desgracia acaccida á su querido pariente... venia á prodigarle los consuelos de la mas tierna amistad, é iba á conducirle á Paris, donde al menos no le faltarian distracciones. El príncipe ni aun tuvo fuerzas para resistirse, y siguió al duque. Este último le volvió á instalar en su palacio de la calle de Payenne, tuvo cuidado de amueblarle la casa, y durante algun tiempo no le abandonó un momento. Los proyectos del duque de B*** eran sencillos. Quería inculcar de nuevo en el alma de su pariente los gustos y los instintos de su natural disoluto de otro tiempo.—Al fin lo consiguió. Juan de Courtenay, al principio, no buscaba en las orgías á que su pariente le hacia asistir mas que un momento de trégua y de olvido para sus penas y dolores. Pero bien pronto amó las orgías por lo que eran en sí.—Entonces se entregó á ellas todo entero, en cuerpo y alma, sin moderacion y sin pudor.

Todo lo olvidaba: se encontraba feliz. El duque de B*** se aplaudia por el completo éxito de su maquinacion infernal. En medio de esta alegría de futuro heredero,

vino á sorprenderle la muerte. Murió, dejando lleno de vida, si no de salud, aquel cuya herencia ambicionaba.

—¡Por mi fé, lo siento!... dijo Juan de Courtenay, á quien le dió la noticia, entre cómicas y botellas de vino de Champagne, ¡lo siento en verdad! el pobre duque era un buen pariente y un galante caballero!... ¡derramemos á su memoria una ó dos lágrimas... y bebamos!...

Esta fué su oracion fúnebre por el duque de B***, y, francamente, no merecia otra cosa. Algunos años se pasaron. El príncipe de Courtenay habia llegado por los excesos á la estenuacion mas absoluta. En su debilitado cuerpo no sobrevivía nada de aquel vigor reconquistado bajo las sombrías arboledas de Berry. En dos palabras, el viejo hidalgo era libertino por el pensamiento y por el deseo, sus pasiones sensuales estaban ocultas bajo la ceniza, pero sin arrojar una sola chispa, faltaba aceite á la lampara para alumbrar siquiera débilmente. Esto no impedia á Juan de Courtenay prodigar el oro á las mujeres de moda. Estas damas lo aceptaban, pero decian á voz en grito á quien queria oírlo, que robaban el dinero al príncipe, y que sus funciones cerca de él eran sencillas y de ningun trabajo... No sin razon insistimos en estos detalles, que quizá á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, parecerán completamente inútiles, por no decir mas. Es que son la llave de un enigma, el cual no sabemos, ó al menos no podemos resolver hasta mas tarde. En el momento en que vamos á ocuparnos de nuevo del viejo señor, hacia trece años, dia por dia, que la pobre Angela de Thiphaine, princesa de Courtenay, habia muerto.

XVII.

ZISKA.

Eran las dos. El príncipe habia pasado la noche precedente en una cena, ó mejor dicho, en una orgía: se habia acostado al amanecer, y despues de haberse levantado al medio dia, dormitaba en un ancho sillón al lado de la chimenea en la alcoba de su palacio de la calle de Payenne. Si algunos de sus vasallos de la tierra de Sussy hubieran podido ver á su señor en este momento, no le hubieran reconocido, tanto habia cambiado desde su salida de Berry. No era Juan de Courtenay, el vigoroso é intrévido cazador, haciendo retumbar las arboledas con sus victoriosos gritos. Era un viejo decrepito y melancólico, los ojos apa-

gados, los labios caídos, las mejillas pálidas, la frente cubierta de profundas arrugas, que desaparecían en parte á fuerza de cosméticos y aceites. German, el primer ayuda de cámara del príncipe, entró de puntillas sin haber sido llamado. Mr. de Courtenay, lo hemos dicho, no dormía, sino dormitaba. Al ligero ruido que hicieron los pasos del ayuda de cámara sobre la mullida alfombra, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Y bien! ¿qué es eso, German? ¿qué hay?

—Monseñor, respondió el ayuda de cámara, ahí están dos personas que solicitan el honor de ser introducidas delante de vos...

—Yo no recibo esta mañana... ¿No has respondido eso?

—Perdonad, monseñor...

—¿Y bien?

—Una de esas personas insiste y afirma que posee un secreto que interesa en alto grado á monseñor, y que importa que ese secreto le sea revelado sin tardanza...

—¿Un secreto dices, German?

—Sí, monseñor, un secreto de alta importancia...

—¿Y quiénes son esas personas?

—Una jóven de la mas perfecta belleza, vestida con un traje singular, y un niño... un muchacho...

—¿Y es bonita esa jóven?

—Admirable, monseñor.

Una chispa de lascivia iluminó las apagadas pupilas del viejo señor.

—Vamos, German, dijo, introduce á esa jóven... la belleza es el mejor de todos los salvo-conductos para llegar hasta mí...

El ayuda de cámara salió y al cabo de un instante volvió conduciendo á las dos personas.

Ese es monseñor el príncipe de Courtenay, señorita... dijo á media voz.

Después, como hombre discreto, se retiró. El príncipe se volvió y echó una mirada sobre la recién venida. Era una jóven de unos diez y ocho á veinte años todo lo mas y de una maravillosa pureza de formas. Su bronceada palidez, su grandes ojos negros, de un brillo extraordinario, y mas aun, lo extraño de su traje indicaban su origen oriental. Iba vestida como las tribus bohemias, pero con mas gusto y riqueza, y cintas de oro se entrelazaban con las trenzas de sus cabellos negros y brillantes de una prodigiosa largura. El niño que la acompañaba vestía sencillamente. Juan de Courtenay no fijó en él la atención. La jóven saludó al viejo al estilo

oriental, cruzando sus dos brazos sobre su pecho é inclinando dulcemente la cabeza. El príncipe la devolvió el saludo con esa cortesanía de que jamás se despojaba con las mujeres, cualesquiera que fuese.

—Señorita, la dijo en seguida, ¿qué deseais de mí, y qué puedo yo hacer por tan encantadora persona?...

—Nada, monseñor... respondió la gitana con una voz un poco gutural.

—¿Cómo nada? exclamó el príncipe.

—Para mí, vos no podeis nada, monseñor... y para vos, yo puedo mucho...

Una sonrisa de incredulidad burlona asomó á los labios de Juan de Courtenay.

—No os comprendo, señorita... dijo en seguida.

—¿Voy á esplicarme, monseñor, y cuando lo haya hecho, por todo lo que os queda de vida bendecireis el nombre de Ziska!...

—¿Sois vos Ziska, señorita?

—Sí, monseñor.

—Entonces, señorita Ziska, os escucho.

La jóven tomó por la mano al niño que la acompañaba, y le colocó á dos ó tres pasos del príncipe; después, haciendo de modo que la luz que entraba por dos anchas ventanas le diese de lleno en el rostro, añadió:

—Monseñor, mirad este niño...

El príncipe obedeció maquinalmente y echó sobre el muchacho una mirada al pronto vaga é incierta, después conmovida y profunda. En las facciones tan pálidas y tan dulces que se ofrecían á su vista, encontraba la viva imagen de la casta belleza de Angela de Thiphaine. Juan de Courtenay medio se levantó, y murmuró con voz ahogada:

—¿Ese niño!... ¿Quién es ese niño?...

—Vuestro hijo que os devuelvo, respondió Ziska con sencillez.

El príncipe se dejó caer de espaldas en el sillón, abatido por la emoción. Durante algunos segundos, no pudo pronunciar una palabra. En fin, recobró las fuerzas, una viva llama iluminó sus amortiguados ojos, un rayo de indesible alegría cruzó por su demacrado semblante, abrió los brazos como para estrechar á su hijo sobre su corazón, pero antes de acabar este movimiento se detuvo impulsado por una súbita desconfianza, y exclamó:

—¿La prueba!... ¿teneis una prueba de lo que decís?...

—Tengo mas de una, monseñor...

—¿Hablad!... ¡hablad!...

—Este niño os fué robado, hace nueve

años, en la provincia de Berry, y cerca de vuestra quinta de Sussy...

—Es verdad... ¿quienes fueron los raptos?

—Mi padre y mi madre, monseñor... ¡y se han arrepentido en su lecho de muerte!...

—Pero, ¿qué les había movido á ese abominable crimen?...

—El interés...

—¿Cómo así?...

—Uno de vuestros parientes, que quería heredar toda vuestra fortuna, les había dado una suma considerable para que hiciesen desaparecer vuestro hijo...

—¿Y ese pariente quién era?...

—El duque de B***

—¿Es posible?...

—No solo posible, sino cierto, y tambien tengo de eso la prueba, monseñor...

—Veamos esas pruebas...

—¡Por de pronto, aqui teneis el testimonio unánime de toda mi tribu!... ¡Aqui teneis un acto auténtico é irrecusable, redactado en Venecia por un miembro del *consejo de los Diez*, dos *procuradores de San Marco*, dos *representantes de las garantías civiles y criminales* y el *canciller de la serenísima república*, enviados al lecho de muerte de mis padros, como testigos para recibir su declaracion!... Este acto fué duplicado, y os presento, monseñor, una copia certificada... Aqui teneis, en fin, dos cartas escritas á mi padre por vuestro pariente el duque de B*** cartas en las cuales le da órdenes relativas al rapto de vuestro hijo... ¡Leed, monseñor, examinad, juzgad, y en seguida, si podeis, dudadlo todavía! ..

Así habló Ziska. En efecto, era imposible dudar. Juan de Courtenay pudo estrechar contra su corazon y cubrir de besos y lágrimas de alegría al hijo que tanto había llorado, al hijo que Dios le volvía, sirviéndose de la jóven gitana como de un dócil instrumento.

¡Pedro de Courtenay, el niño robado por los gitanos, acababa de encontrar un padre, un nombre, una alta posición social, una inmensa fortuna! Cualquiera hubiera dicho que aquel niño había nacido bajo una estrella benévola y protectora. ¡Mas ay!... muy al contrario. El príncipe quiso recompensar á Ziska. La jóven no aceptó nada, abrazó á Pedro llorando, porque le amaba como una hermana; despues volvió á reunirse á su tribu nómada. Juan de Courtenay pareció haber recobrado para su hijo toda la afecion de otras veces, y durante algun tiempo, la presencia de aquel hijo querido en el palacio hizo un gran cambio en las

desordenadas costumbres del amo de la casa. Desgraciadamente la gangrena, introducida por el duque de B*** en el alma del príncipe, era de aquellas que no pueden curarse, sobre todo en un viejo.

Poco á poco Juan de Courtenay volvió á los desórdenes y á sus depravadas costumbres. Al mismo tiempo que la marea siempre creciente de la lepra moral se apoderaba de él, su cariño paternal se convertía en una indiferencia cada vez mas completa. Bien pronto Pedro no ocupó ningun sitio en la vida y en el pensamiento de su padre que casi nunca le veía. No es decir que el jóven careciese de nada; al contrario. Estaba rodeado de numerosos criados, y profesores de todas clases no omitian nada para que su educacion fuese tan completa como brillante. Pedro, al entrar en la adolescencia, era un hombre completo. Todo el mundo se apercibia de ello, escepto su padre, y nada había en el mundo mas doloroso para el jóven que la frialdad que le demostraba el príncipe. Durante los tres últimos años de la vida de este, el padre y el hijo, aunque vivian en el mismo palacio, no se hablaron treinta veces. Es verdad que durante meses enteros, Juan de Courtenay no aparecía en la calle de Payenne mas que raras veces. En fin, el príncipe murió. Se creyó encontrar, no una gran opulencia, pero sí una buena fortuna.—Los que tal creían se engañaron. Como ya lo hemos sabido por una conversacion del marqués de Louvis y del conde de La Chatre, las posesiones habían sido vendidas misteriosamente, el palacio estaba cargado de hipotecas que absorbían su valor, y aun mas: no quedaba á Pedro de Courtenay mas que algunos muebles, sus efectos personales, tres caballos, libros, y algunas joyas de valor. El jóven príncipe lo vendió todo, y, armándose de un valor estóico, resolvió vivir con los restos de aquella pasada opulencia. Ni una queja, ni una palabra se escaparon de sus labios; solo una profunda melancolía que parecía incurable se apoderó de él y no le abandonó nunca.

TERCERA PARTE.

LOS AMORES DE UNA ROSA.

I.

MARCELO.

Nuestros lectores se acordarán sin duda que hemos dejado á Juanita Lollier anegada en lágrimas en el pequeño tocador de su departamento de la calle de Saint-Honoré. Po-

co á poco, sin embargo, dijimos al final de uno de los primeros capitulos de la segunda parte de este libro, se fué calmando esta dolorosa emocion, á fuerza de ser violenta. Las lágrimas fueron mas raras, y corrieron una á una, líquidas perlas, sobre el animado raso de sus mejillas. Los latidos de su pecho levantaron menos impetuosamente su hermoso seno. En fin, á manera que despues de una tempestad, una parte del azulado cielo aparece á traves de las desgarradas nubes, y promete la vuelta del buen tiempo, del mismo modo un rayo escapado de las anegadas pupilas de Juanita anunció que pronto la calma renaceria en su alma. ¿De dónde provenia esta crisis de desesperacion? ¿Cómo era que Juanita, dueña de sí misma mientras los señores de Louvois y de La Chatre habian hablado del jóven á quien amaba, mas sin pronunciar su nombre, habia sido atacada de una emocion tan poderosa al oír que el desconocido se llamaba Pedro de Courtenay? ¿Qué misteriosa influencia podia ejercer el nombre de Courtenay sobre Juanita la ramilletera? Eso es lo que ignoramos al presente, pero que quizá mas tarde lo sabremos. Es lo cierto que poco á poco el violento dolor de Juanita degeneró en una meditacion que á pesar de ser un poco triste no carecia por eso de dulzura. Esta meditacion fué bruscamente interrumpida de una manera tan inesperada, que la jóven lanzó un grito. Era que un guapo muchacho que habia entrado furtivamente en el tocador y que se habia acercado á Juanita, sin que esta lo notase, acababa de depositar un beso sobre su blanca y delicada mano. Juanita, tan irritada como sorprendida, se volvió rápidamente. Pero una tierna sonrisa reemplazó al punto á la admiracion impaciente, y tendió la mano al temerario, que no era otro que su hermano Marcelo, aquel que tanto se asemejaba á ella, que vestidos del mismo modo se hubiera podido tomar al uno por el otro. Hemos dicho que Marcelo estaba en casa de Mr. Panckouke, el editor de la *Enciclopedia*. Allí veia con frecuencia á los literatos de la época, y con su continuo trato habia tomado unas maneras tan finas y agradables, que parecia mas bien un jóven de la aristocracia que un simple cajista. Además, su inteligencia naturalmente desarrollada, se habia formado por las conversaciones de una instruida sociedad y la continua lectura de los clásicos. De todos los hijos de Andrés Lollier y María-Juana, Marcelo y Juanita eran los que estaban unidos por los lazos de la mas tierna afeccion.

—¡Debieron nacer mellizos! exclamaba

algunas veces la madre Lollier; ¡se aman tanto y son tan parecidos!...

—Mi buen Marcelo, dijo Juanita sonriendo, ¿sabes que me has asustado?...

—Yo, querida hermana, ¿y por qué?

—¡Vaya!... ese beso...

—¡Un beso no tiene nada que asuste!

—Convengo en ello, pero no sabia que fueses tú...

—Debias saberlo...

—Dios mio, no... al contrario...

—¡Al contrario!

—Sí.

—¿Y por qué?

—Los hermanos no acostumbran á besar la mano á sus hermanas... guardan esa galantería para sus novias...

—¡Nunca tendré una novia que tenga una mano tan bonita como la de mi hermana Juanita...

—¡Adu'ador!

—¡Ah! ¡bien lo sabes tú!

—¿Yo? ¡no tal!

—Vamos, vamos, Juanita, no seas modesta como la violeta... una flor encantadora, convengo en ello, pero menos humilde que se cree, porque, aunque procura ocultarse, descubre su presencia por medio de su perfume...

—¿Y tú crees que yo me parezco á ella? dijo la jóven riendo.

—Sin duda, respondió Marcelo en el mismo tono, escepto que tú no te ocultas...

—Eso me seria difícil.

—¡Yo lo creo!... Figúrate, querida hermana, que si tú desaparecieses de repente, habria un verdadero tumulto en Paris...

—¿Por mí?

—¡Sí, por tí!

—¿Te burlas?

—De ningun modo.—No se ocupan mas que de tí, no piensan mas que en tí, no se habla mas que de tí, hasta los enciclopedistas...

—¿Van, por ventura, á imprimirme viva? preguntó Juanita con una sonrisa.

—¡Pardiez, no diria que no! Figúrate que esta mañana he asistido á un debate el mas original respecto á tí...

—¡Ah! ¿es cierto? ¿y en dónde?

—En casa de Mr. Diderot, respondió Marcelo con un indecible sentimiento de orgullo, Mr. Diderot, el grande hombre, el ilustre escritor, el inmortal autor de las *Joyas indiscretas*, de *Jaime el fatalista*, y de otras muchas obras...

—¡Ah! ¿tú vas á casa de Mr. Diderot?

—Sin duda; me recibe con la mayor bondad, aunque ignora que soy tu hermano, lo cual seria un título...

—¿Y despues?...

—Le llevaba la copia que habia pedido para una correccion... habia en su salon una porcion de literatos y grandes señores... El conde de Lauraguais... le conoces?

—¡Demasiado! me ha perseguido con sus enfadosas é insoportables adulaciones durante quince dias...

—¡Ah!... ¡ah!... ¡lo que me dices no me admira!

—¿Por qué?

—Pronto lo verás.—Prosigo:—estaban además el duque de Nivernais, Mr. de Marmontél, el baron de Holbach... ¿los conoces?

—A casi todos.

—Y en fin, prosiguió Marcelo con entusiasmo, el bello, el encantador, el excelente príncipe de Courtenay, un jóven á quien amo con toda mi alma, y por quien verteria toda mi sangre!... ¿le conoces tambien? Juanita apoyó la mano sobre su corozon para comprimir sus impetuosos latidos. Despues de uno ó dos segundos de silencio, balbuceó con voz temblorosa:

—Sí... sí... tambien le conozeo... continúa...

Marcelo no se hizo de rogar.

—Cuando llegué, dijo, se hablaba de Juanita, de *Juanita la bella ramilletera*, de Juanita, *La Perla del Palacio Real*...—Los amigos de Mr. Diderot me toman por el *mono* de nuestra imprenta, y continuaron delante de mí la conversacion empezada...—Era el conde de Lauraguais el que hablaba, y debo confesarlo, te atacaba con mas malicia que talento.—«Por quien soy, señores, decia, no creo en la virtud de Juanita la ramilletera; es demasiado bonita para ser honrada, ha tenido amantes, los tiene y los tendra, todos lo dicen y lo creen, y yo hago lo que todo el mundo...

—¿Qué horror! exclamó Juanita, ¡un hidalgo calumniando á una pobre muchacha porque no ha querido escucharle!... ¡ah!... ¡qué maldad!... ¡qué infamia!

—¡Aguarda!... ¡aguarda!... replicó Marcelo, vas á ver... Mr. de Lauraguais, durante algunos minutos, continuó en este sentido, yo estaba en áscuas, sufría horriblemente, iba á descubrir mi incógnito, á tomar tu defensa y dar una leccion á un villano conde... pero felizmente no tuve necesidad de ello...

II.

UN DEFENSOR.

—Pues ¿qué sucedió? balbuceó Juanita, que, jadeando, respirando apenas, escuchaba este relato con un interés y una ansiedad fáciles de comprender.

—¿Qué sucedió? escucha:—Apenas el conde de Lauraguais habia concluido de hablar, cuando el príncipe de Courtenay, ese admirable jóven, se levantó.—Estaba pálido, mas pálido que de costumbre, y sus grandes ojos negros, casi tan hermosos como los tuyos, brillaban extraordinariamente.

«—No, señor conde, exclamó, nadie dice, nadie cree que Juanita tiene amantes, porque, por malo que sea el mundo, no calumnia á la virtud mas pura!... ¡Cómo podeis vos, sin avergonzaros, repetir los cuentos odiosos inventados por algunos libertinos desocupados, que sin duda se vengán así de los desdenes de Juanita!... ¡Dejadles ese triste pasatiempo, caballero: porque es indigno de vos y de todo hombre honrado!... —¡Juanita es tan honrada como hermosa, yo lo digo, lo sostengo, y lo sostendré contra todo el mundo!...»

—¡El ha dicho eso!... ¡él lo ha dicho!... murmuró Juanita levantando los ojos al cielo con una sublime espresion de alegría.—¡Oh! ¡noble corazon! ¡noble corazon!

—He retenido su discurso palabra por palabra, replicó Marcelo, y no creo olvidar una letra repitiéndotele... ¡El bueno del príncipe!... ¡ah! ¡de buena gana le hubiera abrazado, te lo juro!

—¿Y el conde de Lauraguais qué ha respondido?

—Su villana figura tomó una espresion de sarcasmo é ironia: se sonrió maliciosamente y dijo:

«—¿Es decir, querido príncipe, que os convertís en defensor de la señorita Juanita?

»—Sí, caballero, ha respondido el príncipe.

»—¿Una ramilletera!

»—¿Una ramilletera vale mas que una duquesa, cuando la ramilletera es honrada, y la duquesa no!...

»—Así, D. Quijote de nuevo cuño, ¿vais á romper lanzas por esa plebeya virtud?...

»—¡Estoy al menos dispuesto á medir mi espada con las de todos aquellos que la atacuen!...

»—¡Os incomodais, príncipe, tanto peor!

»—¡Yo no me enfado, caballero, me indigno!

»—Es lo mismo.

»—No hay tal.

»—Pero esa virtud que defendeis, probadla.

»—No hay cosa mas fácil.

»—¿De veras? ¡Y bien! os escucho.

»—¿No deciais, señor conde, hace poco, que todo el mundo en Paris hablaba de los amores de Juanita?...

»—Lo he dicho y lo repito.

»—¡Y bien! apurad un poco mas.—Esos amantes deben ser conocidos: ¿quiénes son?... ¿cómo se llaman?

»—Mr. de Lauraguais bajó la cabeza, y, despues de un momento de meditacion respondió:

»—No se nombra á nadie... pero el rumor público, *la voz del pueblo*...

»El príncipe de Courtenay interrumpió al conde.

»—Basta, caballero, dijo en tono áspero, estais vencido, y vencido con vuestras propias armas.—Si Juanita tuviese un amante, todo Paris sabria el nombre del dichoso: pero hasta el presente, creedme, ¡nadie le conoce!...

Despues el príncipe se volvió hácia los circunstantes y añadió:

«—¿Señores... tengo razon? Vosotros sois jueces imparciales al mismo tiempo que esclarecidos; á vuestro fallo me someto...

»—¡Sí, príncipe, mil veces razon!—esclamaron el baron de Holbach, el duque de Nivernais y Mr. de Marmontel.

Mr. Diderot no respondió nada, pero tomó la mano del príncipe y se la apretó...

Lo cual queria decir mucho, ¿no es verdad, querida hermana?

Esta pregunta de Marcelo no tuvo respuesta. Juanita lloraba. Pero, ¡cuán dulces eran aquellas lágrimas! ¡Cual salian de su corazon lleno una ardiente alegría!... Al ver la sonrisa que brillaba en el hermoso semblante de su querida hermana, Marcelo comprendió que á pesar de sus lágrimas no tenia necesidad de consuelo y prosiguió:

En cuanto á Mr. de Lauraguais, avergonzado y confuso de su derrota y de la ruda leccion que acababa de recibir, no pronunció una palabra mas y no tardó en retirarse. Así que hubo salido, el príncipe recibió unánimes felicitaciones por su conducta generosa y caballeresca.

«—¡Querido príncipe! exclamó Mr. Diderot, ¡os ha llamado en tono de burla don Quijote!—¡Qué elogio!...

—D. Quijote era un loco, es verdad, ¡pero qué noble y generosa locura la suya, y cuánto mas valia aquella locura que la fria razon de nuestro siglo!...

—¿Y qué respondió Mr. de Courtenay á todo eso? preguntó Juanita.

—No sé lo que responderia.

—¿Cómo?

—No, en verdad.—Mr. Diderot que hasta entonces no habia reparado en mí, se apercibió de mi presencia.—Tomó la copia y las pruebas que le llevaba y me despidió...—Pero habia oido bastante, y salí encantado de lo que acababa de pasar y muy alegre por poder decírtelo... ¿Te he causado alegría?...

—Mas que eso, mi buen Marcelo...

—¡Mas que eso!

—¡Sí, me has hecho feliz... muy feliz!

—¡Ah! ¡bah! ¿y por qué?

Juanita vaciló y se puso colorada. Pero Marcelo, con el aturdimiento propio de su edad, no se apercibió de nada.

—¿Por qué? respondió al fin, porque, ¡si algunos malos me insultan, todos los nobles corazones me defienden!

—Tienes razon, replicó Marcelo.

Despues añadió con ingenuidad:

—En cuanto á mí, entre los nobles corazones, no conozco ninguno mas noble que el del jóven príncipe de Courtenay...

Juanita guardó silencio. Su agitado seno parecia querer romper la débil muralla de balenas de su corsé.

—¿No eres de mi opinion, hermana? preguntó Marcelo.

—¡Oh! sí... balbuceó Juanita.

—¿Creo que me has dicho que conocias al príncipe?...

—Sí, en efecto...

—Comprendo, le conoces de vista... ó le habrás encontrado al pasar... Quizá apenas le habrás mirado... Pero si tú le vieses de cerca, si tú le oyeses hablar... si tú pudieses leer en sus ojos toda la belleza de su alma, estoy bien seguro, hermana mia, que le amarias tanto como yo le amo...—Pero, Dios mio, ¿qué tienes?... te pones pálida...

En efecto, las mejillas de Juanita estaban blancas como los aterciopelados pétalos de la azucena. Una grande emocion la ahogaba.

—¿Acaso sufres?... exclamó Marcelo;—¿quieres que llame á mi madre ó á mis hermanas?...

—¡No!... ¡no!... respondió vivamente la jóven, estoy mejor, mucho mejor... ya no tengo nada.

Y en efecto, poco á poco iba recobrando su color natural.

—No sabes, hermana, dijo Marcelo, que tengo una idea...

—¿Una idea?

—Sí, y que creo buena...

—¿Sobre qué?

—Sobre el joven príncipe de Courtenay.

Juanita no pronunció una palabra. Marcelo prosiguió:

—He pensado que despues de lo que ha pasado esta mañana, despues de la manera con que el príncipe ha tomado tu defensa, seria una ingratitud no mostrarle tu reconocimiento.

—¿Y cómo puedo yo hacerlo, Dios mio? exclamó Juanita.

—Nada mas fácil.

—¿Ah! tú crees...

—Sin duda; envíale un ramillete de tus mas hermosas flores... Yo te respondo que quedará contento.

—Nunca me atreveré... murmuró Juanita.

—¿Niña! dijo Marcelo con aire de superioridad cómica... ¿y si yo me encargase de hacerlo?

—¿Tú, hermano mio?...

—Yo mismo.—Tengo una escelente ocasion...

—¿Vas tú á su casa?

—Nunca he ido, pero iré mañana por la mañana. Tengo que llevarle un magnifico ejemplar de nuestra edicion del Telémaco, con grabados de Bernard Picard, encuadernado en tafillete encarnado con cortes dorados, y las armas de los Courtenay en la cubierta; es una galanteria de Mr. Panckoucke, un regalo de príncipe... Bien ves que nada me será mas fácil que entregarle las flores al mismo tiempo... sin contar que tambien podré decir al príncipe que soy tu hermano, lo cual deseo mucho... y le daré las gracias de tu parte!...

—Pero, preguntó Juanita, preocupada en aquel momento por una idea fija, puesto que mañana vas á su casa, debes saber dónde vive...

—¿Si lo sé?... ¡yo lo creo!...—Calle Culture-Sainte-Catherine, fonda de Carnavalet.—El viejo príncipe de Courtenay, su padre, tenia un magnifico palacio en la calle de Payenne; pero parece que antes de morir habia completamente arruinado ó desheredado á su hijo... no se sabe ni cómo ni por qué.—Es lo cierto que este escelente joven príncipe es pobre, y ¡es un dolor, porque yo quisiera que tuviese la fortuna de un rey!... Estoy seguro que la emplearia bien. ¿Qué piensas tú, hermana? Pero ¡qué tonto!... Tú no puedes pensar nada... No le conoces bastante para poder formar una opinion de él...

Juanita se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—En fin, prosiguió Marcelo, vuelvo á mi idea... ¿La apruebas?

—¿Qué idea?

—La del ramillete para el príncipe...

—No, hermano mio, creo que es mejor no hacer nada.

—¿Bah! yo te aseguro...

—Te suplico, le dijo, que no insistas; porque lo sentiria...

—Entonces, no hablemos mas de ello, querida hermana... se ha concluido... Como si nada hubiera dicho.

Pero, Marcelo, añadió luego en voz baja:

—¿Qué lástima!...

III.

UNA MAÑANA.

Juanita necesitaba estar sola. Halló un medio de alejar á su hermano, y así que Marcelohubo salido, echó el cerrojo á la puerta de su tocador, á fin de que nadie viniese á sorprenderla. En seguida, dejándose caer sobre una silla, se absorbió en una meditacion que duró largo tiempo y que debia ser dulce á juzgar á lo menos por la espresion de su semblante.

Aquella meditacion tuvo un término. Juanita se levantó. Abrió un pequeño cajon de palo de rosa, y sacando papel, tinta y plumas, se puso á escribir con una ligereza febril. Cuando hubo acabado, recorrió las líneas un poco desiguales que cubrian casi una hoja de papel. Sin duda no quedó satisfecha, porque desgarró la carta y empezó otra de nuevo. Tres veces consecutivas hizo la misma operacion. En fin, la cuarta carta la parció del todo bien. No la desgarró, y dando cuatro dobleces al papel, la introdujo en un largo sobre. Puso el sobrescrito, despues, sin cerrar la carta, lo volvió á colocar todo en el cajoncito de palo de rosa que cerró cuidadosamente. Hecho esto, Juanita fué á reunirse á su familia, con la cual pasó como de costumbre la noche, y al verla tan dulce y tan buena, tan graciosa y tan alegre, hubiera sido imposible sospechar las violentas emociones que la habian asaltado durante aquel dia.

§.

La mañana siguiente, á eso de las diez, el príncipe Pedro Courtenay estaba solo en la humilde habitacion que ocupaba, calle de Culture-Sainte-Catherine, fonda de Carnavalet. Su único criado, viejo ayuda de cámara que estaba al servicio de la casa de

Courtenay hacia mas de cuarenta años, y que seguia sirviendo al jóven principe mas por cariño y adhesion que por cobrar el módico salario que Pedro podia darle, introdujo en su habitacion al conde de La Chatre. Pedro de Courtenay tenia á Mr. de La Chatre en grande estima por la franqueza de su carácter, y sobre todo por la lealtad de que nunca se despojaba, aun en medio de los excesos y de los errores de una vida ligera y disoluta. Despues de los primeros saludos los dos hidalgos se sentaron, y Mr. de La Chatre, no sin una visible turbacion, entabló la conversacion en estos términos:

—Voy, querido príncipe, á abordar una cuestion muy delicada... voy á pisar sobre un terreno espinoso... Vacilo antes de daros á conocer el verdadero motivo que me ha conducido á vuestra casa hoy por la mañana... quisiera estar muy seguro de que no mirareis como indiscretas las palabras que van á escaparse de mi corazon para dirigirse al vuestro...

—¡Ah!... respondió Pedro de Courtenay un poco admirado de aquel misterioso preámbulo; si no necesitais mas que esa seguridad para serenaros completamente, yo os la doy de muy buena voluntad, querido conde...

—Entonces, entro en materia con franqueza y sin rodeos...

—Ese es, segun mi opinion el mejor modo de proceder.

—¿Os acordais de nuestro encuentro ayer por la mañana en el jardin del Palacio-Real?...

—Me fué muy agradable para haberle olvidado tan pronto...

—Os acordareis tambien, querido príncipe, de ciertas palabras cambiadas entre nosotros...

—Sin duda; el marqués de Louvois y vos me deciais que me presentase en la córte, y no aprobabais mi resolucion de no hacerlo... ¿Es esa la materia que debemos tratar hoy?...

—Precisamente.

—Entonces, querido, conde, dijo Mr. de Courtenay sonriendo, os prevengo de antemano que mi decision es irrevocable...—Renunciad á convencerme, os lo aconsejo...

Mr. de La Chatre sacudió la cabeza.

—Aquí entra lo espinoso que tengo que proponeros... dijo.

—¿Espinoso?

—Sí, y mucho.

—¿En qué?

—Vamos, ¡valor!... Yo me arriesgo... Y

bien, querido príncipe, he creido adivinar en qué se apoya esa irrevocable decision de que hablais...

Pedro de Courtenay se sonrojó ligeramente. El conde de La Chatre continuó:

—¿No es verdad que si rehusais aparecer en la córte, donde vuestro nombre y vuestro rango os llaman, es porque vuestra actual fortuna no os permite hacerlo de una manera digna de vos?...

—Es verdad, respondió Pedro despues de un instante de silencio; es verdad, soy pobre, y los pobres deben hacerse olvidar...

—Yo, continuó Mr. de La Chatre, soy rico, muy rico, porque, segun todos los hombres de buen sentido, gasto mis rentas de una manera deplorable... Así, pues, tengo que suplicaros una cosa...

—¿Cuál, querido conde?...

—Que me permitais poner á vuestra disposicion, ¡oh!... á título de préstamo bien entendido, la suma que os sea necesaria para hacer una brillante figura y gastar el boato de un príncipe... ¡Si rechazais esta súplica lo sentiré infinito!...

Pedro de Courtenay tomó la mano del conde de La Chatre, y la estrechó con efusion.

—Gracias, murmuró conmovido, gracias, querido conde... sois un amigo... un verdadero amigo...

—¿Y aceptais?... exclamó alegremente el hidalgo.

—No.—Rehusó.

—¿Rehusais?...

—Formalmente.

—¿Y por qué?

—Porque mis principios me prohiben tomar prestada una suma que quizá no podria volver jamás.

—¿Jamás!... ¡Oh! ¡no pensais lo que decís!

—Al contrario, lo pienso, y eso es lo que me obliga á rehusar.

—Pensad que el rey os conoce ya por lo bueno que de vos le han dicho... pensad que ha hablado de vos con interés... Que apenas os presentáseis en la córte, las gracias, los favores, las dignidades, los empleos os saldrian al encuentro, que hariais vuestra fortuna, y que un matrimonio digno de vuestra posicion os permitiria volver al nombre de Courtenay su antiguo esplendor...

—Todo eso es seductor, halagüeño, no lo niego, replicó Pedro, pero al porvenir tal como acabais de pintarle, yo prefiero, amigo mio, las tristes y frias realidades del presente...

—¿Eso es una locura, querido príncipe!...

—Puede ser...—pensad que estoy loco si

quereis, pero creed que esa locura no escluye de mi corazon el reconocimiento, y pue nunca olvidaré la generosa oferta que vuestro afecto hácia mí os ha dictado... ¡Conde!... ¡desde hoy en adelante, contad conmigo en vida y alma!...

—¡Pero entretanto, rehusais!

—Es preciso y espero una nueva prueba de vuestra amistad, y es que no volvais á tocar ese punto, porque me cuesta mucho resistiros, por resuelto que esté á no aceptar...

—Sea, querido principe, pero yo esperaba...

En este momento, y como si á propósito llegase á dar otro giro á la conversacion, el viejo ayuda de cámara entró.

—Monseñor, dijo, hay en la antesala un jóven que se presenta de parte de Mr. Panckoucke...

—Hadle entrar, respondió el principe.

El ayuda de cámara volvió conduciendo á Marcelo, que, encarnado como un pavo, llevaba debajo del brazo, cuidadosamente envuelto, el magnífico ejemplar del *Telémaco* de que la vispera le oimos hablar á Juanita.

—Amigo mio, le dijo el principe, ¿venís de parte de Mr. Panckoucke?...

—Sí, monseñor, balbuceó Marcelo, Mr. Panckoucke, mi amo, suplica á monseñor acepte como prueba de su amistad este libro...

Y hablando así, le desenvolvió... y presentó á Pedro de Courtenay el magnífico volumen con su tafíete encarnado, sus armas y sus cantos dorados.

—¡Ah! exclamó Pedro, ¡este es un obsequio real!...

—Ap nas digno de vos, monseñor... articuló Marcelo en voz muy baja.

—¡Ved, mi querido conde, replicó Pedro dirigiéndose á Mr. de La Chatre, ved qué admirable edicion! ¡qué carácter de letra!... ¡qué grabados!...

—En efecto, es magnífico... replicó friamente La Chatre, que ni era erudito ni bibliófilo.

El principe de Courtenay admiró el libro con entusiasmo durante algunos instantes.

Despues dijo á Marcelo:

—Yo mismo iré hoy á decir á Mr. Panckoucke cuán agradable me es su presente...

—En cuanto á vos, amigo mio, tomad esto, os lo suplico...

Y quiso poner en la mano de Marcelo un luis de oro. Pero este último, mas encarnado que nunca, dió algunos pasos atrás.

—¿No aceptais esta bagatela? preguntó Pedro muy admirado.

—¡Oh! monseñor... exclamó Marcelo, si me atreviese...

—No temais, amigo mio.

—Es una cosa que me seria mil veces mas agradable que todo el oro del mundo.

—¿Una cosa que depende de mí...

—Sí, monseñor, de vos solo...

—¿Y es?...

—Es... tener el insigne honor de besaros la mano.

—¡Besarme la mano!... repitió el principe estupefacto, ¿mas por qué?

—¡Ah! monseñor... ¡os amo tanto!

—¿Vos me amais? Pero, amigo mio, ¿vos no me conocéis!...

—¡Oh!... sí, monseñor... ¡bien os conozco!... ¡y segun decia ayer á mi hermana, daría mi vida por vos!...

IV.

UNA PARIENTA DESCONOCIDA.

Pedro de Courtenay, al oír estas palabras pronunciadas con la mas acalorada exaltacion, se preguntó si estaria hablando con un loco. Por la primera vez miró á su interlocutor cara á cara, como para buscar en su semblante algunos síntomas de demencia.

La mirada que echó sobre Marcelo le hizo temblar. En los rasgos de su semblante encantador, creia encontrar una imágen que llevaba grabada en lo mas profundo de su corazon.

—¿Habeis hablado de vuestra hermana, me parece, amigo mio? preguntó.

—Sí, monseñor.

—¿La conozco yo acaso?

—¡Oh! ¡sí, monseñor, vos la conocéis... y aunque ella me ha prohibido deciroslo, os está muy reconocida, monseñor!...

—¿Reconocida? repitió Pedro, ¿y de qué?

—De lo que habeis hecho ayer por ella.

—¡Ayer!...

—Monseñor, veo que no me comprendéis... pero una palabra os lo explicará todo.—Yo estaba ayer en casa de Mr. Diderot al mismo tiempo que vos, monseñor, y soy el hermano de Juanita Lollier, á quien tan generosamente habeis defendido.

—Amigo mio, respondió el principe de Courtenay muy conmovido, no hice mas que lo que se merecia vuestra encantadora hermana.

—Es verdad, monseñor, porque Juanita es un ángel digno de todos los respetos...

—Pero, ¡cuántos otros, en vuestro lugar, no se hubieran dignado tomar la defensa de una pobre muchacha... de una ramillera!... como decía el conde de Lauraguais, antes que vos le hiciéseis callar!... ¡Ah! es grande y hermoso lo que hicisteis, monseñor!... ¡y desde aquel momento es desde cuando os amo!... ¡Al lado de mi afecto por vos, la ternura de Orestes por Pílates, de Pythias por Damon, y de todos los héroes de la antigüedad los unos por los otros, es bien poca cosa!... ¡Bien sé que no necesitáis de mi cariño!... ¡Bien sé que vos sois un gran señor, y que yo no soy mas que un pobre diablo de aprendiz... Pero si fuese necesario morir por vos, yo moriría gustoso, monseñor!...

Marcelo se calló. Sus inflamadas mejillas, su pecho agitado y violento, eran testigos de las impetuosas pulsaciones de su corazón, al mismo tiempo que sus brillantes miradas atestiguaban lo profundo y sincero de su emoción. De esta manera... su belleza era sobrehumana. Pedro de Courtenay le miró durante un instante en silencio.

—Vuestra afección, vuestro cariño, noble joven, le dijo en seguida, yo los acepto y estoy orgulloso de ello!... No es mi mano la que os doy á besar, son mis brazos los que os abro, y quiero estrecharos contra mi corazón.

Marcelo lanzó un grito de alegría. Se arrojó al cuello del príncipe y le abrazó con éfusión y con lágrimas. Pedro se volvió hácia el conde de La Chatre.

—¡Hé aquí lo que son, dijo mostrándole á Marcelo, hé aquí lo que son esos hijos del pueblo, que hidalgos como Lauraguais desdennan y desprecian!...

En seguida replicó, dirigiéndose al joven:

—¿Es decir, amigo mio, que habeis contado á vuestra hermana la escena de que habeis sido testigo ayer en casa de Didierot?...

—Sí, monseñor.

—¿Se lo habeis dicho todo?

—Todo absolutamente.

—¿Y qué ha respondido?

—Ha llorado, monseñor.

—¿De pena de verse así atacada, sin duda?

—No, monseñor, de alegría de verse así defendida.

—¿La habeis pronunciado mi nombre?

—¿Podia hacer otra cosa, monseñor?

—Pero, ella sin duda no me conoce.

—Perdon, monseñor, os conoce.

—¿Estais seguro de ello?

—Ella me lo ha dicho.

—¡Ah!... murmuró el príncipe como meditando.

Por la tercera vez, desde que hemos introducido á nuestros lectores en la habitación de la calle de Culture-Sainte-Catherine, el viejo ayuda de cámara entró en la pieza donde se encontraban nuestros personajes. Sobre una bandeja de estaño muy brillante, traía una ancha carpeta muy abultada, que presentó respetuosamente al príncipe, diciendo:—Una carta urgentísima, que acaban de traer en este instante para monseñor...

Pedro de Courtenay tomó la carpeta. Estaba cerrada con un ancho sello de lacre encarnado. Las armas parecían estar borradas de intento, en tanto que el lacre estaba todavía caliente. Le pareció al príncipe que, en medio de aquellas líneas confusas, reconocía las armas de su casa.

—¿Si permitís?... dijo, dirigiéndose al conde de La Chatre.

—¡Ah! príncipe, exclamó este último, sois muy dueño.

Pedro muy confundido rompió la cubierta. Un papel en cuatro dobleces fué lo primero que se presentó á la vista del príncipe al mismo tiempo que un gran número de *billetes* firmados por los señores asentistas generales de rentas, y que eran los billetes de banco de la época. El príncipe desplegó el papel y recorrió rápidamente el contenido. A medida que leía, una admiración cada vez mas profunda se pintaba en su semblante. Cuando hubo acabado, contó los billetes.

—¿Es extraño!... murmuró, ¡incomprensible!...

—¿Qué es, pues? preguntó el conde de La Chatre, ¿una herencia, querido príncipe?...

—Escuchad, respondió Pedro.

Y volviendo á tomar la carta que habia colocado sobre una mesa á su lado, leyó en alta voz las siguientes líneas:

«Mi querido primo,

»Yo soy vieja, sin hijos, y aunque vos no me conoceis, vuestra parienta cercana. Me aflijo mas de lo que sabré decir, al veros tan lejos del lugar que debeis ocupar y al cual os dan tantos derechos vuestro nacimiento, vuestra figura y vuestro mérito... Vivis en Paris en la oscuridad, mientras que tantos otros de menos mérito hacen las delicias de Versalles y de la córte... No puedo sufrir sin irritarme una injusticia tan grande y quiero absolutamente remediarla.

Vos sois pobre, querido primo, y yo soy rica.— Vos sois joven y yo soy vieja.— Mi edad me prohíbe todos los placeres que se buscan en la vuestra... Permitidme, pues, en consideracion á los vínculos de la sangre que nos unen, ofreceros una parte de eso que para mí es supérfluo, y para vos de una absoluta necesidad. Esto por otra parte no es mas que un adelanto sobre la herencia, porque mi resolucion es dejaros toda mi fortuna en un testamento en toda forma. A principios de cada mes os entregarán de mi parte una suma de cuatro mil libras, y esta vez, que es la primera, os envío veinticuatro mil, que bastarán quizá para que os establezcáis como conviene. Tengo en cuanto al presente, querido primo, algunas razones para no daros á conocer de vos... Estas razones pueden subsistir largo tiempo, así como tambien de un dia á otro pueden dejar de existir. Os suplico, pues, que no hagáis nada, ni deis ningun paso para penetrar el misterio de que creo indispensable rodearme.— Este es mi deseo y mi voluntad. Además, querido primo, os ruego no dudeis de mis sentimientos hácia vos, y pido á Dios muy de veras que os ayude y os proteja.»

No habia ni firma ni letras iniciales. Nada.

—¿Y bien? preguntó Pedro de Courtenay al conde de La Chatre; ¿habeis escuchado? ¿Qué pensais de esto?...

—¡Por mi fé! replicó el conde, digo que teneis una admirable y preciosa parienta desconocida, y aunque pertenezca á los Courtenay por lejano parentesco, os aconsejo que la reconozcáis como de los vuestros, sin vacilar.—¡Recibid mi enhorabuena, querido príncipe; estaba escrito allá arriba que la fortuna os habia de sonreír hoy!

—Pero esa fortuna, respondió Pedro, no he dicho que la aceptase todavía...

—¿Cómo?... ¿cómo?... exclamó el conde, ¿qué quereis decir?...

—Pensad que ignoro cuál es el verdadero origen de este dinero...

—¡Qué decis!... Al contrario, lo sabeis perfectamente. Ese origen, digno de elogio, es una vieja y respetable parienta.— ¡Su carta da fé de ello!...

—¿Puedo yo creer en un parentesco de que jamás he oido hablar?...

—¡Eh!... ¿qué importa?... El parentesco no es dudoso, puesto que la honorable dama os llama *mi primo*, y os instituye su heredero universal...

—Por mas que digais, querido conde... todo eso no está claro, y yo no sé si debo...

—¡Ah! ¡vos me impacientais!... interrumpió bruscamente La Chatre, ¡perdeis la cabeza, querido príncipe, con vuestros escrúpulos!... creo que sé lo que es delicadeza, y declaro, bajo mi palabra de honor, que la vuestra no tiene sentido comun... si rehúsais darme crédito, no os volveré á ver en mi vida...

—¡Qué valor!... replicó Pedro sonriendo, vamos, quizá tengais razon, pero en una circunstancia tan grave, dos votos valen mas que uno... yo veré, consultaré...

—Ved, pues, y consultad... pero desde ahora declaro necios y tontos á los que no sean de mi parecer...

La conversacion cesó de esta manera. Mr. de La Chatre se despidió del príncipe, y Marcelo, despues de haber hablado con él un instante todavía, y haber respondido á mil preguntas sobre Juanita, se retiró con el corazon henchido de alegría.

§

Segun habia dicho á Mr. de La Chatre, Pedro de Courtenay consultó en efecto. Se dirigió á dos muy graves é ilustres personajes, jueces competentes en la materia, el conde de Brosses y el presidente de Montesquieu. Los dos se pusieron de acuerdo para condenar el exceso de una delicadeza muy laudable sin duda, pero fuera de lugar en semejante ocasion. La opinion de aquellas irrecusables autoridades, opinion tan conforme á la de Mr. de La Chatre, convenció á Pedro de Courtenay. Desde este momento su existencia cambió en todo y por todo: era rico. Se le vió aparecer en el tren mas brillante, se presentó á la corte y el rey le acogió con benevolencia. Cada dia se hacia notar mas, cada dia se hacia mas á la moda. Una sola cosa admiraba á sus amigos:—Pedro de Courtenay, joven, bello y elegante, no se le veia galantear á ninguna mujer, no se le conocia querida, y todas las tentativas hechas para sondearle con este objeto fueron infructuosas. Añadamos á esto, que todas las mañanas á la hora acostumbrada, Pedro de Courtenay iba al jardin del Palacio Real, se aproximaba á Juanita sin pronunciar una palabra, la tomaba un ramillete que pagaba con seis libras, una simple flor muchas veces, y que, durante el resto del dia, llevaba el ramillete en su mano, ó la flor en el ojal de su levita.

V.

UN AVISO ANÓNIMO.

Una mañana, en el momento en que Juanita se preparaba á salir como de costumbre, llamaron suavemente á su puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Yo, querida hermana, respondió la voz de Marcelo.

—Puedes entrar, querido hermano.

—Te traigo una cosa... dijo, despues de haber abrazado á su hermana y ocultando la mano por detrás.

—¿Una cosa?... ¿qué es?...

—Adivina.

—¡Oh! dímelo...

—¡Y bien! no te haré sufrir.. es una carta... y que tiene todas las trazas de un tierno billete... huele á almizcle y á ambar...

Hablando así presentó á Juanita una pequeña carta perfumada. La letra del sobrescrito parecia disfrazada de intento. En lugar de armas, el sello tenia estas palabras: —*Desconfianza!*...

—¿Quién te la ha entregado? preguntó Juanita.

—Un lacayo sin librea que he encontrado en la escalera en el momento que salia... mira á ver lo que dice ese billete amoroso.

«Señorita:

»Un amigo desconocido, que desea guardar el incógnito, cree deber preveniros que hay un complot tramado contra vos. Esta noche, á la hora en que de costumbre abandonais el Palacio Real, debeis ser r bada por los criados del conde de Lauraguais, que ha apostado con sus amigos que os daría de cenar esta noche en su casa de campo de Fontenay-aux-Roses. No vayais, pues, hoy al Palacio Real, ó si vais, estad con cuidado é id bien acompañada. No desdeñeis este aviso, señorita, está dictado por el mas sincero interés.

»PRUDENCIA Y DESCONFIANZA.»

—¿Qué infamia! exclamó Marcelo.

—¿Y qué fastidio! añadió Juanita.

—¿Qué vas á hacer, hermana?

—No salir hoy.

—¿Es decir, que vas á estar aquí prisionera por ese odioso conde de Lauraguais?

—Es preciso...

—¡Ah! ¡si yo fuese hidalgo!...

—¿Qué sucedería!

—¿Sucedería que provocaria al conde y

que me batiria con él hasta que le matase!

—Gracias, querido hermano... respondió Juanita sonriendo.

Despues añadió:

—¿Quién puede haberme escrito este billete?

—Sin duda alguno de los amigos del conde... un hidalgo mejor que él.

—En efecto... es probable.

—Dí, hermana, pienso en una cosa...

—Veamos.

—¡Si yo fuese á prevenir á mi buen amigo el príncipe de Courtenay, ese sí que sabria defenderte!... ¿qué dices de eso?

Juanita se habia puesto colorada.

—¡Guárdate bien!... exclamó.

—¿Y por qué?

—El príncipe provocaria quizás á monsieur Lauraguais.

—Precisamente.

—Y correria el riesgo de recibir una estocada...

—Es verdad, no habia pensado en eso, es mejor no decir nada.

—Sí, cien veces mejor... pero desgraciadamente el proyecto frustrado hoy, puede llevarse á cabo otro dia... no voy á tener un instante de tranquilidad...

Marcelo se golpeó en la frente.

—¿Tengo otra idea!... exclamó.

—¿Tan buena como la primera? preguntó Juanita sonriendo.

—Mejor.

—¿Y esa idea?...

—Mañana la sabrás.

—Mejor es hoy, me parece...

—No, no, mañana, antes no...

—¡Como quieras, pero cuidado con las locuras!

—Está tranquila.—Pero prométeme no poner los piés en el Palacio Real...

—¡Oh! te lo prometo.

—Entonces, ¿te quedarás aquí?

—Haré otra cosa mejor.

—¿Cuál?

—Voy á mandar á buscar un fiacre, é iré con nuestra madre á ver á Eustaquio, á Rosa y á mis sobrinitos... Allí estaremos hasta la noche, y Eustaquio, que es un soldado, nos conducirá aquí en coche.

—¡Bravo!... ¡bravo!... yo mismo iré por el fiacre.

—¿No te esperan en casa de Mr. Pancoucke?

—¡Bah! me esperarán .. ¡una vez no importa!... estaré tranquilo cuando te haya visto partir.

—¡Pues ve, ya que así lo quieres!

Marcelo salió. Al cabo de un cuarto de hora volvió á entrar.

—El fiacre espera abajo... exclamó.

Juanita y María-Juana estaban dispuestas. Marcelo las acompañó hasta abajo, las abrió la portezuela, las deseó feliz viaje y dió las señas al cochero. El jóven matrimonio vivía en la calle de Menetriers. Hecho esto, Marcelo, en lugar de dirigirse á los talleres de la Enciclopedia, se subió al departamento de su hermana.

§

¡Cosa rara!... Dos horas despues, Juanita la ramilletera, á quien hemos visto dirigirse en compañía de su madre hácia la calle de Menetriers, hacia su entrada, un poco tarde en el jardin del Palacio Real. ¡Cosa mas rara todavia!... La jóven, como si hubiese querido probar que despreciaba el aviso anónimo de por la mañana, no iba acompañada de los dos lacayos, que nunca la abandonaban. Durante la tarde, el conde de Lauraguais atravesó el Palacio Real pero sin aproximarse á Juanita. Notó que los dos lacayos de costumbre no la acompañaban, y frotándose las manos murmuró:

—Decididamente, ¡el diablo viene en mi ayuda!...

La oscuridad comenzaba á descender sobre Paris, muy mal alumbrado en aquella época, cuando Juanita se decidió á abandonar el jardin. Se dirigió hácia la calle de Saint-Honoré con una lentitud que parecia calculada. A la esquina de la calle que da vuelta al Palacio Real se encontró detenida. Dos mozos de cuerda se estaban pegando en el arroyo, al lado de una gran carroza. Un círculo de curiosos les rodeaba. No habia para pasar mas que el sitio que ocupa una persona, entre la pared y el carruaje. Juanita fué á pasar por allí. Pero apenas habia andado la mitad de aquel peligroso paso cuando se abrió la portezuela. Dos hombres que se hallaban detrás de ella la cogieron, la levantaron en brazos y sin hacerla el menor daño, la colocaron en el interior del carruaje, donde la esperaba un personaje, cuyas facciones no podian distinguirse en la oscuridad. La portezuela se cerró y el carruaje partió al galope. Juanita dió algunos gritos, y quiso arrojarse por la portezuela. Pero despues de estas manifestaciones su desesperacion se mantuvo en los límites mas razonables. Poco á poco sus gritos se extinguieron y solo se oian algunos sollozos comprimidos. Entonces el personaje que ocupaba con Juanita el fondo del carruaje juzgó que habia llegado el momento de hablar.

—¿Qué temeis, encantadora Juanita? dijo con un tono apasionado y patético, ¡ningun peligro os amenaza!... ¿no estais segura cerca de vuestro esclavo?

—¿Mi esclavo? ¿vos?... replicó la jóven.

—¡Sin duda, y el mas apasionado de todos!...

—¡Decís que sois mi esclavo, y soy vuestra prisionera!...

—Las únicas cadenas que pretendo hacer os arrastrar son las de un amor tierno y sumiso...

—Si vuestro amor es sumiso, ¿por qué me robais á mi pesar?

—Porque es el único recurso que tengo para poder pintaros un amor, cuya confesion hasta ahora habeis rechazado...

—¡Yo he rechazado la confesion de vuestro amor!... ¿yo?...

—¡Vos misma, cruel!... encantadora, é inhumana a la vez.

—¿Quién sois vos, caballero?...

—¡Soy la víctima de vuestros desprecios, bella Juanita!... ¡el mártir de vuestros hermosos ojos! ¡Yo soy el conde de Lauraguais!...

VI.

LA CASITA DE FONTENAY-AUX-ROSES.

—¡Ah! ¿sois el conde de Lauraguais? replicó Juanita, con una sangre fria muy extraordinaria en su posicion; y bien, señor conde, ¡vuestra conducta es abominable!...

—¡Ay! ¡bien lo sé, hermosa mia!... pero tengo una excusa!...

—¿Cuál?

—El amor.

—¿El amor?... ¡bah!

—¡No existe mas vivo, mas impetuoso, mas exaltado!

—No os creo una palabra.

—¿Queréis que os lo jure?

—¡No jureis! El amor, señor conde, no procede de esa manera...

—¿Pues cómo, hermana de las rosas?

—¡Por pequeños cuidados, por atenciones delicadas... por la constancia... por la dulzura... por la docilidad... ¡Así es como se llega á agradar, y no de otra manera!...

—¿Tendré yo la dicha de agradaros, paloma mia, haciendo todo lo que acabais de decirme?...

—Bien puede ser, señor conde...

—¡Y bien! aprovecharé la leccion, y, en adelante...

—Empezad desde ahora, interrumpió Juanita.

—¡Eso es mucho pedir!...

—Mostráos dócil y sumiso... haced parar vuestro carruaje, y dejadme libre...

—¡Reina de las flores!... ¡me destrozais el corazón!...

—¿Rehusais?

—¡Pedidme todo lo que queráis... excepto eso!

—Pero, en fin, ¿á dónde me conducís?

—A mi casa de campo de Fontenay-aux-Roses... un pequeño palacio del cual sereis la reina.

—¿Y qué pretendéis hacer de mí?...

—¡Ablandaros por la espresion del mas perfecto amor!... decidros á hacerme feliz...

—Mucho dudo que lo consigais.

—¡Ah! ¡dejadme al menos la esperanza... para obteneros, haré algun sacrificio!...

—¿Qué entendéis por sacrificio, señor conde?

—Entiendo que soy rico... inmensamente rico, y que os suplico consideréis mi fortuna como vuestra.

—Quien dice mucho no dice nada, señor conde.—Si es una oferta la que pretendéis hacerme, determinad, os lo suplico...

—¡Ah! ¡la muy ladina!... pensó el conde, ¡qué bien se las entiende!...—¡Cuando pienso que por una virtud de este calibre ese tonto de Courtenay queria comerme!...

Despues replicó en alta voz:

—Os ofrezco, divina Juanita, en cambio de vuestro corazón, por de pronto ciento cincuenta mil libras contantes.

—¡Pist!!... dijo Juanita, mas que eso lo he rehusado veinte veces...

—¡Pues esperad!... ¡esperad!... exclamó el conde, os ofrezco tres mil libras cada mes para vuestros gastos, un pequeño palacio en Paris, una casa de campo, diamantes, una carroza, cuatro caballos, un cochero, un cocinero, un ayuda de cámara, dos lacayos, y tres doncellas... todo pagado por mí.

—¡Ah! Eso ya es un poco mejor, dijo Juanita.

—Veamos, ¡quedamos acordes!...

—Es preciso ver...

—¿Qué?

—Tengo que reflexionar...

—Respondedme sí en seguida...

—¡No tal! la cosa es importante, y merece pensarse...

—¿Y cuándo lo habreis reflexionado, bella Juanita?

—Esta noche, despues de cenar... porque imagino que me dareis de cenar...

—¡Ciertamente!...

—¡Pero no los dos solos!... Sois un hom-

bre muy peligroso, señor conde, para que yo me arriesgue...

—Ya habia previsto ese escrúpulo...

—¿Y qué habeis hecho?

—He invitado á algunos amigos...

—¡Ah!... ¡ah!...—¿Entonces estaremos muy acompañados?...

—Quince ó veinte hidalgos, una cosa así...

—¡Muy bien!

—¿Os dignareis, encantadora Juanita, hacer los honores de la cena?

—Pensad que estoy muy poco acostumbrada...

—¡Ah! os sobra gracia para ello...

—Decididamente, conde, nada se os puede rehusar.

—¡Adorable!... ¡adorable!... exclamó monsieur de Lauraguais, llevando á sus labios una mano de Juanita, que no se apresuró á retirar.

La carroza se detuvo. Los caballos habian marchado como el viento, y durante la conversacion que precede habian llegado á Fontenay-aux-Roses, delante de la casa de campo de Mr. de Lauraguais. El conde poseia una media docena de quintas. Esta estaba consagrada exclusivamente á las comidas alegres, á las orgias, á los espectáculos, porque el conde tenia un pequeño teatro, y los señores de la corte, continuando una de las modas de la regencia, venian allí con frecuencia á representar los picarescos proverbios de Colle, en compañía de ciertas despaviladas actrices de la comedia italiana y de algunas operistas. El conde bajó el primero y dió la mano á Juanita, que saltó con ligereza y desembarazo. Eran en aquel momento las ocho de la noche. Estando señalada la cena para las diez, no habia llegado todavia ningun convidado. Mr. de Lauraguais aprovechó esta soledad para enseñar á la jóven todas las maravillas de su pequeña casa. Juanita lo admiró todo, pero sin entusiasmo, como si hubiese pasado toda su vida en medio de la esplendidez y del lujo.

—¡Diablo! se decia el conde aparte, ¡la niña sabe ya mucho!...

Mr. de Lauraguais, despues de haber paseado así á Juanita, la introdujo en una vasta pieza bastante rara. Esta pieza comunicaba por un lado con el comedor, y por el otro con los bastidores del teatro. En medio se encontraba un magnífico trage de duquesa, guarnecido de encajes, y cuyos adornos eran todos encarnados. Alrededor de la pieza se veian colgados de las paredes multitud de vestidos de todas las formas y estaturas, trages y disfraces destinados pa-

ra las actrices, á quienes esta pieza servia de vestuario.

Juanita los recorrió rápidamente con la vista, y una furtiva sonrisa se dibujó sobre sus encantadores lábios. Sobre un gran sillón dorado se veía una bata de una tela maravillosa, y que ciertamente hubiera parecido digna de una reina.

—Deliciosa Juanita, dijo el conde, he pensado que os convendría quizá realzar esta noche vuestros encantos con adornos menos sencillos que vuestro traje de todos los días... y he hecho preparar esta bata. — ¿Cómo la encontráis?

—Muy bonita... respondió.

El conde abrió el cajón del tocador y sacó varios adornos magníficos.

—Así que estas piedras preciosas, dijo, hayan tocado vuestro cuello encantador, serán vuestras... No rehusareis adornaros con ellas, ¿no es esto?

—No, sin duda, señor conde.

—¡Adorable!... ¡adorable!... repitió.

Después añadió:

—La hora se pasa... nuestros convidados van á llegar de un momento á otro... voy á enviaros vuestras doncellas.

—¿Mis doncellas? — ¿para qué?

—Para vestiros...

—Señor conde, yo siempre me visto sola.

—¿De veras?...

—Es una costumbre, una manía... todo lo que queráis, pero siempre me visto sola.

—Dios me libre de contrariaros... Os dejo sola... si necesitáis alguna cosa, no tenéis más que tirar de esta campanilla...

—No necesitaré nada...

—Adios... pero antes, ¡oh! cruel y encantadora, ¿do me permitireis dar un beso sobre vuestros lábios de rosa?...

—Mas tarde, señor conde, mas tarde...

—¿Pero cuándo?

—Después de cenar.

—¿De veras?...

—¡A fé de... á fé de Juanita!...

—¡Vamos, me contento con esa promesa que me embriaga!... sobre todo no perdáis un instante.

—¡Oh! ¡estaré dispuesta antes de la hora!

Con la punta de sus delgados y amarillentos dedos, Mr. de Lauraguais envió á Juanita una media docena de besos. Después giró sobre sus encarnados talones, y salió dándose el aire de un joven. Apenas había cerrado la puerta, Juanita se dejó caer sobre un sillón, y dió, por fin, rienda suelta á un acceso de risa homérica tanto tiempo comprimida.

§

Entretanto iban llegando los convidados. Ya un cierto número de carrozas habían conducido á los representantes de los más grandes y gloriosos nombres de Francia. Mr. de Lauraguais los recibía en un pequeño salón, contiguo al comedor. En medio de estos convidados había algunos de nuestros conocidos, —el marqués de Louvois, —el conde La Chatre, —Diderot, —Mr. de Marmontel, —el duque de Nivernais, etc. Pronto se encontraron reunidos todos los convidados, excepto uno. Mr. de Lauraguais empezó á dar señales manifiestas de inquietud.

—¿Qué esperáis, querido conde? le preguntó uno.

—Espero al príncipe de Courtenay, respondió, y ¡pardiez!... ¡daria cincuenta mil libras porque no faltase!...

VII.

UN PICHON POR UNA TÓRTOLA.

La incertidumbre de Mr. de Lauraguais no fué de larga duración. Apenas había acabado de pronunciar las palabras que terminan el precedente capítulo, se sintió el ruido de una carroza, que se detenía delante de la casa de campo. Un segundo después un ayuda de cámara anunciaba:

—Monseñor, el príncipe de Courtenay.

—¡Gracias á Dios! murmuró el conde. ¡Mi triunfo, no estando él, no me hubiera parecido completo!

Y salió al encuentro del convidado con tanta impaciencia esperado.

—Querido príncipe, exclamó, ¡al fin habéis venido! ¡si supiéseis cómo os hemos deseado todos!...

—¿He tardado, señor conde? preguntó Pedro con frialdad.

—No, en cuanto á la hora de la cita... pero según nuestra impaciencia, sí, un poco.

—¡Eso es en verdad muy gracioso!

—Además, querido príncipe, os lo diré, temía...

—¿Qué temíais?

—Que no viniéseis esta noche.

—Lo había prometido.

—Sin duda, pero recordaba cierta discusión...

—¿Una discusión? repitió el príncipe, como quien no comprende.

—¡Eh! si... en casa de Diderot... ¿os acordáis?

—No, en verdad.